Silvia García Ruiz



EL PREMIO DEL ESCOCÉS

esencia

Índice

Portada

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Biografía

Créditos

EL PREMIO DEL ESCOCÉS

Silvia García Ruiz

esencia

Capítulo 1

Cassandra corría hacia la habitación de la torre rogando por que su madre no la pillara. Lady Marion, una estricta dama de rubios cabellos con rizos tan rebeldes como los suyos y serios ojos marrones, la había castigado en el cuarto de costura por su última imprudencia, que no había sido otra que ganar una pelea contra el molesto niño que siempre la fastidiaba.

Cuando la noble familia del condado de Westmorland visitaba su hogar, lord Archibald Birmington, el presumido segundo hijo de esa casa de cabellos castaños y ojos azules, con tan solo doce años, no encontraba mejor entretenimiento que meterse con todos los siervos del condado de Cumberland, procurando siempre incordiar con sus pullas a los más inofensivos, a aquellos que no osarían replicarle porque eran conscientes de los castigos que conllevaba rechistar a cualquier noble.

Tan despreciable como siempre, Archibald había elegido a la criada de Cassandra como objetivo de sus burlas cuando ambas paseaban por los vastos campos de las murallas exteriores lejos de las miradas de sus padres. El infame niño comenzó a insultar a Marie, palabras que la criada ignoró convenientemente. Pero cuando Archibald empezó a mencionar a su señora, antes de que Cassandra pudiera responder adecuadamente a sus improperios, su criada se le adelantó, ganándose así la ira del insoportable niño.

Únicamente por defender a su señora de unos insultos inmerecidos, Marie, una niña de unos doce años, recibió un fuerte

tirón de trenzas mientras el agresor se jactaba de que nadie de esa casa podría tocar a un lord como él. Marie lloró desconsoladamente ante la presuntuosa sonrisa de Archibald, que se vanaglorió de que nadie podía hacerle nada y que, por tanto, saldría impune de esa vileza.

Cassandra intentó calmarse y rememorar las reglas de protocolo que su madre siempre trataba de inculcarle, pero cuando Archibald volvió a tirar de las trenzas de Marie, Cassandra solamente recordó las enseñanzas de su padre, que a menudo le mostraba con su propio ejemplo que todo noble señor que se preciara de serlo debía defender a los más débiles.

De este modo, en el instante en el que Archibald trató de tocar las trenzas de Marie por tercera vez, sin que ninguno de los sirvientes de la casa se atreviera a detenerlo por el castigo que ese niño podría exigir para ellos, Cassandra se enfrentó a él golpeando el dorso de la mano del joven lord con la espada de madera que escondía entre los pliegues de su vestido y que su padre le había fabricado con orgullo cuando ella le anunció que quería ser un bravo guerrero.

El niño, tras mirarla con asombro, ordenó con rabia a sus caballeros que le dieran una lección, pero como ella ostentaba el mismo estatus que él, pues su padre el conde de Cumberland era un noble señor dueño de un feudo colindante con el del conde de Westmorland, dotado del mismo poderío militar o incluso algo más, los caballeros se abstuvieron de intervenir. Ellos sabían que cualquier acción contra la heredera de esa casa podía significar un agravio de funestas consecuencias, por lo que los caballeros sugirieron burlonamente que se celebrara un duelo de honor entre ambos contendientes al tiempo que le entregaban a su joven amo una espada de madera similar a la de Cassandra.

Los caballeros de lord Birmington sonrieron maliciosamente pensando que esa niña de nueve años no sería ninguna competencia para su noble señor, un error del que no tardaron en percatarse cuando Cassandra, asiendo su espada como un auténtico guerrero, mostró que había seguido con inusitado interés las enseñanzas de su padre, quien, al contrario que otros nobles ociosos, seguía ejercitándose a diario a pesar de haber conseguido en el pasado grandes hazañas en el campo de batalla.

Después de iniciarse el duelo, la pequeña Cassandra se defendió una y otra vez con gran agilidad de las embestidas de su presuntuoso contrincante, hasta que contraatacó ejecutando una complicada secuencia de movimientos a una velocidad y con una precisión fulgurantes que, ante el asombro de todos los presentes, culminó con el desarme de su rival.

Cassandra logró arrebatarle en buena lid el arma a ese niño e intentó retirarse victoriosa y con gran dignidad de ese duelo, respetando las reglas. Pero el despreciable Archibald osó atacarla por la espalda y tirarle del pelo, acabando así con toda su paciencia y provocando que ella dejara a un lado la dignidad que siempre debía exhibir una dama.

Como resultado de esa cobarde agresión, Cassandra olvidó por completo sus delicados modales y dejó de ser una dama para convertirse en todo un guerrero. Archibald acabó en el suelo empujado por una fiera salvaje que se le había montado encima y que no dejaba de golpearlo frenéticamente. Al final, cuando, atraídos por el escándalo, los caballeros de ambas casas intervinieron para separar a los dos contrincantes, Archibald lloraba como un bebé mientras Cassandra sonreía victoriosa con varios mechones de cabello de ese niño en sus manos.

Más tarde ambos fueron conducidos ante sus respectivos progenitores. El padre de Cassandra, tras ser informado con detalle de los acontecimientos, se limitó a reír y a contemplar con aprobación el brío y la valentía que siempre mostrarían los habitantes de su feudo, fueran hombres o mujeres, pero su madre, por el contrario, le dedicó una reprobadora mirada que le anunciaba que se avecinaban problemas.

Por su parte, lord Archibald tan solo recibió una sutil reprimenda por parte de su padre, que lo amonestó, más por no ganar su pelea que por su desagradable comportamiento. Cassandra fue relegada por su madre de forma indefinida al cuarto de costura, donde debería coser un bonito bordado que más tarde entregaría a Archibald en señal de disculpa.

Si ya de por sí Cassandra no se esforzaba demasiado en esas labores de bordado que su madre y sus tutoras pretendían continuamente que aprendiera, en esas circunstancias aún menos, por lo que, en cuanto lady Marion salió del cuarto de costura, ella se escapó de la estancia para marchar hacia las murallas exteriores y continuar jugando y ejercitándose con su querida espada de madera.

Y, de este modo, tras recibir el aviso de Marie de que su madre había ido a buscarla al cuarto de costura, Cassandra se subió inapropiadamente el bajo de sus faldas y corrió como nunca a través de los numerosos escondrijos y pasadizos del castillo, que solamente ella y su padre conocían como las palmas de sus manos, para llegar lo más rápido posible al lugar donde se suponía que tenía que estar.

En cuanto entró en la vacía habitación de la torre, Cassandra suspiró aliviada por no encontrar a su madre allí…, hasta que la puerta se cerró a su espalda, mostrándole que la habían vuelto a pillar en medio de una de sus trastadas.

—¡Cassandra! ¿Podrías explicarme qué es esto? —exclamó lady Marion reprobadoramente, mostrando el horrendo bordado que había encontrado en su bastidor.

—Es el bordado que estoy haciéndole a Archibald como disculpa —respondió ella con voz inocente mientras intentaba desviar su mirada del bordado, preguntándose si su madre habría descubierto lo que había representado en ese pañuelo a pesar de lo malas que eran sus puntadas.

—Los bordados adecuados para una dama son flores, animales hermosos o el escudo de armas de la noble casa a la que pretendes ofrecer una disculpa, no una escena de batalla en la que puede verse a un niño tumbado en el suelo mientras una chica pisa victoriosamente su espalda y muestra su espada en alto.

—Madre, tan solo estaba conmemorando mi encuentro con Archibald —manifestó Cassandra, ganándose un fuerte tirón de orejas por parte de ella.

—¡Se supone que con este castigo tienes que aprender de tus errores para no volver a repetirlos! Supongo que sabes cuáles son… —replicó lady Marion a su indisciplinada hija.

—Sí, dado que Archibald es un espadachín pésimo, la próxima vez que lo derrote tendré que procurar que no haya demasiados testigos a nuestro alrededor… ¡Ay! ¡Ay! —se quejó Cassandra cuando su madre volvió a tirarle de la oreja, castigo que finalizó en cuanto su padre entró en la habitación, riéndose de su contestación.

—¡Esa es mi guerrera! —dijo lord Wayne Morrison, un hombre de fuerte presencia, negros cabellos y amables ojos azules, que no tardó en recibir una fulminante mirada de su mujer.

—¡No la alientes, Wayne! ¡Si sigue así, nunca aprenderá los modales de una dama!

—¡Pero, madre, yo lo que quiero es ser un señor feudal! ¡Un guerrero que proteja a todos sus siervos como hace papá! —declaró Cassandra, provocando más carcajadas de su padre y otra mirada furiosa de su madre.

—¡Las mujeres no pueden ser guerreros! ¡Ellas aprenden a ser honorables damas que saben llevar su casa y se casan con buenos señores feudales para crear un hogar respetable!

—¡Jo! ¡Eso es muy aburrido! —se quejó Cassandra—. ¡Mejor aprendo a manejar la espada y me voy a las batallas con papá!

—No, cielo, eso es demasiado peligroso y yo nunca querría verte en medio de ese infierno. Déjame las batallas a mí y tú vive y sé feliz —respondió Wayne, ya sin risa alguna y con la mirada perdida, probablemente rememorando algún trágico momento. Tras unos instantes, lord Morrison pareció volver en sí y continuó explicándole a su hija la realidad de las cosas—: El papel de la señora de esta casa no es menos importante que el del señor. Mientras yo lucho mis batallas ahí fuera, tu madre hace lo mismo con las suyas aquí dentro. La misión que tenemos los dos es la misma: mantener en pie esta casa y hacer lo mejor para los vasallos que confían en nosotros y nos ofrecen su lealtad. Ahora, mi lady revoltosa, arréglate, pues tenemos importantes invitados a los que atender.

—Sí, ya…, lord Archibald —suspiró Cassandra con desgana, descontenta hasta que su padre la sacó de su error.

—No, hija. Se trata de unos invitados mucho más interesantes. Uno de ellos es un hombre que sabe manejar una enorme espada y que un día me salvó la vida.

—¡Ah! ¿De qué feudo son?

—Ya lo verás… —respondió lord Wayne con una sonrisa intrigante, consiguiendo que en esta ocasión Cassandra no huyera de las atenciones de su madre, sino que se precipitara nerviosamente en

busca de las criadas para presentar su mejor aspecto antes de recibir a esa nueva visita.

* * *

Cassandra descendió la escalera a la carrera buscando a su padre y a los misteriosos recién llegados que él le había asegurado que serían mucho más interesantes que lord Birmington y su familia. Para su desgracia, en cuanto bajó, solamente se encontró con ese despreciable niño, que, sin aprender la lección que ella misma le había dado, volvía a molestar a uno de los siervos de su casa, en esta ocasión al viejo Thomas, el mayordomo principal encargado de la organización del resto de los criados. Thomas, que conocía a la perfección los caprichos de la nobleza, se tomaba las pullas y las insolencias de ese mocoso con resignación.

—¿Me oyes, viejo carcamal? Quiero que cargues mis cosas hasta mi habitación, que me mandes preparar un baño y que sea Marie quien lo haga.

—Marie es la criada personal de la señorita, por lo que no podré mandársela a usted, milord.

—¿Quién eres tú para negarme algo? ¡Cuando yo ordeno cualquier cosa, se cumple en el acto y sin rechistar, ¿me has entendido?! —gritó el molesto niño, mostrando sus nefastos modales.

Y Cassandra, decidida a mostrar también los suyos, cogió impulso y, tras saltar desde los tres últimos escalones mientras profería un grito de guerra, cayó sobre Archibald, derribándolo y poniendo fin a sus exigencias y protestas.

Después de su exitoso desempeño en esa nueva batalla, la niña se puso en pie y recompuso su vestido como si nada hubiera pasado,

fingiendo ser la perfecta dama que su madre le había enseñado a ser, hecho que, por supuesto, no funcionó.

—¡Esto es indignante! ¿Es que aún no has aprendido cuál es tu lugar? —exclamó lord Archibald mientras sus caballeros lo ayudaban a levantarse.

—Sí, yo soy la señora de esta noble casa y no permito que nadie se meta con ninguno de mis siervos. Mi padre me ha dicho que el deber de todo señor es proteger a las personas de su feudo, ya sean vasallos o siervos, y yo pienso protegerlos a todos porque voy a ser un fiero guerrero.

—¡Tú no puedes ser un guerrero! —replicó Archibald dirigiendo un despreciable gesto hacia esa chica que lo había enfrentado.

—¿Por qué no? Soy mucho mejor que tú con el arco, con la espada y montando a caballo —anunció Cassandra con orgullo, vanagloriándose de todas las habilidades de las que su padre presumía y que su madre siempre procuraba ocultar.

—Entonces, si eres guerrero, ¿por qué no me retas a un duelo de verdad? ¡Ah! Quizá sea porque no tienes una espada, ¿no? —replicó Archibald, burlándose de ella, recordándole que todo guerrero tenía una espada con la que defender a los suyos.

—¡Sí tengo una espada! ¡Me la está guardando mi padre para cuando crezca!

—Las mujeres no tienen espada. Solo los varones tienen derecho a portar la espada de su casa para defender a sus vasallos. Las mujeres solo sirven para hacer buenos matrimonios con los que ganar tierras para su hogar.

—¡Eso es mentira! —gritó Cassandra indignada.

Todos los presentes guardaron silencio porque, aunque los señores de esa casa estuvieran enamorados, en otros matrimonios

no sucedía lo mismo, sino que se limitaban a formalizarse como meros acuerdos políticos.

Ante el espeso silencio que le daba la razón a Archibald, este contestó con su perversa risa. Cassandra, furiosa, decidió acabar con esa risa burlona quitándose un guante para golpear al muchacho con él en la cara al tiempo que le chillaba delante de sus caballeros:

—¡Te desafío a un duelo!

—No pienso… —empezó a decir Archibald intentando rechazar el duelo, ante lo que Cassandra volvió a golpearlo con el guante—. Solo eres una insignificante niña que… —continuó él, recibiendo a continuación una docena de sopapos con el guante que esa niña seguía sujetando con fuerza entre las manos.

»¡Para ya! ¡El protocolo dicta que hay que arrojar el guante a la cara de la persona a la que desafías, no golpearle el rostro constantemente con él! —se quejó Archibald, que estaba empezando a perder la paciencia.

—Me gusta más así —respondió Cassandra, consiguiendo finalmente que el furioso Archibald le arrancara el guante de la mano y aceptara su desafío.

—El duelo se celebrará en las murallas exteriores, aunque solamente si consigues traer tu espada. Como eres una débil mujer, me mostraré magnánimo contigo y permitiré que un campeón te represente en caso de que al final no te atrevas a enfrentarte a mí… Ya veremos si encuentras a alguien a quien no le importen las repercusiones de enfrentarse a un noble inglés.

* * *

Sinclair miraba asombrado las altas murallas de sólida piedra que rodeaban esa fortificación, complicando cualquier posible intento de

asedio a ese castillo por parte de escoceses o ingleses si algún noble vecino lo ambicionaba. No tenía nada que ver con las antiguas construcciones de las que le había hablado su padre, cuyos castillos eran de madera.

Los árboles cercanos al muro exterior habían sido talados, seguramente para poder ver la llegada del enemigo por cualquiera de sus flancos, aunque la hierba baja y repleta de flores que lo rodeaba hacía que el paisaje pareciera menos desolado y preparado para la batalla, llegando a engañar a ojos menos expertos que no estuvieran habituados a la guerra.

El foso que rodeaba el castillo estaba lleno de un agua clara que Sinclair creyó un error por parte de esos ingleses, ya que las aguas negras y turbias podían amedrentar más al enemigo, pero eso solo fue hasta que su padre le señaló las afiladas estacas que habían clavado en el fondo y que las claras aguas dejaban ver a todos como una amenaza.

El interior del castillo no era menos impresionante que el exterior, y tras sus muros parecía dar cabida a una pequeña ciudad. Había establos para los caballos y caballerizas que contenían otros animales como halcones, perros o palomas. Numerosas chozas para los sirvientes y un cobertizo donde estos parecían preparar sus comidas, un horno, un pozo, una herrería e incluso una capilla.

Para su asombro, también contaban con algunos árboles frutales y el privilegio de un pequeño jardín. No obstante, a Sinclair, que era solo un niño de once años, le interesaba mucho más encontrar el patio de entrenamiento donde los soldados ingleses practicaban con sus espadas.

Tras dejar sus caballos, su padre lo arrastró hasta la torre del homenaje, donde los esperaba el dueño y señor de ese castillo, que les ofreció un interminable discurso de bienvenida mientras Sinclair

contemplaba asombrado a su padre preguntándose cómo era posible que un fiero guerrero como él hubiera acabado salvando a un enemigo.

* * *

—Padre, ¿de verdad salvaste a un inglés? —preguntó Sinclair MacGregor, un niño de revoltosos cabellos rojos y profundos ojos azules, mientras observaba con asombro todo el lujo que se desplegaba a su alrededor para una celebración con la que los ingleses pretendían elogiar a su padre, aunque ese despliegue de riqueza estaba consiguiendo el efecto contrario, pues a Malcolm MacGregor lo enfurecía comprobar cómo esos ingleses malgastaban tan despreocupadamente su dinero.

—Lo confundí con un escocés. Por eso lo salvé —murmuró Malcolm, un fuerte guerrero de rojos cabellos y risueños ojos castaños, a su hijo, provocando que las risas de los hombres de su clan se extendieran a su alrededor.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí, padre?

—El inglés dice que quiere premiarme por mi hazaña. Pero él no sabe que, si la niebla no me hubiera engañado, no habría curado sus heridas, sino que me habría limitado a rematarlo con mi espada… En fin, de cualquier modo, hijo mío, estamos aquí porque la paz entre Escocia e Inglaterra a través de una tregua es aún muy precaria y no quiero insultar a un noble inglés, lo cual podría ser un motivo de peso para reanudar las hostilidades, así que por eso hemos venido: para escuchar sus vacías palabras de agradecimiento y falsa amistad, tras lo que rechazaré amable y firmemente su premio y volveremos a nuestro hogar.

—¿De verdad no vas a aceptar nada?

—No creo que ese hombre me ofrezca algo que pueda desear. Ahora mismo tengo junto a mí todo lo que deseo —respondió Malcolm, revolviendo cariñosamente los cabellos de su hijo.

—Bueno, escuchemos lo que ese hombre tenga que decirnos. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos y podremos volver a casa —murmuró el agrio Kendrick, anhelando regresar cuanto antes a su hogar.

—¿Qué crees que te ofrecerá? —preguntó Cameron, un experimentado guerrero de bruscos gestos y con la nariz torcida a causa de las incontables veces que se la habían partido en batalla, contemplando con curiosidad al jefe de su clan.

—Seguro que te ofrece dinero —opinó Irvin, un joven de atractivo rostro que engañaba a todos con su afable apariencia, para luego convertirse en un guerrero implacable en combate.

—Yo creo que serán joyas —propuso Lean, un viejo guerrero que había jurado seguir siempre a Malcolm, dentro y fuera del campo de batalla.

—Serán mujeres… —apuntó Kendrick, y antes de que pudieran continuar con su discusión, dio comienzo el discurso de ese noble inglés que los recibía ese día en su hogar.

—¡Hoy le doy la bienvenida a mi hogar al bravo Malcolm MacGregor, el valiente guerrero al que, sin importarle la diferencia existente entre escoceses e ingleses, me salvó la vida en pleno campo de batalla. Un hombre al que siempre quise recompensar por su noble gesto, pero al que no pude encontrar hasta que nuestros países acordaron una tregua en medio de sus disputas. Hoy, bajo el escudo de armas de mi casa y las firmes y sólidas espadas que nunca se moverán de su lado…

—¡Mira, Malcolm! ¡Las espadas se mueven! —anunció Irvin con una sonrisa, señalando cómo una pequeña dama, a espaldas del

señor de esa casa, llevaba a cabo una de sus trastadas y, tras colocar una silla debajo del escudo de armas, se subía a ella para coger una de las espadas entrecruzadas que custodiaban el emblema de los Morrison.

—… unas espadas que pesan sobre las manos de mi familia… —continuó lord Wayne Morrison con su discurso, ajeno a lo que estaba aconteciendo detrás de él.

—Sí, sí que pesan —bromeó Lean, señalando cómo esa arma pesaba demasiado para esa pequeña niña. No obstante, la obstinada chiquilla se resistió a dejarla en su lugar y la arrastró con dificultad, insistiendo empecinadamente en llevársela.

—… unas armas que solo esgrimiremos en defensa de nuestros familiares, amigos y aliados, blandiéndolas sin piedad contra nuestros enemigos… —señaló Wayne en esos momentos, haciendo que la niña levantara la barbilla con orgullo mientras se volvía más decidida a cargar con la pesada arma.

—Malcolm… —manifestó Cameron señalando a la niña, cuyo rostro mostraba que una guerra estaba por comenzar.

—Sinclair, sigue a esa niña —ordenó Malcolm a su hijo.

—¡Pero padre…! —protestó Sinclair, sin querer alejarse de su gente.

—¿Prefieres quedarte aquí y seguir escuchando el aburrido discurso de ese inglés o ir a ver lo que planea esa diablilla?

Tras comprobar cómo su anfitrión inglés seguía hablando sin parar sobre la familia y el honor en un discurso que parecía no tener fin, Sinclair asintió con la cabeza a las órdenes de su padre. Pero antes de marcharse en pos de la chiquilla, se volvió confuso y preguntó:

—Padre, y si esa niña está en problemas, ¿qué hago? ¿Salvo a un inglés? —inquirió, espantado ante esa posibilidad.

—Hijo, haz lo que te dicte tu corazón de highlander. Solo así podrás dormir en paz. Además, aquí nadie te juzgará: después de todo, yo ya salvé a un inglés —respondió Malcolm entre bromas, dejando esa elección en manos de su hijo, pues sabía que él nunca escogería la opción equivocada.

* * *

Sinclair corrió detrás de esa extraña niña y la siguió guardando las distancias mientras contemplaba su esfuerzo al arrastrar la gran espada por el terreno. La pequeña de apenas nueve años, ataviada con un largo y pesado vestido azul de ricas telas que demostraban a todos cuál era su lugar en esa casa, arrastraba furiosa la espada. De vez en cuando hacía una pausa y soplaba hacia los rizos rubios que se dirigían hacia su cara tras soltarse del hermoso recogido de flores blancas con el que alguien había adornado su cabello, para luego continuar su camino persistentemente.

Sinclair, sintiendo cada vez más curiosidad ante lo que pretendía hacer esa niña con una espada que ni siquiera podía levantar, se acercó a ella y, tras revelar su presencia, no pudo evitar señalarle sus errores como sus mayores hacían a menudo con él, esperando que aprendiera y se corrigiera.

—Esa arma pesa demasiado para ti —señaló Sinclair, logrando que la chica alzara su decidido rostro hacia él, mostrándole unos hermosos ojos azules que lo conquistaron. A continuación, su valor y determinación terminaron de hechizarlo.

—Lo sé, pero esta es la espada de mi casa y, si no la llevo, él no se enfrentará a mí en un duelo.

—¿A quién vas a enfrentarte?

—A un desagradable niño que siempre se mete con los que son más débiles que él. Y como nadie puede hacerle frente, pienso hacerlo yo.

—Las mujeres no saben manejar una espada.

—¿Quién te ha dicho eso? —replicó la niña, que, tras alzar el arma del suelo, apuntó con ella a Sinclair. El chico se limitó a suspirar para luego tocar la espada con uno de sus dedos y empujar levemente, desequilibrando la postura de la niña y haciéndola caer—. ¡Maldición! ¡Con la de madera no ocurría esto y logré darle una paliza a Archibald!

—Las de madera solo son un juego. Estas pueden hacer daño… —declaró Sinclair a la vez que ayudaba a la chiquilla a levantarse del suelo. A continuación, se pinchó con el afilado filo de la espada para mostrarle su sangre y asustarla un poco— e incluso matar.

Mientras cualquier otra niña habría salido corriendo o habría gritado espantada ante la visión de la sangre, para sorpresa de Sinclair esta solamente sacó un pañuelo de algún recoveco de su vestido y envolvió su dedo con él antes de reprenderlo altanera.

—¿Es que nadie te ha enseñado que no hay que tocar el filo de una espada tan despreocupadamente?

Luego, ante el asombro de Sinclair, la chiquilla ignoró su advertencia y continuó su camino.

—Si insistes en ese duelo, vas a hacerte daño.

—Alguien tiene que darle una lección a ese idiota presuntuoso, y yo, como hija de lord Morrison, no voy a permitir que nadie dañe u ofenda a quienes están bajo la protección de mi casa.

—¿Defenderías incluso a un highlander?

—Por supuesto —respondió esa niña valientemente, sacando del rostro de Sinclair una sonrisa, hasta que ella le preguntó—: ¿Qué es un highlander?

—Yo soy un highlander.

—¡Ah! ¿Y necesitas que te proteja?

—¿Qué? ¡No! —negó Sinclair, sintiéndose ofendido.

—Entonces, ¿para qué pides mi ayuda? ¿No ves que ahora mismo estoy muy ocupada? —replicó la niña antes de intentar seguir su camino arrastrando la enorme espada.

—No puedes luchar con un vestido. Si quieres, yo lo haré por ti —se ofreció Sinclair, decidido a proteger a esa niña.

—Tú también llevas un vestido —respondió ella, señalando insultantemente su kilt.

—¡Esto no es un vestido: es un kilt! —manifestó Sinclair ofendido.

—¡Hum! Parece más cómodo que mi vestido… Si nos intercambiamos nuestras vestimentas, tal vez pueda enfrentarme a Archibald con comodidad, así que préstamelo —exigió la niña al tiempo que, para sorpresa de Sinclair, comenzaba a tirar de su falda.

—Nosotros los highlanders solo prestamos nuestros kilts a nuestras mujeres cuando dormimos con ellas —explicó Sinclair, intentando apartar a esa peligrosa niña de su kilt.

—¿Qué? ¿Eres un niño? —inquirió esa chiquilla, señalando acusadoramente a Sinclair.

—¡Pues claro que soy un niño! Y no cualquiera: soy Sinclair MacGregor, el futuro jefe del clan de los MacGregor.

—No te creo —anunció la niña, cruzándose empecinadamente de brazos—. Llevas el pelo largo, tienes un rostro muy bonito y un vestido: sin duda eres una niña.

—No es un vestido, es un kilt… —volvió a repetir Sinclair entre suspiros para luego, tras alzarlo, mostrarle una prueba irrefutable que demostraba que era un varón.

—Ah, vale…, tienes razón: eres un niño —anunció la chiquilla, apartando su rostro avergonzada para luego añadir, recordando sus

olvidados modales—: Yo soy lady Cassandra Morrison, hija de lord Wayne Morrison, el señor de esta casa —dijo en una tardía presentación mientras realizaba una elaborada reverencia a la que Sinclair respondió con un leve movimiento de su cabeza—. Y ahora que hemos dejado claro quiénes somos, ¿vas a ayudarme o no?

—¿Ayudarte a meterte en un duelo, a hacerte daño y posiblemente a morir? No —declaró Sinclair, cruzándose de brazos mientras seguía lentamente a esa niña hacia su lugar de encuentro, rogando por que se cansara de arrastrar esa espada antes de llegar hasta él.

—Entonces apártate de mi camino —declaró Cassandra con decisión, mostrándole que no cambiaría de parecer y se enfrentaría a su rival aunque fuera incapaz de sujetar su espada.

Sinclair no comprendía el empecinamiento de esa niña en enfrentarse a alguien contra el que seguramente ni siquiera podría luchar, pero lo comprendió en cuanto conoció al tal Archibald.

—Llegas tarde. Veo que has encontrado una espada y también a alguien que te acompañe… Dime, ¿quién es esa niña desgreñada? ¿Tu nueva sirvienta? Pues te advierto que, si gano este duelo, me la voy a quedar y haré que me dé un baño todos los días —anunció ese noble, haciendo que Sinclair abriera los ojos espantado ante tan terrible destino mientras se decidía a tomar parte en ese duelo y ganarlo.

—¡Es un chico! —gritó Cassandra ofendida, sin señalar que ella había cometido el mismo error.

—No me engañas: lleva vestido y pelo largo.

—Eso no es un vestido, ignorante: es un kilt, y es la vestimenta de los highlanders —anunció Cassandra para luego murmurar a su compañero—: Es la vestimenta de los highlanders, ¿verdad?

—Sí —confirmó Sinclair, cada vez más decidido a participar en esa pelea.

—Según mi padre, los highlanders son bárbaros escoceses de las Tierras Altas. ¿Se puede saber qué hace uno en tu casa?

—Han venido como invitados y no deberías ofenderlos —dijo Cassandra, defendiendo a Sinclair y a los suyos con la cabeza bien alta, haciendo que Sinclair se sorprendiera porque una inglesa lo defendiera.

—De acuerdo. Entonces, si gano nuestro duelo, ya no quiero que él me dé un baño: prefiero que me lo des tú —manifestó ese niño con una pérfida sonrisa en el rostro, al tiempo que sacaba su espada del cinto y la esgrimía en el aire, exhibiendo su habilidad con ella antes de colocarse en su posición de combate.

—¿Eh? ¿Por qué es tan bueno con esa espada si con la de madera era nefasto? —murmuró Cassandra mientras se peleaba con su espada para poder llegar hasta Archibald.

—Porque esa espada está forjada especialmente para él, con una aleación menos pesada, y ha entrenado con ella todos los días. Y la espada que llevas no está hecha para ti, sino para un adulto experto en combate, algo que tú no eres. Si sigues empeñada en luchar contra él, perderás y solamente conseguirás que te humille.

—¡Pero necesita que le den una lección! —exclamó Cassandra, contemplando cuán pequeñas eran sus manos mientras sujetaba la espada por la empuñadura, momento en el que algunas lágrimas de frustración comenzaron a manchar su rostro.

—Déjame dársela por ti —se ofreció Sinclair, tomando el lugar de Cassandra en ese duelo—. Si te parece bien, yo me enfrentaré a ti como su campeón —anunció Sinclair a ese presumido lord, que, creyéndose superior, no dudó en aceptar el cambio de rival.

—Por supuesto que te concedo el privilegio de enfrentarte a mí. Ya sabía yo que una niña pequeña solamente podía jugar con espadas de madera y nunca con las de verdad —anunció presuntuosamente Archibald para luego añadir—: Pero te lo advierto, escocés: soy el importante hijo de un conde inglés. Si tu espada me roza siquiera, habrá terribles consecuencias para ti y para los tuyos. Tal vez después de escucharme quieras echarte atrás y dejar a Cassandra sola. Nadie te reprochará que huyas de esta batalla, especialmente cuando todos conocen la temible reputación de los Birmington.

—Un highlander nunca temerá a un inglés y, menos aún, huirá de una batalla —anunció Sinclair con una maliciosa sonrisa, haciendo que su rival comenzara a temblar ante sus palabras. Y más todavía cuando extrajo una enorme espada de la funda que llevaba a la espalda, una versión más pequeña de la claymore tradicional escocesa que su padre había mandado hacer para él y que todo highlander que se preciara sabía manejar desde su más tierna infancia.

* * *

—¿Crees que nuestros hijos se llevarán bien? —preguntó lord Wayne a su invitado mientras buscaba a su revoltosa hija en el exterior de las murallas, donde normalmente llevaba a cabo sus travesuras.

—Escoceses e ingleses nunca se han llevado demasiado bien —contestó Malcolm sin esperar mucho de esa promesa de paz de los ingleses, que, como siempre, no tardaría demasiado en romperse.

—Nuestros hijos son el futuro. Me gustaría que ellos no heredaran nuestros prejuicios y nuestras luchas, de modo que pudieran crear juntos un mundo mucho mejor que el nuestro —declaró Wayne,

cansado de sus días en el campo de batalla, donde sangre enemiga y amiga se mezclaban por igual, convirtiéndolo todo en un infierno.

—Pero esos prejuicios siempre estarán ahí —señaló Malcolm cuando llegaron al lugar donde estaban los niños y vio a su hijo enfrentándose a un joven noble inglés, que no cesaba en sus insultos hacia los escoceses, aunque, para su asombro, también oyó a una joven damita inglesa defendiendo a su hijo con un lenguaje nada apropiado para una dama.

—¡Lady Cassandra Morrison, ese no es el lenguaje que debe emplear una dama de buena familia! —bramó lord Wayne, haciendo que la niña dirigiera hacia su padre una mirada inocente, que de nada le sirvió, mientras intentaba ocultar detrás de ella una gran espada—. Cassandra, no estarás escondiendo a tu espalda la espada de nuestra noble casa, una que solo levantamos contra nuestros enemigos y nunca contra nuestros invitados, ¿verdad?

—Padre, yo… —intentó excusarse la niña mientras, sin atreverse a mirar a su padre, contemplaba nerviosamente sus pies.

Pero eso solo fue hasta que su padre continuó:

—Los nobles guerreros nunca mienten y siempre se enfrentan a sus errores con la cabeza bien alta.

Tras oír esas palabras, la chiquilla alzó la cabeza y, tras coger aire, comenzó a relatar sus acciones y, fuera bueno o malo para ella, confesó todas sus trastadas.

—¡Él me provocó! —finalizó Cassandra, señalando a su fastidioso enemigo.

—¿Quién? ¿Sinclair? —preguntó Malcolm, seguro de que, si había un enfrentamiento con un inglés, siempre culparían a un escocés.

—¡No! —negó la indignada niña, para a continuación y, ante el asombro de Malcolm, pasar a defender a un escocés—. ¡Fue el niño despreciable…, digo… lord Archibald!

—Vale. ¿Y se puede saber qué hizo para provocarte? —preguntó lord Wayne, decidido a acabar con las disputas en su casa.

—Molestó e insultó a nuestros siervos, y ya que ellos no pueden retarlo a duelo, lo hice yo. Pero como mi espada no era adecuada para enfrentarme a él, Sinclair se ofreció a sustituirme en ese duelo hasta que yo aprendiera lo suficiente como para poder enfrentarme a Archibald —declaró la niña con orgullo, haciendo que Malcolm se acercara a ella y, tras ponerse a su altura, le preguntó:

—¿Tú has retado a un duelo a ese niño?

—Sí, porque cuando sea mayor, voy a ser un guerrero como mi padre… Aunque ahora que he visto cómo pelea Sinclair, tal vez prefiera ser un highlander —declaró la pequeña, provocando las carcajadas de Malcolm y que lord Wayne negara con la cabeza ante semejante locura.

Y antes de que alguien pudiera explicarle a esa pequeña que una mujer inglesa nunca podría ser un highlander, lord Stephen Birmington, conde de Westmorland, un hombre de hermoso rostro y un cuerpo menos curtido en la guerra que el de Wayne, que lucía siempre una impecable apariencia con unos recogidos cabellos castaños y unos calculadores ojos verdes, apareció en las murallas exteriores exigiendo la cabeza de un escocés.

—¡Wayne, ¿se puede saber por qué no estás deteniendo esa disputa?! —preguntó alterado lord Birmington, el padre de Archibald, preocupado porque su hijo estuviera perdiendo y sintiéndose ofendido porque pudiera hacerlo ante un salvaje escocés, tras lo que añadió—: ¿Y por qué permites que un bárbaro levante un arma contra tus invitados?

—Por lo visto, tu hijo estaba manteniendo un duelo contra mi hija, y Sinclair es el campeón que Cassandra ha escogido para defenderla, así que no veo por qué debería parar este enfrentamiento al que tu

vástago ha accedido —respondió Wayne con una sonrisa, viendo cómo ese niño que siempre se aprovechaba de su título para meterse con todos no podía hacer nada contra un highlander, que no medía a un hombre por sus títulos nobiliarios, sino solo por su valor.

Bajo el permiso del señor de esa casa, nadie interfirió en ese duelo y lord Birmington tuvo que contemplar cómo su hijo era humillado por un highlander que, entrenado para la batalla, no dudó en acorralarlo una y otra vez y en jugar con él hasta que finalmente, tras un ágil movimiento de espada, le arrebató a Archibald su arma.

—El duelo ha finalizado. El ganador es Sinclair MacGregor —anunció Wayne, dando por finalizado ese juego.

Y cuando todo terminó y Sinclair enfundó su espada, Archibald se levantó del suelo para acercarse a su rival con una rabiosa mirada y golpearlo airadamente en el rostro, una ofensa ante la que Sinclair se limitó a apretar sus puños sin contestar.

—¿Por qué Sinclair no le devuelve el golpe? —preguntó Cassandra a su padre, confusa al presenciar tal escena.

—Porque el duelo ha terminado y ya no te representa. Y como él no es ningún noble, no tiene derecho a devolver ese golpe —contestó lord Birmington, que lucía una complacida sonrisa en el rostro.

—Pero es el futuro jefe de un clan —señaló Cassandra confusa.

—«Jefe de clan» tan solo es el título que se dan entre ellos los bárbaros que gobiernan un trozo de tierra en Escocia, no tiene ningún valor en Inglaterra —replicó lord Birmington con desdén.

—«Clan» significa familia, y ser el jefe de uno es un honor que se obtiene al demostrarles a los tuyos que eres apto. No solo la herencia de sangre tiene que ver en la sucesión, ya que con los años esa sangre puede ir corrompiéndose —declaró Malcolm sintiéndose

ofendido, midiendo a ese inglés con la mirada mientras contenía a duras penas sus ganas de desenfundar su espada.

—Padre, ¿yo sí tengo el mismo título y el mismo rango que Archibald? —preguntó Cassandra inocentemente, haciendo que Wayne se preguntara en qué nueva diablura estaría pensando su hija en esa ocasión.

—Por supuesto, lord Birmington y yo somos dueños de feudos colindantes con una fuerza militar similar, por lo que tenemos el mismo estatus ante nuestro rey. Por tanto, nuestros hijos se encuentran al mismo nivel.

—Entonces, si me perdonan… —se disculpó Cassandra, despidiéndose de todos con una hermosa reverencia mientras desplegaba ante los presentes sus mejores modales. Luego, para sorpresa de todos, salió corriendo hacia Archibald y, en medio de un furioso grito de guerra, cayó sobre él para comenzar a propinarle golpes sin parar.

Lord Birmington gritó indignado, exigiendo que separaran a los niños. Y mientras Wayne ordenaba a sus hombres que apartaran a su hija de Archibald antes de que lo dejara calvo a base de tirones de pelo, Malcolm solo pudo reírse a carcajadas.

Unos instantes más tarde, mientras los lores ingleses se alejaban para reprender a sus respectivos vástagos, Sinclair permaneció en el campo de batalla todavía asombrado por lo que había ocurrido en ese lugar.

—¿Qué te ocurre, hijo? —preguntó Malcolm mientras golpeaba la espalda de su hijo a la vez que trataba de recuperar el resuello.

—Padre, creo que he sido salvado por una inglesa —declaró Sinclair espantado. Eso provocó una nueva ronda de carcajadas de su padre que lo hicieron sonreír mientras rememoraba cómo lo había defendido esa pequeña ante un lord inglés.

—Bueno, ¿y cómo vas a premiarla por sus servicios? —preguntó burlonamente Malcolm a su hijo mientras se reía de la absurda broma de ese señor inglés, que, a pesar de que él hubiera rechazado su premio, todavía insistía en dárselo.

—¿Por qué no la convierto en una highlander? —propuso Sinclair, haciendo ver a su padre que, pese a su batalla en el duelo, había escuchado parte de la conversación que había mantenido con esa niña.

—Eso, hijo mío, es un premio que quizá nunca puedas darle —declaró Malcolm, acabando con sus carcajadas, sabiendo que la única forma de que esa chiquilla se convirtiera en una highlander era casándose con uno de ellos, y por más hermosas y floridas palabras de paz que los ingleses pronunciaran, estos nunca permitirían que sus nobles hijas se casaran con un escocés.

—Padre, ¿has recibido ya tu premio? —preguntó Sinclair, tan taimado como cualquier highlander.

—No, lo he rechazado. Pero lord Morrison insiste en que vuelva cada año a su casa para repetirme la misma pregunta hasta que me decida a aceptar algo de él por haberle salvado la vida.

—Entonces yo volveré cada año contigo y haré la misma propuesta hasta que ella acepte su premio.

—¡Ah, hijo mío! Que ella acepte ese premio es totalmente imposible… —declaró Malcolm, intentando que su hijo comprendiera que convertir a esa dama en su esposa era algo que los ingleses nunca permitirían.

Pero, para su asombro, Sinclair replicó:

—¿Tan imposible como que los ingleses y los escoceses firmen la paz?

Ante las empecinadas palabras de su hijo, que le recordaban que algo aparentemente tan imposible ahora era una realidad, Malcolm

prorrumpió en nuevas carcajadas y recordó lo persistentes que podían ser los highlanders cuando encontraban en su camino algo que deseaban con intensidad y que defenderían siempre con su aguerrido corazón. Sin duda, ese algo para Sinclair era esa niña que le había robado el corazón.

—Está bien, hijo mío, tú proponle ese premio a tu enamorada, pero, por más que insistas, ambos sabemos lo que contestarán los ingleses una y otra vez a semejante proposición…

* * *

—¡No, no y no! ¡No puedes casarte con un escocés! —reprendió lady Marion a su hija.

—¡Es un highlander! —anunció Cassandra tercamente, golpeando con fuerza el suelo con un pie, exigiendo ser escuchada.

—¡Y menos aún con un highlander, los hombres más bárbaros de esas salvajes tierras! ¿Se puede saber quién te ha metido esa estúpida idea en la cabeza? —preguntó lady Marion, cada vez más alterada con el empecinamiento de su hija de casarse con un salvaje escocés.

—¡Es la única forma de ser una highlander y de conseguir una de esas grandes espadas con las que poder ganar a Archibald en un nuevo duelo, mamá!

—¡¿Cómo que un duelo?! ¡¿Y con una espada de verdad?! —exclamó lady Marion alterada mientras, para enterarse más de esas nuevas locuras, arrastraba a su hija consigo al tiempo que buscaba a su esposo para que la informara de lo ocurrido—. ¡Wayne! —gritó hasta dar con el señor de la casa.

Al ver que su marido estaba ocupado con uno de sus nobles invitados, lady Marion suavizó su tono de voz y, tras saludar con sus

mejores modales, susurró a su esposo cuál era el problema en el que se había metido su hija en esa ocasión.

Tras dar un largo suspiro, Wayne dirigió su mirada hacia su pequeña para intentar explicarle con dulces palabras por qué no podía casarse con un highlander.

—Cassandra, no puedes casarte con Sinclair.

—Padre, no te preocupes: no lo voy a hacer ahora. Lo haré cuando sea mayor —declaró Cassandra con decisión, pensando que la oposición de su padre se debía a que no quería verla dejar su hogar.

—Cassandra —insistió Wayne—. No puedes casarte porque ya estás comprometida con otra persona desde tu nacimiento.

—¡¿Qué?! ¿Con quién? ¿Por qué? ¿Y por qué no puedo elegirlo yo?

—Estás comprometida con mi hijo, lord Archibald Birmington —anunció el conde de Westmorland, luciendo en su rostro una maliciosa sonrisa.

—¡Pero, padre, Archibald no me quiere! —señaló Cassandra, sabiendo cuánto odiaba a ese niño que solo sabía hacer daño egoístamente a los demás.

—Los sentimientos cambian, Cassandra, y cuando crezcáis ambos comprenderéis cuál es vuestro deber.

—Padre, yo sé cuál es mi deber: voy a ser la señora de esta tierra, la defenderé y…

—Las mujeres no son señoras de nada. Tu deber es convertirte en la esposa de mi hijo, una buena herramienta para unir nuestros feudos y dar más poder a nuestras nobles casas —intervino lord Birmington abruptamente—. Como tu padre no tiene un conveniente heredero varón, tu hijo será el sucesor de esta tierra. Tienes razón en una cosa: es posible que mi hijo no te quiera, pero ten en cuenta que sí quiere el poder que puedes darle —sentenció cruelmente lord

Birmington intentando hacerle daño…, aunque el daño se lo hizo al final el silencio de su padre cuando Cassandra le preguntó:

—¿Padre? ¿Eso es verdad? ¿Yo no puedo ser un guerrero? ¿No puedo gobernar esta tierra ni proteger a nadie? ¿Solo soy una herramienta para ti?

—Cassandra, hija mía, las mujeres no pueden ser guerreros y, dadas las circunstancias, este matrimonio es lo mejor para ti.

—¿Para mí o para ti, padre? —preguntó Cassandra antes de alejarse a la carrera con lágrimas en los ojos que mostraban a todos que al fin se había dado cuenta de la realidad.

—Alguien tenía que abrirle los ojos a esa chiquilla —anunció lord Birmington despreocupadamente, sin importarle demasiado las lágrimas de esa niña.

—Stephen, lleva tu casa y tu familia a tu manera, pero no interfieras en el modo que tengo yo de dirigir mi territorio porque, te recuerdo, nuestros hijos aún no están casados.

—Sabes que si rompes ese compromiso matrimonial el rey no estará contento. Además, si ofendes a mi hijo te enfrentarías a una disputa entre nuestras tierras, y no creo que el rey vea de buen grado una nueva guerra cuando ahora solo quiere paz.

—Mi casa no ofenderá a la tuya, Stephen, pero recuerda que si es la tuya la que ofende a la mía, ese compromiso quedará anulado y yo exigiré una compensación ante nuestro rey. Y me importará muy poco volver a manchar mis manos de sangre si esta no me contenta, ¡porque mi hija para mí nunca será una herramienta! —anunció Wayne furioso antes de salir de la habitación.

—¿Wayne? Ahora no sé si es mejor que nuestra hija se case con un Birmington o con un bárbaro escocés —apuntó lady Marion, preocupada al recordar cómo el avaricioso conde de Westmorland había mirado a su hija como si fuera insignificante.

—Marion, ¿desde cuándo nos ha hecho caso nuestra pequeña? —dijo Wayne burlón, acogiendo a su preocupada esposa entre sus brazos—. Al final, esa revoltosa chiquilla se casará con quien le dé la gana —sentenció, sacando una sonrisa del rostro de su mujer.

—Pero anular un compromiso matrimonial al que nuestro rey le ha dado el visto bueno es prácticamente imposible.

—Sí, pero nuestra hija es tan lista como tú y tan aguerrida como yo, así que esperemos a ver lo que pasa y, mientras llega el día de ese enlace, protejámosla de la avaricia de los Birmington.

—Y acerquémosla a ese escocés, porque los enemigos de mi enemigo pueden llegar a ser mis amigos —señaló lady Marion, dándose cuenta de lo taimado que podía ser su esposo—. ¿De verdad pretendías premiar a ese escocés que te salvó la vida, seguramente por equivocación? —preguntó a continuación, haciendo que lord Morrison se encogiera de hombros con una taimada sonrisa a modo de respuesta como el gran manipulador que era.

Capítulo 2

Tres años después

—Una vez más, tengo que rechazar mi premio. Por lo visto, no puedo casarme contigo —anunció Cassandra desconsoladamente mientras jugaban tirando piedras al lago que había cerca de los terrenos del castillo y al que su padre le había permitido ir solo porque la acompañaba Sinclair con su espada y porque lord Archibald, con su séquito, también había decidido repentinamente visitar ese lugar.

—¿Por qué? —preguntó Sinclair, haciendo rebotar repetidas veces un nuevo guijarro en la superficie del agua, logro que Cassandra no conseguía por más que se empeñara.

—Porque, al parecer, estoy comprometida con lord Archibald desde mi nacimiento —reveló ella, poniendo cara de disgusto ante tal destino. Y furiosa con ese niño, cuando nadie miraba, le tiró la piedra que tenía en la mano apuntando a su trasero. Luego, cuando el proyectil dio en el blanco haciéndolo chillar, Cassandra simuló inocentemente que seguía concentrada en su juego.

—Pero él no te quiere —señaló Sinclair, quien, siguiendo los juegos de esa niña y cuando nadie miraba, lanzó una pequeña piedra hacia lord Archibald, dándole en esta ocasión en la cabeza y haciéndolo caer al suelo.

—No, pero por lo visto sí quiere mis tierras, y casarse conmigo conlleva quedarse con ellas.

—Pues que él se quede con tus tierras y yo me quedo contigo. Además, las tierras de las Highlands son mucho más bonitas y extensas que estas.

—¿Dejarías a tu clan en manos de un hombre como Archibald?

—¡Jamás! —exclamó Sinclair sin dudarlo al recordar el comportamiento de ese niño que solo se preocupaba por sí mismo.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que yo abandonaré a los míos bajo su yugo?

—¡Pero, si te casas con él, te quitará todo el poder y te encerrará en este castillo, convirtiendo tu hogar en tu prisión!

—Y si desobedezco a mi rey, será él quien nos castigue a mí y a los míos.

—Entonces, ¿qué harás?

—Provocaré que sea Archibald quien rompa nuestro compromiso, no creo que me cueste demasiado —anunció Cassandra mientras, sonriendo perversamente, volvía a tirarle una piedrecita a Archibald cuando este comenzaba a recuperarse, lo que hizo que volviera a acabar irremediablemente en el suelo.

A continuación, simulando pura inocencia, despidió cortésmente a los caballeros cuando estos se llevaron a su señor pensando que lord Archibald había sufrido un golpe de calor.

—No sé si será fácil librarse de ese enlace. Por lo que mi padre me ha contado, los ingleses se aferran mucho a sus posesiones, y él te ve a ti como una más de sus pertenencias —opinó Sinclair, señalándole a Cassandra los defectos de su plan.

—¿Y tú cómo me ves? —preguntó Cassandra de repente, observando a Sinclair con el ceño fruncido sin decidir si merecía la pena o no casarse con él.

—Te veo como una guerrera, si no, nunca te habría propuesto que te casaras conmigo —respondió Sinclair con una sonrisa al tiempo

que animaba a Cassandra a dejar de lado su educación inglesa para mostrarse como esa rebelde chiquilla, una actitud más propia de las Highlands—. Te apuesto lo que quieras a que soy más rápido que tú trepando a los árboles.

—Ah, ¿sí? ¡Entonces prepárate para perder tu kilt! —le contestó esa empecinada chica mientras salía corriendo hacia el árbol más cercano.

* * *

—No pienso darte mi kilt hasta que nos casemos —anunció Sinclair horas después, tras quedar victorioso en los juegos que había propuesto Cassandra, una niña que siempre lo provocaba pretendiendo quedarse con alguna de sus preciadas pertenencias.

—¡Aguafiestas! Entonces, ¿me darás tu espada?

—¡¿Qué?! ¿Mi claymore? ¡Nunca! —exclamó el joven guerrero ofendido, haciendo que esa chica le sacara la lengua—. Pero te daré esto —anunció Sinclair mientras cedía un poco ante ella y sacaba de su bota una daga oculta que hizo girar con habilidad entre las manos antes de ofrecérsela a Cassandra por la empuñadura.

—Creía que los guerreros solo usaban la espada —manifestó ella tentada de aceptar ese presente, más adecuado para un soldado que para una dama.

—Los highlanders usamos más de un arma en la batalla, incluidas nuestras manos —declaró orgulloso Sinclair, logrando que Cassandra aceptara finalmente su daga como si de un tesoro se tratase—. ¿Has oído eso? —preguntó entonces de repente, poniéndose alerta ante los aullidos de un animal salvaje.

—¡Bah! Será Archibald, que se habrá caído otra vez al suelo y estará llorando desconsoladamente por ello. ¡Venga! ¡Vayamos a

verlo y nos burlamos de él! —propuso despreocupadamente ella, precipitándose hacia el lugar de donde provenían los aullidos sin que Sinclair pudiera detenerla.

Cuando este consiguió dar con esa veloz niña, la encontró en un claro del bosque donde dos pequeños cachorros de lobo se enfrentaban a ella al tiempo que protegían los cuerpos sin vida de sus padres y sus hermanos, mostrando sus dientes.

Cassandra temblaba de miedo ante esos animales, o eso al menos era lo que Sinclair pensaba hasta que contempló su rostro y se dio cuenta de que en él no había miedo, sino ira, y que las lágrimas que Cassandra derramaba eran de impotencia y rabia.

—Archibald… —reveló ella airadamente, señalando las flechas que atravesaban a esos animales, unas flechas que no tardó en reconocer por el color de sus plumas, los colores de la casa de Birmington. Y entonces supo que Archibald seguramente había ejecutado esa cruel caza, no para defenderse, sino para su diversión —. A mi padre no le gusta diezmar a los animales de su tierra, y solo los caza cuando representan un peligro para los campesinos o para alimentarse, aprovechando todo de ellos.

—Lo que tenemos ante nosotros no es una caza, Cassandra, sino un cruel juego. Si la intención hubiera sido cazarlos, habrían matado solo al macho y aprovechado su valiosa piel.

—¿Qué hacemos, Sinclair? —preguntó la niña, señalando los aguerridos pero débiles cachorros de lobo que tenía frente a sí, pertenecientes a dos camadas distintas: una de lobos negros como la noche, y otra de blancos como la nieve.

—Solos no sobrevivirán, así que lo mejor sería acabar con ellos por compasión —anunció Sinclair, comenzando a sacar la espada de su funda.

—¡Sinclair, míralos! ¡Son guerreros como nosotros! ¿Cómo puedes pensar en acabar con ellos?

—Cassandra, no pretenderás amaestrar a unos animales salvajes ni mucho menos quedártelos, ¿verdad? —preguntó él, alzando irónicamente una ceja. Y en cuanto vio que esa rebelde chica dirigía unos tristes ojos hacia él intentando ablandar su corazón de guerrero supo que eso era precisamente lo que pretendía hacer Cassandra—. ¿Tienes la menor idea de en cuántos problemas podríamos meternos con esto? —añadió Sinclair, guardando finalmente su arma y cediendo ante las peticiones de esa chica que siempre sería su debilidad.

Al día siguiente, cuando volvieron al claro, Cassandra y Sinclair comprobaron que los caballeros de lord Birmington se habían llevado a los animales abatidos, seguramente para aprovechar la piel que no había querido aprovechar su joven señor.

Los cachorros salieron de su escondite cuando ellos llegaron y se debatieron entre aullidos de dolor y gruñidos de rabia. Al principio no bajaron la guardia y les gruñeron en todo momento, advirtiéndoles para que no se acercaran. Luego comenzaron a gimotear, perdidos ante la ausencia de sus padres, dando vueltas alrededor del lugar que habían ocupado sus cadáveres y tumbándose allí a la espera de que volvieran.

Los lobos, tras aprender la lección de la crueldad del ser humano, no se fiaban de los niños y mantuvieron su guardia alta durante varios días. Cassandra, sabiendo que antes de poder acercarse a los cachorros debían ganarse su confianza, propuso a Sinclair ser paciente y conseguirla poco a poco.

Sinclair y ella comenzaron a guardar trozos de carne de las cocinas y cada uno de ellos alimentó a uno de los cachorros. Al principio, los pequeños lobos solamente les gruñían en cuanto

aparecían mientras ellos colocaban la comida en el suelo. Luego, con el paso del tiempo, se fueron acostumbrando a su presencia, a su olor, y cada uno de ellos eligió cuál sería su compañero.

La loba blanca, a la que Cassandra llamó Luna, se acercaba a ella cuando comenzaba a hablarle con voz dulce hasta el día en el que finalmente acabó comiendo de su mano y aceptando sus caricias.

Por su parte, el lobo de negro pelaje al que Sinclair llamó Sombra eligió al joven escocés, quien, al contrario que Cassandra, no le habló incansablemente de sus preocupaciones y deseos, sino que se mantuvo en silencio mientras dejaba la comida en su mano y le brindaba al peligroso animal la opción de cogerla o no.

Poco a poco, esos dos animales salvajes aprendieron a confiar en ellos y les concedieron su lealtad, pero solo a ellos. Un día, cuando Cassandra y Sinclair se marcharon del claro como siempre hacían, los dos lobos se alejaron del bosque para seguirlos.

El castillo entró en pánico al ver a dos lobos salvajes acompañando a los dos niños. Malcolm y Wayne prepararon sus armas para atacar lo más rápidamente posible, sin atreverse a acercarse demasiado a sus hijos por si esos animales atacaban, pero, ante el asombro de todos, Cassandra acarició a la loba blanca calmando sus gruñidos y Sinclair emitió una firme orden que hizo que el lobo negro dejara de mostrarle los dientes a todo aquel que se acercara.

—¡Cassandra! —bramó Wayne, imaginando que la loca idea de domar a esos animales solo podía haber provenido de su hija.

—Padre, una de tus visitas acabó con toda su familia, y es responsabilidad tuya cuidar de todos los que viven en tus tierras.

—¡Cassandra, los lobos no forman parte de mis siervos!

—Pero pueden serlo —replicó ella, abrazando tiernamente a ese peligroso animal.

—¿Cómo pueden servirme esos animales? —preguntó Wayne, acariciando preocupado una de sus sienes.

—Protegiéndonos a mí y a mi madre cuando tú no estés —respondió su hija, logrando que su padre finalmente aceptara a ese animal en su casa.

—¿Y qué hay de ti, hijo? ¿Puedes decirme por qué debería permitir que volviéramos junto a nuestro clan con esa bestia salvaje a tu lado? —preguntó Malcolm a Sinclair, enfrentándolo con una fría mirada que reprendía sus acciones.

—Porque el lobo forma parte del escudo de su clan. ¡Es de su familia! —interrumpió Cassandra a ambos, sacando de Sinclair una sonrisa al ver que durante el tiempo que habían pasado separados ella había querido saber más de su gente.

—No hablaba contigo, chiquilla, sino con él —respondió Malcolm, reprendiendo a Cassandra antes de volver a mirar severamente a su hijo.

—Padre, este lobo es mi compañero y luchará junto a mí fuera y dentro del campo de batalla.

—¿Y si se vuelve contra ti?

—No lo hará.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque ambos hemos intercambiado nuestra lealtad —respondió Sinclair, ante lo que el lobo negro emitió un suave gruñido que parecía mostrar su conformidad con las palabras de su compañero humano.

—¡Hum! Vas a ser el hombre más temido de las Highlands —manifestó finalmente Malcolm, dándole su aprobación al nuevo compañero de su hijo.

—Creo que tendré que serlo si algún día quiero reclamar mi premio —murmuró Sinclair a su padre, quien, entre susurros, le

preguntó jovialmente:

—¿Deberíamos aclararle a lady Cassandra que el animal de nuestro escudo no es un lobo, sino un león? —Y, después de que su hijo negara con la cabeza mientras mostraba una sonrisa en el rostro, Malcolm decidió hacerle otra pregunta que, en esta ocasión, borró ese alegre gesto de su semblante—: ¿Te ha vuelto a rechazar?

—Aún peor: me ha informado de que su prometido es lord Archibald Birmington.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió Malcolm a su hijo, pensando que tal vez en esta ocasión desistiría de perseguir su premio.

—Padre, ¿está mal robarle a un inglés? —preguntó Sinclair, lo que provocó las carcajadas de Malcolm, tras las que este le contestó:

—Hijo mío, sin duda, robarle a un inglés es una tradición escocesa.

* * *

La hazaña que habían conseguido esos niños al domar a unas fieras salvajes fue recibida con asombro por parte de los adultos que permitieron ese juego, no sin dejar de tensarse junto a sus armas cuando los animales pasaban por su lado exhibiendo algún tipo de comportamiento de advertencia si alguien realizaba algún mal movimiento ante sus amos.

—¡Cassandra! ¡Haz que tu lobo deje de gruñirme! —protestó Archibald una vez más, pero sus protestas en esta ocasión sacaron del rostro de Cassandra una sonrisa cuando, a pesar de sus quejas, Archibald mantenía la distancia.

—Es una loba, y si no quieres que te gruña, la solución es muy sencilla: no te acerques a mí y ella no te gruñirá —respondió Cassandra, sin preocuparse por los bufidos de su mascota,

especialmente cuando Archibald no dudó en recordarle quién era él para que ella se apresurara a obedecerlo.

—¡Pero soy tu prometido!

—Bueno, pero Luna no lo sabe, Archibald —repuso Cassandra haciéndose la tonta, ante lo que Sinclair sonrió mientras se acercaba a ella.

—¿Y por qué a él sí lo deja acercarse a ti? —preguntó Archibald, señalando acusadoramente a Sinclair cuando estuvo junto a ellos y la loba no gruñó.

—Porque Sinclair tiene otro lobo y son amigos —contestó Cassandra.

Tras esas palabras, Sinclair soltó un fuerte silbido que hizo que un gran lobo negro corriera hacia él, provocando que Archibald pusiera más distancia entre ellos.

—Pero, Archibald, no debes preocuparte: nosotros recogimos a estos animales salvajes y los amaestramos. Nunca se atreverían a desobedecernos…, a no ser que olieran la presencia del hombre que acabó cruelmente con sus familias. En ese caso tal vez no podríamos detenerlos y devorarían a ese malnacido de un bocado —declaró Cassandra con un tono inocente que no engañó a Sinclair pero sí a Archibald, que no tardó en salir corriendo hacia su habitación exigiendo a grandes voces por el camino que le prepararan un baño —. Me apuesto lo que quieras a que después aparecerá apestando a rosas.

—Eres una inglesa malvada —anunció Sinclair con una sonrisa mientras alzaba el rostro de esa niña de doce años que siempre exhibía una pícara sonrisa.

—Admítelo: te gusta que sea mala —declaró Cassandra antes de salir corriendo para jugar de nuevo con él entre los pasadizos de su castillo, pero en esta ocasión sin que Archibald los molestara.

Mientras jugaban al escondite, subieron a las habitaciones y, a través de la puerta entreabierta de lord Morrison, los niños escucharon la conversación que mantenían sus padres mientras disfrutaban de unas copas, hablando acerca de un futuro que ellos nunca habrían sospechado que les esperaba.

—Muy pronto volveremos a ser enemigos, parece que tenías razón y que la paz entre escoceses e ingleses nunca dura demasiado. El año que viene no podrás volver para que te pregunte de nuevo qué es lo que quieres a cambio de haberme salvado la vida, así que dime, Malcolm: ¿qué quieres como premio?

—Nada, Wayne. Aunque soy un hombre al que le gusta combatir, he disfrutado de esta paz que hemos vivido por un tiempo. Al contrario que otros ingleses, eres un hombre de honor y me complace haberte tenido como amigo, aunque desde mañana vuelvas a convertirte en mi enemigo.

—Las cartas de mi rey llevando sus órdenes de marcha en una nueva guerra no deberían llegar hasta dentro de un mes aproximadamente, tiempo suficiente para que puedas llegar a salvo a tus tierras y te alejes de mí y de lord Birmington. Quiero premiarte por tu buena acción, Malcolm, pero por desgracia lo único que puedo hacer ahora es advertirte de que muy pronto tal vez volvamos a cruzar nuestras espadas.

—Quizá dentro de unos años volvamos a ser amigos —manifestó Malcolm, alzando su copa hacia lord Morrison.

—Quizá… —contestó Wayne, no muy convencido de ello.

—Hagamos una cosa: dejemos por escrito un registro del premio que quieres darme y, cuando haya paz de nuevo entre nuestros pueblos, yo, en persona, o tal vez mi hijo en mi lugar acudiremos a reclamarlo —propuso Malcolm, haciendo que su amigo volviera a sonreír.

—¿Qué es lo que quieres pedirme?

—Yo, nada. Pero es posible que mi hijo sí quiera algo de ti —anunció Malcolm taimadamente, haciendo sonreír nuevamente a su amigo.

—Siempre que se trate de algo que esté dentro de lo razonable, se lo daré —prometió lord Morrison entre carcajadas, disfrutando de la última copa que compartirían en mucho tiempo.

Y, mientras los adultos se despedían, los niños, que aún no comprendían lo que representaba ser enemigos, se miraron confusos y con miedo.

—¿Mañana seremos enemigos? —preguntó Cassandra, mirando apenada a su amigo.

—Sí, los ingleses vuelven a ambicionar nuestra tierra y nosotros volveremos a defenderla.

—¿No nos veremos más?

—Puede que dentro de unos años volvamos a ser amigos, y entonces podremos volver a vernos.

—¿Y cómo te reconoceré? —preguntó Cassandra, preocupada por cómo los años podían cambiarlos a ambos.

—Muy fácil: seré el guerrero más fiero que tenga un lobo negro junto a él.

—Entonces yo seré la más linda dama con una loba blanca a su lado.

—Cuando crezcas, no dudes de que vendré a reclamar mi premio.

—¿Y qué le pedirás a mi padre? —preguntó Cassandra, tras lo que su amigo contestó dándole un dulce beso en los labios que la pilló por sorpresa, un gesto al que, por supuesto, Cassandra contestó como haría cualquier guerrero que se preciara: le dio un puñetazo a Sinclair en un ojo.

»¡Eso solo lo pueden hacer las parejas casadas! —exclamó la pequeña señalándolo acusadoramente, para luego añadir con dulzura, abrazando por última vez a su amigo—: Adiós, Sinclair. Tal vez cuando vuelvas a reclamar tu premio podamos volver a vernos.

Sinclair permaneció de pie en el frío pasillo de ese castillo viendo cómo su premio se alejaba de él y, mientras lo hacía, rogó en silencio para que esa separación no fuera para siempre y para que un día pudiera regresar a por él.

Al tiempo que se perdía en sus pensamientos, su padre salió de la habitación de lord Morrison y, tras ver el golpe en su ojo, le preguntó extrañado:

—¿El resultado de una nueva pelea?

—No, el de un beso —anunció Sinclair entre suspiros, provocando que su padre se riera de él.

—Esa inglesita no te lo va a poner fácil, ¿estás seguro de que aún quieres reclamarla?

—Lo único que vale la pena en este lugar es ella —manifestó Sinclair con una sonrisa, para luego recalcar—: Por supuesto que quiero reclamarla.

—Como siempre, los escoceses, a diferencia de los ingleses, tenemos buen ojo para los tesoros y, sin duda, el día de mañana ella se convertirá en uno digno de admirar por todos.

—Será entonces cuando la reclamaré.

—¿Y si no puedes quedártela? —preguntó Malcolm, recordándole a su hijo los peligros de perseguir a esa dama, a lo que su hijo contestó como todo orgulloso escocés.

—En ese caso, simplemente la robaré…

Capítulo 3

Siete años después

Cassandra no veía más solución a sus problemas que lo que iba a hacer.

Hasta ese momento había ignorado a lord Archibald en cada una de sus visitas, había hecho lo posible para que él la odiara, incluso había azuzado a su loba Luna en más de una ocasión para que le mordiera el trasero, pero su empecinado prometido insistía en querer casarse con ella. Y todo porque su nombre iba ligado a una herencia y unas tierras que tanto él como su padre ambicionaban.

Cassandra había alabado a Archibald entre las mujeres de la corte, soñando esperanzada con que alguna de ellas se decidiera a quitárselo, hasta que finalmente una incauta a la que le gustaba jugar a hacerse la inocente había picado y se lo había llevado. Para su desgracia, como Archibald seguía ambicionando su tierra y una posición estable que no tenía como segundo hijo, se había decidido a mantener a esa mujer como su amante mientras insistía con su idea del matrimonio.

—No me dejas otra opción, Archibald —murmuró Cassandra mientras hacía lo que una dama decente nunca debería y se colaba atrevidamente en las habitaciones de un caballero—. ¡Todo sea por evitar esa boda! —se dijo a continuación, dándose fuerzas para lo que tenía que hacer.

»William, he venido a hacerte una proposición que no podrás rechazar —anunció al tiempo que entraba precipitadamente en la habitación que ocupaba uno de los caballeros de honor de su padre, un hombre tan solo tres años mayor que Cassandra, de negros cabellos y amables ojos castaños que Wayne trataba como a un hijo.

—¡Milady! ¡No creo que sea adecuado que se encuentre usted en este lugar! —exclamó William al tiempo que se apresuraba a adecentar su aspecto para no ofender la dignidad de Cassandra, una dama que no se ofendió por ver el pecho expuesto de ese hombre, sobre todo cuando todavía recordaba cómo cierto diablo escocés le había mostrado partes mucho más indecentes de un varón.

—Sí, lo sé, pero tengo que estar aquí porque necesito pedirte algo y tú eres el único que puede hacerme este favor, aunque creo que con mi propuesta ambos nos beneficiaremos.

—Milady, comprendo que no quiera casarse con su prometido, pero perder su virtud con otro hombre solo mancillará su honor y el de su casa.

—¿De qué narices estás hablando, William? —preguntó Cassandra molesta, haciendo que él se percatara de que esa mujer no lo miraba con deseo.

—¡Oh! Creí que usted quería pasar la noche conmigo para experimentar qué es la pasión y poder sugerirle a su prometido que ya no es una mujer virtuosa con intención de que este rompa el compromiso.

—¿Crees que si yo hiciera eso lord Archibald rompería nuestro compromiso? —inquirió Cassandra mientras recorría con la mirada el cuerpo de William, haciendo que este comenzara a sudar—. ¡Hum! No es mala idea, pero no puedo hacerlo porque yo siempre te veré como a un hermano, William —manifestó a continuación, logrando que el hombre respirara aliviado, para luego empezar a preocuparse

de nuevo cuando Cassandra comenzó a explicarle su plan—. Mi propuesta es la siguiente: quiero que te conviertas en mi hermano y ocupes el lugar de mi padre en esta casa cuando él no esté.

—¡Pero, milady, ese lugar les pertenece a usted y a sus futuros hijos! Yo nunca podría usurparlo.

—No, nuestro rey nunca permitirá que permanezca soltera y sea una terrateniente de este lugar manejándolo a mi libre albedrío, prueba de ello fue el precipitado matrimonio que sugirió a mis padres cuando yo apenas tenía unos meses de edad. Este condado pertenecerá a mi marido hasta que mis futuros hijos sean lo suficientemente mayores como para tomarlo, y como yo no puedo librarme de lord Archibald, él se convertiría en el señor de esta casa en el momento en que mi padre no esté, una circunstancia que estoy convencida de que los Birmington intentarán acelerar en la medida de lo posible en cuanto me case. ¿De verdad querrías servir a un hombre como él? —replicó Cassandra, haciendo que William se diera cuenta de que, una vez más, esa inteligente mujer había desarrollado algún alocado plan para salvarlos a todos sin importarle poner en riesgo su persona.

—Milady, debe de haber otra forma de acabar con ese enlace y… —declaró William, mesándose los cabellos con frustración mientras se paseaba de un lado a otro de la habitación.

—No la hay, William. El deber de un noble señor es luchar por defender su casa, mientras que el de una dama es resignarse y guardar silencio ante las acciones de su esposo, sean acertadas o no. Si me caso con Archibald, todos seremos prisioneros y yo no tendré ningún poder para proteger a nadie. No soy un guerrero, pero he aprendido de los valores de mi padre. Y, ya que no puedo coger una espada para defender a los míos, haré uso de todas las armas que tenga a mi alcance…, y tú eres una de ellas.

—¿Por qué yo, milady? —preguntó William, confuso ante el poder que esa mujer pretendía depositar en sus manos.

—Porque eres un hombre noble que ha aprendido de mi padre, William, que lo escucha no solo en el terreno de la guerra, sino también fuera de él, que lo admira tanto como yo lo hago y que intenta aprender, no solo a ser un buen caballero, sino también un buen hombre. Si mi padre hubiera tenido un hijo varón, habría sido como tú. Si yo hubiera tenido un hermano, habría deseado que fuera como tú.

—Milady, solo soy un huérfano, un bastardo recogido de las calles por su padre —respondió William, reacio a tomar tanto de esa casa a la que nunca podría devolverle lo suficiente.

—Ni mi padre ni yo mediremos nunca a un hombre por su linaje, algo que no es elección suya, sino por sus acciones, que sí lo son. Y tus acciones, William, te convierten en el hombre más noble que conozco. Además, tu dudosa procedencia será muy adecuada para mi plan cuando los rumores de que eres el hijo bastardo de mi padre comiencen a circular por la corte.

—Ya…, ¿y cuándo cree que comenzarán a circular esos rumores? —preguntó él, resignándose a su destino mientras se acariciaba la sien, pensando en el millar de problemas que podría acarrearle ese nuevo plan de su señora.

—Ayer al mediodía —anunció Cassandra con una pícara sonrisa, haciéndole saber que ni por un momento había dudado de que él aceptaría su proposición.

—¿Qué debo hacer?

—Viajarás al pueblo donde mi padre te encontró y al que llegaste cuando niño después de que unos bandidos masacraran tu aldea. Allí comenzarás a hacer circular el rumor de que has recuperado algo de tu memoria perdida e inventarás un pasado en el que buscas saber

quién es tu padre, ya que sospechas que podría ser el señor al que sirves y quieres conocer la verdad. Te inventarás a una mujer que rivalice en belleza con mi madre, la cual te lo habría contado todo acerca de tu padre antes de morir a manos de esos bandidos, un recuerdo que habías olvidado hasta ahora. Mientras tanto, yo hablaré con mi padre, se lo contaré todo y lo convenceré para que acuda a ese pueblo. Allí mantendréis un encantador encuentro, en el que él te reconocerá como a su hijo, y el nuevo rumor pasará a estar en boca de todos. Este no tardará en llegar a oídos de lord Stephen Birmington y, por tanto, de lord Archibald, predisponiéndolo así a romper nuestro matrimonio.

—Milady, ¿y qué sucederá si lord Archibald no rompe su enlace con usted a pesar de todo? —preguntó William, cada vez más intranquilo por su señora.

—No te preocupes por eso: lo tengo todo perfectamente planeado, te aseguro que romperá conmigo.

—Lord Archibald no es un buen hombre, no será magnánimo a la hora de romper ese compromiso, y menos aún si se siente engañado por usted.

—Lo sé, por eso quiero que mis padres y tú estéis bien lejos de esta casa.

—¡Señora, ahora que sé lo que planea hacer no puedo dejarla sola! Yo…

—No obstante, lo harás, porque con mi plan solo sufriré yo. En cambio, si no lo sigues, sufriremos todos bajo la inclemente mano de ese hombre.

—Mi señora, es usted el mejor guerrero de cuantos he visto —anunció William mientras se ponía de rodillas frente a Cassandra y besaba su mano en señal de respeto.

—Yo no puedo ser un guerrero, William, ya que solo soy una mujer.

—Y aun así, con sus actos va a proteger a más hombres que los que yo he protegido con mi espada —manifestó él, poniéndose en pie mientras observaba con admiración a esa mujer que quería entregarle sus títulos y sus tierras a alguien ajeno a su familia y que anteponía la seguridad de sus siervos a la suya para enfrentarse a su enemigo—. Milady, solo aceptaré su petición si permite que algunos de mis hombres se queden con usted. Y, por favor, no se arriesgue demasiado cuando se enfrente a lord Archibald y limítese a aguantar hasta que nosotros lleguemos a ayudarla, porque tenga por seguro que una mujer como usted nunca estará sola.

—Así lo haré, William. Y ahora deséame suerte para mi siguiente batalla, que tal vez será la más peligrosa a la que me he enfrentado hasta ahora.

—¿Se enfrentará a lord Archibald? —preguntó William, preocupado por la visible inquietud de esa dama.

—No, a algo peor: a mis padres, a quienes debo contar mi descabellado plan —anunció esa valiente dama, mostrando que aún temía a alguien, aunque ese alguien tan solo fuera su madre y los duros tirones que podían sufrir sus orejas cuando Cassandra llevaba a cabo alguna de sus locuras.

* * *

—Padre, madre, os he reunido a ambos en mi habitación lejos de oídos indiscretos para comunicaros una importante noticia. Padre, tienes un hijo bastardo al que debes reconocer y que no es otro que William de Mérida —anunció Cassandra, lo que provocó que su devota madre fulminara a su marido con la mirada.

—¡Por Dios, Marion, te juro que nunca te he sido infiel! —exclamó Wayne, suplicando a su mujer que lo creyera.

Ante la reacción de su esposo, lady Marion dirigió su fulminante mirada hacia su hija, imaginando que era una treta de Cassandra.

—¡Explícate! —le exigió a su hija, quien, mostrando una de sus maliciosas sonrisas, comenzó con su explicación.

—Padre, mi boda con lord Archibald está a punto de celebrarse y, como tú no tienes un varón al que cederle tus tierras, estas pasarán a mi hijo. Y mientras este nace y se hace lo suficientemente mayor, mi marido actuará como regente. ¿Estás seguro de que quieres que ese hombre gobierne este lugar? Archibald no ha cambiado: sigue siendo un niño egoísta y malcriado que no escucha a nadie y que se mostrará cruel con todos los que estén bajo su mando. Tú me dijiste una vez que mi deber hacia esta casa era proteger a todos mis vasallos y mis siervos, y yo no creo que lo mejor para ellos sea encontrarse bajo el mandato de Archibald.

—¿Estás segura de lo que propones, Cassandra? Si nombro a otro hombre como mi heredero, tu futuro hijo no podrá ostentar mi título ni mis posesiones y tú lo perderás todo.

—No, padre: ganaremos mucho. Y la mayor ganancia para mí será librarme de ese compromiso.

—Cassandra, aunque tu padre anunciase un nuevo heredero, tu compromiso no se rompería tan fácilmente, ya que el rey dio su aprobación y tú no podrías romper con Archibald sin insultar a su casa —intervino lady Marion, intentando hacer recapacitar a su hija.

—Entonces tendré que hacer que él rompa conmigo.

—Cassandra, si rompéis de una forma indecorosa, las miradas, las burlas y la culpa recaerán sobre ti. En este mundo hecho por hombres, son muy pocas las veces que alguien los culpa a ellos, sean responsables o no —añadió lady Marion, tratando de que su

hija viera la realidad de lo que le ocurriría si seguía adelante con su descabellado plan.

—Seré repudiada, alejada de mi casa como una mancha en el nombre de esta familia y enviada a recluirme a un convento. Pero prefiero eso a ser entregada a un hombre como Archibald, con el que no solo sufriré yo, sino que lo haremos todos. Todo lo que mi padre ha creado desaparecerá bajo el mandato de una persona egoísta que solo piensa en sí misma.

—Yo no quiero ninguno de esos destinos para ti, hija mía, solo quiero que seas feliz —declaró lady Marion mientras abrazaba con cariño a su hija.

—Si nuestra hija sabe todo lo que va a perder y aun así insiste en seguir con esta locura, yo no puedo hacer otra cosa salvo respetar sus deseos y continuar con este descabellado plan. A fin de cuentas, creo que tiene razón sobre Archibald —manifestó Wayne, dispuesto a hacer lo que su hija le había pedido.

—¿Por qué lo haces, Cassandra? Vas a salir muy perjudicada de todo esto —preguntó lady Marion, resistiéndose a aceptar ese loco plan en donde la única afectada sería ella.

—Porque un gran hombre me enseñó una vez que un noble guerrero debe proteger a los suyos y blandir su espada para enfrentarse al enemigo. Como yo no puedo blandir una espada, he decidido proteger a los míos con las armas que me enseñó a utilizar una gran mujer: la astucia y la inteligencia —respondió Cassandra, logrando finalmente que sus padres accedieran a seguir su absurdo plan.

—Está bien… ¿Qué tengo que hacer para llevar a buen término esa idea tuya? —inquirió lady Marion.

—Tú tan solo tienes que fingir que mantienes una gran disputa con mi padre por el hecho de que él quiera reconocer a ese

bastardo, otorgándoles así mayor credibilidad a los rumores. Te marcharás al castillo del abuelo y durante un tiempo no dejarás de maldecirlo públicamente.

—Eso es fácil, porque es justamente lo que hago cada vez que recuerdo que tu padre fue uno de los que propuso tu enlace con lord Archibald —manifestó lady Marion, fulminando a su esposo con la mirada antes de salir airadamente de la habitación para comenzar a despotricar sobre su marido con todas las criadas del castillo.

—En cuanto a ti, padre, debes olvidar por un tiempo la idea de correr detrás de mi madre y acudir en busca de William para traerlo a esta casa con intención de declararlo oficialmente tu hijo y heredero —continuó Cassandra, mostrando en sus actos la firme determinación de un guerrero.

—Pase lo que pase, nadie de esta casa olvidará nunca tus acciones, hija mía —declaró lord Wayne a su hija, orgulloso de haber creado un guerrero con nombre de mujer.

En cuanto Wayne abandonó la estancia se dio cuenta de que su mujer lo esperaba fuera y, tan astuta como su hija, le habló antes de seguir con ese juego.

—Cassandra nos envía lejos porque sabe que Archibald va a hacerle daño. ¿No crees que ya es hora de que mandes un mensaje a cierto escocés recordándole que tiene un premio que recoger? Y más especialmente ahora que la paz vuelve a instaurarse entre nuestros pueblos.

—Querida, ese mensaje ya está enviado… y no tengo dudas de que en esta ocasión ese hombre no se irá con las manos vacías —respondió Wayne con una sonrisa, sabiendo que, aunque Malcolm MacGregor siempre se había negado a reclamarle un premio, su hijo no lo haría, y todos en esa casa sabían cuál era el premio más grande que ocultaban los muros de su hogar.

Tierras Altas de Escocia

—Sinclair, como jefe del clan deberás escoger a una buena mujer que te acompañe en tus deberes y que te dé un heredero robusto y fuerte —reclamó Angus MacGregor, uno de los ancianos del clan, en su intento por guiar a su joven líder, quien, a sus veintiún años, había asumido el lugar de su padre después de ganar innumerables batallas y haber sido apodado por los ingleses como el *Lobo Negro* gracias al implacable animal que siempre lo acompañaba.

—Ya tengo en mente una buena mujer con la que pienso casarme —anunció Sinclair, luciendo en su áspero rostro una ladina sonrisa mientras ignoraba las protestas del anciano y seguía centrado en su entrenamiento con la espada.

—Me parece perfecto: cualquier mujer de las Highlands estará encantada de que la desposes, así que, ¿por qué no se lo propones y te casas de una vez?

—Hay ciertos problemas que todavía estoy considerando cómo enfrentar. El principal de todos es que ella ya está prometida a otro hombre.

—¡Bah! Eso es sencillo: róbasela —apuntó Angus, exponiendo la solución más obvia a sus problemas.

—Eso es algo que estoy decidido a hacer, solo estoy pensando en cómo puedo hacerlo de forma que pueda quedarme con ella después de haberla raptado.

—Sinclair, aunque pertenezca a un clan rival, si ella acepta compartir tu kilt puedes reclamarla ante todos. Y a un hombre como tú nunca le ha faltado encanto para seducir a cualquier mujer. Tan solo dinos a qué clan pertenece antes de actuar para que permanezcamos alertas a cualquier posible represalia.

—Angus, la mujer que ambiciono es inglesa —anunció Sinclair, haciendo que el anciano quedara boquiabierto ante tan espantosa revelación.

—¡Por Dios, Sinclair MacGregor! ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Ninguna enfermiza y enclenque damisela inglesa puede igualar a una aguerrida mujer de las Highlands!

—Eso lo dices porque no has conocido a Cassandra.

—A ver, ¿qué tiene esa chica que no tengan nuestras mujeres para haberte conquistado? —quiso saber el enojado anciano, cruzándose de brazos y negándose a admitir que una mujer inglesa pudiera ser mejor para el jefe de su clan que una brava escocesa.

—Veamos… —recapacitó Sinclair mientras soltaba su espada y se acariciaba la barbilla al tiempo que recordaba cómo era esa revoltosa niña de la que un día se enamoró—: Sabe montar a caballo como el más experto de los jinetes.

—¡Nuestras mujeres también saben montar a caballo! —señaló Angus empecinadamente.

—¿Saben montar a horcajadas y poseen tal punto de habilidad que son capaces de ponerse en pie sobre su montura?

—¡Eso es imposible! —protestó Angus, que fue ignorado por Sinclair mientras este continuaba con su exposición.

—Es la arquera con mejor puntería que conozco, bastante hábil con su daga y, aunque la espada aún pesa demasiado para ella, me consta que no desistirá hasta tener una claymore. Es astuta y valiente, y, cada vez que me ve, me reclama que le entregue mi kilt.

—¡Por Dios, qué desvergonzada!

—Eso lo hacía cuando era una niña. Estoy impaciente por averiguar si seguirá pidiéndomelo ahora que somos adultos, porque en esta ocasión no me negaré a dárselo.

—La mujer que me has descrito era la chiquilla que conociste en aquellos viajes que hiciste con tu padre a tierras inglesas. ¿Cuántos años han pasado de eso? ¿Seis? ¿Siete? Seguramente esa niña ha cambiado y ahora es una fría mujer inglesa a la que apenas reconocerás. Sería mucho mejor que te concentraras en mujeres reales y no en fantasías de tu niñez —replicó Angus antes de continuar—: Dime qué tipo de mujer te gusta y reuniré a unas cuantas candidatas de los clanes para que las conozcas. Quizá alguna de ellas consiga llamar tu atención.

—Está bien, Angus. Búscame una mujer que sepa domar a una fiera y salvaje loba blanca y lo pensaré.

—¿Insinúas que esa inglesa tiene una loba blanca como mascota? Porque, si es así, no te creeré.

—¿Como tampoco creerías que yo tengo un lobo negro? —señaló Sinclair, carcajeándose de ese anciano.

—No me engañas: una mujer como esa no puede existir, y mucho menos ser inglesa.

—¿Por qué? ¿Porque solo las mujeres guerreras tienen nombre escocés?

—No, porque si existiera una mujer como describes ya haría mucho que algún escocés la habría raptado —contestó Angus, haciendo que las carcajadas de Sinclair aumentaran.

—No te preocupes, lo haré. Solamente estoy esperando el momento adecuado para ir a por ella y robársela a ese inglés.

—¿Y cuándo será eso? —inquirió el insistente anciano.

Y mientras Sinclair reflexionaba sobre cuándo llegaría el momento de reencontrarse con Cassandra, uno de sus hombres corrió hacia él con el mensaje de un lord inglés entre las manos.

Extrañado, Sinclair abrió la carta y encontró en ella una única frase. Tras leerla, anunció en voz alta a su consejero:

—Angus, ha llegado la hora de ir a reclamar mi premio.

Ante tales palabras, el hombre corrió a preparar a los suyos para la batalla, el lobo negro que siempre lo acompañaba aulló para avisar a su compañera de su llegada y Sinclair sonrió ante la idea de volver a ver a esa aguerrida mujer, preguntándose en qué nuevos problemas podría llegar a meterlo en esta ocasión la hermosa y pendenciera Cassandra.

* * *

—¿Estás seguro de que Sinclair va a ir a casa de un inglés para iniciar una guerra? —preguntó Alistair, un joven guerrero que había luchado en varios combates junto a Sinclair, un hombre tan implacable que había logrado en más de una ocasión que el enemigo huyera espantado ante su mera presencia en el campo de batalla.

—Eso es lo que gritó Angus cuando llegó hasta nosotros anunciándonos que nos prepararamos para luchar contra Inglaterra —confirmó Murdock, aún confuso con las extrañas explicaciones que les había proporcionado ese anciano antes de instarlos a que se prepararan para acompañar a Sinclair.

—¿No sonríe demasiado como para querer iniciar una nueva guerra? —sugirió Duncan, observando atónito cómo el habitualmente serio y taciturno guerrero que lideraba su clan no podía retirar una sonrisa bobalicona de su rostro.

—¿No dijo Angus también algo como que Sinclair iba a tierras inglesas para hacerse con algún tesoro? ¿Qué creéis que será? —preguntó Murdock, interesado en saber por qué motivo el jefe de su clan corría hacia unas tierras inglesas que hasta hacía poco tiempo habían tratado de evitar a toda costa.

—¿Alguna espléndida arma? —apuntó el joven Alistair.

—Oro —opinó Duncan.

—Algún caro licor —propuso Murdock.

Y cuando todos seguían especulando y preguntándose por la naturaleza de ese tesoro, el disoluto Irvin, rememorando su última visita a Inglaterra, expuso su opinión.

—¿Acaso el mayor tesoro de todos no es una mujer? —anunció Irvin, el más experimentado de los hombres, que, después de haber acompañado a Sinclair desde que este era un mocoso, sabía perfectamente cuál sería el premio que sin duda reclamaría.

—¡No si es una inglesa! —contestaron todos los demás, indignados ante la idea de que el jefe de su clan prefiriera a una fría dama inglesa antes que a una de sus aguerridas y ardientes mujeres escocesas.

—Ya la conoceréis, y entonces la querréis para vosotros. Pero os lo advierto desde este momento: solo podréis admirarla desde lejos, ya que nuestro jefe lleva esperando reclamar su premio durante tanto tiempo que no hay nadie en el mundo capaz de arrebatárselo —avisó Irvin a esos desconsiderados, haciendo que todos negaran con la cabeza incrédulos.

No obstante, eso se debía a que aún no habían conocido a esa revoltosa chiquilla que se había atrevido a robarle el corazón a un highlander.

Capítulo 4

Cassandra repasaba que todo estuviera preparado a la perfección para la llegada de su prometido, porque, conociéndolo como lo conocía, Archibald no tardaría en aparecer por el castillo de su familia con intención de aprovechar la ausencia de sus padres para reclamar que su matrimonio se celebrara de inmediato.

Sin embargo, esas intenciones solo perdurarían hasta el instante en el que ella le diera la noticia de que a su nombre ya no iba ligada ninguna posesión.

En ese momento, Archibald gritaría, se indignaría y, sin duda, querría cancelar su compromiso matrimonial, y esa era la oportunidad que Cassandra no pensaba desaprovechar para acabar con todo.

Sabiendo que sus padres interferirían si Archibald osaba tratarla mal, algo que ese hombre no dudaría en hacer en cuanto se enterase de la sorpresa que le había preparado Cassandra, esta había organizado el viaje de su madre en la fecha precisa: lady Marion, fingiendo un furioso enfado frente a la decisión de su marido de nombrar como heredero a su bastardo, había partido rumbo a casa de sus padres, mientras que lord Wayne había salido varios días antes en busca del hijo pródigo.

En su castillo solo quedaban sus criados y algún fiel soldado, a los cuales Cassandra mantenía muy ocupados para que no se dieran cuenta de todo lo que estaba a punto de ocurrir.

—Thomas, ¿cómo van los preparativos para recibir a mi prometido?

—Los informadores que tenemos apostados en el camino me han notificado que, tal y como usted predijo, lord Archibald salió de su hogar en dirección a nuestro castillo en cuanto se enteró de la partida de sus padres, milady. No tardará en llegar.

—De acuerdo —respondió ella con una sonrisa—. Preparad copiosas comidas como bienvenida y aderezad las carnes con abundante sal: que el licor no deje de servirse entre los invitados. Dios sabe que ese hombre no sabe controlar su lengua y, cuando hay alcohol de por medio, ni siquiera es capaz de medir sus palabras.

—¿Qué debemos hacer ante las exigencias de lord Archibald?

—Obedecedlas todas, no incumpláis ninguna ni corráis riesgos por mí. Hacedle creer que es el dueño y señor de esta casa.

—¡Pero, mi señora…! ¿Y si ese hombre nos ordena hacerle daño…?

—Archibald es un hombre egoísta y mimado, Thomas, y en cuanto sea consciente de que he frustrado sus planes de hacerse con mis tierras, no dudes de que intentará hacerme daño…, como tampoco dudes de que yo me he preparado para ello —respondió Cassandra con una ladina sonrisa con la que Thomas estuvo seguro de que ella ganaría esa batalla contra lord Archibald, porque en astucia e ingenio nadie podía superar a esa mujer—. ¿Has encerrado a las criadas juntas en una habitación?

—Sí, milady. Como usted ordenó, solamente hemos dejado que ayuden a preparar el banquete los hombres más fuertes y robustos y las ancianas. Pero, señora, ¿a qué se debe esa extraña petición?

—La última vez que los hombres de Archibald vinieron a mi hogar tuve que defender a más de una de las sirvientas de esta casa frente

a ellos, ya que, por lo visto, los aires de grandeza de Archibald se extienden también a sus hombres. Si yo no estoy presente no podré defenderlas de ningún abuso, así que he planeado una pequeña estrategia para que nadie se acerque a ellas hasta que regrese mi padre y pueda poner orden en su hogar. ¿Recuerdas esas peligrosas plantas que crecen en los alrededores del castillo? ¿Aquellas que me advertiste en una ocasión que no tocara, advertencia que desobedecí, ante lo que me gané como recompensa por mis actos una gran picazón en las manos y una horrenda urticaria en la piel durante semanas?

—Sí, la hiedra venenosa no mata, pero el efecto puede ser sumamente molesto.

—Pues, Thomas, resulta que, de repente y sin saber por qué, todas nuestras sirvientas jóvenes han contraído una extraña enfermedad sumamente contagiosa al mismo tiempo… —anunció Cassandra de manera teatral mientras le mostraba el contenido de una cesta llena de esas hiedras venenosas, haciendo saber a Thomas lo que debía hacer a continuación.

—Mi señora es única planificando sus batallas. Si hubiera sido hombre, no dudo de que hubiera podido conquistar el mundo.

—No soy avariciosa, Thomas, no quiero conquistar el mundo: solo salvar a los míos. Así que, por favor, advierte a todos de que no interfieran en mis planes. Sin duda Archibald será sumamente molesto en esta ocasión, pero debéis recordar que yo he aprendido cómo tratar con él.

—Pero, mi señora, lord Archibald ya no es un niño al que podáis ignorar o molestar. Ahora es todo un hombre y puede haceros mucho daño, algo que ninguno de sus criados consentirá.

—Thomas, confía en mí. Yo no puedo levantar una espada como mi padre, pero eso no significa que no sepa cómo defender a los

míos y enfrentarme al enemigo. La única diferencia es que yo utilizo otras armas más acordes conmigo.

—Señora, es el mejor guerrero de cuantos he visto, pero también el más temerario, así que, por favor, si este asunto se complica, no intente salvarnos y, simplemente, huya.

—Entonces no sería un buen guerrero, ¿no?

—Señora, en ocasiones los mejores guerreros se ven obligados a retirarse dejando a alguien atrás para poder luchar otro día —insistió el hombre.

—Pero, Thomas, yo no soy un guerrero… —declaró Cassandra con una ladina sonrisa asomando en su rostro—. Por eso no pienso dejar a nadie atrás —añadió, más decidida que nunca mientras enfilaba hacia sus aposentos para preparar el vestido con el que más tarde recibiría a su prometido, que, si todo salía como ella tenía previsto, no lo seguiría siendo durante mucho tiempo más.

* * *

—Parece que en el castillo de lord Morrison se está llevando a cabo algún tipo de celebración. Tal vez no lleguemos en buen momento para que reclames tu premio, Sinclair —señaló Duncan, viendo cómo su llegada era ignorada por los sirvientes, demasiado atareados como para prestarle atención a su nueva visita.

—Puedo asegurarte que he llegado en el mejor momento para reclamarlo —manifestó Sinclair con una perversa sonrisa y una firme mirada que anunciaba una gran determinación.

—Aún no nos has dicho cuál es tu premio, Sinclair —intervino Murdock, interesado en saber cuál sería el gran tesoro que reclamaría a esos nobles ingleses.

—No os preocupéis. En cuanto lo veáis, sabréis reconocerlo como cualquier buen escocés…, algo que no puedo decir de los ingleses —contestó Sinclair, fijando sus ojos en el lord inglés que en esos instantes se adentraba en el castillo de lord Morrison a lomos de su caballo, como si le perteneciera, mientras se pavoneaba ante todos llevando a una mujer en su regazo.

—¿Conoces a ese hombre, Sinclair? —inquirió Duncan, bastante interesado en ese individuo a causa de la furiosa mirada que el jefe de su clan le dirigía.

—Sí, es un tipo al que conozco muy bien…, y al que odio con gran intensidad.

—¿Y eso por qué? —insistió Duncan, cada vez más interesado, ya que Sinclair era un escocés singular, uno de los pocos que no odiaban a todos los ingleses sin distinción como hacían los demás hombres de las Highlands.

—Porque tiene algo que quiero.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Irvin con una sonrisa, ya que él estaba al tanto de lo que su jefe pretendía reclamar en ese castillo.

—Como todo buen escocés, voy a robarle a un inglés el tesoro que todavía no sabe que tiene —respondió Sinclair antes de acelerar el paso, exhibiendo una sonrisa ladina que anunciaba a todos que se meterían en problemas una vez más.

Sus hombres lo siguieron sin dudar, dispuestos a acompañar al jefe de su clan hasta el mismísimo infierno si este así lo decretaba. Para su desgracia, en ese instante su infierno se encontraba en territorio inglés, un lugar donde habían prometido no levantar sus armas salvo que los ingleses los provocasen.

* * *

—¡Me están provocando! —gritó Murdock, siendo retenido por sus compañeros cuando intentó desenfundar su espada para apuñalar a un inglés que se había negado a servirle una cerveza.

—Mantén la calma. Sinclair está reunido con ese maldito inglés al que, aunque no sea dueño y señor de este castillo, le gusta presumir de ello. No podemos poner en peligro al jefe de nuestro clan metiéndonos en ninguna trifulca —advirtió Irvin al alterado hombre que reclamaba un buen trago.

—Pero nos están despreciando descaradamente. Todos los ingleses disfrutan de una fría cerveza mientras se ríen de nosotros, haciendo que los criados nos ignoren —señaló Duncan, disgustado con la bienvenida que les brindaban esos engañosos ingleses, que, una vez más, mostraban que la paz entre ellos era imposible.

—Seguramente han ordenado a los criados que no sirvan a ningún escocés y ellos no pueden desobedecer las órdenes de sus señores, así que es inútil que los persigas hasta la extenuación exigiéndoles nada —declaró Irvin, ganándose más de un suspiro de resignación de los hombres que lo rodeaban, que echaban en falta un buen trago con el que apaciguar su garganta tras el largo viaje.

Cuando esos escoceses estaban resignados a aguantar las burlas de esos insufribles ingleses por el bien de su clan, una voz femenina y burlona les sacó una sonrisa y, sin saberlo, les concedió una victoria en el juego que los ingleses se traían con ellos.

—¡No puedo creer lo que veo! ¡El mundo debe de haberse vuelto loco, ya que tengo delante de mí a varios escoceses en medio de una celebración sin una copa en sus manos, cuando normalmente hay que impedir que acaben con todas las existencias de la bodega!

—Señora mía, no es por elección propia, se lo aseguro —declaró Irvin con una sonrisa mientras le dedicaba una correcta reverencia a

la hermosa mujer que tenía ante sí, muy seguro de que esa insolente forma de hablar solo podía pertenecer a la audaz chiquilla de la que Sinclair se había enamorado, sospecha que confirmó en cuanto todos los presentes guardaron silencio ante sus palabras, confiriéndole el poder de la señora del castillo.

—¡Por Dios, que alguien les dé una copa a estos hombres sedientos para que puedan celebrar adecuadamente! —exclamó la dama.

Y antes de que un criado llegara con las bebidas, un soldado que portaba el escudo de armas de otra casa lo retuvo, enfrentándose a la señora del castillo para anunciar:

—Lord Archibald ordenó que no se sirviera a ningún escocés.

—¡Oh, vaya! ¡Qué desafortunada contrariedad! Si mi prometido así lo ha ordenado, yo no puedo desobedecer su mandato. Después de todo, él será el futuro dueño y señor de este castillo… ¡Hum!, aunque creo recordar que ese título le correspondería a mi hijo, no a él. En fin, qué se le va a hacer. De cualquier modo, Arnold, espero que no te opondrás a que yo disfrute de unas cuantas copas, ¿verdad? —respondió la señora de la casa, haciendo que Arnold apretara los dientes y dejara de cortar el paso a ese criado, que se apresuró a llevar las bebidas junto a su señora.

Los escoceses contemplaron atónitos a esa dama mientras se preguntaban cómo esa mujer tan pequeña podría beberse todas esas cervezas en lugar de los finos vinos a los que seguramente estaría acostumbrada.

A continuación, ante el asombro de todos los presentes, esa mujer no bebió más que un diminuto sorbo de la primera copa para luego quejarse de ella en voz lo suficientemente alta como para que todos lo oyeran:

—¡Ah! ¡Está demasiado caliente para mi paladar! ¡Esta cerveza no es de mi agrado! —exclamó mientras depositaba su copa en manos del asombrado Murdock.

»¡Ah! ¡Esta otra tiene una motita! No pretenderás que beba de una copa sucia, ¿verdad? —volvió a quejarse mientras interpretaba el papel de dama ofendida y depositaba esa segunda copa en manos de otro escocés: Duncan.

»¡Oh, no! ¡Esta está demasiado fría y no le va a sentar nada bien a mi delicada garganta! —declaró la mujer, cediendo la tercera cerveza a un sonriente Alistair, que la esperaba con impaciencia mientras se burlaba de los ingleses y le seguía el juego a esa traviesa dama.

»No, definitivamente, la cerveza no es lo mío… —señaló Cassandra, desechando la última copa, que no dudó en poner en manos de Irvin con una pícara sonrisa.

Los escoceses, sin poder evitar celebrar una victoria, y aún menos si esta era sobre un inglés, alzaron sus copas en dirección a los caballeros de lord Archibald, burlándose de ellos mientras disfrutaban de sus cervezas, gesto que solamente sirvió para que los ingleses reaccionaran amenazando a la señora de la casa, lo que provocó que los guerreros escoceses se tensaran mientras colocaban sus manos sobre sus armas, sin desenfundarlas todavía.

—¡Mi señora! ¡Lord Archibald será informado de esta insolencia!

—¿Qué insolencia, Arnold? —preguntó esa taimada mujer sin dejarse amilanar por el duro tono de ese hombre mientras lucía una pícara sonrisa en el rostro.

—Desobedeciendo sus órdenes, ha servido una copa a los escoceses.

—¡¿Cómo te atreves a insinuar que he desobedecido a mi prometido?! —gritó la dama, terriblemente ofendida.

—Porque lo ha hecho su criado: les ha servido una copa tras otra y…

—Perdona, Arnold, pero mi criado solamente me ha servido a mí una copa tras otra. Para mi desgracia, mi paladar es muy delicado y ninguna cerveza era de mi gusto.

—¡Usted ha ofrecido esas copas a los escoceses!

—No, para nada. Te equivocas, Arnold: yo he descartado cada una de esas copas que no eran de mi agrado y luego ellos las han cogido. ¿Hay alguien aquí que pueda afirmar en voz alta y en mi presencia que las cosas no han sucedido como yo digo? —preguntó Cassandra a viva voz, y nadie la contradijo públicamente—. Muy bien, ya lo ves, Arnold. Si mi criado no ha servido ninguna bebida a los escoceses y yo no les he ofrecido ninguna, ¿cómo puedo haber desobedecido las órdenes de mi prometido?

—No obstante, lo ha hecho… —insistió Arnold furioso, al tiempo que le advertía a esa dama con una maliciosa sonrisa en el rostro—: Y no dude de que informaré de ello a mi señor.

—No dudo de que lo harás, Arnold. Pero, por favor, describe las cosas tal y como ocurrieron, y no olvides recalcar que ni mis criados ni yo ofrecimos ninguna bebida a estos hombres sedientos, que, al contrario que los tuyos, fueron capaces de encontrarlas por sí mismos sin valerse de amenazas o violencia.

—Señora, estoy deseando ver el día en el que mi señor la ponga en su lugar…

—Y yo también, Arnold, porque entonces será mi turno de ponerlo a él en el suyo —replicó la altiva dama, quien, alzando valientemente la cabeza, no dudó en hacer frente a un guerrero al que muchos hombres habían temido, aunque no esa mujer.

* * *

Sinclair contemplaba cómo el hombre al que odiaba lo recibía en una de las habitaciones de esa casa como si fuera suya, y, mientras lo hacía, una descarada mujer se sentaba sobre su regazo mostrándole lo desgraciada que sería Cassandra si se casaba con ese pusilánime, algo que él no pensaba permitir.

—Dime, Sinclair, ¿a qué has venido a mi hogar?

—Creo recordar que esta aún no es tu casa, lord Birmington.

—Bueno, es solo cuestión de tiempo. Pronto lo será: en cuanto me case con Cassandra, todo esto…

—Seguirá perteneciendo a lord Morrison y, cuando él ya no esté, al hijo de Cassandra —declaró Sinclair burlón, recordándole a ese avaricioso inglés las leyes de sucesión.

—En cuanto se celebren mis esponsales con Cassandra no quiero volver a verte por aquí nunca más —manifestó Archibald, furioso con ese insultante escocés.

—He venido para retomar la costumbre establecida por mi padre y lord Morrison de visitar al señor de esta casa todos los años. Y en esta ocasión estoy pensando en reclamar el premio que lord Morrison le ofrecía a mi padre en cada ocasión como agradecimiento por salvarle la vida.

—No pienso darte nada.

—En ese caso aguardaré al regreso del verdadero dueño de este castillo para reclamarle a él mi premio. Hasta entonces, no me moveré de aquí.

—Voy a echarte de mis tierras.

—Estas no son tus tierras, Archibald, y yo tengo en mi poder una carta del señor de las mismas por la que me ofrece un salvoconducto que me concede libertad de paso por sus tierras y de

entrada a su castillo, además del firme juramento de darme el premio que le pida.

—Fue tu padre quien salvó a lord Morrison, no tú. ¿Se puede saber por qué alguien de aquí debería premiarte?

—Porque lord Morrison dejó por escrito que tanto mi padre como yo estábamos autorizados a reclamar ese premio. Mi padre no quiso nada de estas tierras en su momento, pero yo sí lo quiero.

—Muy bien. Podrás reclamar tu premio, pero tendrá que ser en otra ocasión porque en estos momentos estamos de celebración, de modo que felicítame, pues muy pronto me casaré —repuso Archibald con una maliciosa sonrisa mientras hundía desvergonzadamente la cabeza entre los pechos de la mujer que tenía entre sus brazos.

—No creo que esa sea la forma más correcta de celebrar tus nupcias.

—¿Con una novia como la mía? Sí.

—Nunca has sabido valorar las cosas que tenías a tu alrededor y no sabes lo agradecido que te estoy por ello, lord Archibald —anunció Sinclair antes de comenzar a retirarse—. Te haré caso y me quedaré hasta la celebración…, suponiendo que realmente llegue a celebrarse esta boda, claro está —finalizó Sinclair con una sonrisa burlona a la vez que se despedía de su rival, muy dispuesto a encontrar en ese castillo a la mujer por la que llevaba años rezando para que hubiera paz entre escoceses e ingleses, de modo que pudiera raptarla como mandaba la tradición de su pueblo.

Cuando Sinclair salió de la habitación, su lobo negro lo esperaba en la puerta y, como era habitual en él, lo acompañó guardándole las espaldas ante todo el que representara un peligro para él. Para su desgracia, al estar en territorio inglés, para ese lobo todos eran enemigos.

—Muy pronto encontraremos a nuestras compañeras… —dijo Sinclair intentando calmar los gruñidos de su inquieto lobo, aunque cuando llegó junto a los demás escoceses fue el turno de Sombra de calmar los suyos al darse cuenta de que sus hombres habían dado con Cassandra antes que él.

—¡No me puedo creer que esa mujer sea inglesa! —opinaba Alistair junto a los más jóvenes soldados de Sinclair, para luego añadir ante el asentimiento de todos—: ¡Seguro que sus antepasados tienen sangre escocesa!

—¿Creéis que podríamos robar a esa mujer antes de que se case? —manifestó Murdock, a pesar de que él no fuese un hombre acostumbrado a perseguir a ninguna mujer.

—Si lo hiciéramos, ¿quién se la quedaría? —inquirió Duncan, haciendo que todos comenzaran a discutir.

—Que elija ella —declaró Alistair orgullosamente, tras lo que todos se mostraron de acuerdo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Sinclair, muy seguro de que la única mujer capaz de conquistar a todos sus hombres de ese modo era precisamente aquella que él perseguía desde pequeño.

—Que conocieron a Cassandra y enamoró a todos tus hombres —respondió Irvin despreocupadamente.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo hizo?

—En un primer momento los encandiló con su belleza, con su sonrisa… —comenzó a responder Irvin teatralmente, para luego añadir—: y luego con unas cervezas que lord Archibald había prohibido que les sirvieran a cualquier escocés y que ella les sirvió sin servirles…

—Usó alguna de sus tretas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Problemas?

—Sin duda —respondió Irvin a la pregunta de Sinclair, que ya se preparaba para las batallas que a menudo debía enfrentar cuando Cassandra estaba de por medio.

Tras escuchar atentamente los planes de sus hombres sobre cómo secuestrar a Cassandra, Sinclair puso fin a todos ellos al anunciarles:

—No podéis raptar a esa mujer.

—¿Qué? ¿Por qué no? —protestaron ellos, desilusionados por la respuesta del jefe de su clan.

—Porque ella es el premio que yo he venido a reclamar.

—¿Y si los ingleses no nos la dan? —preguntó Murdock, recordando que esa mujer iba a casarse.

—Entonces, la raptamos —contestó Sinclair, haciendo que el grito de victoria de sus hombres resonara por todo el lugar, lo que provocó que los ingleses no pudieran ignorar a los aguerridos guerreros que disfrutaban junto a ellos de una buena copa, aunque ingleses y escoceses no brindaran por la misma razón.

* * *

Cassandra se lamentaba en voz alta de no haber tenido en cuenta a ese irracional escocés en sus planes.

—¡Maldición! ¿Por qué no incluí a Sinclair en mis planes? ¿Por qué no pensé en él? Tal vez porque llevaba más de siete años sin venir a mi castillo y creía que se habría olvidado de mí… Aunque seguramente tan solo habrá venido a reclamar su premio… —murmuraba mientras se daba los últimos retoques frente al gran espejo de su habitación y se preparaba para enfrentarse a su prometido—. ¡Vamos, Cassandra! No debes temer que nada salga mal, ya que él no te defenderá. Solo son extranjeros, orgullosos escoceses que… que no dudarán en utilizar cualquier excusa para

comenzar una lucha con un inglés —terminó con un gemido, imaginando que los hombres de Sinclair sacarían a relucir su temperamento ante cualquier injusticia que se llevara a cabo ese día, y ya que Archibald era dado a portarse injustamente con todos los que no fueran él mismo, esos hombres desenfundarían sus espadas con toda seguridad.

Ahora, además de tener que pensar en cómo salvar a sus siervos de la crueldad de su prometido, también tenía que planear cómo salvar a unos escoceses e impedir una nueva guerra entre Escocia e Inglaterra, una que seguramente estallaría ese día si ella no hacía nada para evitar que esos hombres se enzarzaran en una pelea.

—Mi señora, su prometido ha reclamado su presencia en el gran salón.

—Sin duda está impaciente por verme… ¿Ha ocupado ya presuntuosamente el asiento de mi padre?

—Sí, milady. Debo añadir que también ha sentado a una mujer sobre su regazo mientras lo hacía.

—¡Ah! Esa debe de ser lady Rosalind, la mujer de la que se ha prendado mi prometido. ¡Al fin! Después de todas las mujeres que le he mandado para que lo seduzcan, por fin una lo ha conquistado y apartado de mí. ¿Crees que debería sentirme triste y apenada, Thomas? —preguntó Cassandra burlonamente, dando los últimos retoques a su peinado.

—Más bien aliviada, milady. Y si me perdona mi atrevimiento, debo señalar que esa mujer no tiene nada de dama y usted es cien…, no, ¡mil veces mejor que ella!

—Ya lo sé, Thomas, pero será mejor que mi prometido no se percate de ello o de lo contrario no podremos librarnos de él. ¿Cómo estoy? —preguntó Cassandra a su criado, haciendo que Thomas sonriera ante su nueva travesura.

—Sublime, mi señora… Pero ¿está segura de que esa es la indumentaria que quiere lucir para recibir a su prometido? —preguntó el fiel Thomas, sonriendo ante la elegante pero inadecuada vestimenta que Cassandra había elegido para la ocasión.

—Creo que es la más apropiada para recibir a un hombre como Archibald. Así que, en cuanto coja mi ramo de flores y baje mi velo, sin duda estaré preparada para esta ocasión tan especial. ¿Te importaría escoltarme hasta el gran salón, Thomas?

—Sin duda, milady, será un placer acompañarla a donde usted quiera, pero me siento confuso: ¿a qué tipo de ocasión especial se refiere?

—Mi querido Thomas, ¿a cuál iba a ser salvo a mi anhelado reencuentro con mi «querido» prometido, así como a un nuevo enfrentamiento contra él en el que no pienso perder? —respondió Cassandra antes de dirigirse hacia el gran salón del castillo, para lo cual se había engalanado con esmero para dar comienzo a su batalla.

* * *

Archibald no les había ofrecido a los suyos una bienvenida o un lugar donde pasar la noche. Ni siquiera les había servido una copa para apaciguar su sed, algo que Sinclair había resuelto por sí mismo sirviéndose una cerveza tras mirar intimidantemente a uno de los criados.

Con grosera audacia, ese individuo había osado sentarse en la silla de lord Wayne Morrison en su ausencia al tiempo que mantenía impúdicamente sentada en su regazo a una mujer vulgar que no le llegaba ni a las suelas de los zapatos a la señora del castillo.

Mientras Archibald mandaba en ese lugar, Sinclair había tenido que morderse la lengua en más de una ocasión cuando se burlaba de Cassandra y ahora, en el momento en que Archibald disfrutaba regodeándose de ser el prometido de la mujer que Sinclair deseaba, este mantenía sus puños fuertemente apretados, esperando el momento oportuno para deshacerse de ese molesto sujeto y hacerse con lo único que valía la pena en ese castillo.

Para su desgracia, ese tesoro pertenecía a un avaricioso inglés, pero, como habían hecho los escoceses en ocasiones anteriores, esa circunstancia no sería obstáculo suficiente como para impedirle a Sinclair robar algo que, de todos modos, ese noble idiota no sabía valorar.

—He ordenado venir a Cassandra, mi *prometida* —declaró Archibald recalcando la última palabra, lo que hizo que Sinclair apretara los dientes deseando que esa realidad no fuera cierta—. Así podréis reencontraros después de tantos años. En estos instantes estará ataviándose con sus mejores galas para recibirme, ya que muy pronto nos casaremos. Ella no lo sabe, pero he venido hasta este castillo con la intención de adelantar nuestra boda. No veo ningún motivo por el que debería esperar más para casarme con ella, ¿no te parece, Sinclair? —preguntó burlándose de su rival escocés, provocando que este apretara fuertemente los puños.

Y cuando estaba a punto de contestar a ese fastidioso inglés para meterse quizá en un millar de problemas, los murmullos apagaron su voz y fue él quien rio a carcajadas en esta ocasión, al ser testigo de la respuesta de Cassandra ante la invitación de su prometido a acompañarlo.

Una mujer completamente vestida de negro, llevando un ostentoso velo de luto y un ramo de crisantemos se adentró en el gran salón, haciendo que más de uno se apartara de su camino

espantado. Archibald se levantó de su posición, muy alterado, para exigir una explicación tras oír algunas risas burlonas y una socarrona voz escocesa que no tardó en señalar con sorna:

—Pues sí, por lo que veo sí sabía de tus intenciones de adelantar vuestra boda y se ha ataviado con las mejores y más adecuadas galas para recibir a su prometido.

—¡Bah! ¡Eso es solamente porque su prometido es inglés! —exclamó otra escandalosa voz que provocó atronadoras risotadas entre los escoceses, lo que hizo que Archibald enrojeciera de furia.

—¿Estás seguro de que esa chica no tiene sangre escocesa? —preguntó Murdock entre susurros a Sinclair, haciendo que este soltara unas grandes carcajadas ante las ocurrencias de Cassandra, con las que sin duda esa rebelde mujer se preparaba una vez más para la batalla.

—¡¿Qué significa esto, Cassandra?! —bramó Archibald, cada vez más alterado por las burlas de los escoceses que se alzaban a su alrededor.

—Lo he dispuesto todo para ofrecerte un más que adecuado recibimiento. Y como sospecho que seguramente me has mandado llamar para adelantar nuestra boda, he venido preparada para la ocasión. ¿Acaso no te gusta mi vestido ni mi ramo de novia?

—¡Es negro! —gritó Archibald, muy disgustado por la osadía que Cassandra siempre mostraba ante él.

—Lo sé. Seguramente tú me exigirías que vistiera de blanco para esta ocasión, pero yo elijo el color de mi vestido y este va acorde con mi humor de este funesto día.

—Cassandra, he soportado tu osadía y tus impertinencias durante muchos años, pero en cuanto estemos casados, eso va a finalizar.

—Pero, Archibald, aún no estamos casados…

—Cierto, pero se trata de una cuestión que pienso resolver de inmediato. Un clérigo me ha acompañado en este viaje y, ya que estamos comprometidos desde la cuna, no veo por qué razón deberíamos retrasar nuestra boda un solo día más…, a no ser que todavía pienses ilusamente que puedes librarte de este matrimonio.

—Yo nunca rechazaría un matrimonio concertado y aprobado por nuestro rey, pero ¿por qué no esperas al regreso de mis padres para celebrar esta sagrada ceremonia?

—Porque tu padre, al igual que tú, intenta evitar este enlace y ya me habéis hecho perder la paciencia, ¡así que hoy habrá una boda, lo quieras o no! —anunció Archibald, haciendo un gesto a sus hombres para que trajeran al sacerdote.

Y cuando el hombre de Dios estuvo preparado para iniciar la ceremonia, Archibald se acercó a ella y ordenó fríamente:

—Cassandra, ven aquí.

—¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo, Archibald?

—Sí, llevo mucho tiempo esperando este momento y tú no me lo vas a estropear.

—¡Ah! Ahora veo lo mucho que me amas —manifestó ella burlona, dando un paso hacia Archibald.

Sinclair, queriendo impedir la ceremonia, se interpuso en el camino de Cassandra para salvarla, pero, como siempre sucedía cuando se encontraba cerca de esa mujer, se percató de que ella sabía perfectamente cómo salvarse sola, sin necesidad de su ayuda.

—No te impacientes, escocés, y mantén tu genio a raya o nos meterás a todos en problemas —susurró Cassandra al inquieto Sinclair mientras pasaba por su lado, haciendo que este se apartara reticente de su camino y dejara de tantear su espada.

—Veo que aún posees ese don con los animales y sabes manejarlos a la perfección —declaró Archibald insultantemente, lo

que hizo que más de un escocés acercara una mano a la funda de su arma ante el insulto dirigido al jefe de su clan.

—Sí, tienes razón, así que… ¡siéntate, Archibald! —exclamó Cassandra, dando una orden a una de las alimañas de esa sala, un insulto ante el cual los escoceses no pudieron evitar reír, aunque volvieron a tantear sus armas en cuanto lord Archibald se adelantó y agarró con brusquedad a la joven para llevarla ante el sacerdote.

—¡Por Dios! ¡Cuánta impaciencia por casarte conmigo! Se nota lo mucho que me quieres, sobre todo después de saber que con este enlace solo vas a conseguirme a mí y nada más que a mí… —manifestó Cassandra a viva voz para que todo el mundo la oyera mientras lucía una satisfecha sonrisa dedicada a su prometido y se preguntaba cuándo calarían en él sus palabras.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Archibald interrumpiendo el sermón del sacerdote, que ya había comenzado la ceremonia.

—Justamente lo que te he dicho: que con esta ceremonia solo me vas a ganar a mí, pues mi padre se ha reencontrado con su hijo bastardo y piensa designarlo su heredero, de modo que esta tierra y todo lo que contiene será suyo y no mío ni, por tanto, de mi esposo.

—Lord Wayne no va dejando bastardos por ahí, ¡eso es mentira!

—¿Por qué iba a mentirte yo sobre esa cuestión? Si quieres comprobarlo por ti mismo, tan solo tienes que mandar una misiva a la corte. Seguro que ya han comenzado a difundirse los rumores sobre la marcha de mi madre a casa de mis abuelos, abandonando su hogar muy enfadada, y sobre la partida de mi padre para reunirse con un preciado hijo varón, que no soy yo.

—¡Mientes! ¡Solo lo haces para evitar que esta boda se celebre! —exclamó Archibald colérico, tirando bruscamente del brazo de la novia para acercarla a él y enfrentarla con una furiosa mirada.

—Si quieres puedes seguir adelante con esta boda, pero insisto: con ella solo me conseguirás a mí…, ¿y qué harás después con la mujer que amas? —inquirió Cassandra, señalando a lady Rosalind.

—No tengo que hacer nada. Ella, al contrario que tú, seguirá a mi lado y me obedecerá en todo momento.

—Pero yo no lo haré, y yo seré tu esposa ante los ojos de Dios y de los hombres. ¿Recuerdas lo mucho que te hice sufrir cuando niño? Pues imagínate cuánto la haré sufrir a ella —anunció Cassandra, dirigiendo una maliciosa mirada a la mujer que se hacía la desvalida delante de todo el mundo, concediéndole a ella el apropiado papel de villana.

—No serías capaz…

—¿Realmente lo crees? Tú solo ponme a prueba, Archibald —replicó Cassandra luciendo una satisfecha sonrisa, un gesto que, para asombro de todos, Archibald intentó borrar de una bofetada.

Pero la sonrisa permaneció en su lugar, y cuando Cassandra volvió a mirar a su prometido lo hizo exhibiendo una perversa sonrisa que mantuvo mientras se acercaba a la desvalida Rosalind para propinarle a ella una sonora bofetada, tan fuerte o más que la que ella había recibido de él.

—¡¿Cómo osas…?! —gritó Archibald indignado, corriendo a consolar a su amante.

—Mi padre siempre me ha enseñado a golpear a mi rival donde más le duele, y tengo muy claro que tu debilidad es ella, Archibald. Así que, dime, ¿qué vas a hacer? ¿Seguirás adelante con este matrimonio que no te reportará ningún beneficio y nos harás sufrir a los tres, o prefieres inclinarte por lo más sensato y anular la ceremonia y nuestro compromiso para que no sufra nadie más?

—Escojo la tercera opción: ¡encerradla en el calabozo! Cuando haya aprendido a comportarse, tal vez la saque de su encierro

durante el tiempo suficiente como para celebrar nuestra boda —anunció Archibald con una malvada sonrisa en el rostro al tiempo que arrojaba a sus furiosos hombres contra su prometida, unos hombres que no dudaron en agarrarla violentamente de los brazos para cumplir las órdenes de su señor.

Los escoceses, que hasta ese momento habían mantenido su genio a raya, al no poder aguantar más esa injusta situación, para su asombro y el de los demás, desenfundaron sus espadas para hacer algo de lo que nunca se habían creído capaces hasta entonces: defender a un inglés.

Capítulo 5

—Si esa es la forma en la que mantienes tus nervios a raya, no quiero verte cuando se descontrolan —reprendió Cassandra al aguerrido escocés que, junto a sus hombres, compartía una celda próxima a la de ella en ese oscuro calabozo.

—¿Ese es el cariñoso saludo que me das después de tantos años sin vernos? —preguntó Sinclair, dedicándole una sonrisa con la que le aseguraba que no se arrepentía de nada.

—Te daría un fuerte abrazo, pero hay algo que se interpone entre nosotros…, en concreto, los barrotes de hierro de nuestras celdas —respondió ella con un irónico humor que provocó la risa de más de un escocés—. No tenías por qué defenderme, Sinclair: lo tenía todo previsto.

—¿Incluso este encierro?

—Obviamente, ya que conozco a la perfección el carácter de mi prometido. Lo único que no entraba en mis planes era que un obtuso escocés me hiciera una visita. Dime, ¿qué haces aquí?

—He venido en nombre de mi padre a reclamar la recompensa que el tuyo le ofreció.

—¡Ah! Y, después de todos estos años, tenías que aparecer justo ahora y estropearlo todo.

—Te estaban maltratando, ¿qué querías que hiciera?

—Nada, solo mantener tu temperamento a raya tal y como me habías prometido.

—Cualquier mujer me habría agradecido la ayuda que le estaba brindando con mi espada. Júrame que no estás llevando a cabo alguno de tus descabellados planes con los que metes a todos los que te rodean en innumerables problemas… —pidió él, reprendiendo con la mirada a esa traviesa mujer que, a pesar de haber crecido, no había cambiado demasiado.

—No sé de lo que me hablas, Sinclair —anunció Cassandra, esquivando la mirada de ese escocés que, pese a los años que habían pasado distanciados, seguía conociéndola demasiado bien.

Sinclair suspiró, resignado a no saber más de las artimañas de esa mujer. Unas tretas que, al parecer, tan solo estaban comenzando, por lo que pudo deducir al ver cómo Thomas, su viejo mayordomo y más leal sirviente, llegaba hasta ella con el rostro lleno de lágrimas que no tardó en limpiarse en cuanto los soldados de Archibald abandonaron el lugar, creyendo erróneamente que era un inofensivo anciano.

—Aquí tiene las llaves de su celda, milady. Tal y como usted anticipó, esos hombres son unos idiotas que bajan la guardia ante la bebida, y mis viejas manos siguen siendo unas tramposas consumadas a las que les ha gustado desprenderlos de estas llaves y de algo de su dinero, dicho sea de paso.

—Gracias, Thomas. Siempre se puede contar con tus habilidades para asuntos como estos —respondió Cassandra alegremente, cogiendo las llaves de su libertad. Pero, para el asombro de sus compañeros de celda, no salió de su prisión, sino que guardó a buen recaudo las llaves en su vestido.

—¿No vas a recuperar tu libertad? —preguntó Sinclair, confuso con la taimada mujer que lo acompañaba en el infortunio.

—No, todavía no —confirmó ella con una pícara sonrisa que lo llevó a concluir que esa acción formaba parte de sus planes.

—¿Por qué no sale de su celda, señora? —preguntó Murdock con curiosidad, a lo que Sinclair, conociendo a esa mujer, contestó en su lugar.

—Porque aún no le conviene salir de ella, ¿verdad que no?

—Es increíble cómo, a pesar de todo el tiempo que ha pasado, sigues conociéndome tan bien.

—¿Cómo podría olvidar los miles de problemas en los que me metiste cuando, gracias a algunos de ellos, acabé con el trasero rojo en más de una ocasión cuando niño?

—Gracias por no olvidarme, Sinclair —anunció Cassandra con una sonrisa, recordando en ese hombre al cómplice de muchas de sus travesuras de la infancia.

—No eres fácil de olvidar…, ni antes, ni mucho menos ahora —declaró él mientras recorría con su ávida mirada el cuerpo de esa dama, haciendo que finalmente Cassandra se sonrojara y evitara sus ojos para prestarle toda su atención a su viejo criado, que aún esperaba las instrucciones de su señora.

—Thomas, ¿qué está haciendo Archibald mientras yo estoy encerrada?

—Como usted sospechaba, milady, su arrogancia no tiene fin, y se cree amo y señor de este castillo. Les ha ordenado a los criados que no les hagan llegar nada de alimento ni a usted ni a los escoceses durante dos días. Por lo que parece, pretende castigarlos con un ayuno forzoso para debilitar sus fuerzas.

—¡Gracias a Dios que Archibald y sus hombres son idiotas! ¿Cómo los convenciste para que me encerraran en la celda adecuada?

—Fueron las dos únicas que dejé libres. Nuestros sirvientes me ayudaron a llenar las demás de viejos trastos, e incluso alguno de ellos se hizo pasar por un criminal para que los soldados no la encerraran a usted en otro lugar. Finalmente, en cuanto les rogué a

los hombres de Archibald que no la metieran en esta celda, aprisionándola junto a tantas cajas viejas, su crueldad hizo el resto.

—Thomas, te daría un abrazo si no hubiera unos barrotes de por medio. Cuéntame, ¿cómo están mis siervos?

—Todos a salvo y obedeciendo de muy mala gana las órdenes de ese usurpador.

—Archibald tiene un carácter violento y no mide sus actos cuando se enfada, así que obedecedlo, contentadlo hasta que llegue mi padre y podamos echarlo del castillo.

—Señora, creo que viene alguien, así que, si me disculpa, voy a volver a llorar.

—Estás disculpado, Thomas —respondió Cassandra antes de que el viejo mayordomo volviera a fingir que lloraba desconsoladamente por lo que le estaban haciendo a su señora.

Para la sorpresa de todos los presentes, fue la desconsolada e inocente lady Rosalind quien apareció ante su celda, aunque ya no parecía tan inocente ni tan desconsolada.

—Anciano, el tiempo para hablar con tu señora se ha agotado —anunció lady Rosalind, haciendo que los hombres de Archibald que la acompañaban se llevaran a rastras al viejo criado, que seguía fingiendo sus lloros mientras era expulsado fuera del lugar—. Vas a pagar por lo que me has hecho —manifestó entonces vengativamente esa mujer dirigiéndose a Cassandra para, a continuación, anunciar con tono triunfal—: ¡Voy a quedarme con tu prometido!

—¡Oh, no! ¡Todo menos eso, por favor! —exclamó Cassandra teatralmente, para luego añadir en un tono más despreocupado y sonriente—: Es todo tuyo.

—Conseguiré que Archibald me convierta en su amante después de que se case contigo, y entonces, cuando me traiga a vivir con él,

seré la señora de este castillo, algo que tú solo serás de nombre.

—Lo dudo, ya que Archibald nunca será el señor de estas tierras.

—No me creo ninguna de tus mentiras.

—Me da igual si me crees o no: es la pura verdad. Si quieres comprobarlo por ti misma, solo tienes que convencer a Archibald para que envíe una misiva al castillo de mi abuelo o al pueblo de Kendal, donde se encuentra mi padre.

—Voy a hacerlo, y mientras espero a que se revelen cada uno de tus embustes, haré que te mueras de hambre y… —comenzó a anunciar vengativamente lady Rosalind.

Pero, ante el asombro de los escoceses que miraban atentamente la disputa de esas mujeres y de la propia Rosalind, Cassandra abrió una de las cajas que se encontraban en su celda y, tras sacar una jugosa manzana de su interior, le propinó un buen mordisco para luego decir en son de burla:

—Prosigue…, me estabas relatando cómo me iba a morir de hambre aquí dentro, ¿verdad?

—¡Guardias! —chilló Rosalind, haciendo que los soldados que esperaban en el exterior llegaran corriendo hasta ella—. ¡¿Se puede saber cómo han llegado esas cajas llenas de comida al interior de la celda de lady Cassandra?! —preguntó, cada vez más alterada, mientras Cassandra seguía degustando su manzana en el interior de su celda y contemplando complacida el espectáculo que se desarrollaba ante ella.

Uno de los hombres se quedó junto a lady Rosalind mientras el otro corría hacia la salida, seguramente para informar cuanto antes a su señor.

—¡Saca ahora mismo las cajas de provisiones de ese lugar! —gritó airadamente lady Rosalind, haciendo que el guardia comenzara a

buscar con desesperación unas llaves que, por supuesto, no encontró.

Y, mientras esto ocurría, Cassandra se permitió abrir una nueva caja de la que en esta ocasión sacó una botella de vino y una copa, para de inmediato proceder a servirse y a degustar serenamente el exquisito licor frente a sus enemigos.

—¡¿Se puede saber qué significa esto?! —exclamó lord Archibald airadamente, molesto porque alguien hubiera interrumpido su celebración. Su humor terminó de agriarse al encontrar a su prometida, en vez de llorando con desesperación en su celda, disfrutando de un vino mucho mejor que el que le habían servido a él—. ¿Quién ha metido esas cajas en la celda de Cassandra?

—Si te preguntas si alguno de mis siervos te ha desobedecido, debo informarte de que no: todos ellos han seguido tus órdenes al pie de la letra. La culpa de que yo haya acabado en una celda con abundantes provisiones es enteramente de tus hombres y su vagancia por no revisar estas viejas cajas antes de encerrarme con ellas.

—¡Que alguien abra esta maldita celda ahora mismo! ¡Sacad todas esas cajas!

Y, una vez más, los guardias comenzaron a buscar las llaves de esa celda. En esta ocasión, cuando no las encontraron tras una infructuosa búsqueda, Cassandra las sacó de entre los pliegues de su vestido y se las mostró a Archibald desde el interior de su celda.

—Creo que nadie va a sacar nada de aquí, ni siquiera a mí. Ya veremos lo que piensa mi padre cuando vuelva a su hogar y encuentre a su hija encerrada en una celda de su propio castillo por decisión de su prometido —anunció Cassandra, enfrentándose a un cada vez más airado Archibald.

—¡Bah! Tienes algo de comida, pero estoy seguro de que después de unos días sin las comodidades de las que disfruta cualquier dama, tú misma saldrás de esa celda y… —Pero su prometido enmudeció en cuanto Cassandra sacó unos enormes y mullidos cojines de otras cajas, además de algunas mantas. Tras depositarlos en el suelo, se tumbó cómodamente sobre su improvisado lecho mientras lo observaba desde su cómoda posición y se burlaba una vez más de él.

—Continúa, Archibald… Decías que voy a sufrir una gran incomodidad, ¿verdad? ¿Qué más? —preguntó desde su celda mientras alzaba burlonamente su copa en su dirección.

—¡Cassandra, sal ahora mismo de esa celda! —gritó Archibald airadamente cuando vio que se reía una vez más de él.

—Sí, lo haré encantada en cuanto llegue mi padre y vea cómo tratas a tu prometida. Dime, Archibald, ¿crees que este maltrato será motivo suficiente para que el rey acepte deshacer nuestro compromiso o tal vez haga falta una guerra entre nuestros feudos? —replicó ella, anunciando que estaba dispuesta a todo con tal de librarse de esa boda.

—¿Qué hacemos, mi señor? —preguntaron los guardias, que no sabían cómo actuar para apaciguar a su furioso lord.

—Dejadla en paz, que haga lo que quiera dentro de esa celda —anunció Archibald, comenzando a lucir en su rostro una perversa sonrisa cuando sus ojos se fijaron en los escoceses que acompañaban a su prometida en esa mazmorra. Y mostrándole a Cassandra que había encontrado su debilidad, ordenó con satisfacción—: No alimentéis a los escoceses hasta que ella salga de su celda. Nada de agua ni pan para ellos. Estoy seguro de que esta taimada mujer se ha abastecido de suficientes provisiones para esperar hasta el regreso de su padre, pero solo para ella. No ha

podido prever la presencia de cinco robustos escoceses encerrados junto a ella, así que Cassandra debe elegir: o los alimenta con sus provisiones o esos hombres se mueren de hambre delante de sus ojos. Cuando te decidas a salir de esta celda, avísame, querida, y así podremos continuar con nuestra boda.

—¡Jamás! —negó Cassandra, mirando con odio a ese hombre que seguía siendo tan cruel como cuando era niño.

—Entonces, lo que celebraremos será más de un funeral —anunció Archibald, saliendo de ese oscuro lugar para proseguir con su celebración.

—Sinclair —llamó Cassandra a ese obtuso escocés cuyo único pecado para acabar torturado junto a ella en ese lugar había sido intentar protegerla.

—¿Sí, Cassandra? —contestó él, pensando si esa mujer los abandonaría para conseguir su libertad como haría cualquier inglés en su situación o si cambiaría sus planes por ellos.

—¡Pero mira que eres inoportuno! —lo reprendió ella para, ante la sorpresa de todos, pasar algunas de sus provisiones a través de los fríos barrotes hacia su celda.

* * *

Archibald estaba totalmente seguro de que, después de una semana, las provisiones de esa mujer habrían mermado lo suficiente como para hacerla pasar hambre, mientras que el resto de las incomodidades de su celda terminarían de socavar su voluntad, provocando que se rindiera y pidiera que la sacaran de su encierro.

Con una sonrisa complacida, se dirigió hacia los calabozos del castillo para encontrarse con que la mujer que él había imaginado atravesando mil penurias, en realidad estaba en el fondo de su

celda, cantando detrás de un gran biombo al tiempo que los cinco molestos escoceses se mantenían firmes uno junto a otro formando una fila frente a los barrotes mientras fijaban sus amenazadoras miradas en sus soldados, manteniéndolos a raya para que no se acercaran a la celda de esa mujer.

—¡¿Qué demonios significa esto?! —gritó Archibald indignado, exigiendo una explicación.

—Se está bañando —anunció uno de los soldados como si eso fuera lo más normal del mundo.

—¡¿Cómo?! ¿Y se puede saber por qué no habéis subido a informarme de ello?

—Porque nosotros también queríamos mirar —respondió desvergonzadamente uno de los soldados mientras el otro, igual de estúpido que el primero, añadía:

—Pero los escoceses no nos dejan… —Un hecho que demostró el soldado cuando, al dar un paso hacia la celda de Cassandra, recibió un aterrador gruñido de más de un intimidante escocés.

Dejándolos por imposibles, Archibald se dirigió hacia el muro de escoceses y, enfrentándose a Sinclair con su fría mirada, ordenó:

—¡Apártate!

Ante esa orden, él se limitó a sonreírle a su rival con gesto burlón antes de ignorarlo completamente para preguntar a viva voz:

—Cassandra, ¿has terminado ya con tu baño?

—Me estoy vistiendo. No querrás que me presente ante ti vestida de un modo indecente, ¿verdad?

—Cielo, yo soy lo suficientemente paciente como para esperar a que te pongas la ropa, pero tu prometido no parece opinar lo mismo.

—¡Oh! ¿Archibald ha venido a verme? ¿Por qué no lo has dicho antes? —repuso ella, imprimiendo un tono de emoción a su

respuesta que hizo que Archibald sonriera complacido. Pero eso solo fue hasta que su prometida le bajó los humos al cambiar bruscamente el tono para anunciar a continuación—: Entonces tardaré el doble…

—¡Cassandra! ¡Quiero que salgas de detrás de ese biombo y que lo hagas ahora mismo! —gritó Archibald airadamente.

Tras unos momentos, su prometida finalmente salió de su refugio ataviada con un nuevo vestido limpio mientras se cepillaba tranquilamente el cabello.

—¿Qué quieres de mí, Archibald?

—Quiero que acabes con esta ridícula rabieta. Como me pediste, he mandado una misiva al pueblo donde se encuentra tu padre para anunciarle mi visita y para preguntarle acerca de las mentiras que me has dicho. ¿No sería mucho mejor que lo esperaras tranquilamente en tus dependencias en lugar de en esta celda?

—No, porque entonces mi padre no vería lo *bien* que me has tratado.

—¡Cassandra, te ordeno que salgas de esa celda en este mismo instante!

—Lo haré… en cuanto tus hombres y tú abandonéis mi castillo.

—¡Eres una mujer obtusa y cabezota que aún no ha aprendido cuál es su lugar!

—Mi lugar está en este castillo, protegiendo a mis siervos y vasallos de todo lo malo, y tú no eres bueno, ni para mí ni para nadie —respondió Cassandra, despreciándolo una vez más.

Furioso y sin saber a quién dirigir la ira que no podía desfogar contra esa mujer, los ojos de Archibald se centraron en un escocés detrás del cual Cassandra siempre se había escudado, pero que en esos momentos podía ser su debilidad.

—¡Sacad a Sinclair de esa celda!

Archibald comprendió que no se había equivocado cuando vio cómo su prometida dejaba de ignorarlo y se acercaba a los barrotes para enfrentarse a él.

—¿Qué piensas hacer? La paz entre escoceses e ingleses es muy precaria, y nuestro rey no te premiará precisamente si la haces peligrar, algo que sin duda ocurrirá si maltratas a Sinclair.

—Oh, no dañaré a Sinclair: tan solo le pediré que haga una demostración de su fuerza y habilidad de combate contra algunos de mis hombres.

—¿Qué armas le darás?

—Ninguna, ¿acaso no sabes que los escoceses se jactan de las poderosas armas que pueden ser sus manos desnudas? Pues veamos de lo que es capaz.

—Saldré de esta celda, ¡pero deja en paz a Sinclair!

—No, ahora soy yo el que no quiere que salgas de ella. Tal vez, cuando Sinclair acabe de entretenernos con sus hazañas y tú hayas aprendido la lección, es posible que te permita salir de tu encierro, pero, por ahora, permanecerás ahí dentro —anunció Archibald, sintiéndose victorioso por primera vez en mucho tiempo con respecto a esa mujer.

Y mientras sus hombres arrastraban a Sinclair hasta el exterior, se regodeó aún más en su victoria cuando señaló a uno de sus guardias armado con un arco y le ordenó:

—Si ella intenta salir de esa celda, dispara a un escocés.

—¡Eres odioso, Archibald! —gritó Cassandra apretando fuertemente los barrotes que la encerraban, enfrentando su mirada con la de su cruel prometido.

—Creo que hoy al fin aprenderás una lección, querida, una que deberías haber aprendido hace tiempo…

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es, Archibald?

—Que no puedes protegerlos a todos, especialmente si tan solo eres una débil mujer —respondió él, burlándose de Cassandra.

No obstante, ella volvió a desafiarlo cuando fijó sus retadores ojos sobre él y le replicó:

—Quizá… Aun así, lo intentaré.

Tras las provocadoras palabras de esa mujer, la victoria a Archibald no le supo tan placentera como habría deseado. Pese a ello, se marchó de los calabozos luciendo una perversa sonrisa, ya que pensaba disfrutar comprobando lo que podía aguantar ese escocés que siempre se había interpuesto entre Cassandra y él…, hasta ese día, en que él le enseñaría a ese salvaje a mantenerse apartado de su camino de una vez por todas.

* * *

Cassandra no se permitió apartar los ojos de los guardias de Archibald, que estaban dispuestos a cumplir con sus amenazas a la menor oportunidad y que no dejaban de apuntar a los intimidantes escoceses con sus flechas a pesar de que sus manos temblaran.

—Señora, no se preocupe por nosotros. Salga de su celda y proteja al líder de nuestro clan.

—¡Pues claro que me preocupo por vosotros! ¿Qué creéis que dirá Sinclair cuando vuelva a por vosotros y se encuentre con alguno muerto? Sin duda, ese hecho lo molestará —declaró Cassandra furiosa, volviéndose hacia esos hombres que creían en ella tan poco como su prometido.

—¡Pero si no hacemos algo, el muerto será Sinclair!

—No, Archibald no matará a Sinclair. Se limitará a jugar con nosotros y con nuestra impotencia mientras permanecemos

encerrados en este lugar mientras ignoramos lo que sucede, sabiendo que no podemos hacer nada para ayudar a Sinclair.

—Entonces, ¿no haremos nada, señora? —preguntó otro de los escoceses, incapaz de resignarse a no ayudar al valioso jefe de su clan.

—Yo no he dicho eso —manifestó Cassandra, que a continuación extrajo un extraño silbato que colgaba de su cuello y sopló por él sin emitir aparentemente ningún sonido.

Un animal salvaje no tardó en aparecer respondiendo a su llamada: una gran loba blanca que se dirigió hacia los guardias que se interponían en su camino mostrando sus feroces dientes. El fiero porte del animal provocó que los guardias se apartaran asustados, permitiendo así que se reuniera con su dueña.

La loba solo se tranquilizó cuando llegó junto a la celda de Cassandra y recibió las caricias de esta a través de los barrotes, convirtiéndose en un animal de apariencia inofensiva.

Mientras Cassandra calmaba a su compañera para que no la hirieran las flechas de los temblorosos guardias de Archibald, le susurró al oído la razón de su llamada:

—Encuentra al compañero de Sinclair y libéralo. Luego muéstrale el camino hasta él…

Tras ofrecerle unas cuantas caricias más a su loba, Cassandra la dejó marchar. Luna salió del lugar sin permitir que nadie interrumpiera su camino mientras corría a cumplir las órdenes de su ama.

—¿Qué ha hecho, señora?

—Le he dado a Sinclair un arma con la que defenderse en esa despiadada tortura a la que Archibald piensa someterlo.

—¿Eso era una loba blanca?

—Sí, mi loba: Luna.

—Sinclair tiene un lobo negro que siempre lo acompaña.

—Lo sé, ¿de quién creéis que fue la idea de adoptarlo para que se convirtiera en su compañero inseparable?

—Es un animal realmente fiero. Sombra no habría dudado en defender a su amo ante cualquier ataque. Por desgracia, hicieron que Sinclair lo sacara de la torre, seguramente para encerrarlo en algún lugar de las caballerizas.

—Es posible, pero pronto solucionaremos ese inconveniente… —anunció Cassandra, luciendo en su rostro una ladina sonrisa que dio esperanzas a quienes estaban encerrados junto a ella, haciéndolos enfrentarse a sus guardias con una sonrisa, un gesto ante el cual los guerreros de Archibald temblaron y pasaron a temerse lo peor, ya que en esos instantes recordaron las sabias palabras de viejos guerreros ingleses que siempre advertían a otros de que nunca podía saberse lo que uno podría hallar tras la sonrisa de un escocés.

* * *

Sinclair fue arrastrado hacia el campo de entrenamiento del castillo.

Por supuesto, ninguno de los soldados de lord Morrison levantó su espada contra ese hombre, pero los de Archibald no dudaron en hacerlo.

Las hazañas de ese escocés conocido como el Lobo Negro eran temidas por muchos ingleses, pero también habían provocado mucho odio contra él, por lo que había numerosos ingleses que no dudarían un segundo a la hora de enfrentarse a él, pese a que en esos momentos se hubiera decretado la paz entre sus pueblos, especialmente si ese temido guerrero carecía de armas, como sucedía en esos instantes.

—Bueno, Sinclair, espero que nos muestres lo valiente que eres y lo buen guerrero que puede ser un escocés al enfrentarte a mis guerreros en esta pequeña exhibición —anunció Archibald, disfrutando del momento de hacer sudar a ese hombre.

Pero Sinclair, como Cassandra, no se dejaba amilanar ni por los títulos ni por la crueldad de su rival.

—¿Una exhibición? —preguntó sonriendo irónicamente al mostrar sus manos desnudas y señalar las afiladas espadas que portaban los hombres de Archibald—. ¿Y cuál será mi arma? —preguntó bien alto para que a nadie le quedaran dudas de que eso no era una exhibición, sino un castigo que ese noble quería impartir sobre su persona.

Archibald, por toda respuesta, le lanzó un viejo escudo que Sinclair cogió al vuelo al tiempo que le anunciaba:

—Esa es tu arma.

—¿Un escudo viejo frente a cinco espadas? —inquirió Sinclair burlón mientras alzaba una ceja, con lo que logró que Archibald sonriera complacido ante lo injusto de esa batalla. Pero su sonrisa se borró en cuanto Sinclair anunció, tan jactanciosamente como siempre—: Lo veo justo si el que porta el escudo es un escocés.

—Entonces, ¡que comience la exhibición! Espero que nos brindes un buen espectáculo y que no caigas con facilidad.

—Yo jamás lo hago. Ni ahora, ni nunca —replicó él antes de prepararse para el combate con su escudo.

Sinclair echó de menos a su leal amigo que siempre lo había acompañado en el campo de batalla. Las cosas serían muy distintas de tenerlo junto a él, pues, aunque no llevara su espada, su leal lobo sería mucho más implacable y mortífero que cualquier arma y le cubriría las espaldas frente al enemigo, como siempre había hecho.

Para su desgracia, su compañero había sido encerrado lejos de él y no tenía forma de saber dónde estaba ni de avisarlo para hacerle saber que lo necesitaba para un nuevo combate. Sin embargo, a pesar de no tenerlo a su lado, Sinclair alzó el rostro al cielo y aulló para llamarlo como hacía habitualmente, sin esperar respuesta. Pero, para el asombro de todos, incluido el propio Sinclair, el aullido de un lobo contestó a su llamada y una gran fiera negra que espantaba a todo el que se cruzaba en su camino llegó hasta él.

La respuesta a la cuestión de quién había liberado a su compañero Sinclair la obtuvo cuando vio una loba blanca vigilándolos, alejada de ellos pero lista para atacar si era necesario.

—Ya tengo un arma adecuada para esta… exhibición —anunció Sinclair señalando los fieros colmillos de su lobo, con los que intimidaba a sus adversarios—. ¡Adivina quién me la ha hecho llegar! —añadió orgulloso burlándose de su enemigo, que, aunque creyera tener la victoria al alcance de la mano, en realidad ahora la tenía más lejos que nunca.

Archibald dio la señal de ataque a sus hombres y estos tomaron posiciones para enfrentarse a Sinclair, pero, mientras antes sus pasos eran firmes, ahora temblaban ante la presencia del feroz animal negro que les recordaba que el hombre que tenían ante ellos era un fiero y experimentado guerrero, cuya leyenda había crecido batalla tras batalla.

Ante los gritos airados de su señor, que exigían que atacaran, los cinco ingleses se abalanzaron contra el escocés. Pero el escudo que ningún inglés escogería como arma ofensiva era utilizado por Sinclair para esquivar sus acometidas en un primer instante, tras el que de inmediato arremetía contra su adversario, empujándolo contra el fiero animal que lo acompañaba.

Sinclair empujó, se defendió y volvió a golpear a sus enemigos con el viejo escudo que antes de comenzar el combate parecía totalmente inofensivo, a la vez que Sombra clavaba sus dientes de un modo implacable en los agresores.

Los atacantes ingleses fueron retirándose cobardemente del campo de batalla después de ver demasiado cerca las feroces fauces de una bestia que no habría tenido piedad de ellos si su amo escocés no le hubiera ordenado en más de una ocasión que se detuviera y retrocediera ante las acometidas inglesas. En esos instantes, el último de los hombres de Archibald yacía en el suelo con las amenazantes fauces de un enorme lobo negro sobre su cuello.

Sinclair alzó su burlona sonrisa hacia su odioso rival y, tras tirar a un lado el viejo escudo, le anunció:

—Queriendo respetar la paz entre nuestros países, no he matado a ninguno de tus soldados, Archibald. Pero ahora que he demostrado a todos tus hombres mi fuerza, ¿por qué no bajas tú mismo para que te la demuestre a ti en persona?

Archibald, tan tramposo como siempre, arrancó una ballesta de las manos de uno de sus hombres y apuntó a Sinclair con ella. Pero, queriendo hacer más daño con sus acciones que una simple herida a su odiado adversario, le sonrió maliciosamente y luego dirigió su arma hacia la loba blanca que los vigilaba desde la distancia.

Recordando lo que su lobo significaba para él y lo que Luna significaba para Cassandra, Sinclair supo que había llegado la hora de perder.

—¡Sombra! ¡Huye y protege a tu compañera! —ordenó entonces a su lobo, que no tardó en obedecer, aunque con visible reticencia, sin dejar de mirar atrás una y otra vez al compañero que abandonaba en el campo de batalla.

—Y ahora que estás solo de nuevo, yo también respetaré la tregua, así que, ¿por qué no nos enfrentamos sin armas? Por supuesto, me refiero a ti contra el resto de mis hombres… —declaró Archibald, señalando a los airados soldados que estaban dispuestos a tomarse la revancha por sus compañeros, reto ante el que ese aguerrido escocés contestó abriendo los brazos frente al enemigo, al tiempo que les dedicaba una burlona sonrisa con la que cualquier escocés recibiría a un inglés en el campo de batalla, tuviera o no la victoria en su mano.

Capítulo 6

Cassandra constató que la crueldad de Archibald no tenía límites cuando sus hombres llevaron a Sinclair hasta ella y lo arrojaron inconsciente y malherido frente a su celda.

—Dime, querida, ¿saldrás ahora para atender a tu amigo o dejarás que siga demostrando a los ingleses la superioridad de un escocés en batalla? —se burló Archibald, ganándose más de una maldición de los escoceses que acompañaban a Cassandra en prisión.

—Sí, saldré, pero solo para meter a Sinclair en mi celda.

—¿De verdad? ¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Archibald con una perversa sonrisa en los labios mientras se jactaba de su victoria.

No obstante, su sonrisa se borró cuando vio a Cassandra coger una ballesta que había mantenido oculta debajo de unos paños. A continuación, un virote voló en su dirección para acabar clavándose en la pared que tenía a su espalda, muy cerca del espacio que ocupaba su cabeza.

—Cuando me encerré aquí me preparé para todo tipo de eventualidades que pudieran surgir, incluida tu crueldad.

—¡Suelta ahora mismo esa ballesta, Cassandra! —gritó Archibald, apresurándose a recular cuando vio a esa intransigente mujer recargando su arma para volver a disparar hacia él. En esta ocasión, el proyectil se clavó muy cerca de donde habían estado sus pies—. ¡Te recuerdo que soy tu prometido y debes obedecerme! —exclamó indignado, recibiendo una nueva advertencia de esa mujer cuando

un tercer virote se clavó en una columna de madera muy cerca de su virilidad.

—Por supuesto que recuerdo muy bien cuáles son mis deberes, así que voy a obedecerte en este mismo instante —anunció ella soltando la ballesta… pero dejándola en manos de un aguerrido escocés junto con toda la munición de la que disponía.

De inmediato, Irvin no dudó en apuntar con su arma a los hombres que habían herido cruelmente al jefe de su clan.

—Apunta a Archibald. Si él o sus secuaces se mueven, dispárale —ordenó Cassandra a la vez que usaba las llaves para salir de su celda y arrastrar a Sinclair consigo ante la rabiosa impotencia de Archibald y sus hombres.

Y, una vez regresó a su celda y se hubo encerrado convenientemente, miró desafiante a su prometido.

—¡Ya veremos cuánto tiempo más podrás aguantar rebelándote de esta manera! —exclamó Archibald, enfrentándose una vez más a Cassandra. Antes de salir del calabozo le recordó a su prometida con una maliciosa sonrisa al tiempo que señalaba a los escoceses que la rodeaban—: Si mis cálculos no me fallan, muy pronto tus provisiones se agotarán… A ver qué haces cuando eso suceda.

* * *

—Sinclair —lo llamó una dulce voz mientras recibía las caricias y los cuidados de las suaves manos de una mujer, y él, como cualquier hombre en su situación, no quiso abandonar ese sueño.

Pero, de repente, las caricias se volvieron muy bruscas cuando una de esas manos golpeó una de sus mejillas a la vez que la voz comenzaba a reprenderlo por no querer salir de su ensoñación.

—Sinclair, estás asustando a tus hombres y a mí también, ¡así que haz el favor de abrir los ojos de una maldita vez!

—¡Hum! Hola, Cassandra… Hola a ti también —respondió él, besando galantemente la mano que descansaba junto a su mejilla para luego ofrecer una explicación sobre sus heridas a unos fieros ojos que le exigían una respuesta—: Gracias por tu ayuda, pero en el último momento tuve que rechazar a tu loba para que no acabara herida, y mi lobo, como el fiel compañero que es, la siguió fuera del campo de exhibición.

—Lo provocaste, ¿verdad? —preguntó Cassandra al escocés cuya cabeza reposaba sobre su regazo. Al ver la satisfecha sonrisa que lucía ese hombre en el rostro, ella se apartó y apoyó su dura cabeza en el suelo—. ¿Puedes moverte? —inquirió preocupada por las heridas de Sinclair.

—Por supuesto. Para cualquier escocés que se precie, ese encuentro solo era una práctica de entrenamiento —contestó él mientras se sentaba en el frío suelo de la celda y apoyaba la espalda contra las cajas apiladas en ese lugar, con intención de mostrarle a Cassandra que sus heridas no eran tan graves como parecían.

—Perfecto. Y ahora que te has sentado, quítate el kilt —ordenó ella con descaro, provocando que los escoceses de la celda contigua la contemplaran boquiabiertos ante semejante atrevimiento.

—Cariño, este no es ni el momento ni el lugar. No obstante, estaré encantado de compartir mi kilt contigo esta noche —respondió Sinclair con una desvergonzada sonrisa que hizo sospechar a Cassandra que sus palabras habían sido malinterpretadas.

—Solo quiero que lo apartes un poco de tu pecho para poder tratar tus heridas. No quiero que te lo quites del todo, ni que me enseñes qué hay debajo de él como ya hiciste en una ocasión, escocés descarado.

—Pusiste en duda mi virilidad —se quejó Sinclair, excusando sus indecentes actos ante sus soldados.

—Muchos hombres han puesto en duda mi feminidad al verme manejar una espada en el campo de entrenamiento de mi padre, y puedo asegurarte que para sacarlos de su error no decidí correr desnuda frente a ellos —replicó la joven mientras buscaba entre las amontonadas cajas de su celda aquella que contenía los utensilios y las medicinas con los que trataría las heridas de ese escocés.

—¿Cassandra? —preguntó Sinclair cuando las manos de esa mujer comenzaron a tantear las heridas de su cuerpo.

—¿Qué, Sinclair? —respondió ella, esperando unas amables palabras que agradecieran sus cuidados. Pero, una vez más, ese hombre volvió a comportarse como un descarado.

—Puedes correr desnuda delante de mí cuando desees, que yo no me quejaré —bromeó él, ganándose una fiera mirada de Cassandra, que no dudó en colocarle unos vendajes en la mano con brusquedad a la vez que anunciaba delante de todos:

—Definitivamente, si tienes ganas de provocarme, estás perfectamente capacitado para curarte tú solo: no pareces estar tan malherido como yo pensaba.

—Cassandra… —repitió Sinclair cuando se dio cuenta de que no se encontraba en su celda, sino en la de ella—. Estamos compartiendo una habitación, ¿no crees que esto podría comprometer tu virtud? Tal vez deberías casarte conmigo para acabar con este escándalo.

—Sinclair, estoy tratando de librarme de un molesto compromiso matrimonial. Lo último que quiero ahora mismo es complicarme la vida con otro. Además, la habitación que compartimos es una celda en la que disponemos de cuatro adecuadas carabinas —respondió ella tras señalar a los cuatro escoceses que miraban con asombro la

despreocupada conversación que mantenía el serio jefe de su clan con esa mujer.

—Esta noche te prestaré mi manto para que duermas sobre él —anunció Sinclair.

Y Cassandra, creyendo que se trataba de un gesto de amabilidad, aceptó su oferta ignorando lo seria que era en realidad su propuesta.

—Bueno, si hace demasiado frío y te cubres adecuadamente con una manta, aceptaré tu oferta.

En cuanto sus palabras salieron de sus labios y observó atentamente a los boquiabiertos escoceses que la contemplaban y al satisfecho y sonriente Sinclair, Cassandra supo que había cometido un error. Pero no fue consciente de cuán grande había sido este hasta que ya fue demasiado tarde, tanto para ella como para Sinclair.

* * *

Archibald se frotaba las manos, satisfecho ante la idea de que la falta de provisiones haría que Cassandra y esos escoceses comenzaran a pasar hambre. Sin duda, muy pronto todos ellos se rendirían y ella saldría de esa celda para casarse con él.

No obstante, su sonrisa comenzó a desaparecer cuando fue informado de que una gran caravana de mercaderes había llegado al castillo para comerciar con sus productos. Tras una larga e infructuosa espera, el jefe de la misma no se presentó frente a él, por lo que envió a sus hombres a enterarse de lo ocurrido y estos regresaron con la respuesta, provocándole un molesto tic nervioso en la frente en cuanto lo informaron de la nueva jugada de una mujer a la que mantenía como prisionera en su propio castillo: las

provisiones transportadas por la caravana de mercaderes habían sido directamente entregadas en las mazmorras del castillo a través de pasadizos secretos, con la colaboración de los criados de la casa.

—¡¿Cómo que en los calabozos está teniendo lugar una fiesta?! ¡¿Me puede explicar alguien qué demonios ocurre en este castillo?! —gritó airadamente Archibald a los sirvientes de ese lugar, que lo obedecían y servían de mala gana y se reían de él tanto o más que su señora.

Harto de Cassandra y sus maquinaciones, bajó entonces una vez más a las mazmorras, un sitio que, para su asombro, en esos momentos era el más animado del castillo.

Cuando Archibald llegó junto a las celdas con paso airado pudo comprobar cómo sus hombres, sin abandonar su posición, formaban parte del ambiente festivo que impregnaba el lugar al acompañar a los cinco escoceses cautivos en sus gritos de ánimo hacia una dama que trataba de beberse una gran jarra de cerveza de un solo trago.

—¡Bebe! ¡Bebe! ¡Bebe! ¡Bebe!

—¡¿Qué demonios significa esto?! —exclamó él furioso, fulminando con la mirada a Cassandra y a sus hombres.

—¡Oh! No es nada, Archibald. Simplemente, como se nos estaban acabando las provisiones, estamos celebrando que han llegado nuevos víveres —respondió Cassandra, alzando victoriosamente su jarra vacía a la vez que era ruidosamente vitoreada por los escoceses que la rodeaban.

—¡Cassandra! ¡Ese no es un comportamiento apropiado para una dama! —señaló él, intentando recordarle esos modales que siempre olvidaba cuando se le enfrentaba.

—Es cierto, Archibald, pero sí es el adecuado para un prisionero —replicó ella, sirviéndose una nueva copa.

—¡Estoy harto de todo este juego! —gritó Archibald, que acto seguido ordenó a sus hombres que abrieran la celda de los escoceses, ofreciéndoles así la libertad, muy seguro de que ellos la aceptarían y él podría reducir el número de aliados con los que contaba Cassandra en ese lugar.

»Muy bien, ahora que pueden ser libres, ¿crees que elegirán quedarse al lado de una inglesa? —le preguntó a su prometida, exhibiendo en su rostro una sonrisa satisfecha.

Pero esta solamente duró hasta que los escoceses, tras arrebatarle las llaves de su propia celda a uno de sus carceleros, volvieron a encerrarse en ella y, siguiendo el ejemplo de Cassandra, le enseñaron las llaves a su captor con gesto burlón antes de girarse y mostrarle sus desnudos traseros.

—¿Qué puedo decirte, Archibald? Parece que a estos escoceses les gusta mucho la cerveza y, por lo visto, también les gusto yo —le anunció Cassandra antes de alzar su jarra de cerveza hacia él, brindando por una nueva victoria en su juego.

Ante ese nuevo insulto, Archibald no tardó en marcharse airadamente de las mazmorras. Mientras salía de los oscuros calabozos, comenzó a sonreír con malicia al pensar que la solución a su problema de lograr que Cassandra saliera de su encierro, podría ofrecérsela el acompañante de su celda.

—Prefieres la compañía de un salvaje a la de un caballero, ¿no? Entonces, ¡que así sea, Cassandra! —murmuró Archibald antes de dar una orden a uno de sus guardias, ejecutando su movimiento en ese juego que había iniciado contra él la dama del castillo.

* * *

Sinclair miraba complacido a Cassandra, que en esos momentos desafinaba junto a sus hombres algunas canciones escocesas bastante groseras de las que esa joven dama desconocía el significado. A pesar de sus heridas o del inconveniente lugar donde se encontraban, Sinclair no podía evitar sonreírle.

Cassandra había conquistado su corazón cuando ella era tan solo una revoltosa chiquilla y él un mocoso de las Highlands. Y ahora que habían crecido y él era el orgulloso jefe de su clan, ella había vuelto a hacerlo convertida en toda una mujer: su rebeldía, su picardía y su inteligencia eran cualidades que la hacían única, aunque algunos estúpidos ingleses no se percataran del privilegio que suponía tener a esa dama a su lado.

Sus hombres, que después de tantas batallas odiaban cualquier cosa que tuviera nombre inglés, no odiaban a la mujer junto a la que brindaban escandalosamente en esos instantes. Y esa mujer, que debía de odiarlos a ellos después de escuchar los relatos que sus compatriotas debían de haberle narrado, los había protegido de todo, aun a riesgo de que sus planes contra su petulante prometido se arruinaran.

Sinclair no iba desencaminado al elegirla para gobernar sus tierras a su lado. Cuando comenzó su viaje, creyó que Cassandra tardaría algún tiempo en convencer a sus hombres para que la aceptaran, pero, al contrario de lo que se había temido, esa impulsiva inglesa no había tardado nada en conquistarlos a todos, hasta el punto de que Sinclair tuvo que dirigirles varias amenazantes miradas a los suyos para recordarles que él había sido el primero en verla y no aceptaría que nadie intentara quitársela jamás, ya fuera un inglés o un escocés.

Esa mujer era suya, así se lo dictó su corazón desde el momento en que la conoció. Sinclair sentía que había aguardado demasiado

tiempo para reclamarla y no pensaba esperar más porque, en cuanto le resultara posible, ella regresaría junto a él a las Highlands, unas tierras donde la vida era más difícil y tal vez le costaría un poco encajar, pero no albergaba dudas de que Cassandra lograría que todos reconocieran su valor.

—Sinclair, ¿no crees que hace mucho calor aquí? —le preguntó ella acalorada, atrayendo su atención cuando comenzó a pasearse nerviosamente por la celda que compartían, abanicándose con una mano—. ¡Uf! Creo que no me encuentro bien… Mi cuerpo está ardiendo y me molesta la ropa…, necesito quitarme mi vestido —añadió Cassandra. Y, sin importarle nada más, comenzó a deshacerse de su ropa, quedando ante él tan solo con una liviana camisa.

—¡Mirada al frente! —ordenó Sinclair a sus hombres en cuanto empezó a sospechar que algo le ocurría a la joven—. Cassandra, ¿has bebido algo más aparte de las cervezas que nos trajo ese comerciante?

—Sí, un agradable vino que me ofreció uno de los soldados a cambio de una cerveza… ¡Maldición! ¿Crees que Archibald me ha envenenado? ¿Voy a morir? ¿Por qué siento todo mi cuerpo arder? ¡Eso no es normal! —manifestó ella, cada vez más nerviosa y alterada.

—No creo que sea ese tipo de veneno… —anunció Sinclair tras probar un pequeño sorbo de los restos del vino.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loco? ¿Y si te envenenas tú también? —exclamó Cassandra alarmada, echándose sobre Sinclair para intentar arrebatarle la copa, aunque luego, para su propia sorpresa, acabó frotándose contra él como una gata en celo.

—Parece que vamos a pasar una noche bastante agitada… —declaró él, provocando algún que otro inquieto carraspeo por parte

de sus hombres después de su afirmación, lo que demostraba que todos ellos habían intuido el tipo de veneno que habían puesto en la copa de esa dama, aunque ninguno se atrevió a expresarlo en voz alta.

—¿Sinclair? —volvió a preguntar Cassandra extrañada mientras ese hombre la colocaba atrevidamente sobre su regazo, apretando con fuerza su trasero—. ¿Tú sabes cuáles son los efectos de este veneno?

—No se trata exactamente de un veneno: es un afrodisíaco. Una sustancia exótica que hace que tu cuerpo arda y que solo se calme con una cosa.

—¡Oh! ¿Puedes decirme con qué puedo calmar este maldito ardor? —inquirió ella confundida mientras se removía sobre el regazo de Sinclair inconscientemente, rozándose contra él para encontrar el remedio que la calmara.

Y él, abrazando fuertemente a esa mujer, le susurró pecaminosamente al oído:

—Creo que, finalmente, hoy utilizaremos mi manto…

* * *

Cassandra no comprendía por qué Sinclair insistía tanto en eso de compartir con ella su manto, ese simple trozo de tela que él llevaba enrollado en torno al cuerpo y que lucía con tanto orgullo… No obstante, comenzó a comprender lo que significaba cuando se lo quitó y ella pudo comprobar cómo todas las partes del cuerpo de Sinclair habían crecido bastante desde niños.

—Sinclair, deberías cubrirte —dijo con nerviosismo mientras se tapaba los ojos ante el descaro que exhibía ese hombre.

—No puedo hacer tal cosa si quiero darte el antídoto a ese veneno —anunció él.

Y, tras poner el biombo ante la puerta de su celda, se sentó en el suelo de ese frío lugar y volvió a atraer a Cassandra hacia su regazo para abrazarla por la espalda, intentando que no sintiera demasiada vergüenza cuando calmara su ardor.

—Esto es bastante indecente. Estoy totalmente segura de que estás tratando de aprovecharte de mí —dijo ella, aunque sus palabras no fueron demasiado convincentes, ya que a cada instante su trasero se rozaba insinuantemente contra él y su dura virilidad.

—Cassandra, el antídoto para ese veneno es un masaje.

—¿Un masaje?

—Sí, uno que deben aplicar mis manos directamente sobre tu piel. Por eso me he desprendido de mi manto: para que no tengas frío mientras procedo con el tratamiento —dijo Sinclair a la vez que la cubría con la prenda.

—¿Estás totalmente seguro de eso?

—Por supuesto. En una ocasión, mis hombres y yo fuimos envenenados del mismo modo, y solo nos calmamos cuando unas expertas mujeres nos dieron unos efectivos masajes, con los que se hicieron con buena parte de nuestro dinero.

—¿Y tú aprendiste de ellas?

—Sin duda. Es muy fácil. Te prometo que calmará tu gran ardor, y si en algún momento estás incómoda con el tratamiento, dímelo y retiraré mis manos.

—De acuerdo. Procede, pues —convino Cassandra, apoyando su espalda confiadamente en el fuerte pecho de Sinclair, ya que su ardiente cuerpo no la dejaba pensar demasiado en lo indecoroso de la situación ni en las posibles mentiras de él.

Sinclair bajó lentamente la camisa de Cassandra por sus hombros hasta dejar expuestos sus desnudos senos ante su ávida mirada. Cada roce que sus dedos prodigaban a su desnuda piel hacía que el cuerpo de la joven temblara lleno de deseo.

—Sinclair, esto es más que indecoroso…, tanto, que no tengo palabras para describirlo —protestó Cassandra, haciendo que él apartara las manos. Pero, mientras lo hacía, no se olvidó de rozar distraídamente sus excitados pezones, logrando que ella emitiera un gritito de placer.

—Si no quieres que te toque más, no lo haré. Un hombre de las Highlands siempre respetará los requerimientos de una dama —anunció a la vez que exponía sus manos ante ella mostrándole su inocencia, que no parecía tal cuando esas manos se situaron de nuevo muy cerca de los excitados senos de Cassandra, tentándola con otra sugerente caricia que incitó a su cuerpo a frotarse con su duro deseo.

Sinclair volvió a rozar disimuladamente con la palma de las manos esos atrayentes senos para luego apartarse de ellos con una pícara sonrisa, lo que provocó que fuera la propia Cassandra quien se acercara a él buscando que sus doloridos pechos siguieran rozándose contra sus manos, otorgándoles un descanso del ardor que la embargaba.

—¡Sinclair! —exclamó de pronto, sin comprender lo que su cuerpo anhelaba de ese hombre.

—¿Continúo con mi masaje?

—Síííí… —respondió ella extasiada cuando esas manos se cerraron sobre sus senos y él los agasajó con sus atenciones.

—Creo que esta no es la única parte de tu cuerpo que arde, así que tendrás que decirme dónde más debo curarte —susurró Sinclair provocativamente al oído de esa inocente dama cuando esta

comenzó a arquearse en busca de sus caricias, queriendo concederle a ella el placer antes de perder el fino hilo de la cordura que aún le quedaba y no ceder al goce que su rígido miembro le reclamaba.

—Es una zona bastante indecente… —murmuró Cassandra avergonzada.

—¿De verdad? ¿Por qué no me la señalas? Desliza lentamente tus manos hasta ella y entonces yo lo sabré —respondió él luciendo una perversa sonrisa en el rostro ante la idea de que esa dama se atreviera a ser tan osada.

Y, para su asombro y placer, lo fue: Cassandra deslizó las manos por encima de la camisa, pasó por debajo del bajo del kilt que la cubría hasta llegar a su entrepierna y, rozando con ellas su feminidad, gimió ante su propio contacto, haciendo sudar más aún a Sinclair.

—Creo que esta parte ya se está calmando —anunció la joven entre gemidos mientras se movía contra su mano.

—Pues yo no lo veo así, pero no te preocupes: con las caricias de un experto lo hará —declaró Sinclair antes de descender una de sus manos por su camisa hasta llegar a ese cálido lugar, donde sus dedos rozaron sutilmente su hinchado sexo, intentando proporcionarle el desahogo que necesitaba.

Cassandra convulsionó sobre esa traviesa mano y, sin poder pensar en nada más que no fuera Sinclair, gritó su nombre extasiada cuando uno de sus duros dedos se hundió en ella, haciéndola llegar al clímax en segundos.

Un poco más calmada, se derrumbó sobre el duro pecho de él.

—Gracias, Sinclair. Me alegro de que hayas podido curarme.

Pero, mientras intentaba recomponer su aspecto pensando que todo había terminado, su burlón compañero la sacó de su error.

—Cassandra, esto solo es el principio…

Y en cuanto él susurró esas palabras en su oído, su cuerpo comenzó a arder de nuevo.

—¡Sinclair! —lo apremió Cassandra mientras en esta ocasión era ella misma quien se bajaba la camisa para desnudar sus senos.

—Creo que tendré que utilizar algo más que las manos para hacer desaparecer por completo los efectos de ese veneno —declaró Sinclair pícaramente antes de volver a Cassandra hacia él y colocarla sobre su regazo, haciendo que esa mujer se arqueara ante la mano que la acercaba a él y se rozara contra su firme miembro.

De inmediato, Sinclair dirigió su ávida boca hacia los pechos de ella y comenzó a succionar sin clemencia los pecaminosos frutos que se exhibían ante él. Guiándose por los temblores de ese ardiente cuerpo, su boca hizo gemir de placer a Cassandra una y otra vez. Lamió las excitadas cumbres hasta volverlas más sensibles al tacto de su licenciosa lengua y al roce de sus perversos dientes, que la llevaron a hundir sus uñas en la espalda de Sinclair, marcándolo con su pasión.

Esta vez, cuando la mano de Sinclair se adentró bajo su camisa, no fueron sus dedos los que rozaron su anhelante sexo, sino la dura erección de ese hombre, que tentó una y otra vez su entrada hasta que la propia Cassandra se removió sobre él, haciéndole muy difícil resistir el deseo de hundirse profundamente en su apretado interior.

Mientras él la abrumaba con el placer, ella misma fue deslizando en su interior el duro miembro de ese hombre con el impaciente movimiento de sus caderas. Poco a poco, lentamente, Cassandra perdió su inocencia nublada por el deseo imbuido por esa droga, y cuando ya no había vuelta atrás en esa alocada elección que el placer había hecho por ellos, Sinclair agarró con firmeza las caderas de esa mujer a la que siempre había querido reclamar como suya y, de una dura embestida, se introdujo por completo en su interior.

Cassandra gritó ante esa dura invasión y, tras percatarse al fin de lo que estaban haciendo, le preguntó al hombre que siempre había sido su amigo, asustada por su destino:

—Sinclair, ¿qué hemos hecho?

Por toda contestación, él la despojó de su camisa y, tras envolverlos a ambos con su olvidado manto, le respondió con una sonrisa:

—Estamos usando mi manto.

A continuación, Sinclair reclamó de ella algo más que su cuerpo cuando tomó su boca y le dio ese beso de adultos que había prometido robarle cuando volvieran a encontrarse. Su lengua se adentró en la boca de esa mujer, anhelando probar su deseo y exigiéndole una respuesta a la vez que encendía más el cuerpo de Cassandra sin detenerse en sus acometidas. Ella gemía entre sus labios y él aprovechaba la oportunidad para guiar a esa tímida lengua, enseñándole cómo buscar el deseo y satisfacer su pasión.

Cuando ella comenzó a responderle, fue el turno de Sinclair para gemir de deseo. En ese momento, cogiendo con fuerza el desnudo trasero de Cassandra, la hizo descender de forma más apremiante sobre su sexo. Su miembro creció dentro del apretado interior de esa mujer mientras escuchaba los gemidos de placer que llevaban su nombre y reclamaban su pasión.

Y cuando Cassandra comenzó a moverse por sí sola sin que sus manos la guiaran, Sinclair se mostró implacable exigiéndole más e imponiendo un imperioso ritmo que calmaba el ardor de su cuerpo al tiempo que unas profundas embestidas la hacían gritar su nombre.

Las uñas de Cassandra se clavaron en la espalda de Sinclair intentando castigar su atrevimiento, pero dejaron de hacerlo cuando ese hombre comenzó a besarla con dulzura a pesar de la brusquedad con la que utilizaba su cuerpo.

Finalmente, la joven se limitó a sujetarse a los hombros de su amante mientras se dejaba llevar a la cumbre del placer, y gritó extasiada su nombre mientras convulsionaba sobre su duro miembro, llegando al orgasmo y provocando que él la acompañara con el suyo, declarándola suya al gritar el nombre de ella.

Exhausta, Cassandra se derrumbó sobre el pecho de ese taimado sujeto e intentó odiarlo, pero le fue del todo imposible cuando Sinclair, envolviéndola con su manto, la cobijó entre sus brazos tratando de protegerla de cualquier peligro, incluso cuando el mayor para todos sus planes era él.

—Ahora soy una mujer perdida, mancillada y sin virtud. Creo que al fin me libraré de ese odioso compromiso, aunque no de la manera que habría querido.

—No eres una mujer perdida, Cassandra. Tu lugar está entre mis brazos —anunció Sinclair, haciendo que la muchacha no pudiera arrepentirse de que él hubiera sido el hombre al que le había entregado su inocencia.

—Sinclair, ¿por qué nunca te tuve en cuenta en mis planes? —se quejó Cassandra con un suspiro, dándose cuenta de que ese era el terrible error que lo había complicado todo desde el principio.

—Porque nunca creíste que volvería para reclamar mi premio.

—¿Al fin sabes lo que vas a pedirle a mi padre?

—Sí, siempre lo he sabido. Pero te prometo que en esta ocasión no pienso marcharme sin mi premio.

—No te preocupes, Sinclair: yo te protegeré para que puedas marcharte con él —prometió la adormilada joven antes de ceder al sueño, sin saber que el único premio para él siempre sería ella.

Que la consiguiera o no dependía de que pudiera engañar a unos ingleses y hacerse con el corazón de una mujer tan guerrera como él.

Capítulo 7

—¿Hasta cuándo creéis que deberíamos seguir? —preguntó Murdock a sus compañeros, junto a los que llevaba cantando viejas canciones bastante subidas de tono durante toda la noche.

—Creo que ya… —anunció Alistair silenciando su canto.

Pero cuando todos volvieron a oír los gemidos de una mujer, alzaron de nuevo sus voces.

—¿Cuánto creéis que durará la droga que le han dado a esa pobre dama? —preguntó Alistair preocupado.

—Dure lo que dure, seguro que nuestro jefe es capaz de aguantar hasta el final —apuntó Duncan con una sonrisa antes de volver a entonar junto a sus compañeros.

—Recuérdame para qué llevamos toda la noche cantando. ¡Estoy harto! —se quejó Murdock, un tanto afónico.

—Para darles intimidad a esa pareja y para que los guardias no acudan a los calabozos y maten a Sinclair por lo que le ha robado a ese estúpido inglés —señaló Irvin, apremiando a Murdock para que siguiera cantando.

—¿Robado? ¡Pero si ese idiota prácticamente le ha regalado a su mujer cuando la ha drogado y la ha dejado en la misma celda que Sinclair! —declaró Duncan indignado.

—Es evidente que estos ingleses no aprecian el valor y la audacia de esa dama —añadió Alistair.

—Entonces ya sabéis lo que vamos a hacer en cuanto salgamos de esta difícil situación, ¿verdad? —dijo Irvin, animando a los demás a

contestar.

—¡La robaremos! —gritaron todos al unísono, muy dispuestos a llevarse consigo el premio que su jefe había ido a reclamar.

—Sí, pero antes de robarla creo que tendremos que tratar de salir indemnes de esta celda, algo que no sé si podremos conseguir —declaró Irvin, que veía cómo algunos soldados ingleses bajaban a la mazmorra acompañando a ese insufrible lord que, luciendo una pérfida sonrisa, era más que evidente que iba a exigir la cabeza de Sinclair por unos cargos que en esa ocasión nadie podría negar.

Sin embargo, para disimular, ellos siguieron cantando a pleno pulmón una obscena balada que en esa ocasión hablaba de un hombre inglés con una gran cornamenta que colocaba sobre él más de un escocés.

* * *

Sinclair no ocultó a nadie el pecado que había cometido y que sabía que alguien iría a echarle en cara cuando pusieron esa adecuada trampa ante él. En el instante en el que oyó los pasos de los soldados, tapó la desnudez de la dormida y agotada Cassandra, que descansaba a su lado con el manto con el que todo hombre de su tierra reclamaba a su mujer. E, intentando adecentarse un poco, ajustó sobre su cuerpo una simple manta mientras apartaba el biombo detrás del que se ocultaban para enfrentarse a su enemigo sin miedo ni arrepentimiento alguno.

—Ahora tengo una excusa para deshacerme de ti, Sinclair —sonrió perversamente Archibald mientras señalaba a su dormida prometida —. ¡No puedo creer que le hayas robado su virtud a una dama que había confiado tanto en ti y que, además, estaba comprometida! —

gritó teatralmente a continuación, interpretando su papel de inocente ante los demás, a pesar de que nadie se lo creyera.

—¿Qué puedo decir, salvo que tomé lo que tan negligentemente pusiste ante mí? Un tesoro que tú nunca supiste apreciar pero que yo siempre valoraré —declaró Sinclair mientras acariciaba con cariño el apacible rostro de Cassandra.

—Algunos soldados me han dicho que en medio de las horrendas canciones escocesas que entonaron tus hombres durante buena parte de la noche oyeron un grito de mujer. ¿No te arrepientes ni un ápice de tus depravados actos? ¿Ni siquiera cuando Cassandra despierte y te odie al darse cuenta de lo salvajes que pueden ser los hombres como tú? —preguntó Archibald, sonriendo perverso al pensar en cómo había sufrido Cassandra esa noche ante el ataque de un brutal escocés.

Pero esa sonrisa no tardó en esfumarse de su rostro en cuanto oyó las carcajadas de Sinclair.

—No sé qué estúpidos rumores habrás oído sobre los escoceses, Archibald, pero puedo asegurarte que si nuestras mujeres gritan es de placer, y que cuando nuestras parejas duermen bajo nuestro manto, siempre lo hacen con una sonrisa. ¿Crees que este es el rostro de una mujer que me odia? —dijo Sinclair mientras seguía acariciando a Cassandra, obteniendo de ella una complacida sonrisa a cambio.

—Estará soñando con algún momento agradable, seguro que conmigo —apuntó el otro, ganándose nuevas carcajadas de un escocés, sobre todo cuando Cassandra dejó en ridículo sus pretensiones al pronunciar entre suspiros el nombre de Sinclair.

»¡Es mía! —gritó Archibald airadamente, mirando con odio a Sinclair.

—Tú nunca la has apreciado, no sabes valorarla y solo le haces daño. No te la mereces, y voy a robártela.

—Nunca has podido resistirte a ella, ¿verdad, Sinclair?

—Y tú lo sabes muy bien, por eso hiciste ese astuto movimiento adulterando su vino con ese afrodisíaco.

—¿Tienes algún tipo de prueba para atreverte a acusar a un noble de alta cuna como yo, salvaje escocés? —replicó Archibald mientras abría los brazos, declarando una inocencia que todos sabían que nunca existiría en un hombre tan perverso como él.

—No, yo nunca podría acusar a un noble como tú —contestó Sinclair, recordando cuál era su posición entre los nobles ingleses.

—¡Perfecto! Ahora que has recordado cuál es tu lugar, debo anunciarte que tengo en mi gran salón a un enviado del rey cuya visita me ha venido que ni caída del cielo. Ante él, ninguna de las artimañas de Cassandra podrá detenerme. Elige: o la castigo a ella o te castigo a ti por lo sucedido esta noche —manifestó Archibald perversamente, sabiendo de antemano cuál sería su noble respuesta.

Volviéndose hacia ese lord, Sinclair dio un paso amenazador hacia él, con lo que consiguió que, a pesar de que hubiera unas rejas entre ellos, este diera un temeroso paso atrás.

Cuando vio la cara atemorizada de ese noble sonrió con satisfacción y, negándose a despojar a Cassandra de su manto, Sinclair se acomodó la vieja manta como si fuera su kilt, preparándose para enfrentarse así al injusto juicio del que tan solo resultaría culpable de amar a una mujer.

Sus hombres, negándose a permitir que el jefe de su clan se enfrentara a los ingleses ataviado con una manta, echaron a suertes quién le cedería su kilt y no permitieron que Sinclair saliera de su celda hasta estar vestido como un orgulloso escocés.

En cuanto los demás hombres estuvieron conformes con el aspecto del jefe de su clan, Sinclair cogió las llaves que Cassandra guardaba y, tras abrir la celda, volvió a cerrarla y a arrojar con rapidez las llaves hacia el interior, sin concederle a su enemigo más ventajas de las que ya tenía.

—Puede que en esta ocasión exija algo más que verter tu sangre con algunos latigazos, Sinclair. Por la magnitud de tu delito, es posible que quiera tu vida.

—Aceptaré gustosamente esa decisión si te atreves a enfrentarte a mí en un duelo. Pero ambos sabemos cuál será tu respuesta ante mi reto, ¿verdad?

—He crecido mucho desde pequeño —respondió Archibald indignado.

—Yo también. Y me he curtido en decenas de batallas, algo que no sé si puedo decir de ti —manifestó Sinclair burlón, dedicándole una despectiva mirada al fofo cuerpo de ese lord.

—¡Llevadlo al gran salón, donde será juzgado por sus pecados, de los que todos habéis sido testigos y de los que se declara culpable! —exclamó Archibald, intentando ganar más testigos para su causa mientras Sinclair, siendo arrastrado por dos guardias hacia su destino, anunciaba jocosamente ante todos en esa pantomima por la que los ingleses tan solo querían reclamar su sangre con una conveniente excusa:

—Solo soy culpable de una cosa: de amar a esa mujer como tú jamás podrás hacerlo, pese a ser su prometido.

* * *

Cassandra se despertó confusa del apacible sueño que había gozado y que su cansado cuerpo aún le pedía que continuara

disfrutando, ya que las atenciones de Sinclair para curarla de ese veneno habían durado toda la noche, una que ninguna dama decente debía recordar, pero que ella no estaba dispuesta a olvidar, ya que tal vez sería la única que tendría antes de que la desterraran a algún frío y solitario convento.

Todavía adormilada, trató de despertar de su sueño prestando atención al lamentable plan que unos escoceses estaban exponiendo en ese momento con intención de tomar ese castillo, sin conocer siquiera cuáles eran sus defensas ni el estado de las mismas.

—… Entonces les arrebatamos las armas a los guardias y entramos en el gran salón para enfrentarnos al representante del mismísimo rey de Inglaterra antes de que imparta cualquier castigo… —anunció Murdock, que no fue aplaudido por ninguno de sus compañeros.

—Estupendo…, y así comenzamos otra guerra contra Inglaterra —ironizó Irvin.

—Admitidlo: esto de crear planes de batalla no es lo vuestro —señaló Alistair mientras Duncan se lamentaba.

—Necesitamos a Sinclair.

En cuanto Cassandra oyó esas palabras terminó de desperezarse y, tras abrir los ojos, comenzó a buscarlo con la mirada.

—¿Sinclair? —preguntó algo confusa y desorientada, y después de no recibir respuesta de su compañero, envolvió su cuerpo con el kilt de él y se enfrentó a los escoceses de la celda contigua sin permitirse perder tiempo a causa de la vergüenza—: ¿Me podéis explicar dónde está Sinclair? Y, de paso, aclaradme por qué Duncan ha decidido pasearse desnudo por su celda mostrándoles el trasero a los soldados.

Duncan tapó sus encantos avergonzado, pero los demás escoceses guardaron silencio e intentaron desviar sus miradas hasta

que Cassandra volvió a increparlos.

—¿Es que acaso queréis que me entere de lo que ocurre cuando se lo pregunte a los guardias y ellos me den una respuesta mientras se ríen cruelmente de mí?

Cuando todos comenzaron a hablar a la vez, Cassandra se sintió más confusa que nunca. Y, tras averiguar lo que había pasado con Sinclair, rogó a esos hombres que guardaran silencio para preguntarles más tarde, bastante molesta con el escocés que siempre estropeaba sus planes.

—A ver, recapitulemos: Sinclair quiere asumir la responsabilidad por lo que pasó anoche y aceptará el castigo que gustosamente quiera imponerle mi prometido, ¿correcto?

Ante sus palabras, los cuatro escoceses asintieron con la cabeza.

—El castigo lo decidirá un representante del rey que ha llegado al castillo. Y, aunque nos encontremos en período de paz, nosotros ya sabemos cómo acabará esta historia: ¡seguramente querrán la cabeza de más de un escocés! —señaló Murdock, enfurecido por el modo que tenían los ingleses de respetar la paz.

—Entonces, señores, creo que es el momento oportuno para salir de nuestras celdas —anunció Cassandra antes de colocar el biombo y marchar detrás de él para comenzar a vestirse para la ocasión.

Cuando salió luciendo uno de sus elegantes vestidos con el que nadie dudaría de que era la señora de ese castillo, le arrojó el kilt de Sinclair a Duncan.

—Será mejor que te vistas. Creo que ir desnudo puede dificultarte un poco esta lucha.

—¡Pero, señora, este es el kilt de Sinclair y yo no puedo…!

—¿Prefieres ponerte uno de mis vestidos? —preguntó ella irónicamente, acabando así con cualquier protesta.

Cuando todos estuvieron adecuadamente vestidos y armados con pequeñas dagas o cuchillos que la joven mantenía ocultos en su celda, hicieron uso de las llaves de Cassandra para salir sigilosamente de su prisión aprovechando la deficiente vigilancia de sus guardianes, a los que silenciaron con un par de contundentes golpes en la cabeza, mandándolos a dormir antes de colocarlos en las mismas celdas que habían ocupado ellos.

En el camino hasta el gran salón no encontraron demasiadas dificultades: los guardias de Cassandra simplemente se apartaban; los de Archibald eran noqueados por los puños de algún furioso escocés antes de que se percataran de su fuga y dieran la alarma, y los guardias del enviado real, al ver las vestimentas de Cassandra, no tuvieron duda de que se trataba de la señora del castillo, por lo que la dejaron que paseara por donde quisiera.

Cassandra y los furiosos escoceses que la acompañaban no tardaron en llegar hasta las puertas del gran salón y, cuando estuvieron ante ellas, preguntaron:

—Señora, ¿cuál será el plan a partir de ahora? —inquirió Duncan, interesado en saber cómo procedería esa mujer.

—Sí, ¿cuál es la estrategia que debemos seguir para salvar a Sinclair? —añadió Alistair impaciente.

Y, haciendo que todos se acercaran a ella con un intrigante gesto, Cassandra anunció:

—Vosotros no desenfundaréis vuestras armas para que no comience otra guerra entre Escocia e Inglaterra y yo salvaré a Sinclair, ¿entendido?

Su respuesta dejó asombrados a los escoceses.

—¿Y cómo vamos a entrar en ese lugar lleno de guardias del rey? —inquirió Murdock algo confuso.

—Eso es lo más fácil —declaró Cassandra. Y cuando todos se acercaron más a ella esperando oír alguna complicada estrategia de batalla, volvió a sorprenderlos al anunciar con sencillez—: Entraremos por la puerta.

Luego, sin más dilación, abrió escandalosamente las grandes puertas del gran salón de su hogar y, enfrentándose a todos los presentes con el rostro bien alto, caminó entre los rumores que llevaban su nombre como toda una dama digna de admiración. Los escoceses la siguieron, más orgullosos que nunca de la mujer que su jefe había elegido para que formara parte de su familia y de su clan.

* * *

Sir Byron de Lonchmorne, delegado del rey que actuaba como los ojos y los oídos de su majestad, un hombre que se había ganado su cargo gracias a su inteligencia y a su capacidad en las batallas, además de por su noble cuna, era el responsable designado por el rey de Inglaterra para hacer valer la paz entre sus vasallos en los tiempos en los que la guerra cesaba, ya que la ambición de los hombres los hacía inquietos por naturaleza y los llevaba a desear las tierras de sus vecinos cuando no se encontraban luchando en Escocia.

Durante años había servido al avaricioso Eduardo I, pero cuando este murió, su débil hijo Eduardo II accedió al trono perdiendo las batallas que anteriormente había ganado su padre y se vio obligado por Robert Bruce, un rey escocés sin reino, a firmar la independencia de Escocia.

Ahora que había paz entre escoceses e ingleses, sir Byron había supuesto que ese sería un viaje tranquilo en el que su única obligación sería la de asistir en nombre de su señor a una boda

aprobada por él, pero, para su desgracia, se había topado con una desagradable situación por la que un escocés había acabado robando la virtud de la novia bajo el mismísimo techo que le había concedido hospedaje y él tendría que juzgarlo para contentar a todos. Sir Byron albergaba serias dudas de que el desenlace de esa espinosa situación no acabara de otra manera más que reanudando la guerra entre Inglaterra y Escocia.

Para colmo, el escocés que tenía ante él no era un cualquiera, sino el jefe de un clan bastante reconocido por sus implacables guerreros. Sir Byron querría haberlo librado de la ejecución que se merecía a causa de sus indecentes e insultantes actos decretando un severo castigo, pero ese hombre se había mantenido orgullosamente firme mientras aceptaba su culpa sin ninguna excusa que pudiera utilizar para salvarse.

—¡Quiero la cabeza del culpable de que mi querida Cassandra haya sido mancillada! —exclamó teatralmente lord Archibald Birmington una vez más, provocándole un incipiente dolor de cabeza mientras el escocés que tenía enfrente ponía los ojos en blanco ante semejante farsa.

—Entonces tal vez deberías reclamar la tuya también, Archibald —anunció una hermosa mujer mientras se adentraba como toda una reina en el gran salón. Sir Byron no tuvo dudas de que se trataba de la señora de esa casa—. Perdone mi insolencia. Soy lady Cassandra Morrison, y he acudido ante usted para aclarar este malentendido, excelencia —anunció la dama, mostrando unos modales más impecables que los de Archibald cuando se postró ante él como haría ante su rey, recordando que sir Byron lo representaba.

—¡Señor! ¡No la escuche! ¡Es evidente que está traumatizada por lo sucedido! —declaró Archibald nerviosamente, provocando que esa chica pusiera los ojos en blanco ante esa mentira.

—¿Es eso cierto, milady? ¿Se encuentra usted traumatizada?

—En absoluto, excelencia —negó ella con decisión, sin mostrar nerviosismo alguno.

—Entonces prosiga con su exposición —ordenó sir Byron.

—¡Pero, excelencia…!

—Creo, lord Birmington, que aún no le ha quedado claro que yo estoy aquí en representación de su majestad, lo cual significa que yo soy la máxima autoridad en este lugar mientras su majestad no esté presente. Por tanto, le recordaré, tan solo una vez, los debidos modales que debe mostrar ante mí: cuando yo hablo, usted…

—… yo guardo silencio, excelencia —respondió Archibald, bajando finalmente la cabeza.

—Exacto. Prosiga, milady.

—Excelencia, no puede juzgar a este escocés por algo que creen que me ha arrebatado cuando la verdad es que yo se lo he entregado de buena gana —declaró esa escandalosa dama, haciendo que innumerables cuchicheos se alzaran a su alrededor al tiempo que algún que otro insulto comenzaba a elevarse hacia ella, lo que provocó que cinco escoceses se alzaran dispuestos para la batalla.

—A ver si comprendo lo que quiere decirme: usted, una dama inglesa de buena familia, ha incumplido sus votos de compromiso y se ha metido en la cama de un escocés por su propia voluntad, insultando y desprestigiando de ese modo tanto a su casa como a su noble prometido —expuso sir Byron con severidad mientras ese proceso se le volvía cada vez más amargo porque ahora todas las culpas de esos infames actos recaerían sobre esa dama inglesa.

—No me metí en su cama, excelencia. Para ser precisos, no había ninguna cama en la celda en la que mi prometido me encerró junto a Sinclair, jefe del clan MacGregor —reveló Cassandra para sorpresa

y consternación de todos los presentes, haciendo que sir Byron le dirigiera una mirada acusadora a Archibald.

—¿Encerró usted mismo a su prometida en una celda con un escocés, lord Birmington? —inquirió airadamente sir William dirigiéndose a ese hombre.

—¡Eso es mentira! ¿A que sí, Cassandra? —exclamó el aludido, intentando amedrentar a su prometida. Pero ella no era de las que se dejaban amedrentar.

—No, es la pura verdad: yo nunca me atrevería a mentirle a mi rey o al noble delegado que lo representa —respondió Cassandra, bajando la cabeza ante sir Byron en señal de respeto, para luego añadir—: Si duda de mi palabra, puede preguntarle a cualquiera de mis criados, pero le ruego que los proteja de los soldados de Archibald en el proceso, ya que, si hasta ahora han guardado silencio acerca de esta lamentable situación, es porque yo se lo he ordenado temiendo que mi prometido pudiera tomar alguna represalia contra ellos solo para castigarme a mí.

»Mi padre, como buen señor de sus tierras, me enseñó a respetar a sus vasallos y a proteger a sus siervos, algo que había aprendido de su rey y que yo, a mi vez, intento poner en práctica cuando él no está presente.

—Lord Birmington, se lo volveré a preguntar una vez más: ¿encerró usted a su prometida en las mazmorras, a la dueña y señora de este castillo y estas tierras, mientras su padre no estaba presente?

—Sí, milord, pero todo tiene una explicación…

—La explicación son los celos que tiene de Sinclair o, más probablemente, la enorme decepción que sintió al descubrir que, si se casaba conmigo, no podría ser el señor de este feudo, ya que mi padre ha descubierto a un hijo varón, un vástago que fue

engendrado fuera del matrimonio y al que pretende reconocer legalmente para cederle su título y sus tierras. Ese es el motivo por el que mi padre no se encuentra en su hogar en estos momentos, excelencia —anunció Cassandra, volviendo a causar gran estupor entre los presentes con sus palabras. Y, anticipándose a la posible explicación de Archibald, añadió burlona—: No creo que encerrarme en una celda en mi propia casa se deba a que insulté a la amante de lord Birmington, excelencia, pues esa desproporcionada respuesta por parte de mi prometido ante tan pobre delito constituiría un tremendo insulto para mi casa, que podría conllevar una disputa entre dos grandes feudos, algo que nunca querría nuestro rey.

»Una pobre excusa que, además, dejaría en muy mal lugar al hombre que pretendiera exponerla ante el representante de nuestro monarca como justificación de todo lo sucedido en mi hogar, demostrando que es un incompetente para manejar a sus amantes, lo cual permitiría que surgieran dudas razonables acerca de su capacidad para gobernar sus propias tierras, si alguna vez se las conceden por algún mérito en batalla o matrimonio a un segundo hijo como él —expuso Cassandra, lo que provocó que al final Archibald guardara silencio mientras apretaba con fuerza la mandíbula, enormemente furioso con ella.

—De acuerdo, pues… Tras oír su testimonio, milady, atribuyo este tremendo error por parte de su prometido a la ira del momento —anunció sir Byron mientras acariciaba su dolorida cabeza por el problema que aún se presentaba ante él—. Sin embargo, usted sabe que a pesar de haber sido encerrada junto a ese escocés en la misma celda, no debió sucumbir ante él, milady. ¿Está segura de que no fue él quien se aprovechó de su inocencia para seducirla? —preguntó sir Byron, esperanzado con la idea de resolver ese problema sin dañar a esa dama.

—Me aproveché de ella. Ella se negó y yo la intimidé y la forcé… Después de todo, soy el Lobo Negro y… —declaró en ese momento Sinclair, hasta que Cassandra tapó la boca de ese hombre mientras anunciaba con una sonrisa:

—¡Por Dios! Tú nunca podrías intimidarme.

Que ese fuerte hombre de temible reputación forjada en la batalla se dejara manejar por esa mujer solo podía significar que se había enamorado de ella. Sir Byron sonrió complacido al pensar que lo que no habían conseguido decenas de soldados lo había logrado una mujer: el feroz Lobo Negro escocés al fin había caído ante un inglés.

Sir Byron meditaba si sería bueno terminar con un compromiso que había sido aprobado por su rey, pero, para su desgracia, el brutal comportamiento de lord Archibald Birmington hacia su prometida no le dejaba otra opción más que acabar con él, antes de que los señores de dos feudos colindantes comenzaran una contienda cuando lord Morrison reclamara la cabeza del segundo hijo de los Birmington por el trato que había recibido su hija.

Lady Cassandra Morrison, mucho más inteligente que su prometido, le había proporcionado a sir Byron una opción plausible para la ruptura de ese compromiso, en el que, para su desgracia, todas las culpas recaerían sobre ella, algo que el guerrero escocés que tenía ante sí parecía no estar dispuesto a permitir.

Tal vez celebrar un enlace del que surgiera el siguiente sucesor de esas salvajes tierras, el cual llevaría una mezcla de sangre escocesa e inglesa, podría ser una importante herramienta que reforzaría las pretensiones de paz. Pero quizá su rey se mostraría algo reticente a casar a la hija de lord Morrison con alguien que él no había aprobado. Además, había un molesto y pequeño impedimento por el que no se podía llevar a buen fin esa vía de acción…

—¡Exijo que se castigue a mi prometida por su insolencia y a ese escocés por tomar lo que no era suyo! —exclamó Archibald.

—¿De verdad me está exigiendo algo después del atropello que ha cometido usted contra esta casa al tratar de esa manera a la mujer que su rey aprobó para usted, lord Birmington? —preguntó sir Byron con furia, hasta que la dulce voz de lady Cassandra le aportó una solución para todos sus problemas, tal vez la que más la perjudicaba a ella y por la que él no habría querido optar.

—Excelencia, creo que queda claro que yo soy la responsable de todo, soy yo quien cedió ante ese hombre, soy yo quien lo sedujo olvidando a su prometido. Soy yo la única culpable de todo, y la única justificación que puedo dar es el amor. Pido clemencia para todos mis siervos, que no tienen ninguna culpa de mi comportamiento, y para el hombre que se dejó seducir neciamente por mí.

—Milady, ¿sabe que si insiste en asumir las culpas será despojada de su título, se anulará su compromiso y será recluida en un convento para que reflexione gravemente sobre sus pecados durante toda su vida?

—Lo sé, excelencia.

—Y, aun así, ¿insiste? —preguntó sir Byron, entristecido por lo que tenía que hacer, sin comprender del todo a esa mujer.

—Ha dicho que se rompería mi compromiso, ¿verdad? —añadió ella, sacándole una sonrisa y haciéndole vislumbrar al fin el porqué de sus maquinaciones.

—Es usted demasiado peligrosa, milady. Ojalá la hubiera conocido antes de que se hubiera prometido —declaró sir Byron, ganándose un gruñido de un escocés que hasta entonces había guardado silencio.

Decidiendo ignorar esa provocación, sir Byron hizo una señal a sus hombres para que se acercaran a Cassandra.

—Escoltad a milady hasta sus habitaciones y protegedla hasta que llegue el momento de nuestra partida hacia el convento. Yo mismo me aseguraré de que llega sana y salva hasta él. En cuanto a este castillo, parte de mi escolta se quedará aquí hasta que llegue lord Morrison y podamos ofrecerle una debida explicación. Por otro lado, lord Archibald, creo que, al no tener usted a su prometida, su presencia en estas tierras sobra. Por último, ¿puede explicarme qué hacen un grupo de escoceses en tierras inglesas? —preguntó a Sinclair, muy intrigado por la presencia de esos hombres.

Y el aludido, como si hubiera estado esperando su momento, se adelantó con una sonrisa en los labios y, tras sacar una misiva de su bota, anunció ante todos:

—¡Yo soy Sinclair MacGregor, jefe del clan MacGregor e hijo de Malcolm MacGregor, y como digno sucesor de mi padre, vengo a reclamar mi premio!

Sir Byron, extrañado ante semejante afirmación, hizo que uno de sus soldados le llevara la carta que sujetaba Sinclair. Unos momentos más tarde, tras leer el contenido de la misiva, por la cual el noble señor de esa casa no ponía límites a lo que podía pedirle Malcolm MacGregor o su heredero designado como recompensa a cambio del gran servicio prestado al salvarle la vida años atrás en el campo de batalla, preguntó intrigado:

—Entiendo las razones de tu presencia en este lugar, escocés. ¿Y bien? ¿Qué es lo que quieres como premio?

Ese hombre podría haber pedido tierras, dinero, armas, un título o cualquier cosa que pudiera imaginar y, pese a ello, Sinclair señaló con una resplandeciente sonrisa en el rostro a la mancillada dama que nadie en Inglaterra consideraría como un premio.

—La quiero a ella.

Sir Byron pensó que los hombres que lo acompañaban se sentirían decepcionados por su elección, pero, para su asombro, todos y cada uno de los escoceses gritaron extasiados ante tal revelación.

—Nunca llegaré a comprender a los escoceses… —murmuró negando con la cabeza por esa manera de desperdiciar una oportunidad única…

Aunque, después de contemplar más detenidamente a esa mujer, comenzó a entender un poco a ese escocés en concreto.

—De acuerdo. En ese caso, como representante del rey de Inglaterra, y por el poder que me confiere mi soberano, declaro que ese premio que reclamas es todo tuyo, escocés.

* * *

La boda que se había celebrado en ese castillo había sido rápida, sin ostentosos adornos, ni un fabuloso banquete nupcial posterior hasta altas horas de la madrugada ni festejos durante la semana, mientras que el novio original había sido sustituido por un feroz escocés al que muchos ingleses no se atrevieron a acercarse.

El vestido de la novia fue bastante sencillo y discreto, y dado que probablemente más de un testigo habría protestado de haber seleccionado el blanco virginal, Cassandra se había decantado por utilizar uno de color rojo como el vino que combinaba a la perfección con los colores del clan MacGregor.

El novio, ante el asombro de los presentes, se había intercambiado el manto que llevaba con el de uno de sus hombres, sin importarle demasiado mostrarles el trasero a los presentes. Como testigos de esa peculiar boda se habían presentado dos majestuosos lobos a los que nadie había podido impedir el paso cuando sus amos los

llamaron. Además, junto a Sinclair se encontraba uno de sus hombres, al tiempo que junto a Cassandra se hallaba el mismísimo representante del rey, dispuesto a impedirle a esa mujer que huyera de ese enlace en caso de que no lo deseara.

Lord Archibald había querido salir del castillo con el rabo entre las piernas en cuanto se había enterado de que esa boda tendría lugar, pero sir Byron, que deseaba imponerle un justo castigo por sus desmanes, lo había obligado a presenciar ese enlace en solitario, sin la compañía de ninguno de sus soldados, los cuales aguardaban a su señor en el exterior del castillo para concederles un respiro a los alegres siervos de la casa de los Morrison, que celebraban la suerte de su señora porque no sería repudiada y aislada en un convento, sino que se casaría con un escocés conocido y respetado por todos los lugareños y forjaría su hogar en otras tierras, donde ninguno de ellos albergaba la menor duda de que su señora conquistaría a todos esos rudos escoceses como había hecho con ellos.

Todos los presentes, tanto escoceses como ingleses, al ver a esa pareja susurrándose al oído frente al sacerdote que oficiaba la ceremonia, pensaron que se estaban diciendo cariñosas palabras por su reencuentro, sin ser conscientes de que las palabras cariñosas no formaban parte del repertorio habitual de una dama como Cassandra.

—¡Sinclair, ya deberías saber que yo no soy ningún premio que puedas reclamar! —increpó una enfadada Cassandra a ese escocés que, una vez más, había echado por tierra todos sus planes.

—Perdona si he estropeado tu elaborada estrategia de recluirte en un convento, Cassandra, pero era reclamarte ahora delante de los ingleses o secuestrarte cuando fueras una monja.

—¡Maldición! ¡Si te hubiera incluido en mis planes, esto no habría salido tan mal! ¿Por qué no pensé en ti? ¡Seguramente fue porque

no regresaste a verme durante años y creía que te habías olvidado de mí! —dijo ella mientras lo fulminaba con la mirada.

—Eras el enemigo y no podía acercarme a ti, así que esperé al momento oportuno para acudir a reclamar mi premio.

—¡¿Quieres dejar de referirte a mí como si fuera un botín de guerra ganado tras una batalla?!

—Eres más que un botín, Cassandra: para mí eres todo un tesoro que los necios de tus compatriotas no han sabido reconocer —declaró Sinclair mientras acariciaba con cariño el rostro de esa mujer que durante tantos años había añorado volver a ver.

—Si crees que con palabras dulces vas a conseguir algo de mí, tendré que recordarte el puñetazo que recibiste después de que me robaras mi primer beso… —anunció la joven apretando fuertemente uno de sus puños, un puño que Sinclair cogió y, tras besarlo con cariño, se dirigió con una pícara sonrisa a esa beligerante mujer.

—Ese puñetazo mereció la pena —dijo.

—¡Oh, Sinclair! ¡Me desquicias!

—Y tú me enciendes… —susurró él al oído de la novia, haciendo que se sonrojara.

—No sueñes con que vas a repetir con tanta facilidad lo que hicimos en aquella celda: no pienso volver a compartir mi lecho contigo hasta que mi corazón esté preparado para ello.

—Respetaré tus deseos, pero, mientras tanto, podemos compartir mi manto… —respondió el escocés con una sonrisa pícara, haciéndola enfurecer.

—¡Oh, de eso nada! ¡No vas a volver a engañarme: ya sé lo que hacéis los escoceses debajo de él! En el momento en el que intentes aprovecharte de mí y me toques sin mi consentimiento, me marcharé de tu lado y nada me hará cambiar de opinión para que regrese contigo.

—¿Y si eres tú la que me toca a mí y la que se mete en mi cama? —repuso él con presunción, haciendo que Cassandra pusiera los ojos en blanco.

—Entonces tienes vía libre para seducirme.

—Muy bien. Tendré en cuenta tus palabras y te las recordaré en el momento oportuno.

—Lo dudo —replicó ella jactanciosa ante su burlona sonrisa, un gesto que se convirtió en otro más serio cuando Sinclair le recordó a su compañera:

—Cassandra, vas a acompañarme a unas tierras muy duras, pero también muy hermosas. ¿Estás segura de que quieres venir a mi hogar? Te lo pregunto porque, tal vez, cuando estés allí ya no querrás marcharte.

—Lo haré, pero solo porque por el momento me conviene irme contigo para que Archibald comprenda que no puede tenerme. Cuando todo se calme, pienso regresar a mi hogar —manifestó ella, haciendo que Sinclair sonriera complacido.

Una sonrisa que continuó hasta que los asistentes a la boda comenzaron a carraspear y Cassandra se dio cuenta de que todos, incluido el clérigo, la miraban con impaciencia.

—¿Qué ocurre, Sinclair? —preguntó entonces confundida, admitiendo que tal vez había estado tan distraída con su conversación como para atender a las palabras del cura.

—Creo que hemos llegado a la parte en la que el clérigo me permite besar a la novia.

—¡Ah! ¿Y a qué esperas, escocés?

—Te prometí que no te tocaría y no lo haré, pero creo que esta ceremonia no acabará sin el tradicional beso.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Cassandra, molesta al observar a todos los presentes y comprobar que Sinclair tenía razón.

Y al ver que ese hombre se cruzaba de brazos sonriendo con satisfacción a la espera de que ella le pidiera un beso cuando un momento antes se lo había negado, Cassandra no pidió nada y simplemente lo tomó.

Ante el asombro de todos, la novia tiró de la camisa de ese feroz escocés para acercarlo a ella. Y cuando lo tuvo a su altura, le dio un casto beso que se limitó a rozar brevemente sus labios, un beso que se convirtió en un encuentro mucho más ardiente cuando Sinclair la acogió entre sus brazos, la acercó más a su cuerpo y le recordó lo que era un beso entre ellos.

Cuando este terminó, Cassandra volvió a sorprender a todos los presentes al propinarle un puñetazo al novio y, a continuación, alejarse furiosamente hacia el exterior mientras mascullaba entre dientes: «Tramposo».

El escocés se limitó a reír a la vez que se palpaba la dolorida mandíbula y gritó jocoso en dirección a la airada novia que se alejaba:

—¡Ha vuelto a merecer la pena!

Cuando terminaron las risas por parte de los escoceses, y los ingleses al fin pudieron respirar aliviados sabiendo que, a pesar del desaire de la novia, no habría guerra entre sus países, muchos ingleses felicitaron al novio y le pidieron al escocés que protegiera a su señora, pese a que, por lo que todos habían visto, sabía defenderse muy bien ella sola.

Finalmente, antes de que lord Archibald se marchara del castillo, Sinclair lo interceptó y, tras tenderle su mano, le preguntó alegremente delante de todos:

—¿Es que no piensas felicitarme por mi enlace?

Lord Archibald, ante la atenta mirada del representante del rey, estrechó la mano de su rival mientras Sinclair aprovechaba la

ocasión para apretar con fuerza a modo de advertencia. Luego se acercó a ese inglés para susurrarle otra mucho más firme en su oído:

—Yo nunca olvidaré que no puedo acusar a un noble inglés en su tierra, pero recuerda tú lo que ocurre con los ingleses en las mías y lo fácil que pueden desaparecer en ellas para no volver jamás. No intentes perseguir un premio que ya has perdido si no quieres acabar muy mal.

Cuando Sinclair soltó la mano de lord Archibald, este la acarició dolorido. Mientras se alejaba, miró a su enemigo con una furia que le aseguraba a Sinclair que ese inglés volvería a cruzarse inevitablemente en su camino en el futuro para intentar vengarse porque él hubiera tenido el valor de reclamar un premio que nunca había pertenecido a lord Archibald, ya que Cassandra tenía un corazón demasiado salvaje para pertenecer a alguien, y ese era un premio que un hombre tenía que ganarse por sí mismo.

Capítulo 8

Lord Archibald emprendió el camino de regreso hacia sus tierras con los ojos del enviado del rey pendientes de él, por lo que no pudo evitar abandonar el castillo de los Morrison resignado a iniciar su viaje sin novia, sin fortuna, sin tierras ni la menor posibilidad de aspirar a obtenerlas en el futuro como tanto había ambicionado su padre.

A mitad de camino se topó con este comandando una comitiva que se dirigía al castillo con intención de celebrar ese enlace o de forzarlo si fuera necesario, aprovechando que lord Morrison se encontraba fuera de su hogar y no habría nadie allí para defenderlo de su asedio.

Para desgracia de lord Stephen Birmington, Cassandra había aprendido a defenderlo muy bien haciendo uso de múltiples artimañas, de lo que le quedó constancia a ese avaricioso noble cuando su hijo lo informó de lo ocurrido en las tierras de los Morrison.

—Hace mucho tiempo que Wayne buscaba una excusa para romper con este compromiso que apalabramos hace años, ¡¿cómo has podido ser tan idiota de proporcionarle una para que lo rompa ni más ni menos que el representante de nuestro rey?! ¡¿Y cómo has permitido que tu prometida se case con un salvaje escocés, colocándola lejos de nuestro alcance?!

—Padre, de nada me habría servido un matrimonio con Cassandra si todas las tierras de lord Morrison pasaban a su bastardo y no al

hijo que podría haber tenido con esa mujer.

—¡Pero ¿tú eres idiota?! ¡Aunque ese hombre fuese declarado el heredero legal de Wayne, si ese bastardo desapareciera, el único que podría heredar esas tierras sería precisamente el hijo de esa mujer y, de haber estado casado con ella, serían tuyas!

—De cualquier modo, ahora ya nada podemos hacer, pues la han casado con ese escocés.

—¿Y de quién es la culpa de que se celebrara ese enlace? —le recriminó lord Birmington a su hijo. Y, sin poder olvidar esas tierras que había ambicionado durante tanto tiempo, añadió—: Las cosas se han complicado mucho, pero todavía hay posibilidades. Tendrás que perseguir a esa novia y convertirla en una joven viuda para poder casarte después con ella.

—¡Pero, padre, Cassandra no querrá casarse conmigo! —se quejó Archibald.

—¡Entonces oblígala! ¡Solo es una mujer!

—No creo que Sinclair MacGregor sea fácil de matar.

—Es un hombre como todos los demás, por tanto, tiene una debilidad. Para acabar con él tan solo tienes que encontrarla y utilizarla en tu beneficio.

* * *

—¿Creéis que Sinclair tendrá problemas con los otros clanes por su matrimonio con una inglesa? ¿Se volverá más débil ahora que se ha prendado de una mujer? —preguntó Duncan al ver que Sinclair no había partido de inmediato hacia sus tierras después de su boda. En su lugar, en ese momento todos estaban esperando impacientemente a que la novia se despidiera de sus siervos y

cambiara su vestido por prendas más apropiadas para efectuar un viaje.

—No sé si será más débil, pero más impaciente sí que se ha vuelto —señaló Alistair al ver cómo su líder reanudaba una vez más su inquieto caminar de un lado a otro.

—Mirad: ahí llega la novia. Estoy impaciente por oír las románticas palabras que Sinclair le dedicará a su enamorada para conquistarla —anunció Irvin, haciendo que todos prestaran atención a la pareja, en especial a Sinclair, que era conocido por lo encantador que podía ser con las mujeres.

—¡Al fin llegas! ¿Podemos partir ya de una vez antes de que se haga de noche y los bandidos ingleses nos ataquen por el camino?

—Estamos en período de paz, Sinclair. No creo que ningún inglés nos ataque, ni mucho menos un grupo de bandidos —replicó la dama, haciendo que él pusiera los ojos en blanco ante tan inocente afirmación.

—Ya has visto de qué manera ha respetado Archibald la paz…, ¿tengo que recordarte que él es inglés?

—Archibald es una excepción. En ocasiones dudo de que sea inglés, ya que no posee ninguna de nuestras buenas cualidades.

—Cassandra, los ingleses no tienen ninguna buena cualidad —repuso Sinclair, provocando los nerviosos carraspeos de sus compañeros, que intentaron señalarle de ese modo que no iba por muy buen camino.

—¿De verdad? En ese caso, ¿puedes decirme qué es lo que te ha llevado a casarte conmigo si soy inglesa? ¿Cuál es la cualidad que más destacarías de mí? —inquirió ella, mirando reprobadoramente a su marido a la espera de una respuesta.

Una respuesta que, como siempre, la hizo enfurecer, ya que Sinclair declaró delante de todos con una sonrisa satisfecha:

—Tu mejor cualidad es que, ahora que te has casado conmigo, ya no eres inglesa.

—¡Oh, no puedo contigo! ¡Me exasperas! —exclamó Cassandra, echando las manos al aire mientras se dirigía hacia su caballo.

Cuando sus furiosos pasos llegaron junto al animal, Sinclair la detuvo antes de que subiera a su montura y le susurró al oído lo que nunca diría delante de sus hombres para que no lo vieran como una debilidad.

—Eres valiente cuando te enfrentas al enemigo, orgullosa cuando portas tu título, bondadosa con los más débiles. Posees una gran inteligencia que te mete a ti y a los que te siguen en más de un problema. Eres la mujer más hermosa que he conocido y la única a la que siempre deseé tener a mi lado a pesar del tiempo que hemos pasado separados —le dijo Sinclair, acercándose más a Cassandra con cada una de sus palabras, hasta que sus labios se encontraron muy cerca de los suyos.

Y cuando estaba a punto de besarla, la joven anunció con una pícara sonrisa:

—Sinclair, te recuerdo que soy inglesa.

Pero, en el momento en el que Cassandra sonreía victoriosa a ese hombre creyendo que había puesto fin a sus avances, él la sorprendió cogiéndola entre sus brazos para susurrar justo antes de besarla:

—Ya no.

Cuando terminó ese apasionado beso, Cassandra se sintió demasiado aturdida como para comenzar una nueva pelea y, aprovechando su momento de silencio, Sinclair la alzó sobre su montura, descubriendo en el proceso por qué había tardado tanto en arreglarse.

—¿Llevas pantalones? —preguntó tremendamente sorprendido con el atrevimiento de esa mujer al osar vestir ropas de varón.

—¿De qué te quejas? Tú llevas un vestido —se burló ella insultando su atuendo una vez más, lo que provocó una nueva e interminable discusión entre ellos, que comenzó después de que Sinclair subiera a su montura y emprendiera su viaje, y que prosiguió mientras guiaba su camino hacia su nuevo hogar.

—¡No es ningún vestido! ¡Es un kilt! En Escocia, los kilts son muy importantes: representan los colores de nuestro clan y son un orgullo. Para nosotros, los escoceses, son equivalentes a las armaduras que lucen con honor los soldados ingleses en la batalla. Espero que te quede claro con mis palabras que no debes bromear sobre ellos, Cassandra. Para nosotros, eso es un insulto a nuestras costumbres y a nuestra tierra —finalizó Sinclair después de un interminable sermón con explicaciones sobre las tradiciones escocesas, durante el cual más de uno de sus compañeros terminó dando cabezadas encima de su caballo.

Y cuando parecía que Cassandra lo había entendido y ellos creían que esa discusión al fin había terminado, la inglesa replicó, volviendo a alterar el apacible humor del jefe de su clan:

—¡Perfecto! Vosotros no os metéis con mis pantalones y yo no digo nada de vuestros vestidos…

Ante esas palabras, más de un escocés se golpeó la frente con una mano y rogaron por que surgiera algún tipo de distracción antes de que Sinclair reiniciara la explicación de la historia del kilt de su clan.

—Como veo que no te ha quedado claro que esto no es un vestido, comenzaré mi explicación desde el principio. Verás, la historia de nuestro kilt se remonta a…

—¡Eh! ¡Hay bandidos más adelante! —anunció Duncan, que se había adelantado al grupo para explorar el camino por el que debían avanzar, interrumpiendo a Sinclair.

—Dejaremos esta conversación para más tarde —dijo él a su esposa antes de centrar su atención en lo que los rodeaba—. ¿Cuántos son?

—Cinco, pero parece que están haciendo señales a algunos más que no veo, supongo que para prepararnos una emboscada —respondió Murdock mientras sonreía, simulando que estaba disfrutando del paisaje y era indiferente a la inminente batalla que estaba a punto de comenzar.

—¿Los atacamos ya? —preguntó impaciente el joven Alistair, queriendo castigar a los hombres que cometían la estupidez de considerarlos presas fáciles en el camino de regreso a su hogar.

—No, esperemos a que vengan los demás antes de hacer algún movimiento.

—¿Vamos a dejarnos acorralar por esos bandidos? No quiero caer en una trampa tan lamentable —se quejó Irvin.

—¿Y por qué no los emboscamos nosotros a ellos? —propuso Cassandra, atrayendo la atención de todos hacia ella.

—No quiero seguir una de esas maquinaciones tuyas que siempre me meten en problemas —negó Sinclair decidido.

—¡Vamos! Será divertido…

—No, Cassandra. Te conozco demasiado bien como para saber que seguir tus ideas sería de todo menos divertido. No haremos nada que pueda ponerte en peligro. ¡Y esta es mi última palabra!

* * *

—Sabía que no me gustaría este plan —manifestó Sinclair mientras permanecía escondido entre los arbustos y veía cómo los bandidos se acercaban al lago, sin importarles demasiado revelar su presencia—. ¿Por qué tenía que ponerse ella como cebo? ¿Y por qué demonios he aceptado este plan? —volvió a quejarse, sin dejar de vigilar ni un instante a su inconsciente mujer, que fingía que se había separado de su escolta para darse un baño, buscando atraer así al enemigo.

—Porque eres débil ante tu esposa —señaló Irvin, que conocía su historia con Cassandra desde que eran niños.

—Porque esa mujer es muy astuta y sabe convencerte —añadió Duncan, lo que hizo que Sinclair comenzara a gruñir ante las apreciaciones de sus hombres frente a una debilidad que ya conocía, pero que nunca querría evitar.

—Y porque tiene a dos lobos junto a ella, resguardándola —apuntó Murdock, señalando a los peligrosos animales que sus enemigos ignoraban estúpidamente, sin sospechar lo mortíferos que podían llegar a ser.

—Ni aunque mil hombres la resguardaran estaría a salvo esa mujer cuando se le ocurre llevar a cabo alguna de sus locuras —gruñó Sinclair bastante molesto.

—Eso me lleva a preguntar una cosa: ¿podemos abrir ya los ojos y mirar al enemigo? —inquirió Irvin.

Y cuando oyeron el sonido de tela cayendo al suelo y un nuevo gruñido de Sinclair, los escoceses supieron que no podrían abrir sus ojos todavía.

—Esos hombres están todos muertos. Lo estarán antes de que abráis los ojos, porque nadie tiene derecho a ver lo que solo me pertenece a mí —declaró Sinclair, anunciando que el tiempo de permanecer ocultos se había acabado.

—¿Crees que todos los malhechores habrán salido de su escondrijo? —preguntó Alistair cuando abrió los ojos y vio cómo el implacable escocés que los comandaba se acercaba sigilosamente a esos bandidos que habían comenzado a rodear a una mujer sola e indefensa ataviada tan solo con una camisa. Lo malo para esos bandidos era que esa mujer no estaba tan sola ni era tan indefensa como ellos creían.

—No creo que eso le importe demasiado a Sinclair —señaló Duncan, viendo cómo este se lanzaba al ataque con paso enfurecido, deshaciéndose de cuantos se interpusieran en su camino empleando únicamente sus fieros puños.

—¿Creéis que deberíamos unirnos a la contienda? —preguntó Alistair, preocupado por el número de bandidos.

—Sí, porque, si no, Sinclair no nos dejará nada de diversión —señaló Murdock, saliendo apresuradamente de su escondite para unirse a la pelea, siendo seguido por sus compañeros, que querían disfrutar de una buena lucha.

Para su desgracia, cuando llegaron junto a Cassandra no quedaba ninguna contienda de la que disfrutar, ya que los bandidos estaban siendo abatidos por Sinclair, por los lobos y, ante la incredulidad de esos escoceses, por una mujer que sabía manejar una liviana espada como el mejor de los guerreros.

Todos quedaron embelesados ante la habilidad de su señora, que los sorprendió luchando más como un escocés que como un inglés, mostrando movimientos que se sincronizaban perfectamente con los de Sinclair, lo que permitió a esos guerreros deducir quién le había enseñado a luchar de esa manera.

Unos momentos más tarde, cuando todos los bandidos fueron derrotados por sus espadas, comenzó una nueva batalla en ese lugar.

—¿Tenías que desprenderte de tu vestido para atraer a esos canallas?

—¿Cómo iba a fingir que pretendía darme un baño si no me lo quitaba, Sinclair? Además, ya sabes que llevo pantalones: mira —respondió Cassandra, alzándose desvergonzadamente la camisa.

—¡Vístete ahora mismo si no quieres que te lleve a mi hogar atada y amordazada como un lastre en mi caballo para que no vuelvas a meternos en más problemas!

—¡Está bien, está bien! No sé por qué estás tan molesto, si mi plan ha funcionado a la perfección —contestó ella, lo que provocó que un tic nervioso comenzara a hacer acto de presencia sobre una de las cejas de Sinclair—. Aunque falta una cosa: si me lo permites, antes tengo que resolver una duda e interrogar a estos hombres —anunció esa mujer, logrando que Sinclair emitiera un gruñido cuando, tras ponerse de nuevo su vestido, se acercó a uno de los hombres que estaba recuperando la conciencia.

Y cuando los escoceses esperaban expectantes las preguntas de Cassandra, que probablemente quería interrogarlo acerca del escondite de esos villanos, quedaron asombrados al oírla decir:

—Oiga, señor malhechor: ¿podría decirme si es usted inglés o escocés? Es que mi marido tiene la teoría de que todos los bandidos son ingleses y yo no estoy de acuerdo con él, ¿sabe?

—¡Se terminó el interrogatorio! —gritó Sinclair.

Y, tras perder la paciencia, le pegó un nuevo puñetazo a ese hombre con el que lo dejó inconsciente para evitar más preguntas. A continuación, cargó a su mujer sobre uno de sus hombros para, como había amenazado antes, colocarla sobre su caballo como un fardo con intención de tenerla vigilada en todo momento durante ese viaje, que iba a ser más duro de lo que se había imaginado.

* * *

—Sinclair, no me siento cómoda viajando de esta manera.

—¿Vas a meterme en más problemas? —preguntó él mientras comenzaba a colocarla en su regazo.

—Ya sabes cómo soy… —contestó Cassandra, a lo que Sinclair reaccionó volviendo a cruzarla en su regazo como un lastre—. ¡Oh, por Dios! ¡Prometo no meterte en más problemas! —aseguró ella, dando finalmente su brazo a torcer.

Sinclair la acomodó entonces en su regazo, consciente de que las palabras de su esposa no eran del todo ciertas porque, pretendiera Cassandra meterlo en algún aprieto o no, siempre estaba en medio de ellos.

—Cabalgaremos hasta bien entrada la tarde. Este viaje nos llevará diez días y quiero salir cuanto antes de tierras inglesas y no tener que estar constantemente alerta por si alguien trata de apuñalarnos por la espalda.

—No seas tan exagerado: los ingleses somos bastante amables.

—Te recuerdo que los aposentos de los que mis hombres y yo disfrutamos en tu castillo fueron unas mazmorras.

—También el mío, pero eso no se debía a la amabilidad inglesa, sino a la de lord Archibald. Mi padre te habría tratado con el debido respeto, y yo también.

—Si no recuerdo mal de mis anteriores visitas, tú siempre intentabas robarme mi kilt y mi espada. En una ocasión incluso te atreviste a ponerme cintas en el cabello mientras dormía.

—Solo quería adornar tus trenzas.

—Era un peinado de guerrero. No tenía que llevar adorno alguno.

—¡Pero yo no lo sabía, solo era una niña! Y te recuerdo que tu padre alabó mi habilidad. Por cierto, ¿cómo está él?

—Cansado de tantas batallas y demasiado abatido a causa de alguna de sus heridas. Decidió cederme su lugar, pero yo solo accedí a ser el jefe del clan por la insistencia de los ancianos y porque ningún guerrero puso pegas a la sucesión, así que ahora soy yo quien dirige a los MacGregor y pone paz en nuestras tierras. Una paz que quiero seguir manteniendo.

—¿Me puedes explicar por qué en estos instantes me miras como si yo pusiera en peligro esa paz y fuera un castigo en vez del premio que me aseguraste que era cuando me reclamaste ante sir Byron, el representante del rey? —replicó Cassandra, manteniendo la cabeza bien alta.

Tras alzar la barbilla de su esposa un poco más, Sinclair clavó su profunda mirada en los ojos de ella y le susurró muy cerca de sus labios.

—Siempre serás un premio para mí —murmuró, haciendo que de los labios de Cassandra surgiera un iluso suspiro antes de acercarse más a él. Y cuando sus bocas casi se rozaban, Sinclair añadió, burlándose una vez más de ella—: Pero debo admitir que, para el hombre que no sepa manejarte, puedes convertirte en una auténtica pesadilla.

Ante sus palabras, Sinclair se ganó un fruncido ceño y algún que otro airado golpe en el pecho por parte de una temperamental mujer.

Desde ese momento, Sinclair fue implacable en su galope, queriendo llegar lo más pronto posible a un territorio en donde sentirse a salvo de los enemigos que lo perseguirían cuando se dieran cuenta de lo que habían perdido. Pero, si pretendían recuperarlo, ya era demasiado tarde porque él nunca la dejaría marchar.

* * *

A lo largo de la dura cabalgada decretada por Sinclair, que duró varios días, Cassandra no se quejó ni una sola vez, pero sí lo hicieron sus hombres pensando que, si su señora descansaba adecuadamente, tal vez su jefe podría comenzar a ganarse el cariño de esa chica con la que solo sabía discutir.

Cuando los hombres finalmente lograron que Sinclair consintiera en acampar con desgana en tierra inglesa, todos creyeron que lo mejor era dejar solos a esos dos, pero, para su sorpresa, él prefirió ir de caza en busca de la cena y Cassandra trató de seguirlo.

—No vas a acompañarme.

—Pero…

—No puedo cazar algo que valga la pena si tengo que estar pendiente de ti, así que te quedarás en el campamento protegida por mis hombres.

—¡No es justo! ¡Sabes que yo también puedo conseguir una buena pieza! —se quejó Cassandra.

Y, antes de que esa obtusa mujer lo siguiera, haciéndole imposible concentrarse en pieza alguna, él le cedió un arco a su esposa y le advirtió:

—Toma: tú cazas lo que hay por arriba y yo lo que hay por abajo. Gana el que consiga la mejor pieza, pero tú no te mueves de aquí.

—Así tienes ventaja, Sinclair.

—Es esto o me llevo el arco y te ato al árbol más cercano para quedarme tranquilo.

—¿Puedo pedirte cualquier cosa si gano?

—Por supuesto. Pero ten en cuenta que yo también podré pedirte cualquier cosa si salgo victorioso —declaró él pícaramente mientras la devoraba con la mirada.

—Está bien, acepto. Me quedaré aquí y, a pesar de la desventaja que me impones injustamente, me cobraré una buena pieza de la que presumiré durante la cena.

—Bien. Volveré para reclamar mi premio —replicó él provocativamente antes de alejarse pensando que, por una vez, Cassandra no se metería en ningún aprieto, ya que no se movería de donde la había dejado.

* * *

Los escoceses echaron a suertes quién acompañaría a Sinclair en su partida de caza, disfrutando así de un poco de acción, y quién se quedaría con Cassandra para protegerla, descansando conveniente y aburridamente frente al fuego.

Los que habían perdido se quedaron en el improvisado campamento pensando que se aburrirían mientras esa mujer jugaba con su arco. Unos minutos más tarde, esos hombres echaban de menos la apacible velada que se suponía que deberían estar viviendo.

—¡Mi señora, no creo que cuando Sinclair le dijo que se quedara en el campamento tuviera en mente que usted pudiera trepar a los árboles! ¿Podría bajar antes de que se rompa el cuello y su marido reclame el nuestro? —pidió Irvin amablemente, preocupado por la gran altura que esa mujer había conseguido escalar en pocos minutos, pese a llevar un complicado vestido que no dudó en recogerse de una manera que habría resultado bastante indecorosa de no haber llevado pantalones.

—No he desobedecido a mi marido, no me he movido del campamento. Estoy en él, solo que algo más arriba.

—¡Por favor, baje de ese árbol! —suplicó Alistair, sin saber qué hacer para convencer a esa mujer de que abandonara esa estúpida competencia.

—Si no subo lo suficiente, no conseguiré dar con una buena pieza. Así que bajaré cuando tenga una. ¡Oh, perfecto! ¡Ya he dado con una presa adecuada y bastante gorda! Ahora solo tengo que apuntar y… —anunció Cassandra a la vez que se ponía de pie encima de una fina rama, lo que hizo que Irvin y Alistair aguantaran la respiración mientras su señora disparaba una flecha sin perder el paso. Para su asombro, alcanzó su objetivo, tras lo que un gordo pájaro cayó a sus pies.

—¿Eso es una paloma mensajera? —preguntó Alistair extrañado, haciendo que Irvin se fijara en el mensaje que el animal llevaba atado a una de sus patas.

—¿A qué le he dado? ¿Creéis que será una buena pieza? —preguntó Cassandra desde su alta posición.

—¡Es un pájaro salvaje bastante gordito! ¡Se parece a una paloma, pero sin duda servirá! —exclamó Irvin, mintiendo con descaro.

—Pero eso no es… —comenzó a protestar Alistair entre susurros.

—¿Quieres verla escalar más alto para conseguir una pieza mejor o prefieres vigilarla desde el suelo, donde no puede hacerse daño? Eso es un pájaro silvestre, no un ave domesticada para llevar mensajes, ¿entendido? —repuso Irvin, lo que hizo que Alistair guardara silencio mientras asentía con la cabeza.

—¡Eh! Tenéis razón: se parece bastante a una paloma sobrealimentada —exclamó Cassandra—. ¡Estoy impaciente por ver lo que dice Sinclair de mi presa!

* * *

—Es una paloma —manifestó Sinclair, lo que provocó que Cassandra fulminara a alguno de los MacGregor con una de sus miradas.

—No, qué va, jefe: es un pájaro silvestre que se parece mucho a las palomas.

—No, Alistair: es una paloma que está bastante gorda, pero una paloma al fin y al cabo. Mira: hasta lleva un mensaje atado en la pata. Seguramente era una paloma mensajera antes de que tú acabaras con ella —señaló Sinclair mientras se hacía con el mensaje que, irremediablemente, ya no llegaría a su destino.

Y, mientras lo hacía, Cassandra volvió a fulminar a dos de sus hombres con la mirada al tiempo que estos intentaban alejarse disimuladamente silbando una canción.

—Bueno, ¿y tú qué has cazado? —preguntó a continuación dirigiéndose a Sinclair.

—Unas liebres bastante gorditas.

—Ya… Tú solo espera un momento, que voy a volver a subirme a ese árbol y entonces te ganaré.

—¡¿Qué?! ¿Te has subido a ese árbol? —exclamó Sinclair, siendo ahora él quien les dedicaba una mirada furiosa a sus hombres.

—No he salido de la zona que me delimitaste, solo he escalado por encima de ella para tener una mejor visión y encontrar una buena presa. Así que dame unos minutos y te traeré algo que valga la pena —declaró Cassandra decidida, haciendo sudar a todos los MacGregor cuando trató de acercarse al árbol.

Por suerte, Sinclair se interpuso en su camino.

—No hace falta que lo hagas. Tú has ganado —anunció, haciendo creer a todos que se rendía para detener los pasos de esa imprudente mujer.

—No me cedas una victoria que aún no es mía y…

—No lo hago: la misiva que llevaba la paloma habla de planes de invasión contra mis tierras, así que, sin duda, tu presa es mucho mejor que las mías —declaró Sinclair, alejando el mensaje de los curiosos ojos de su esposa para dárselo a Irvin.

Este, a su vez, se lo pasó a Duncan, que se lo cedió a Alistair y finalmente a Murdock, que terminó por comerse el mensaje para que Cassandra no lo leyera: en él, lord Archibald anunciaba a su padre que necesitaba un tiempo de descanso antes de partir hacia Escocia con intención de convertir a Cassandra en una joven viuda.

—No puedo creer que ese necio se esté preparando para atacar a un escocés en su tierra —susurró Irvin a Sinclair, sabiendo que este no quería que su esposa se pusiera nerviosa con un asunto que creía zanjado.

—No te preocupes: mientras ese idiota dispone su asedio, nosotros nos prepararemos para ofrecerle el recibimiento que merece. Ese hombre no llegará hasta mi mujer y, como muchos otros antes que él, se perderá en tierras escocesas —contestó Sinclair a Irvin mientras planeaba el destino del lord que había desoído su advertencia y agradecía que en esos momentos su esposa estuviera lo suficientemente entretenida intentando recuperar la nota que se había metido Murdock en la boca para que no le prestase atención.

—Entonces, ¿admites que he ganado y que puedo pedirte lo que quiera? —inquirió Cassandra al fin tras dar un suspiro, resignándose a haber pedido la prueba de su victoria.

—Por supuesto, ¿vas a pedirme mi kilt otra vez? —preguntó Sinclair pícaramente, haciendo que ella se sonrojara al saber ahora las consecuencias que traía que reclamara esa prenda a un escocés.

Pero la expresión satisfecha de Sinclair solo duró hasta que Cassandra, sonriéndole maliciosamente, le anunció:

—Tú ya sabes lo que voy a pedirte…

—No, eso nunca, ¡jamás! —se negó Sinclair, tensándose ante esa despiadada mujer y haciendo que sus hombres se preguntaran qué le exigiría Cassandra al jefe de su clan para que este se negara con tanta rotundidad.

Capítulo 9

—Cuando lleguemos, me enseñarás a manejar mi premio. Pienso colocarlo en mi habitación para presumir de esa espada que al fin he conseguido arrebatarte —anunció Cassandra a ese hombre, un mal perdedor que solo sabía gruñirle después de perder su apuesta.

—No puedo creer que le haya reclamado su claymore… —declaró Duncan, tan asombrado como el resto de sus compañeros ante el atrevimiento de esa mujer.

—¿Se puede saber qué piensa hacer con ella? —preguntó Murdock.

—Parece que quiere aprender a manejarla —señaló Irvin, pidiendo silencio con un gesto para tratar de seguir la conversación que mantenían esos dos.

—¡Por Dios! —exclamó Alistair, preocupado por el destino de esa espada y la seguridad de esa mujer.

Y cuando Cassandra calentó bastante los oídos de ese irritable escocés presumiendo de su victoria, Sinclair se levantó del tronco caído sobre el que descansaba y, tras hacerse con su espada, la dejó caer a los pies de su dama.

—Es toda tuya —anunció atrayendo las protestas de sus hombres. Pero Sinclair no hizo caso y continuó dirigiéndose a su esposa con una perversa sonrisa en el rostro—: Siempre y cuando puedas levantarla, claro está.

Cassandra dejó de sonreír con satisfacción al oírlo. Especialmente después de tratar de levantar la pesada arma varias veces sin

conseguirlo, lo que provocó las carcajadas de ese impertinente escocés. Finalmente, ante el asombro de todos los presentes, la joven se negó a renunciar a su premio y arrastró la espada por el suelo hasta su improvisado lecho y, colocándola sobre este como si fuera una compañera, sonrió satisfecha a Sinclair al haberle ganado en su juego.

—Ella dormirá conmigo esta noche —declaró—. Tú no.

—Me parece perfecto, pero ¿recuerdas lo que pasará si te metes en mi cama?

—Sí: que tendrás permiso para seducirme… Pero puedo asegurarte que eso no ocurrirá —declaró Cassandra enfadada mientras comenzaba a notar el frío de la noche y se cobijaba debajo de su manta.

Y, tras contemplar con reprobación la intrigante sonrisa de Sinclair, decidió cerrar los ojos para iniciar un plácido sueño en el que soñaría con lo bien que habrían salido sus planes sin la presencia de un cabezota escocés.

* * *

Sinclair contaba los minutos que faltaban para que su esposa se acurrucara junto a él bajo su manta. Cassandra estaba aguantando más de lo que él creía que era posible en una mujer inglesa como ella. Era evidente que, aunque pretendiera ser una guerrera, era una dama y nunca había acampado en la dura tierra ni sufrido en su cuerpo las inclemencias del frío al que sus hombres y él estaban acostumbrados cuando dormían al raso sobre el terreno. Un frío que, a medida que se acercaban a su tierra, iba aumentando.

—Sinclair… —susurró entonces en su oído la dulce voz de esa mujer. Y, para fastidiarla un poco, él simuló algunos ronquidos.

»Sinclair, tengo frío… —dijo Cassandra a la vez que tiraba de su manta intentando llamar su atención, por lo que él volvió a roncar con fuerza—. ¡Idiota! ¡Sé que estás despierto, así que o me haces un hueco a tu lado o te robo la manta! —amenazó infantilmente, creyendo que todavía podía manejarlo como cuando eran niños.

Sinclair dejó que ella tirara infructuosamente de su manta, esperando el momento preciso en el que dar un pequeño tirón para provocar que ella cayera sobre su duro cuerpo.

—Aún no ha nacido el inglés que pueda robarle a un escocés —declaró disfrutando del cálido cuerpo de la mujer que tenía sobre él.

—Sinclair, tengo frío… —repitió ella mientras acariciaba distraídamente su duro pecho por encima de su camisa.

—¿Y quieres dormir entre mis brazos?

—Puede… —respondió Cassandra tímidamente mientras continuaba acariciando su pecho sin mirarlo.

Lo que para Cassandra quizá fueran unas inocentes caricias, para Sinclair, en cambio, era una tortura, ya que el más leve contacto de la mujer que amaba encendía todo su cuerpo, haciéndolo desear más. No obstante, deseando respetar los deseos de ella, tras dar un fuerte suspiro cogió esa traviesa y gélida mano con una de las suyas y le hizo un hueco entre sus brazos para arropar y calentar su frío cuerpo abrazándola por la espalda.

—¿Estás mejor? —preguntó Sinclair a la helada mujer que se acurrucó contra él.

—Sí, gracias, Sinclair —agradeció ella, pudiendo al fin cerrar los ojos sin que el inclemente frío la molestara.

—Cassandra, cuando no puedo hallar en mi camino una buena cama, cualquier lugar en el que deposite mi manto será mi lecho.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que te has metido en mi cama —replicó él, provocando que ella se tensara entre sus brazos.

—Bueno, yo sé que tú eres todo un caballero y que esperarás a que lleguemos a tu hogar antes de intentar seducirme —declaró Cassandra, totalmente convencida de su afirmación… Hasta que los fuertes brazos de Sinclair la apretaron contra su duro y cálido cuerpo y los besos de su marido descendieron por su cuello calentando su piel.

—Cassandra, yo no soy un caballero… —manifestó Sinclair mientras sus manos deshacían lentamente el lazo de su vestido. Y cuando este se abrió completamente, bajó el escote de su camisa haciendo que los senos de Cassandra quedaran expuestos. A continuación, añadió a la vez que sus atrevidas manos comenzaban a acariciarlos, haciéndola arder—: Yo solo soy un escocés.

Antes de que Cassandra pudiera protestar ante sus avances, Sinclair alzó su rostro hacia él y besó sus labios, logrando silenciar de este modo todas sus protestas mediante un apasionado beso que hizo que ella se olvidara de todo lo que no fuera el goce que encontraba entre los brazos de ese hombre.

Mientras él la subyugaba con la boca, sus manos agasajaban esos tentadores senos acogiéndolos entre sus dedos, rozando sus excitadas y sonrosadas cumbres hasta hacerla temblar, para luego pellizcarlas levemente y provocar así que un placentero dolor la hiciera gritar y la llevara a arquearse contra esas traviesas manos que jugaban con ella y contra ese cálido cuerpo que los acogía, tanto a ella como a su deseo.

El duro miembro de Sinclair se acomodó en el trasero de Cassandra y se meció contra este mientras la barrera de sus ropas aún los separaba. Ella gimió al notar la dura evidencia del deseo de Sinclair, pero las caricias que le prodigaba ese hombre la hicieron

olvidar sus miedos e ir en busca del placer que solamente ese rudo escocés sabía darle.

Cada gemido que silenciaba de la boca de esa mujer animaba al escocés a buscar más y más la pasión de su amante, una pasión que Cassandra apenas sabía gestionar, pero que estaba aprendiendo a hacer entre sus brazos.

Las caricias de Sinclair se volvieron más ardientes y la joven se removió inquieta en busca del placer hacia el que su esposo la guiaba. Una de las manos de él no tardó en bajar desde sus senos a lo largo de su cuerpo, acariciándolo lentamente por encima de sus ropas. Y cuando llegó al final de su vestido, no dudó en alzarlo lentamente a la vez que esa traviesa mano hacía arder la piel de Cassandra al acariciar sus tobillos, sus rodillas y sus muslos antes de hundirse atrevidamente en el sedoso triángulo existente entre sus piernas.

Cassandra gimió entre los labios de Sinclair ante la excitante invasión por parte de esa impetuosa mano que rozó sin clemencia su húmedo sexo. Cuando intentó cerrar los muslos ante esa acción, abrumadora para su inocencia, Sinclair no se lo permitió y, haciendo que su otra mano descendiera igual de ardientemente que la primera, abrió a Cassandra a su placer.

Una de sus manos acarició implacable la parte más sensible de su cuerpo impidiéndole que se cerrara a él y a su deseo, mientras la otra introducía sin piedad uno de sus duros dedos en ella, concediéndole el placer que la joven todavía no sabía perseguir.

Las manos de Cassandra rodearon entonces el cuello de su amante, y al mismo tiempo que dejaba la marca de sus uñas en él, su cuerpo se arqueó y se movió impulsivamente contra esos dedos que la hacían arder, moviendo sus caderas en busca de un placer abrumador que la tentaba.

Su trasero se rozó con el duro miembro de Sinclair, causando que este gimiera el nombre de la única mujer capaz de hacerle perder la cordura. Finalmente, tras colocarla boca abajo en el improvisado lecho, una de sus avasalladoras manos apartó la barrera que representaba su kilt para que su miembro se rozara por detrás contra el húmedo sexo que lo reclamaba.

Sinclair comenzó a besar y a lamer el cuello de Cassandra, provocándole escalofríos de placer que culminaban en incontrolables gemidos. Alzó el trasero de su amante buscando que se apoyara sobre sus codos y rodillas para comenzar a abrumarla con sus caricias, anhelando una respuesta más desesperada de ese inocente cuerpo que apenas lo acompañaba en su fogosa pasión.

—¿Crees que estoy llevando a buen término mi seducción? ¿Me deseas ya, Cassandra? —preguntó perversamente al oído de su esposa, que movía las caderas contra su duro miembro, el cual apenas podía aguantar la tentación de adentrarse en ella.

—Eres… un tramposo…, Sinclair… —declaró Cassandra entre gemidos, sin dejar de moverse en busca del placer que las caricias de su amante le prometían.

—¿Me deseas? —insistió Sinclair, introduciendo de nuevo una mano entre las piernas de Cassandra para rozar su clítoris, guiándola hacia el placer mientras tentaba su húmedo e impaciente sexo con su palpitante miembro.

—Me haces arder… —confesó ella finalmente, abrumada por la pasión. En ese momento, su amante se apartó, ante lo que la muchacha emitió un gritito de protesta al tiempo que movía las caderas en busca de más caricias.

Un segundo después, Sinclair se adentró en ella mientras una implacable mano la sujetaba, imposibilitándole retroceder.

—Entonces, ¿me deseas? —repitió él a la vez que establecía un inflexible ritmo destinado a llevarla hacia la cima del placer.

En esa sumisa posición, los excitados senos de Cassandra se rozaban contra la manta que había debajo de ella, provocando que cada uno de los impetuosos movimientos de Sinclair aumentaran su placer. Los dedos que acariciaban la parte más sensible de su cuerpo la abrumaban y le impedían huir de las duras embestidas que, llenándola por completo, lo reclamaban todo de ella.

Mientras intentaba acallar esos gritos de placer que seguramente despertarían a todos, Cassandra mordió la manta sobre la que se apoyaba. Sinclair, al ver su reacción, decidió aumentar perversamente el ritmo de sus acometidas y la profundidad de sus envites.

Finalmente, las caderas de la mujer se ajustaron a los movimientos de ese exigente hombre y ella pronunció su nombre lo más silenciosamente que pudo a la vez que su cuerpo convulsionaba sobre ese duro miembro que se mostró absolutamente implacable con ella hasta conseguir su propia liberación.

Ambos llegaron al clímax gritando el nombre del otro, y mientras Cassandra intentaba acallar sus gemidos, a Sinclair no le importó gritar al mundo el nombre de la única mujer que lo volvía loco.

Tras derrumbarse exhausta sobre el suelo, ella se acomodó sobre la manta sin sentir nada de frío en su cuerpo y él la resguardó de nuevo entre sus brazos, tapando a ambos con su kilt.

—No solo quiero tu cuerpo, Cassandra: también quiero tu corazón —le confesó Sinclair mientras apretaba cariñosamente a esa mujer contra sí.

—¿Y si no puedo dártelo? —preguntó ella, no queriendo enamorarse de ese hombre porque entonces ya no desearía regresar a su hogar.

—Entonces tendré que robarlo… —contestó Sinclair ladinamente con una pícara sonrisa antes de darle un beso que la hizo pensar que tal vez no sería tan malo enamorarse de un hombre como él…

Aunque eso solo fue hasta que Sinclair, colocándola encima de él, volvió a adentrarse en su cuerpo sin concederle una tregua a su deseo y le susurró perversamente al oído:

—Todavía estás en mi lecho, así que aún puedo seducirte.

Y, a continuación, le demostró a su esposa cuán larga podía ser la noche cuando él decidía llevar a cabo esa seducción.

* * *

Cuando Cassandra abrió los ojos se encontró con que el improvisado campamento había sido desmantelado y todos la esperaban sobre sus monturas. La joven tuvo que apresurarse a hacer sus abluciones matinales y a desayunar, y mientras todos los hombres de su escolta evitaban mirarla a los ojos, mostrándose un tanto incómodos, Sinclair la contemplaba con una complacida sonrisa que le hacía saber que no se arrepentía de su vergonzoso comportamiento de la noche anterior.

—Definitivamente, no eres un caballero —lo acusó antes de intentar subirse a su caballo algo dolorida.

Pero Sinclair se adelantó y la dirigió hacia su propio corcel y, tras ayudarla a subir en él acomodando su trasero sobre una manta, le susurró al oído antes de reemprender su viaje:

—No, no lo soy.

Las recriminaciones de Cassandra sobre su comportamiento se extendieron durante buena parte del camino, unas conversaciones bastante íntimas de las que los hombres de Sinclair intentaron alejarse para concederles algo de intimidad a esa extraña pareja que

la mitad del tiempo parecía amarse apasionadamente, mientras que la otra mitad la pasaban discutiendo.

—¡Silencio! —ordenó Sinclair repentinamente, haciendo que Cassandra se callara, aunque no por mucho rato.

—¿Qué ocurre? ¿Son enemigos? ¿Archibald ha venido a por mí con sus soldados? ¿Son más bandidos? ¿O quizá algún clan escocés con el que tienes alguna disputa?

—¿En qué te basas para pensar que tengo disputas con otros clanes? —preguntó él frunciendo el ceño. Y aunque su esposa estaba en lo cierto y en ese momento él se enfrentaba a alguna que otra desavenencia con clanes vecinos, nunca lo expondría en voz alta para no darle la razón.

—En que eres un hombre muy gruñón e irascible que a la menor oportunidad saca su espada.

—Cariño, estás definiendo el carácter de todos los hombres de esta tierra.

—Entonces, dime, Sinclair, ¿qué es lo que ocurre? —insistió Cassandra, preocupada por la posibilidad de toparse con otros enemigos en su camino.

—Calla y escucha —respondió él con seriedad, logrando que la joven cesara su interminable parloteo durante unos minutos.

—No oigo nada —señaló ella tras un breve silencio.

—A eso se le llama silencio, y es algo de lo que quería disfrutar un poco más de tiempo —declaró Sinclair tras emitir un suspiro burlón, lo que provocó que su esposa se enfadara otra vez con él.

—¿Es silencio lo que quieres, obtuso escocés? ¡Pues silencio es lo que obtendrás! Pero te prometo que te vas a arrepentir de ello —replicó Cassandra bastante molesta, decidida a sellar sus labios hasta que Sinclair le ofreciera una disculpa o llegaran a su destino.

Para su desgracia, ese fastidioso hombre no dejó de provocarla anunciando ante todos sus compañeros lo mucho que ella lo adoraba desde pequeña. Y, para mantener ese silencio que había prometido, Cassandra tuvo que morderse la lengua en más de una ocasión.

* * *

Sinclair nunca había imaginado que llegaría a arrepentirse alguna vez de que esa mujer guardara silencio durante su largo viaje, pero así fue. Para llegar a sus tierras tuvieron que cruzar el territorio de los MacClane y, como no podía ser de otro modo en aquella inhóspita tierra, una pequeña comitiva les dio la bienvenida para apremiarlos en su viaje y recordarles que los estarían vigilando en todo momento.

Para desgracia de Sinclair, los MacClane no solo se fijaron en ellos, sino también en la mujer que los acompañaba. Y, a pesar de que intentó ocultar la belleza de Cassandra bajo su capa, esta destacó como ninguna otra cuando él se apeó de su caballo para hablar con uno de los MacClane y esa insensata inglesa dejó que la capa se deslizara de su cabeza para mostrar su hermoso rostro, sus rubios cabellos y sus sublimes ojos azules, que embelesaron a más de un escocés.

Cuando los MacClane dieron inconscientemente un paso hacia la bella dama, una pared de MacGregor se interpuso en su camino.

—¿Quién es la mujer que traes a nuestras tierras? —preguntó Ian MacClane, el brazo derecho del jefe de su clan mientras miraba con avaricia a Cassandra.

—Es mi esposa.

—¿Es eso cierto, señora? ¿Pertenece al clan MacGregor? —preguntó de nuevo Ian, esperando una respuesta que, para el asombro de los MacGregor, Cassandra no dio, limitándose a guardar silencio y a sonreír burlonamente hacia Sinclair, lo que hizo que este emitiera un gruñido.

—Señora, ¿a qué clan pertenece? —preguntó otro de los MacClane, intentando dar un paso hacia ella, pero fue bloqueado de nuevo por los MacGregor.

—Me pertenece a mí —declaró Sinclair intimidando a ese joven MacClane, que no dudó en retroceder ante su salvaje mirada.

—Señora, ¿es eso cierto? —insistió Ian, decidido a no dejar escapar ese premio con tanta facilidad, una pregunta ante la que Cassandra volvió a guardar silencio.

Harto de la cabezonería de esa mujer, Sinclair decidió provocarla para que dijera alguna palabra, aunque, conociéndola como la conocía, probablemente se trataría de maldiciones hacia él.

—Como puedes comprobar, Ian, ella no habla. Una característica que algunos considerarían como un grave defecto en una mujer, pero que yo veo como una gran virtud, así que yo contestaré a todas tus preguntas en su lugar. Esta mujer me adora y me ha perseguido incansablemente durante muchos años para que me case con ella —manifestó Sinclair, llevándose más de una mirada indignada procedente de esa dama que se resistía a romper su promesa—. Apiadándome de ella, pues sabía que pronto dejaría de estar en edad casadera, acepté su propuesta de matrimonio para hacerles un favor tanto a ella como a su familia y…

—¡Como vuelvas a decir una mentira más, te juro que duermes con tu lobo, Sinclair! —gritó Cassandra furiosamente mientras se bajaba de su caballo y se acercaba a él, que la recibió con una

pícara sonrisa con la que se declaraba vencedor en esa estúpida guerra de silencio.

Para desgracia de todos, el verdadero temperamento de esa dama atrajo aún más la atención de los MacClane al mostrar lo fiera que era al discutir con un hombre al que tanto ingleses como escoceses habían llegado a temer.

—¿No le teme a su lobo, señora? —preguntó un inocente y joven MacClane, sorprendido por el aguerrido carácter de esa mujer.

—¿Por qué debería hacerlo, cuando yo también tengo uno? —declaró ella, atrayendo la atención de los presentes hacia la loba blanca que la seguía y que sacaba los dientes a todo aquel que se atreviera a acercarse demasiado a su ama.

—Señora, ¿a quién pertenece? —volvió a preguntar Ian MacClane, más que dispuesto a raptar a esa mujer.

Los MacGregor esperaron orgullosos a que Cassandra nombrara su clan mientras los MacClane aguardaban esperanzados a que los rechazara. Finalmente, ninguno había imaginado la respuesta que esa mujer les ofreció, sorprendiéndolos a todos.

—Me pertenezco a mí misma, y reto a cualquiera de ustedes a quitarme la libertad que me he ganado y que no pienso perder a causa del capricho de ningún hombre, sea inglés o escocés.

Los MacClane se prepararon para intentar reclamar ese premio, y los MacGregor se tensaron junto a sus armas para defenderlo, hasta que Cassandra, colocándose entre los dos bandos, se enfrentó a Ian y le sugirió que guardara su arma al sacar la suya, con la que no dudó en apuntarlo antes de anunciar:

—Si lo que pregunta es si estoy casada con Sinclair MacGregor, no tengo más remedio que admitirlo. Él me está ayudando a salir de una situación terrible, y permaneceré casada con él hasta que salga de ella.

—Señora, si se cansa de los MacGregor, la invito a la tierra de los MacClane —respondió el atrevido Ian, dando un paso adelante sin importarle sangrar a causa de la afilada daga que esa dama sostenía apuntando a su cuello.

—¿Invitarías a un inglés a tu casa? —preguntó ella, sorprendiendo a los MacClane.

—Yo no veo ante mí a ningún inglés —declaró Ian con una sonrisa, haciendo que Cassandra finalmente bajara su arma mientras se dirigía a Sinclair bastante molesta.

—No sé lo que os pasa a los hombres de este lugar, que es casarme con uno de vosotros y automáticamente os olvidáis de que soy inglesa… Pese a todo, debéis recordar que yo soy y siempre seré inglesa —protestó Cassandra, maldiciendo a más de un escocés mientras se dirigía hacia su montura.

El despreocupado comportamiento de esa dama hizo reír a Ian. A continuación dirigió su mirada hacia el jefe del clan MacGregor y le dijo de buen humor antes de partir para transmitirle al jefe de su propio clan la noticia de esa inesperada visita:

—Ten cuidado, MacGregor. Como la pierdas, te la robamos.

—Después de todo lo que he hecho para conseguir ese premio, ten por seguro que no pienso perderlo con facilidad.

—Una inglesa en tierras escocesas. No creo que sea una circunstancia fácil de sobrellevar para los tuyos. Ella te traerá más de un quebradero de cabeza. ¿Estás seguro de que no sería mejor dejarla marchar?

—Jamás —contestó Sinclair, más seguro que nunca al tiempo que indicaba a uno de sus hombres que siguiera a la imprudente dama que, a lomos de su caballo, pretendía dejarlos a todos atrás.

—Presiento que no lo tendrás fácil, pero también sospecho que el premio merece la pena. Creo que el jefe de mi clan no tardará en

hacerte una visita…, aunque no sé si lo hará para felicitarte por tu matrimonio o para robarte la mujer.

—Estaré preparado para ambas posibilidades —declaró Sinclair, sin negarse a recibir la visita de otro clan, pero tampoco rechazando la posibilidad de una guerra si ese hombre así lo pretendía.

Los MacGregor reemprendieron su camino antes de que una irascible dama los dejara atrás, a la vez que los MacClane desaparecían tan rápida y silenciosamente como habían aparecido. Y, mientras Sinclair recuperaba su lugar sobre su montura, se preguntó en qué nuevos problemas podría meterlo esa mujer a la que en ocasiones consideraba un premio, y en otras, un castigo, pero siempre la mujer a la que su corazón se negaba a dejar marchar de su lado, consciente de que era la única para él.

* * *

Mia MacGregor, una hermosa joven pelirroja de atrayentes ojos verdes y voluptuosas curvas, se paseaba furiosa por esas tierras donde había ambicionado tener un lugar junto a Sinclair como su esposa, un puesto del que ella había presumido orgullosamente al ser la mujer más bella del clan, un lugar que no permitiría que nadie le arrebatara, y mucho menos una inglesa.

El último viaje de Sinclair hacia Inglaterra había sorprendido a todo el mundo. Muchos pensaron ilusionados que le reclamaría alguna gran riqueza a ese lord inglés al que su padre le había salvado la vida, pero, ante el asombro de todos, Angus había anunciado que lo que traería Sinclair de allí sería una esposa.

El clan estaba totalmente en contra de que una inglesa tuviera un lugar entre ellos y, para que la aceptaran, Angus se había inventado fantasiosas historias sobre una mujer guerrera, ante las que más de

un antiguo compañero de Malcolm, el anterior líder del clan, se habían limitado a reír sin confirmarlas ni desmentirlas.

—¿Qué vamos a hacer cuando esa inglesa llegue a nuestras tierras? —preguntaron las seguidoras de Mia, muy seguras de que esa mujer sería alguien fácil de avasallar.

—Le haremos ver que la vida en este lugar no es fácil. La rechazaremos y le mostraremos que aquí nunca tendrá su sitio. Atemorizaremos a esa inglesa con las historias de Sinclair en batalla y de su feroz lobo, haciendo que tema hasta a su propia sombra. Y cuando tiemble de miedo, provocaremos que salga corriendo hacia Inglaterra —manifestó Mia con seguridad, sabiendo que a ninguna de ellas le habría resultado sencillo acercarse a un hombre tan temible como Sinclair sin que sus piernas temblaran de miedo ante su fiero porte y el del animal que siempre lo acompañaba.

—¿Cómo creéis que será? —preguntó con curiosidad una de las muchachas, haciendo que Mia no tardara en saltar para desprestigiar a esa dama que pretendía robarle su lugar.

—Seguramente será fea como el demonio y tan cobarde como todos los ingleses.

—Sí. Es imposible que exista una mujer tan guapa como tú, Mia —manifestaron muchas de las mujeres, alabando a la que creían que pronto ocuparía un lugar de honor junto al jefe de su clan.

—Sin duda: no hay ninguna mujer que pueda rivalizar contigo.

—¡Ni ninguna que haga mejor pareja con Sinclair!

—¡Es cierto! Solo tienes que esperar a que Sinclair regrese y, en cuanto entre por la puerta, echarte a sus brazos para avergonzar a esa impostora y demostrarle cuál es su sitio.

Decidida a llevar a cabo ese plan, Mia esperó con impaciencia la llegada de Sinclair. Cuando por fin llegó, se enfureció al ver a una mujer cabalgando junto a él. Luego se irritó más al constatar cómo

todos los hombres del clan se quedaban absortos ante la belleza de esa inglesa. No obstante, en cuanto Sinclair bajó de su caballo, Mia corrió hacia él dispuesta a que esa mujer quedara en ridículo, pero sus pasos se detuvieron en seco cuando una furiosa loba blanca se colocó delante de ella y le enseñó los colmillos.

Ante el asombro de todos los presentes, el temperamento de ese irascible animal no fue calmado por Sinclair, sino por la mujer inglesa, que acarició sin ningún miedo a esa fiera después de mandarla callar. Y fue entonces cuando esta la miró con una taimada sonrisa y Mia supo que no sería nada fácil deshacerse de esa inglesa que le ofrecía una sonrisa burlona, haciéndole saber que no permitiría que nadie la arrinconara o la echara de ese lugar.

* * *

A Cassandra no le había importado el clima impredecible de ese lugar donde el tiempo podía pasar de un día frío que calaba los huesos a otro húmedo en el que la lluvia no permitía caminar o a uno nublado, donde no se podían ver ni los propios pies. Ella pensaba que valía la pena con tal de poder disfrutar de las vistas de esas imponentes montañas, esos brillantes lagos o esos densos bosques que había encontrado en su camino.

Tampoco le molestaban demasiado las mentiras de Sinclair con las que había alabado a su gente ante ella y le había contado cómo sería el recibimiento que les dispensarían cuando llegaran a su hogar, unas palabras que Cassandra pensaba que eran muy exageradas, hecho que confirmaba cada vez que dirigía una mirada al resto de los escoceses que los acompañaban para preguntarles silenciosamente si las palabras del jefe de su clan eran ciertas y

estos evitaban mirarla a los ojos al tiempo que silbaban una cancioncilla y se alejaban un poco de ellos.

Cassandra nunca había esperado un buen recibimiento por parte de quienes habían sido sus enemigos hasta hacía muy poco tiempo. Sospechaba que vería más de un ceño fruncido, y se sorprendió mucho cuando lo que encontró a su paso fueron rostros atónitos a causa de su presencia en ese lugar.

—¿Qué has ido diciendo sobre mí, Sinclair? —preguntó cuando vio a algunos hombres del clan contemplándola con asombro.

—Que eres toda una guerrera.

—Entonces, ¿por qué parecen tan sorprendidos?

—Porque eres inglesa, porque estás usando pantalones bajo tu vestido y los has mostrado con todo descaro mientras bajabas de tu montura, porque estás arrastrando mi claymore por el suelo… y quizá también porque tienes una loba blanca bastante gruñona a tus pies.

—Eso es porque tu lobo no deja de acosarla como haces tú conmigo.

—Tanto mi lobo como yo tenemos buen ojo para las cosas que valen la pena.

—Normalmente Luna no se muestra tan antipática. Sospecho que ha visto algo que no le gusta…, y a mí tampoco, dicho sea de paso —declaró Cassandra, señalando con un gesto de la cabeza a la mujer que la miraba con odio desde la distancia, claramente dudando si acercarse o no a Sinclair, unas dudas que se resolvieron en cuanto su loba volvió a gruñirle y ella decidió no contenerla en esta ocasión.

Cuando Luna dio un amenazante paso hacia esa mujer, esta salió corriendo espantada mientras el travieso animal la perseguía.

—¡No corras, que es peor! —gritó Cassandra divertida, ganándose más de una mirada de miedo de las mujeres de alrededor.

—¡Sombra, ve a por Luna! —ordenó Sinclair a su lobo tras dar un largo suspiro.

Y, como si este comprendiera los dolores de cabeza que en ocasiones podían causar las hembras, tras dar un resoplido sospechosamente parecido al de su dueño, corrió hacia su compañera lobuna.

—¡Eh! ¡Que Luna solo quería jugar un poco!

—Sí, claro…, como tú —le recriminó Sinclair, haciéndole ver que había visto a través de sus acciones cómo pretendía causar miedo a más de una mujer que le había dedicado una mirada hostil a su llegada.

Y, para que nadie temiera a Cassandra, Sinclair le arrebató su espada y se la cargó al hombro con insultante facilidad, ante lo que ella dio un suspiro de resignación y luego se acomodó a la espalda de su escocés.

—¿Así es como pretendes presentarme ante los tuyos? ¿Esta es la forma en la que vas a anunciar nuestro matrimonio? —preguntó Cassandra bastante molesta.

Sinclair volvió la cabeza hacia ella, sonrió pícaramente y luego se volvió hacia su gente para anunciar a viva voz delante de todos:

—¡Ella es mía!

Y, ante la incredulidad de Cassandra, todos los escoceses que los rodeaban vitorearon ese enlace antes de correr a celebrar la boda del jefe de su clan bebiendo un fuerte licor, una celebración que Cassandra supo que era más una excusa para disfrutar de la bebida que para conmemorar su llegada a ese lugar, en donde dudaba que muchos le dieran una bienvenida sincera.

Capítulo 10

Pese a que en tierras inglesas ya se había celebrado su boda, Sinclair quiso asegurarse de que todos supieran cuál era el lugar que ocupaba Cassandra tanto en sus tierras como en su corazón, así que, para que todos fueran testigos, asió con firmeza la mano de su mujer para presentarla a los ancianos del clan.

Todos presenciaron cómo Angus, el más gruñón de ellos, ató las manos de la pareja con un improvisado lazo hecho de un pedazo del tartán de los MacGregor formando un símbolo del infinito que representaba su unión. Al mismo tiempo, Sinclair miraba a Cassandra a los ojos y le prometió en gaélico amarla para siempre. A continuación hizo que ella repitiera sus propias palabras, recordándole las lecciones de su lengua que le había dado cuando eran niños y que, sin duda, habría olvidado con el paso de los años, y de este modo la unió a él delante de todo su clan.

Esa ceremonia pagana, que para los ingleses no tendría ningún valor, para los escoceses significaba un enlace que la ataría a él durante un año y un día. Pasado el plazo, si ambos estaban de acuerdo en continuar, se sellaría definitivamente y compartirían toda la eternidad.

En el instante en el que Cassandra intuyó la trampa a la que Sinclair la había arrastrado intentó deshacerse del lazo que ataba su mano, pero un fogoso beso le impidió separarse de él. Cuando ese beso terminó, las manos de ambos estaban libres, y Sinclair la dejó

marchar porque sabía que si la obligaba a quedarse a su lado podría perderla.

Sentado a la gran mesa de festejos del salón, Sinclair celebró junto a los suyos ese enlace sonriendo desde lejos al ver cómo Cassandra se hacía un hueco entre ellos y, tal y como había conseguido con él, poco a poco iba haciéndose con el corazón de su gente.

—¡Tiene una loba blanca! —señaló Angus, sentándose a su lado mientras disfrutaba de un buen licor.

—Sí, Angus, tiene una loba.

—¡Y tenía tu espada!

—Me la ganó en una apuesta, aunque no podrá levantarla y finalmente volverá a mí, un arma que pienso usar para defender a Cassandra las veces que haga falta.

—¿A quién nos enfrentaremos? —preguntó Angus, preocupado ante las palabras del jefe de su clan, que no podía apartar los ojos de su mujer.

—A un necio que tenía como prometido y que querrá recuperarla; a los MacClane, que han visto cómo es ella y quieren robármela; a la propia Inglaterra si su rey me ordena que la devuelva, algo que nunca haré, y a más enemigos desconocidos que aún no he hecho pero que estoy seguro que ella no tardará en hacer.

—Estoy confuso, Sinclair, ¿no dijiste que esa mujer era un premio? Por la descripción de los problemas que trae consigo parece más bien una pesadilla.

—Es una pesadilla para sus enemigos, un premio para sus aliados y un sueño para mí, uno que ahora que he alcanzado no pienso permitir que nadie me arrebate, Angus.

—Tendrás que casarte con ella después de un año y un día para que tu gente la respete, sobre todo las mujeres, que pueden llegar a

ser muy envidiosas y avasallar a la mujer que creen que les ha arrebatado su legítimo lugar.

—Sí, ya veo cómo tratan de intimidarla —respondió Sinclair mientras contemplaba con una sonrisa cómo un coro de mujeres intentaba acercarse a Cassandra, pero sin conseguirlo debido a una intransigente loba que se interponía en su camino mientras ella observaba complacida el miedo que despertaba su compañera en sus rivales y disfrutaba despreocupadamente del banquete.

—No creo que ese comportamiento la lleve a ganarse la simpatía de las mujeres —declaró Angus frunciendo el ceño.

—En cambio, se ha hecho con la de los hombres —manifestó Sinclair al ver a sus compañeros de viaje alabando las hazañas de Cassandra, especialmente cuando contaron cómo había conseguido burlar a más de un inglés gracias a su ingenio, salvándoles la vida.

—Pero su lugar estará entre las mujeres dirigiendo tu casa, no entre los guerreros —dijo Angus, negando ante el comportamiento de esa mujer.

—No pretendas asignarle a Cassandra un lugar en esta casa, Angus. Te garantizo que así seremos todos más felices. El lugar de mi esposa será donde ella quiera quedarse y, conociéndola como la conozco, no será en medio de las apacibles tareas de las mujeres. Si en algún momento la ves con ellas, reza, porque significará un gran dolor de cabeza, no solo para mí, sino para todos los hombres del clan.

—Esa mujer nos traerá problemas…

—Lo sé —confirmó Sinclair, sonriendo al ver cómo Cassandra acallaba los cuchicheos y las risitas que las mujeres habían iniciado a su alrededor sentándose frente a ellas mientras comenzaba a limpiar una ballesta cargada, provocando que las demás guardaran silencio, ya que ante esa amenazadora arma tenían miedo incluso de respirar

—. No obstante, me la quedaré —declaró Sinclair al tiempo que le colocaba una mano sobre uno de los hombros del anciano para luego dirigirse hacia Cassandra con intención de evitar que hiciera más enemigos de los que ya tenía.

* * *

A Cassandra le molestaba mucho que alguien hablara a sus espaldas, prefería mil veces que la gente le dedicara sus insultos y sus mofas a la cara a que los ocultaran entre cuchicheos o maliciosas risitas, así que, harta de los rumores que llegaban hasta ella sobre que no era una mujer adecuada para formar parte de ese clan o para estar con su jefe, cuando en sus planes nunca había considerado ser la mujer de nadie, se levantó de su silla y fue en busca de su ballesta.

A continuación arrastró por todo el gran salón la silla que le habían asignado hasta llegar junto a esas mujeres y se dispuso a limpiar y engrasar su arma, una a la que olvidó convenientemente quitar el virote del canal y que no dejó de esgrimir hacia las mujeres hasta que por fin guardaron silencio.

—Creo que esa ballesta ya está lo suficientemente limpia, Cassandra —anunció Sinclair, poniéndole una mano sobre un hombro como advertencia.

Pero ella, queriendo jugar un poco más con el miedo de esas mujeres, declaró despreocupadamente a la vez que movía su arma frente a esa fila de chismosas que nuevamente comenzaban a cacarear:

—¿Tú crees? No estoy totalmente convencida de ello.

—Querida, si tanto te gusta limpiar las armas, como no quiero que te aburras, tendré que proporcionarte también las de mis hombres

para que las abrillantes —la amenazó Sinclair sutilmente, logrando que Cassandra al fin le entregara su ballesta.

—Sinclair, tú sí que sabes estropear una agradable velada.

—Quiero que hagas amigos en esta tierra, no enemigos.

—¡Oh! No tengo ningún problema con eso: ¡yo soy toda sonrisas! Y mi loba también… —anunció ella despreocupadamente mientras, ante su señal, su loba mostraba una amenazadora ristra de afilados dientes en un gesto que nunca podría hacerse pasar por una sonrisa —. Pero es que ellas no están por la labor —finalizó Cassandra tras soltar un falso suspiro, haciendo que Sinclair negara con la cabeza ante tan gran mentira.

—Por lo menos no has traído mi claymore para amenazarlas.

—Lo pensé, pero rechacé la idea: pesa demasiado, y no creí que se amedrentasen mucho viéndome limpiar y afilar una espada que apenas puedo levantar.

—No tienes remedio… —declaró Sinclair, sonriendo resignado ante las locuras de esa mujer.

—Entonces, ¿qué harás conmigo? ¿Por qué no me dejas olvidada en el convento al que querían desterrarme y al que yo tenía planeado ir hasta que apareciste y acabaste con todos mis planes?

—Porque ahora, para lo bueno y para lo malo, eres mía —respondió Sinclair posesivamente, recordándole sus votos antes de acallar sus protestas con un beso.

Cuando Cassandra comenzó a responder apasionadamente, él la cogió en brazos para dar por finalizado el banquete mientras se dirigía hacia su habitación.

—No pienso dormir contigo, Sinclair —anunció ella, bastante avergonzada ante los gritos de júbilo que proferían los hombres por todo el salón.

—Y, tal y como te prometí, respetaré tus deseos. Pero ¿recuerdas el frío que hacía en el bosque? Eso no es nada comparado con el que puede hacer en mi habitación —respondió él.

—Entonces, ¿cómo te calientas por las noches?

En el momento en el que Cassandra vio una pícara sonrisa asomar al rostro de ese escocés se arrepintió de su pregunta, y sabiendo que contestaría algo atrevido que la haría sonrojar, tapó la boca de Sinclair a la vez que le susurraba al oído:

—Mejor no me lo cuentes y simplemente llévame a tu habitación —murmuró, provocando que Sinclair soltara varias estruendosas carcajadas que sorprendieron a sus hombres, quienes lo habían visto reír en contadas ocasiones.

Sinclair susurró atrevidamente al oído de Cassandra mientras volvía a enlazar su mano con la suya como en la ceremonia que los había unido.

—No te preocupes: cuando lleguemos a mi habitación te explicaré detalladamente cómo puedes entrar en calor.

Y, tras contemplar la ávida mirada que ese hombre le dirigía, Cassandra no tuvo dudas de que, definitivamente, esa noche no pasaría frío.

* * *

A la mañana siguiente, los hombres de Sinclair se paseaban nerviosos ante la puerta del dormitorio del jefe de su clan. Hacía muy poco tiempo que habían regresado y ya estaban sumidos en problemas causados por los celos de las mujeres que, como inmiscuían a su señora, la mujer que los había salvado de los ingleses, no pensaban dejarlos pasar.

Paseando por delante de la puerta sin atreverse a llamar, el nervioso caminar de Irvin fue finalmente interrumpido por Sinclair cuando este salió de su recámara mostrando una gran sonrisa de recién casado.

—Sinclair, tenemos problemas —declaró Irvin sin dudar, siendo empujado por sus demás compañeros para que se acercara más a su jefe y le comentara detenidamente cuál era la nueva complicación en la que se encontraba su señora.

—¿Qué ocurre? Mi mujer no ha podido meterse en demasiados aprietos, ya que la he mantenido ocupada durante toda la noche y buena parte de la mañana.

—¿Por qué crees que tiene algo que ver con tu mujer?

—Irvin, conozco a mi esposa desde pequeña y sé que su segundo nombre es «problemas» —declaró Sinclair entre suspiros, esperando con resignación a que sus hombres le revelaran lo que estaba pasando.

—Se trata de Mia MacGregor. La muchacha ha convencido a algunas de las ancianas para que reclamen una prueba de pureza de tu esposa. Quieren las sábanas de vuestra cama.

—¡¿Qué?! ¡Menuda estupidez! Eso es una tradición más inglesa que escocesa, y puesto que no he pagado ningún precio por esta novia, no hay ninguna compensación que reclamar ante la pérdida de su inocencia antes de esta noche, una inocencia que yo mismo le arrebaté. Y aunque no hubiera sido así, por nada del mundo pensaría en devolver una novia que tanto me costó conseguir. Esa reclamación es estúpida y no pienso acceder a ella. Les explicaré a las ancianas que me casé con Cassandra en Inglaterra y…

—Y entonces no lo creerán y las mujeres tendrán algo con lo que iniciar rumores contra tu esposa, una a la que no tratarán bien por el mero hecho de ser inglesa.

—Entonces, ¿qué propones que haga? Todos vosotros sabéis que Cassandra era inocente hasta que yo la toqué, pero me niego a explicar cómo le robé su virginidad en un infame calabozo.

—Pensamos que tú podrías darnos las sábanas de vuestro lecho y nosotros las mancharíamos con la sangre de algún animal. Luego se las mostraríamos a esas viejas chismosas y acabaríamos así con el asunto —propuso Irvin, tras lo cual recibió de Sinclair una sonrisa y un gesto de aprobación ante su plan.

—De acuerdo, esperad un momento —dijo este antes de adentrarse en la habitación.

Mientras Sinclair permanecía dentro de la estancia, los hombres lo oyeron forcejear con una adormilada mujer. Cuando al fin salió, lo hizo cargado con las sábanas en una mano y una afilada daga en la otra. Ante el asombro de los presentes, Sinclair se hirió una mano y manchó las sábanas con su propia sangre. A continuación, mirando con decisión a sus hombres, declaró:

—Estoy dispuesto a derramar mi sangre las veces que haga falta con tal de retener a mi lado a la mujer que amo. Espero que todos los miembros de mi clan se den cuenta de ello y no intenten herir a Cassandra nunca más porque, aunque pueda consentir que alguien me haga daño a mí, no toleraré que se lo hagan a ella.

Con estas palabras, los allí reunidos confirmaron lo importante que era esa mujer para Sinclair, y, decidiendo darle su apoyo, aceptaron esas sábanas para continuar con su plan. Entonces, sorprendiendo a sus hombres, Sinclair regresó a su habitación en vez de ir con ellos.

—Ahora, si me perdonáis, tengo que cumplir la promesa que le hice a mi mujer para que me dejara coger las sábanas: que le llevaría algo que la hiciera entrar en calor…, y ese «algo» soy yo —manifestó alegremente con una pícara sonrisa antes de cerrar de nuevo la puerta de su habitación.

—Bueno, ahora que tenemos lo que buscábamos, vayámonos de aquí lo más rápido posible —propuso Irvin, aligerando su paso en cuanto comenzó a oír unos gemidos.

—Espera —le pidió Duncan preocupado, interrumpiendo su precipitado paso—. ¿Crees que con esa ínfima cantidad de sangre bastará?

—No lo sé, nunca he llevado a una inocente a mi cama —respondió Irvin mientras miraba a sus compañeros. Al parecer, ellos tampoco sabían darle una respuesta.

—Lo único que sé al respecto es que la primera vez duele mucho y que algunas mujeres no son capaces de moverse a la mañana siguiente, así que vamos a añadir un poco más —apuntó Murdock al tiempo que se hacía un pequeño corte en la mano con su afilada daga, justamente como había hecho Sinclair antes, y depositó su sangre junto a la de este en la sábana.

—No creo que eso sea suficiente, ya que Sinclair es muy grande —declaró Duncan. E, imitando a su compañero, se hirió y manchó la sábana un poco más.

—Estoy de acuerdo con vosotros: tal vez con un poco más de sangre se muestre con claridad la difícil prueba que debe de haber pasado nuestra señora —opinó Irvin, añadiendo su propia sangre a la de sus compañeros.

—¡Eh! ¡Yo no pienso quedarme atrás! —exclamó Alistair, apresurándose a derramar también su sangre para ayudar a esa mujer.

—Creo que nos hemos pasado… —señaló Irvin, viendo la enorme mancha que se extendía por esa sábana.

—No creo —concluyó Duncan restándole importancia.

—Puede que sea lo normal —opinó Murdock, animando a su compañero a que llevara ante las ancianas del clan la prueba de

pureza de su señora.

Y cuando esos hombres así lo hicieron tras curar sus heridas, se percataron de que, efectivamente, habían exagerado la cantidad de sangre que se necesitaba después de ver la cara de espanto que esas mujeres le dirigieron a ese trozo de tela, dejando muy claro lo que pensaban acerca de esa noche de bodas y, sobre todo, de Sinclair.

Y antes de que esas viejas chismosas les hicieran alguna pregunta que no supieran contestar, esos valientes hombres huyeron a toda prisa de esas cotillas como no lo habían hecho nunca en la guerra frente a ningún enemigo, pero es que las mujeres podían llegar a dar más miedo con sus preguntas que los ingleses con sus armas.

* * *

Sinclair la había embaucado para que volviera a acabar entre sus brazos durante la noche, y a la mañana siguiente, después de arrebatarle las cálidas sábanas, había vuelto a engañarla haciéndola caer ante su seducción.

Tras vestirse, Cassandra fue en su busca para reprenderlo por su comportamiento y hacerle entender que esa situación no volvería a repetirse, pero por el camino se encontró con un molesto incordio con el que sabía que en algún momento tendría que enfrentarse.

—Las ancianas quieren verte —le dijo Mia—. Reclaman tu presencia, seguramente para hablar de lo que han visto en las sábanas de tu primera noche con Sinclair y decidir si eres digna o no de pertenecer a nuestro clan.

—En mi opinión, debería ser Sinclair y nadie más el que juzgue quién es digno de estar a su lado. No obstante, para no alterar a esas ancianas, acudiré a su llamada —declaró Cassandra, dispuesta

a enfrentarse a las duras acusaciones que le echarían en cara esas mujeres después de no ver rastro alguno de sangre en sus sábanas y a que la tacharan de inmoral.

—¿Qué harás cuando todos te hagan saber que no te queremos en estas tierras? —inquirió Mia despectivamente, aprovechando que su loba no la acompañaba.

—Quedarme —replicó ella sonriendo perversa, sin amilanarse ante esa mujer que quería echarla de allí seguramente para hacerse un lugar en la cama de Sinclair, detalle que le permitía conocer el mal gusto que podía tener ese hombre en lo referente a las féminas—. Pero no te preocupes: de acuerdo con mis planes, no tardaré en marcharme. Si he acompañado a Sinclair hasta sus tierras se debe únicamente a que me convenía desaparecer de mi hogar. En cuanto me resulte conveniente, no dudaré en volver a él.

—Entonces, ¿para qué has hecho la ceremonia de *handfasting* con Sinclair, ese rito de unión de manos que te ata a él y a esta tierra durante un año y un día? Incluso juraste en gaélico permanecer a su lado durante todo ese tiempo delante de todos.

—¡¿Qué?! ¡Maldito tramposo! —exclamó Cassandra, furiosa con ese hombre que siempre lograba engañarla—. Ha vuelto a estropear mis planes una vez más… ¡Pero ahora me va a oír! —anunció. E, ignorando a la molesta mujer que pretendía intimidarla, preguntó a uno de los hombres que pasaba por su lado—: ¿Dónde está Sinclair?

El hombre, ante la furiosa mirada que le prodigaba esa mujer, no tardó en señalar el lugar donde Sinclair entrenaba junto a sus hombres con sus espadas.

—¡Eh! ¡Las ancianas te están esperando, y son unas mujeres muy ocupadas! —reclamó Mia al ver que Cassandra no acudía a ellas.

—Ya, bueno… Si su única preocupación es entretenerse en mirar las sábanas de mi lecho nupcial no estarán tan ocupadas, sino más

bien muy aburridas. Y tú también, dicho sea de paso, ya que insistes en perseguirme sin descanso.

—¿Qué sabrá una noble dama inglesa del trabajo duro? —repuso Mia despectivamente, ganándose al fin la completa atención de Cassandra.

—En mi castillo yo tuve que idear cómo proteger a mis vasallos y mis siervos frente a un despiadado noble inglés que quería hacerse con mis tierras obligándome a casarme con él. E incluso tuve que salvar a ciertos escoceses entrometidos que habían acudido a mi hogar en el momento más inoportuno. Dime, mientras yo me jugaba el cuello una y otra vez por mi gente e incluso por varios hombres que no lo eran, tratando de mediar para que no estallara una nueva guerra entre nuestras tierras, ¿qué estabas haciendo tú aquí?

—Yo…

—A ver si lo adivino: planeabas la mejor manera de meterte en la cama de Sinclair para tu propio beneficio y, al comprobar que esta estaba ocupada, te molestaste y desde entonces te dedicas a injuriarme y a levantar rumores sobre mí frente a todos los que quieran escucharte. Pero hay un problema en tu astuto y despiadado plan: aunque esa cama estuviera vacía, no creo que Sinclair quisiera meterte en ella —manifestó Cassandra con desprecio mientras intentaba seguir su camino ignorando a esa escandalosa mujer.

Pero Mia, llena de furia, se atrevió a alzarse contra ella y a tirar de su cabello mientras pasaba por su lado, buscando iniciar una pelea de gatas. No obstante, para desgracia de Mia, a Cassandra solo le habían enseñado a luchar como a un guerrero…

* * *

—¡Sinclair, tenemos problemas! El consejo de ancianas quiere reprenderte por unas malditas sábanas y, como no te encuentran, nos reprenden a nosotros calentándonos las orejas. Así que o acudes a ellas para tranquilizar sus temores o nos proporcionas una bebida lo bastante fuerte como para que podamos soportar la regañina de esas mujeres —le reclamó Angus, interrumpiendo su entrenamiento.

—No imagino cuál es el problema. Ya les envié las sábanas de mi lecho nupcial mostrándoles la inocencia de Cassandra —repuso Sinclair.

—No, si dudar no dudan de la inocencia de tu mujer. Lo que ocurre es que, no sé por qué, se les ha metido en la cabeza que deben proteger a Cassandra de ti y de tus «inhumanas y brutales ansias de lujuria». Esas fueron las palabras que utilizaron tras ver esas sábanas.

Ante las palabras de Angus, Sinclair buscó los ojos de los hombres que habían ido a verlo esa mañana, a los que les encomendó el encargo de llevarles las sábanas a las ancianas en su nombre. Cuando estos intentaron esconderse de él a la vez que se alejaban disimuladamente del campo de entrenamiento, supo que ellos tenían algo que ver con el escándalo del que Angus le estaba advirtiendo. Tras dar un largo suspiro de resignación, resuelto a resolver el problema, fuera cual fuese, anunció:

—De acuerdo. Acudiré ante las ancianas…

—Muy bien, pero creo que antes de resolver ese problema deberías atender otro más apremiante, como puede ser una disputa entre mujeres… —declaró Angus, señalándole cómo Mia le tiraba del pelo a Cassandra—. Creo que será fácil separarlas, después de todo no son duros guerreros y…

—Con Cassandra nada es simple —declaró Sinclair, sabiendo lo que sucedería a continuación.

—¡Eh! ¡Le ha pegado un puñetazo!

—Sí.

—¡Y le ha puesto un ojo morado a Mia!

—Sí.

—Sinclair, ¿por qué tu esposa no lucha como una mujer? —le preguntó Angus, sorprendido con la reacción de Cassandra.

—Porque yo le enseñé a luchar como un guerrero —anunció Sinclair, y, a continuación, se apresuró hacia su mujer para que no lo metiera en más problemas de los que en ese momento podía abarcar—. Si me disculpas, Angus, voy a calmar a mi esposa antes de que rete a Mia a un duelo a muerte.

Para su desgracia, las ancianas habían decidido abandonar la comodidad del consejo al constatar la tardanza de la novia y, dado que Cassandra no fue a ellas, resolvieron ir ellas mismas a su encuentro.

La furia de Cassandra contra Mia aún bullía en su interior cuando su esposo apareció para separarlas e impedir que la pelea fuera a mayores. En ese momento, unas entrometidas mujeres se atrevieron a interponerse entre ella y su marido exhibiendo unas escandalosas sábanas terriblemente manchadas de sangre ante las que Cassandra no pudo evitar mirar con reprobación a Sinclair…, aunque este temió más el momento en el que ella dejó de fulminarlo con la mirada para pasar a sonreírle con malicia. Fue entonces cuando supo que sus problemas tan solo acababan de comenzar.

—Esa sangre no es prueba de mi virtud, sino del valor de Sinclair. Después de todo, se ha casado con una inglesa y nosotras solemos morder cuando algo nos disgusta —declaró Cassandra, escandalizando a las ancianas.

—Y también cuando algo os gusta mucho… —añadió él con atrevimiento, haciendo que su esposa se sonrojara ostensiblemente y acabando así con su pretendido papel de villana.

—¡Tenemos que hablar! —exclamó Cassandra, señalándolo amenazadoramente antes de marcharse de allí, sabiendo que ese escocés la seguiría.

—Señoras, ¿de verdad creéis que necesita protección? —dijo Sinclair a las ancianas de su clan antes de correr en pos de su esposa, rogando por que no se metiera en nuevas dificultades antes de que llegara junto a ella.

* * *

—¿Podrías intentar no golpear a las mujeres de mi clan? La violencia no es siempre una solución a los problemas.

—Y eso me lo dice un hombre que solo sabe gruñir a otros y que resuelve la mayoría de sus disputas con los puños —declaró Cassandra con ironía, mostrando que lo conocía demasiado bien.

—Las mujeres de mi clan son delicadas.

—¿Y yo no? —replicó ella cruzándose de brazos y mostrándole a Sinclair con su airada mirada que estaba comenzando a meterse en problemas.

—No, porque tú eres una guerrera. Mi guerrera —anunció él antes de coger a su mujer entre sus brazos y acallar sus protestas con un fogoso beso.

Cuando la soltó, Cassandra había apaciguado su tormentoso temperamento, pero solo hasta que Sinclair volvió a hablar y ella recordó el motivo por el que estaba furiosa con él.

—¿De qué querías hablar conmigo con tanta premura?

—¡Me has atado a ti a través de un *handfasting*!

—Creí que eso había quedado suficientemente claro cuando nos casamos en Inglaterra.

—En Inglaterra solo me quedó claro que me salvaste de una situación difícil para compensarme por las veces en que te salvé yo. Creí que entenderías que solo permanecería a tu lado durante un tiempo y que después podría volver a casa cuando quisiera, pero tú me engañaste para llevar a cabo una unión de manos.

—Y así es: el tiempo que permanecerás a mi lado y en esta tierra será de un año y un día. Después de eso podrás elegir entre quedarte aquí o marcharte.

—¡Eres un tramposo, Sinclair!

—En ocasiones hay que hacer trampas para conseguir lo que más deseas —respondió él mientras devoraba a Cassandra con su ávida mirada, mostrándole que lo que más deseaba era a ella.

—No voy a enamorarme de ti, Sinclair, y ese es el único motivo por el que podrías conseguir que me quedara a tu lado —manifestó la joven altivamente, para luego lanzarle un reto a ese hombre que siempre la provocaba—: ¿Qué piensas de ello?

—Que tengo todo un año y un día para intentarlo —dijo él aceptando el reto de conseguir el corazón de esa mujer, que no todos sabían el premio que podía llegar a ser.

* * *

—¿Qué es eso? —preguntó Sinclair a su esposa cuando vio un lecho improvisado en el suelo junto a su cama.

—El lugar donde dormiré hasta que me des una habitación propia en tu castillo.

—Esta es tu habitación —replicó él a la vez que abría los brazos y le señalaba toda la estancia, un lugar espartano propio de un

guerrero dotado de una gran cama, un simple baúl y varias armas colgadas de la pared—. Puedes cambiar lo que quieras —añadió tras pensar que Cassandra podría desear darle un toque más femenino a su dormitorio.

—¿Puedo mantenerte fuera de ella? —replicó esa mujer desafiante, haciéndole ver que aún estaba resentida a causa de su pequeño engaño.

—No, pero puedes elegir dormir en esta habitación o fuera —declaró él mientras apartaba la cortina de la ventana y le enseñaba el frío clima de ese lugar.

—Entonces te informo de que, desde este momento, esa es mi cama y tú tienes prohibido adentrarte en ella, Sinclair —manifestó Cassandra al tiempo que señalaba las mantas que se hallaban depositadas sobre el frío suelo, lo que hizo que su esposo diera un suspiro de resignación antes de anunciar a su vez:

—Entonces te informo de que esta es mi cama y puedes adentrarte en ella cuando quieras, Cassandra.

—Eso es algo que no sucederá —afirmó la joven con firmeza mientras se tumbaba en su lecho y se enrollaba entre sus mantas decidida a no caer de nuevo bajo la seducción de ese hombre, algo que ocurría cada vez que se acercaba demasiado a Sinclair y a su cama.

No obstante, el frío que entraba en la estancia la llevó a dudar por unos instantes. Pero la sonrisa de satisfacción que lucía Sinclair le hizo saber que ese guerrero se mostraba muy confiado en su victoria, por lo que Cassandra decidió permanecer en el suelo a la vez que le dirigía una airada mirada.

—Bueno, si esa es tu elección… —declaró finalmente Sinclair a la vez que, sin vergüenza de ninguna clase, se desprendía de su kilt,

provocando que Cassandra se sonrojara avergonzada y cerrara los ojos hasta estar segura de que él se había adentrado en su cama.

Cuando volvió a abrir los ojos vio cómo ese guerrero, a pesar del frío de la noche, permanecía desnudo entre las sábanas, descansando cómodamente en su lecho con las manos detrás de la cabeza. Y, tras apagar la vela de la pequeña mesa junto a su cama, cerró los ojos en pos de un plácido sueño iluminado tan solo con las llamas de la chimenea.

Una hora después, Cassandra no había sido capaz de cerrar los ojos. El frío la hacía temblar a cada instante, y se preguntó si podría meterse en la cama de Sinclair sin rendirse ante él.

—¿Estás dormido?

—Sí —contestó él, evidenciando con su respuesta que estaba despierto.

—¿No te parece que esta noche es más fría que las demás? —se quejó ella mientras tiritaba entre sus mantas.

—Pues yo creo que es una de las noches más cálidas que hemos tenido últimamente. Además, ahora mismo tenemos la calidez del fuego de la chimenea, que nos calienta. En cuanto esta se apague, notarás el verdadero frío de estas tierras.

—¡Maldita sea! ¿Cómo podéis sobrevivir los escoceses a este horrible frío que se mete en los huesos?

—Los guerreros estamos acostumbrados a sobrevivir con climas más extremos que este en la batalla, mientras que las mujeres suelen compartir el cálido lecho con sus esposos. Puedo asegurarte que estos siempre las hacen entrar en calor.

—Tal vez, si me cedieras una de tus mantas…, ya que parece que no tienes frío…

—Para ello tendrías que meterte en mi cama…, y ya sabes lo que suele pasar cuando te adentras en ella…

—¡Olvídalo! Estoy segura de que no moriré de frío —dijo Cassandra mientras sus dientes comenzaban a castañetear, consiguiendo finalmente que Sinclair emitiera un suspiro de resignación antes de levantarse de su cálido lecho e ir a por su esposa.

Cuando llegó junto a ella, la cogió entre sus brazos, a Cassandra y las múltiples mantas que la envolvían, y, pese a sus protestas, la metió en su cama.

—¡Sinclair, no he sido yo quien se ha metido en tu cama, por lo que no tienes permitido seducirme!

—Es cierto, pero nada te impide que puedas hacerlo tú… —anunció él mientras la sacaba del capullo de mantas en el que se encontraba y la acercaba a su cálido y desnudo cuerpo.

—¡Sinclair! —protestó Cassandra.

Pero, para su asombro, él se limitó a abrazarla por la espalda antes de arroparla con las mantas y susurrarle al oído:

—Por esta noche limitémonos a dormir.

—¿Y mañana? —preguntó ella con curiosidad, provocándolo.

—No me tientes, Cassandra —susurró Sinclair seductoramente al oído de su esposa al tiempo que la abrazaba con fuerza para que notara su duro deseo.

La respuesta de esa tramposa mujer fue simular unos ronquidos mientras él trataba de dormir y olvidarse de reclamar su cuerpo, ya que con sus acciones podía espantarla, tanto a ella como a su reticente corazón, al que quería solo para sí desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 11

Los días pasaron en esa ruda tierra a la que la había llevado Sinclair.

Mientras estaba en ese lugar, Cassandra comprobó que el castillo de los MacGregor era una estructura más pequeña que la de su padre en Inglaterra, pero igualmente fortificada. Parecía como si Sinclair hubiera querido igualar las impresionantes defensas que su padre había construido en su hogar para proteger a los suyos: los altos muros de piedra y las imponentes torres de vigilancia, al igual que un foso, pero carente de agua y dotado de unas amenazantes y puntiagudas lanzas que advertían del peligro.

Y aunque el castillo contaba con todo lo necesario para su defensa, Cassandra no estaba segura de que ese lugar estuviera lo suficientemente preparado como para aguantar un prolongado asedio. Los almacenes no estaban tan repletos de víveres como deberían, y algunas de las chozas de las personas de ese clan se encontraban demasiado lejos del castillo como para alcanzarlo a tiempo si eran sorprendidas por el enemigo. En ocasiones, su mente divagaba sobre cómo solucionar alguno de esos problemas, pero su distracción no la hacía olvidarse del principal problema de ese clan.

La joven observó cómo la gente la miraba con desconfianza, como si ella fuera el enemigo a pesar de que nunca les hubiera hecho ningún mal. Tras retomar sus clases de gaélico con Sinclair y con algunos de los ancianos para no volver a ser engañada por su tramposo marido, a menudo oía rumores por parte de algunos hombres que decían que el jefe de su clan se había vuelto loco al

unirse con una inglesa. Palabras que esos hombres pronunciaban descuidadamente frente a ella sin saber que los entendía. No obstante, esos mismos hombres callaban cuando veían pasar a Sinclair junto a ellos.

Por su parte, las mujeres la contemplaban con odio porque creían que había seducido a su señor con malas artes e, incluso, algunas pensaban que les había robado el corazón de ese guerrero, algo que Cassandra nunca se atrevería a codiciar porque enamorarse era un lujo que se había prohibido a sí misma para proteger a los suyos.

Las únicas personas que le sonreían abiertamente en esas tierras eran los hombres de Sinclair que la habían acompañado en su viaje hasta esas gélidas tierras, seguramente porque se sentían en deuda con ella por haberlos protegido de Archibald, así como un anciano algo extraño llamado Angus, al que le encantaba contar historias de Sinclair de cuando era pequeño, evidenciando con ello cuánto cariño le tenía a ese niño que se había convertido en un gran hombre.

Hallándose tan lejos de su hogar, Cassandra extrañaba alguna vieja cara amiga de su pasado como podía ser Malcolm, aquel viejo guerrero que le recordaba a su padre. Pero cada vez que le preguntaba a Sinclair por su progenitor, este cambiaba de tema o intentaba seducirla para evitar darle una respuesta, haciéndole ver que algo ocurría con las heridas de ese guerrero.

Por las noches, como había prometido, Sinclair únicamente la abrazaba. Y aunque ella había deseado establecer esa distancia, cada noche que pasaba se removía más y más inquieta entre esos cálidos brazos al rememorar el ardor de unas caricias y un excitante placer que deseaba volver a sentir.

En las últimas jornadas Cassandra había notado que hacia la mitad de la noche su lecho estaba frío y Sinclair no se encontraba en su cama, aunque por la mañana siempre despertaba entre sus brazos.

Su corazón comenzaba a inquietarse al no saber dónde pasaba él ese tiempo que no estaba a su lado.

Las mujeres que perseguían a Sinclair sonreían complacidas cada vez que veían la preocupación asomando a su rostro, incrementando así las dudas que Cassandra sentía acerca de su marido. Sin embargo, lo que la llevó a enfrentarse al miedo de que Sinclair la traicionara con otra mujer como había hecho su antiguo prometido fueron unas palabras triunfales que Mia le susurró al oído en una de las ocasiones en las que se cruzó con esa maliciosa arpía.

—¿Sabes ya con quién pasa Sinclair las horas de la noche en las que no calienta tu lecho? —inquirió Mia para luego seguir su camino con una sonrisa satisfecha.

La abierta insinuación de que su marido pasaba esas horas con ella llevó esa misma noche a Cassandra a fingir que dormía entre los brazos de Sinclair a la espera de que este se vistiera y abandonara la estancia. Cassandra no dudó en abrigarse con varias mantas y hacerse con una vela para perseguirlo, muy dispuesta a descubrir su traición, a encararlo y, si hacía falta, a darle una lección a ese hombre que, al mismo tiempo que reclamaba su amor, podía ser capaz de meterse en la cama de cualquier otra mujer.

Sin embargo, para su asombro, cuando Sinclair llegó frente a una de las estancias más alejadas de ese frío pasillo, no abrió la puerta, sino que se limitó a llamar antes de sentarse delante de ella en el duro suelo y comenzar a relatar cómo había sido su día.

Cassandra comprendió, por el tono de voz de Sinclair y por la forma de contar sus vivencias, que sus palabras no implicaban una traición para ella, sino un gran dolor para él del que aún no se sentía preparado para hablar. Y, acercándosele poco a poco, decidió compartirlo como habían hecho a menudo cuando niños.

—¿Qué haces? —preguntó Cassandra al tiempo que se acercaba a Sinclair, lo que provocó que el duro guerrero tensara su espalda al saberse descubierto.

—Estoy hablando con mi padre. Dime, ¿por qué no estás en la cama?

—Porque mi cálido marido no estaba en ella para calentarme y hace demasiado frío en esa solitaria habitación.

—Lo siento. No quería despertarte, ni mucho menos inquietarte —se excusó Sinclair, mesando nerviosamente sus rojos cabellos sin saber cómo continuar con esa conversación.

—¿Por qué no entras?

—En su última batalla, mi padre perdió su mano derecha. Desde ese día, en el que supo que no podría volver a sujetar una espada nunca más, me cedió su lugar como jefe del clan MacGregor y luego se derrumbó. Ya no quiere ver a nadie, cree que todos lo miraremos con lástima y no quiere salir de su habitación. Solo abre esta puerta para recibir sus comidas, e incluso eso hace con reticencia.

»A pesar de todo, yo no pierdo la esperanza de recuperar a mi padre, aunque ya no pueda tener junto a mí al guerrero. Cada día, como hacía desde pequeño, le dedico unas horas y le cuento todo lo que he hecho. Todos me dicen que es una estupidez, ya que él nunca me contesta, pero yo no pierdo la esperanza de que algún día lo haga —confesó Sinclair sin dejar de mirar la puerta.

Por unos instantes, cuando se hizo el silencio entre ellos, él esperó que Cassandra regresara sobre sus pasos después de expresarle lo inútiles que eran sus acciones para dejarlo solo como hacían todos los demás, pero, para su asombro, esa mujer se sentó a su lado y, tras cubrirlos a ambos con las mantas, comenzó ella también a contar sus historias frente a esa puerta. Cassandra hablaba como si Malcolm se encontrara delante de ella y le relataba los problemas y

las inquietudes que había tenido desde que había vuelto a encontrarse con su hijo.

Sinclair la miró con una sonrisa en los labios, y solo cuando ella cayó dormida entre sus brazos se decidió a despedirse de su padre. En ese instante, para su sorpresa, Malcolm habló por primera vez en mucho tiempo para ofrecerle uno de esos consejos que Sinclair siempre necesitaría de él.

—Hijo, ahora que lo has conseguido, no permitas que te arrebaten tu premio.

—Lo defenderé con mi propia vida —declaró Sinclair con fervor, sintiéndose feliz al constatar por primera vez en mucho tiempo que su padre estaba ahí para él como cuando era un niño y creía que la chica de la que se había enamorado siempre sería un premio casi imposible de alcanzar.

* * *

Tras descubrir el secreto de Sinclair, Cassandra lo acompañaba cada noche y ambos le contaban sus inquietudes a Malcolm. En ocasiones, la joven sentía que él necesitaba algo de intimidad con su padre y se marchaba dejándolos a solas. Entonces esperaba a su marido en la cama y, cuando volvía junto a ella, sin decir nada, lo abrazaba durante toda la noche, usando el frío como excusa para darle el apoyo que un guerrero nunca reclamaría pero que en ocasiones necesitaba para seguir luchando.

Las sonrisas conspiradoras de las mujeres ya no la molestaban, y sus susurros eran fácilmente ignorados ahora que había comprobado que solo eran mentiras con las que esas mujeres querían hacerle daño. Así que en la siguiente ocasión en la que se cruzó con Mia y esta volvió a increparla maliciosamente con la misma pregunta

acerca de dónde pasaba su esposo el tiempo que no estaba en su cama, Cassandra no dudó en contestarle con descaro:

—Sinclair pasa ese tiempo conmigo debajo de unas mantas, donde lo hago entrar en calor.

Su respuesta hizo que Mia enmudeciera y frunciera los labios con enfado, sobre todo porque esas palabras fueron dichas en gaélico. Por su parte, las demás mujeres contemplaron a Cassandra escandalizadas, sin comprender que ese tiempo que ambos pasaban juntos no era tan escandaloso como ellas imaginaban. No obstante, si ellas habían intentado ponerla nerviosa con unas insinuaciones que intentaban hacerle creer que su marido la traicionaba, Cassandra consideraba que era apropiado pagarles con la misma moneda y no pensaba sacarlas de su error, por el cual creerían que Sinclair y ella eran un par de fogosos amantes que apaciguaban su ardor en cualquier lugar de ese castillo.

Al verse vencida, Mia cesó de perseguirla con sus mentiras e insinuaciones y dejó de crear falsos rumores que Cassandra ya no creería. La relación entre las mujeres del clan y ella se calmó, y Cassandra siguió con su vida intentando adaptarse a una gélida tierra donde muy pocos la recibían con los brazos abiertos, sin sospechar que sus problemas con las mujeres del clan MacGregor tan solo acababan de comenzar.

* * *

—¡Esa mujer es un demonio inglés, una bruja que ha embaucado al jefe de nuestro clan con sus malas artes! ¡Necesitamos demostrarle que no tiene un lugar en esta tierra para que se vuelva por donde ha venido! —avivaba Mia a la multitud de mujeres que se

reunía junto a ella, todas bastante descontentas porque Sinclair se hubiera casado con una inglesa.

—Pero él parece querer a esa mujer —señaló una de las mujeres que sabía lo envidiosa que podía llegar a ser Mia, viendo en esa pareja un amor que iba más allá del rencor que se guardaban ingleses y escoceses.

—Ah, ¿sí? Y dime, Beth, ¿crees que esa mujer se apiadará de ti y te entregará una pieza de caza como hacemos nosotras cuando la carne procedente de nuestros ganados escasea? ¿O tal vez te dará un trabajo con el que puedas alimentaros a ti y a tu hijo ahora que tu marido no está? —replicó Mia rabiosamente, dejando caer una velada amenaza que hizo que esa mujer quedara en silencio—. ¡Así me gusta! Que sepas cuándo debes callar para no pronunciar más estupideces… —añadió mientras se regodeaba en su victoria.

—Dime una cosa, Mia: ¿cómo te ganaste ese ojo morado? —preguntó entonces Beth mientras sonreía a la mujer que la amenazaba, provocando que esta le dirigiera una mirada de furia mientras los rumores comenzaban a alzarse a su alrededor—. ¿Acaso no fue cuando te enfrentaste a la nueva señora? ¿No sería posible que, como la temes demasiado, nos estés animando a nosotras a que hagamos por ti el trabajo sucio? No eres mucho mejor que ese demonio inglés que describes, Mia.

»Ciertamente, yo no quiero a una inglesa como jefa de nuestro clan, pero aún menos quiero a alguien como tú al frente. No delataré vuestras malas acciones contra esa mujer por una cuestión de lealtad hacia mi clan, pero no contéis con que os ayude a llevarlas a cabo: esos no son los valores que quiero enseñarle a mi hijo, ni tampoco los que habría querido mi esposo —declaró Beth, dándole la espalda a esa mujer y a una reunión de personas que tan solo querían hacer daño a Cassandra alegando como excusa que era

lo mejor para el clan, cuando en realidad tan solo se movían por su propio beneficio.

Y mientras intentaba alejarse de esas mujeres y evitar cruzarse con algún problema, los problemas se cruzaron con ella y Beth no tuvo más remedio que reconocer que estos tenían nombre de mujer y, encima, inglés.

* * *

—Cassandra, he decidido llevarte esta mañana conmigo para que me acompañes a recorrer mis tierras y te familiarices con ellas y con los miembros de mi clan, así que, ¿podrías ordenarle a tu loba que deje de mostrar los dientes a todo el mundo?

—Ella solo responde de una manera equitativa frente al agradable recibimiento que me han dispensado los tuyos, pero no te preocupes: Luna es como yo. No muerde…, a menos que la provoquen.

—Eso es lo que más temo —declaró Sinclair antes de ordenar a su propio lobo, Sombra, que controlara a su compañera. El animal se dispuso a obedecerlo, pero no sin antes resoplarle a Sinclair algo molesto. Parecía como si estuviera reprendiendo a su dueño porque él no fuera capaz de controlar a su pareja.

—Acabas de lleno con toda mi diversión, Sinclair —se lamentó Cassandra.

—¿Sabes? Muy pronto se celebrará una reunión con los jefes de otros clanes, y me gustaría dejarte en casa sabiendo que cuando regrese no se habrá desencadenado una guerra entre los míos. ¿Podrías intentar controlar tu genio?

—¡Esta sí que es buena: un escocés me pide que no me meta en ninguna disputa! Estoy confusa, querido: pensaba que erais vosotros

quienes las buscabais… Pero no te inquietes, yo no saltaré a menos que me provoquen para que lo haga.

—Está bien. Dejaré a alguno de mis mejores hombres contigo.

—No te preocupes, Sinclair: yo los cuidaré como se debe —declaró Cassandra, lo que hizo que él se golpeara la frente, ofuscado por el gran dolor de cabeza que en ocasiones podía ser tratar con esa mujer.

—Ya, ¿y quién te protegerá a ti? —inquirió, atrayendo el rostro de su esposa hacia el suyo mientras la miraba con el cariño que siempre le tendría a la niña que una vez conoció y la pasión que siempre reservaría para la bella mujer en la que se había convertido.

—Yo no necesito que nadie me proteja —respondió Cassandra.

Sin embargo, no se apartó de ese seductor que la tentaba a rendirse y a dejarse proteger por él. Y cuando los labios de ambos estaban a punto de tocarse, alguien arrojó una bola de barro endurecido que iba dirigida a Cassandra. Sinclair reaccionó con una velocidad cegadora y atrapó el proyectil en el aire con una de sus fuertes manos antes de que impactara en su esposa y, a continuación, mirando con furia hacia el grupo de personas que tenía delante, la deshizo entre sus fuertes dedos antes de anunciar:

—¡Cualquier ataque a mi mujer será considerado como un ataque hacia mí mismo y castigado en consecuencia! ¡¿Quién ha osado agredir a mi esposa?! —gritó exigiendo que el culpable saliera de su escondrijo.

Cassandra observó que a su alrededor había muchos rostros descontentos, y aunque estuvieran agachados ante el jefe de su clan en señal de respeto, la joven vio claro que ninguno confesaría quién había sido la mano que se había alzado contra ella a causa del odio que otros habían incitado.

Sin embargo, le bastó ver el objeto que habían utilizado para agredirla para sospechar quién era el perpetrador del ataque, así que, tras recordar la trayectoria de la bola de fango, levantó la vista para mirar directamente al culpable.

—Sinclair, como el objetivo de este ataque era yo, creo que debería encargarme yo misma de castigar al culpable, ¿no te parece, querido?

—Por supuesto que eres libre de castigar al culpable, querida. Sin embargo, antes debemos averiguar quién es…

—¡Oh! No te preocupes por eso: yo ya lo sé.

—¿En serio? —preguntó él, confuso ante el comportamiento de Cassandra, y más todavía cuando su esposa, tras arrastrarlo lejos de la multitud, le anunció alegremente:

—Prosigamos con nuestro paseo. He decidido comer debajo de ese árbol de allí, así que ordena a tus hombres que traigan un refrigerio de las cocinas porque pienso disfrutar de este bonito día mientras contemplo el paisaje.

—Cassandra, el paisaje no son más que unas orondas vacas paciendo.

—Sí, unas vacas encantadoras de cuya contemplación quiero disfrutar —respondió ella, arrastrando a Sinclair hasta el lugar indicado.

Y cuando él se sentó entre suspiros junto a su taimada esposa, le susurró al oído:

—¿Una de tus tretas?

—¡Cómo me conoces, Sinclair!

—¿Me dirás de lo que se trata?

—Todo a su debido tiempo, querido: la paciencia es una virtud que te falta y que yo siempre he tenido de sobra.

—Yo no lo veo así. Debo recordarte que he tenido suficiente paciencia como para esperar a reclamar mi premio.

—Sí, y también has sido lo bastante impaciente como para reclamar a una mujer perdida en lugar de algo de valor para tus tierras —declaró Cassandra, apenada al recordar que Sinclair había desperdiciado su oportunidad tan solo para salvarla a ella.

—¡Oh! Es evidente que aún no sabes el valor que tienes, Cassandra. Espero que un día lo descubras y que, cuando lo hagas, estés a mi lado —manifestó él mientras apoyaba la mano de su esposa sobre su corazón, el lugar donde llevaba grabado desde hacía mucho tiempo el nombre de la única mujer capaz de hacerse con él.

Mientras Cassandra notaba los acelerados latidos de Sinclair, este la acercó a su cuerpo. Y cuando sus labios casi se tocaron, ella interrumpió el beso poniendo sus manos en la boca de su marido.

—Sinclair, no podemos… —empezó a decir, recibiendo como respuesta más de un gruñido por parte de ese escocés—. Más tarde te lo explicaré…

—Y entonces me resarcirás por todos los besos que no me has dado ahora —le advirtió Sinclair, interrumpiendo sus excusas al morder sensualmente una de las manos que tapaban su boca.

Los sonrojos de Cassandra duraron toda la tarde mientras Sinclair se dedicaba a provocarla para que acallara sus atrevidas palabras y sus besos, haciendo que le prometiera muchos más para esa noche, en la que él le sonsacaría acerca de sus artimañas y planes, disfrutando gratamente del momento en el que su esposa le confesaría todos sus pecados en medio de la pasión.

Cuando sus hombres requirieron su presencia, Sinclair se levantó de su lugar al pie de ese árbol, árbol debajo del cual Cassandra permaneció a pesar de que ya comenzaba a atardecer.

Preguntándose la razón por la que su mujer insistía en quedarse allí, Sinclair ordenó a dos de sus hombres que la acompañaran, y cuando ya se alejaba del lugar en dirección a su casa y se volvió una última vez para contemplar a Cassandra, al fin vio el motivo por el que ella había elegido sentarse justo bajo ese árbol: escondido entre las ramas de la copa había un chiquillo de unos ocho años que en esos instantes realizaba unos nerviosos e inquietos movimientos que evidenciaban que necesitaba bajar de inmediato para vaciar la vejiga.

A pesar de que se hubiera marchado, Sinclair observó desde lejos que el pequeño dudaba acerca de si bajar o no, unas dudas que Cassandra no tardaría en resolver. Y cuando ese chiquillo bajara, estaría perdido ante las tretas de esa mujer, que, sin duda, lo encandilaría como había hecho mil veces con él cuando eran niños.

* * *

—¿No te decides a bajar? —manifestó Cassandra despreocupada, sorprendiendo a los hombres de Sinclair, que creyeron que hablaba en voz alta a solas, cuando en realidad le estaba haciendo saber a un travieso niño que, aunque otros no se hubieran percatado de su presencia, ella sí lo había hecho—. Sinclair ya se ha ido y yo pienso quedarme aquí todo el tiempo que haga falta —añadió ella, tratando de convencer a ese chiquillo de que sus intentos por permanecer en ese árbol eran inútiles.

—Sí, señora. Sinclair ya se ha ido y a nosotros nos gustaría que usted se decidiera a acompañarlo —dijo Duncan, contestando a las palabras de Cassandra, unas palabras que ella ignoró con una sonrisa mientras seguía hablándole al árbol.

—Mira que este pastel de manzana está buenísimo y oigo sonar tus tripas desde aquí… —continuó diciendo a la vez que abría exageradamente la boca para propinarle un buen mordisco a ese dulce, simulando disfrutar de él más de lo que debería—. ¡Mmm! ¡Pero qué bueno está! —exclamó, lo que provocó que Duncan y Murdock comenzaran a alabar la cocina escocesa sin percatarse de lo que estaba haciendo su señora.

Finalmente, el incesante parloteo de esos dos hombres se vio interrumpido cuando un chiquillo bajó rápidamente del árbol y, sorprendiéndolos a todos, le arrebató el dulce a Cassandra para devorarlo de un solo bocado.

—¡No pienso disculparme! —dijo acto seguido mientras la miraba con odio, obteniendo de Cassandra una sonrisa irónica.

—¿Por qué? ¿Porque soy inglesa? ¿Porque te han dicho que soy mala, que soy un demonio tal vez…?

—¡No! ¡Porque mi madre está sufriendo por su culpa! —gritó el niño airadamente, haciendo que los hombres de Sinclair dieran un paso hacia delante para amonestarlo por su atrevimiento, pasos que Cassandra detuvo con un gesto de las manos antes de seguir interrogando a ese crío.

—¿Cómo he podido hacer sufrir a tu madre si no la conozco? ¿Acaso me has visto hacerle daño para que me conviertas en la responsable de su dolor? —preguntó ella, haciendo que el niño recapacitara como no hacían algunos de los adultos que la insultaban.

—¡Ella os defendió y ahora las demás mujeres la aíslan, no le dan trabajo ni tampoco comparten la carne cuando los hombres van a cazar! Y como mi padre no está y yo no soy lo suficientemente mayor para cazar para los dos, ya casi no nos queda comida.

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—Me llamo Liam MacGregor.

—Muy bien, Liam MacGregor, expón con claridad de qué me acusas, pero piénsalo muy bien, porque más tarde tendrás que defender tus palabras ante mi esposo, el jefe de tu clan.

—¡Si usted no hubiera aparecido, mi madre no estaría en problemas!

—¿Estás seguro de eso? ¿Y qué habría pasado si tu madre no hubiera estado de acuerdo con las opiniones de esas mujeres acerca de otros asuntos y las hubiera contradicho? ¿Estás convencido de que no le habrían hecho lo mismo que ahora? —argumentó Cassandra, haciendo que el chiquillo comenzara a reflexionar—. ¿Cuántos años tienes, Liam?

—Ocho —anunció él con orgullo, mirando a Cassandra aún como si fuera su enemigo.

—Lo suficientemente mayor como para comenzar a pensar por ti mismo. Mi padre me enseñó a proteger a los míos y a juzgar justamente a todo el mundo, sin importar su origen o su estatus. Mi única falta hacia tu madre ha sido ignorar su situación, algo que, si no me hubieras informado de ello, seguiría desconociendo. No voy a delatarte ante Sinclair, Liam, pero quiero que esta noche reflexiones sobre lo que has hecho y mañana vengas al castillo para decirme si crees que te mereces o no un castigo por tus acciones.

»Si quieres que la gente sea justa contigo, tú también deberías ser justo con los demás. Ahora Duncan te acompañará hasta tu casa y tú le contarás a tu madre lo que has hecho —declaró Cassandra, tras lo cual dejó marchar a ese niño, un pequeño que ya no la contemplaba con el mismo odio del principio y que poco a poco comenzaba a bajar su cabeza mostrándose arrepentido.

Cuando vio al pequeño correr hacia unos arbustos cercanos supo que le había ganado el pulso a ese niño a causa de una vejiga

repleta y, al fin, levantándose trabajosamente de los pies del árbol, decidió volver junto a Sinclair.

—Vamos, Murdock, al fin puedo apartarme de este maldito árbol y regresar con mi esposo.

—¿Qué hará mañana, señora? —preguntó él, interesado en cómo resolvería Cassandra esa situación que Sinclair había dejado en sus manos.

—Seré muy mala para descubrir cada engaño y luego muy buena con los inocentes. Al final, tal y como una vez me enseñó mi padre, resolveré esta situación con justicia.

* * *

Las chismosas del lugar, para las cuales ninguna situación escapaba a sus oídos ni a sus interesadas tergiversaciones, hicieron correr la voz de que Liam MacGregor sería juzgado por sus delitos contra esa inglesa que había seducido al jefe de su clan, una mujer fría y rencorosa que no mostraría piedad a la hora de castigar a un niño por una simple travesura.

A la mañana siguiente, el salón de Sinclair se llenó de mujeres llenas de odio que buscaban una excusa para expulsar a Cassandra de sus tierras. Esta acudió al salón con un vestido inglés, pero sobre él llevaba un tartán escocés perteneciente a su esposo y, tras ocupar su lugar, les dedicó una sonrisa a todas esas miradas cargadas de hostilidad.

Sinclair no tardó en ser convocado por los alarmados ancianos que aún creían todos los rumores que corrían sobre su esposa.

—¿Cómo puedes permitir que tu mujer juzgue a un niño, Sinclair? ¿Es que te has vuelto loco? Ninguno de los ancianos permitirá semejante insulto a nuestras costumbres y…

—Angus, ayer le prometí a Cassandra que sería ella quien impartiría el castigo sobre su agresor y no pienso incumplir mi palabra. No obstante, quiero tranquilizarte: todo este escándalo es solo parte del espectáculo que suele montar mi esposa cuando quiere darle una lección a alguien…, y puedo asegurarte que ella no formaría semejante bullicio para castigar a un niño, aquí hay algo más.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó Kyrian, otro de los ancianos del consejo, que aún no conocía a Cassandra.

—¿Yo? Sentarme y disfrutar de la representación. Os aconsejo que hagáis lo mismo —declaró Sinclair con una sonrisa en medio de los murmullos reprobadores de sus mayores antes de marcharse a ocupar su lugar junto a su esposa a la espera de su implacable juicio.

En unas tierras donde el jefe del clan era juez, jurado y verdugo, una preocupada mujer y su hijo no tardaron en hacer acto de presencia en el gran salón a la espera de su castigo. Al contrario que las demás mujeres, Beth, consciente de la culpabilidad de su hijo, agachó la cabeza con humildad e hizo que su hijo la imitara mientras rogaban perdón.

Decenas de voces se alzaron de inmediato reclamando piedad para el pequeño, pero, a la hora de la verdad, tan solo guardaron silencio.

—Le ruego clemencia ante el castigo de mi hijo, mi señora. Liam me ha contado lo que hizo y, tras reflexionar, sabe que se portó mal. Está arrepentido, ruega vuestro perdón y os jura que nunca volverá a hacer nada parecido.

—¿Es eso verdad, Liam? —preguntó Cassandra desde su asiento.

El pequeño alzó la cabeza y, cuando Cassandra vio sus ojos arrepentidos, supo que su madre tenía razón: ese niño había

reflexionado sobre sus actos y estaba verdaderamente arrepentido. Ahora les tocaba a los adultos hacer lo mismo respecto a los suyos.

—Pensé en lo que me dijo mi señora y ahora sé que hice mal.

—Para aquellos de vosotros que no conozcáis la historia, os contaré que el joven Liam me lanzó ayer una simple bola de barro —declaró Cassandra—. Una chiquillada, una niñería sin mayores consecuencias que una mancha en la ropa. Sin embargo, lo que me hizo más daño no fue el impacto de ese proyectil que mi esposo pudo desviar sin problemas, sino el odio que Liam desprendía con su mirada, un odio que aprendió de sus mayores y con el que hay que acabar de raíz. Decidme…, ¿quién de los aquí presentes está dispuesto a aceptar el castigo en lugar de este niño, aquí y ahora? —preguntó.

Y, poco a poco, las voces que reclamaban clemencia fueron silenciándose hasta que solo quedó la de una madre preocupada.

—¡Yo, señora! ¡Yo recibiré el castigo de mi hijo!

—Me parece bien, pero solo si Liam está de acuerdo y ha aprendido la lección.

—¡No, señora! ¡Yo recibiré el castigo, porque solo yo soy culpable! —exclamó el joven Liam, alzando orgullosamente el rostro—. Ahora sé a quién debo culpar por la situación en la que se encuentra mi madre… —añadió mientras miraba con ira al corro de mujeres entre las que se encontraba Mia, sorprendiéndolos a todos.

Cassandra, con un gesto de la mano, le pidió silencio para seguir con su juicio.

—¿Quién más podría ser culpable de esa situación salvo la madre que ha educado tan mal a su hijo? —apuntó Mia, dispuesta a que toda la culpa recayera sobre Beth, que, abrazando protectoramente a su hijo, no dudó en fulminar a esa intrigante mujer con la mirada.

—Te equivocas, Mia: todos somos culpables del odio de Liam —manifestó Cassandra, levantándose de su asiento.

Luego se dirigió hacia su esposo y lo informó.

—Sinclair, ¿sabes que Beth es viuda y se le dificulta llevar alimento a su hogar? El dinero de su casa depende de los trabajos que le ofrecen, y a ella y a su hijo les falta comida porque no hay nadie que pueda cazar en su lugar. ¿Por qué sucede eso? —preguntó en esta ocasión, dirigiendo su mirada a los ancianos del clan, que, mirándose entre ellos un tanto avergonzados, no hallaron una respuesta—. ¿Por qué nadie ha puesto una solución a ese problema?

—Porque nadie me lo contó —respondió Sinclair, acariciando pensativamente su barbilla mientras intentaba hallar una solución que estaba muy seguro de que Cassandra ya habría encontrado.

—Ya…, ¿y por qué nadie te lo contó? Creo recordar que me dijiste que la palabra «clan» significaba «familia» y que, por tanto, los problemas de uno de sus miembros eran problema de todos.

—Estaba demasiado ocupado, primero con la guerra y luego con asuntos referentes a mis tierras. Creo que ignoré por descuido los problemas cotidianos de mi gente.

—Es posible, Sinclair, pero insisto en mi pregunta: ¿por qué nadie hizo nada? ¿Por qué los más ancianos no aconsejan a los jóvenes que necesitan de su sabiduría? ¿Por qué las mujeres de este clan no ayudaron a una familia, a una de las suyas, que estaba pasando necesidad? —inquirió Cassandra de nuevo, volviéndose hacia los ancianos y hacia esas mujeres, lo que provocó que algunos de ellos ocultaran sus rostros avergonzados—. Y tú, Beth, ¿por qué no le pediste ayuda al jefe de tu clan?

—No creí que mis problemas le importaran… —contestó la mujer bajando la mirada.

—¿Por qué hemos llegado a descuidar de este modo a una familia haciendo que tengan que depender de otras de tal manera que, si sus opiniones no concuerdan con las de la mayoría, pasarán hambre o penurias? ¿Y por qué algunas personas pueden llegar a ser tan mezquinas como para fomentar esta situación al mismo tiempo que aseguran ser las mejores para este clan? —continuó Cassandra, mirando directamente a Mia al pronunciar sus palabras, lo que provocó que esa mujer apretara ambos puños, llena de furia, pero sin atreverse a alzar la voz—. Tu castigo, Beth, será trabajar como mi doncella personal en este castillo desde este preciso momento. El de tu hijo será aprender a cazar. El tuyo, Sinclair, será enseñar a Liam a cazar, y el de los ancianos y ancianas de este clan será hallar una solución para este problema concreto y buscar otros similares que deberán solucionar. Si alguien no está de acuerdo con la justicia que he impartido hoy, puede decírmelo libremente sin temor a represalias, pues ahora formo parte de este clan, de esta familia, le pese a quien le pese.

»Si alguien quiere odiarme o hacerme llegar su odio, espero que lo haga de frente, no a escondidas ni a través de manipular a otros, pero también espero que se atenga a las consecuencias porque yo aprendí de un buen amigo que, si te golpean, tienes que devolver el golpe; si te hacen sangrar, tienes que infligir la misma herida y, si intentan hundirte, tienes que levantarte más fuerte que nunca para, a continuación, hacer que tu enemigo muerda el polvo.

—¿Qué inglés le enseñó eso, mi señora? —preguntó Angus, intrigado por unas palabras que recordaba muy bien.

—Fue un escocés, Angus. Un escocés al que nunca he podido olvidar, ni en el pasado ni ahora, tal vez porque él no me permite que lo olvide —respondió esa intrigante mujer antes de dirigirse a todos para dar por finalizado el juicio—. Muy bien, ahora que ya he

decretado mis castigos, lo mejor será que cada uno vuelva a sus labores diarias, pues hay mucho que hacer —anunció Cassandra despidiendo a la multitud mientras se dirigía hacia Beth y Liam, que la contemplaban con una sonrisa y ojos brillantes porque ese juicio que tanto habían temido había acabado convirtiéndose en su salvación frente a la amarga situación en la que se encontraban hasta el momento.

—Sinclair, me siento algo confuso, pero creo que tu mujer nos ha castigado a todos a causa de nuestra negligencia hacia esa familia.

—Sí, Angus, eso ha hecho.

—Y le ha dado una solución definitiva al problema de Beth y su hijo mientras nos hacía creer que pensaba castigarlos.

—Sí, sin duda ese era su plan desde el principio.

—Y ha amenazado a sus rivales con las mismas palabras exactas que, si no me falla la memoria, yo le enseñé a un joven guerrero que estuvo una vez a mi cuidado. Unas palabras que recuerdo haber precisado que solamente podría transmitirle a otro guerrero al que considerara su igual… —continuó Angus, haciendo que Sinclair sonriera mientras miraba cómo Cassandra hablaba con Beth intentando que no le tuviera miedo a su loba, una fiera tan salvaje como ella, pero que también podía mostrarse sorprendentemente mansa y sumisa con quien le agradaba, privilegio del que Mia no disfrutaba, pues, en cuanto esa mujer pasó por su lado, Luna le enseñó los dientes y provocó que ella se precipitara hacia la salida.

—Angus, ¿de verdad no crees que ella sea una guerrera o que no puede ser mi igual? —preguntó Sinclair, volviéndose hacia ese anciano, que, sin dejar de negar con la cabeza, declaró tras dar un gran suspiro:

—¡Problemas, tienes nombre de mujer! Y parece que tú te los has traído todos desde Inglaterra. Aun así, me alegro de que encontraras

lo único bueno que podían tener esos ingleses y que, finalmente, como buen escocés, se lo robaras delante de sus narices —manifestó Angus entre carcajadas mientras golpeaba la espalda de Sinclair y le hacía saber así lo contento que estaba porque hubiera encontrado la horma de su zapato. Ahora solo faltaba que ese hombre pudiera manejarla sin salir demasiado escaldado.

Capítulo 12

Lord Wayne Morrison regresó lo más apresuradamente posible a su hogar en compañía de William, su nuevo heredero. Después de seguir los alocados planes de su hija para mantener un memorable encuentro con él, sus aventuras acabaron llegando a oídos de su rey.

Por su parte, lady Marion había fingido un berrinche tan prolongado y convincente con el que simulaba odiarlo que todos creyeron que la falsa aventura de su marido era cierta, concediéndole así veracidad a la repentina aparición de un heredero desconocido.

Conociendo a su hija, Wayne había deseado correr hacia su hogar para comprobar que Cassandra se encontraba a salvo, pero su regreso se había visto entorpecido por varios problemas que surgieron en su camino, sin duda, problemas creados por lord Archibald y su avaricioso padre para acelerar la boda entre sus hijos creyendo que todavía tenían una oportunidad.

Los bandidos que se cruzaron en su camino en varias ocasiones fueron despachados con premura por dos hombres que tenían como misión proteger a una dama. Para su desgracia, cuando llegaron a sus dominios, lord Wayne se encontró con la noticia de que, una vez más, Cassandra se había defendido muy bien ella sola.

Cuando entró por los portones de su fortaleza, lord Wayne se sorprendió al no encontrar en sus tierras a ninguno de los descarados hombres de Archibald ni a él mismo presumiendo de una posición que nunca ocuparía. Su viejo sirviente, Thomas, no tardó en

dirigirse hacia él y, como siempre hacía, se dispuso a contarle todo lo que había acontecido en su ausencia. Desafortunadamente, ese hombre tan taimado como su hija no siempre se expresaba con excesiva claridad, en especial cuando no le convenía.

—Señor, un representante del rey lo espera en el salón —anunció, lo que hizo que lord Wayne apresurara su paso hacia allí.

—¿Y mi hija? —preguntó Wayne, confuso al no verla y un tanto aterrado porque lord Archibald hubiera acabado saliéndose con la suya y la hubiera desposado y alejado de su hogar como venganza por sus precipitadas acciones.

—Es algo complicado de explicar, señor.

—¿Y lord Archibald y sus hombres?

—También es algo complicado de explicar.

—Dime, Thomas, ¿durante mi ausencia hemos recibido la visita de algún escocés? —preguntó lord Wayne. Y antes de que el leal Thomas abriera la boca, su señor ya sabía cuál sería su respuesta—. Espera, a ver si lo adivino: es algo complicado de explicar.

—Sí, mi señor —asintió el anciano, que en ocasiones parecía burlarse de él.

Lord Wayne quiso reprender a su criado por su insolencia, hasta que recordó el plan que había organizado su hija, del que seguramente no habría terminado de enterarse con precisión de todos los pormenores y del que, estaba convencido, ella se habría guardado algún detalle para sí antes de mandarlo lejos de su hogar. Lord Wayne sospechaba que ese anciano que cuidaba de Cassandra como si fuera su propio padre conocería esa información, la cual probablemente lo llevaría a exponerse a su ira cuando lo informara del peligro en el que había estado sumida.

—¿Qué te ordenó Cassandra que me dijeras? —preguntó Wayne, acariciando una de sus sienes algo ofuscado mientras intentaba

contener su enfado.

—Mi señora me ordenó que permitiera que fuese el enviado del rey quien le explicara a su señoría todo lo ocurrido, ya que con él no puede enfadarse —declaró el anciano, sacándolo de dudas acerca de sus sospechas: sin duda, su hija había sufrido algún daño durante su ausencia.

—¿Lo mandó llamar Cassandra? —preguntó Wayne, consternado con esa noticia—. ¿Cuándo lo hizo?

—En cuanto usted se marchó de su castillo, mi señora lo invitó a su hogar para asistir a una boda. He de admitir que en estos años mi señora ha aprendido a copiar su letra a la perfección y siempre encuentra su sello, por más que lo esconda —anunció Thomas, haciéndole ver hasta qué punto Cassandra había llevado a cabo sus planes conociendo en todo momento los movimientos de su enemigo.

Lord Wayne se sintió orgulloso de su pequeña, que, de haber nacido varón, se habría convertido en un gran estratega en el campo de batalla. Pero también sintió miedo, ya que, al ser una mujer, su inteligencia podía llevarla a su perdición.

—Solo tengo una pregunta antes de hacerle frente al enviado del rey —declaró Wayne. Y de las numerosas responsabilidades que podían ocupar la mente del noble señor de un feudo, de sus labios solo salieron las palabras de un padre preocupado—: ¿Mi hija está bien?

—Sí, señor. No dudo de que mi señora en estos instantes está muy bien protegida, aunque también debo recordarle que ella siempre ha sabido proteger muy bien tanto a los suyos como a sí misma —contestó ese anciano haciéndolo suspirar tranquilo, mientras la triste sonrisa de su criado le anunciaba que su hija había

tenido que pagar un alto precio para conseguir salvarlos a todos en esa ocasión.

En cuanto lord Wayne entró en la sala, el representante del rey lo recibió y abandonó la silla del señor que había ocupado hasta ese momento para esperar a que el conde de Cumberland tomara su lugar.

—Buenos días, lord Morrison. Hace unos días se celebró en este mismo lugar una boda con la que no sé si mi rey se sentirá muy complacido, pues no era la que él había planeado. Parecía como si una dama hubiera maquinado de antemano su propia caída y un necio lord se hubiera dejado manipular por ella. No obstante, ese lord había agraviado en demasía a la hija de un gran señor feudal que su majestad respeta, así que me preparé para ofrecerle un destierro a esa mujer hacia un conveniente lugar de Dios.

»Sin embargo, surgió un inconveniente para que yo pudiera decretar una solución que nos satisficiera a todos: para mi asombro, un escocés reclamó como premio a la mujer caída y yo no pude hacer nada para impedirlo, ya que llevaba consigo una promesa firmada por el señor de estas tierras.

»Como conclusión de este asunto, ahora mismo lord Birmington no está contento, mi rey no se sentirá complacido y no veo que usted, lord Morrison, parezca demasiado feliz. Creo que el único satisfecho de toda esta extraña serie de acontecimientos es cierto molesto escocés.

»He decidido esperarlo en su casa para recordarle que tiene el deber de proteger sus tierras de cualquier disputa enemiga, y más aún de las amigas, ya que mi rey no quiere que sus hombres malgasten sus fuerzas en pelearse entre ellos. También aprovecho la ocasión para comentarle que guardaré el certificado matrimonial de

ese enlace durante un tiempo, para concederle a usted la opción de decidir lo que desea para su hija.

»Si cree que el premio que le reclamó ese escocés es demasiado, este documento se perderá y su hija estará libre de ese matrimonio, aunque no de su castigo. Si por el contrario cree que ese hombre recibió lo que se merecía, este certificado será registrado debidamente y aprobado por su majestad.

»Lord Morrison, reflexione detenidamente sobre lo que más le conviene a usted y a su rey y hágamelo saber. Y, por favor, la próxima vez que quiera ofrecerle un premio a un escocés, mida sus palabras o ese hombre podría acabar reclamándole algo de gran valor que quizás usted no estaría dispuesto a dar —finalizó el representante del rey antes de emprender su partida.

Más tarde, todos los siervos de Wayne fueron contándole a su señor lo ocurrido durante su ausencia, detalles que él escuchó apretando los puños sin saber qué cabeza debería reclamar primero para calmar su ira: si la de un atrevido escocés que había mancillado a su hija en una celda o la de un inglés que, sin duda, con sus insultantes acciones le estaba declarando la guerra.

* * *

Sinclair se preparaba para una guerra y no sabía en qué momento estallaría, ni si tendría las armas adecuadas para combatir en ella o quién sería el vencedor, pero, sin duda, el conflicto llegaría en cualquier instante.

Eso pensaba al ver cómo las mujeres se repartían en dos bandos: uno que miraba con odio a Cassandra y otro que la contemplaba como si fuera una salvadora.

Después del juicio que Cassandra había llevado a cabo, las mujeres que carecían de la ayuda de un hombre en sus modestos hogares por ser viudas, solteras o ancianas sin hijos habían dejado de guardar silencio y habían llevado sus quejas al consejo de ancianas. Estas, a su vez, las habían llevado al consejo de ancianos y, al ver que todo tardaba demasiado en solucionarse, Cassandra había decidido reunirlos a todos para ser ella misma quien resolviera los problemas. Y eso era algo que Sinclair siempre temería.

El lugar designado para esa reunión fue a los pies del árbol desde donde Liam la había atacado, recordándoles de esa manera a todos cómo había comenzado la cadena de acontecimientos que los había llevado hasta esa situación. Y Sinclair, intuyendo que alguien necesitaría su ayuda, ya fuera Cassandra o los miembros de su clan después de que a su esposa se le ocurriera algún nuevo plan, se había escondido para interrumpir la sesión en el momento adecuado.

—¿Qué haces? —preguntó Irvin cuando vio cómo su jefe permanecía oculto detrás de unos arbustos.

—Creo que está espiando a su esposa —señaló el joven Alistair, agazapándose junto a los demás para observar esa extraña reunión que se estaba celebrando.

—Está demasiado obsesionado con ella —apuntó Murdock, uniéndose a los demás.

—Es cierto. Nunca lo habíamos visto tan obsesionado con una mujer, pero bueno…, es que esa dama es única —expuso Duncan, consiguiendo que las voces de los hombres de su alrededor comenzaran a alzarse alabando a Cassandra.

—¿Queréis callaros de una vez? ¡Nos va a descubrir! —reprendió Sinclair a sus hombres antes de que los vieran y de que él se perdiera algo de esa reunión de la que estaba al tanto de cómo

empezaría, pero con Cassandra de por medio nunca se sabía cómo podía llegar a terminar.

—Angus —comenzó Cassandra—, el consejo de ancianos ha tenido suficiente tiempo para deliberar qué hacer. Según Margareth, la representante de las ancianas, ya te han informado de los nombres de todas las mujeres del clan que necesitan ayuda y quiero saber cuál es la solución que has encontrado para resolver este preocupante problema.

—Bueno, los ancianos hemos llegado a una conclusión que creemos que contentará a todos, pero llevará algo de tiempo.

—¿Y bien? ¿Cuál es vuestra propuesta?

—Les buscaremos un marido a cada una de esas mujeres para que cuenten con un hombre que pueda mantenerlas adecuadamente y proveer para ellas en los momentos de necesidad. Pero esta tarea llevará bastante tiempo. Tal vez deberíamos celebrar una fiesta e invitar a otros clanes. De este modo, seguro que muchos jóvenes solteros acudirán —manifestó Angus, aparentemente muy satisfecho por haber hallado una solución a los problemas, solución que, a juzgar por la fría sonrisa que mostraba Cassandra, a ella no la contentaba en absoluto.

—Ya veo, Angus. Y dime, ¿quién desposará a las ancianas que han perdido a sus maridos y a sus hijos? ¿Y qué pasará con las mujeres que son demasiado jóvenes para casarse o con las que, simplemente, no quieran hacerlo? —inquirió Cassandra, haciendo que muchas mujeres que habían acudido como oyentes a la reunión asintieran con la cabeza, mostrándose de acuerdo con que esa no era la mejor solución al problema.

—¡El deber de una mujer es formar una familia! —intervino Mia, tratando de llamar la atención al tiempo que recibía la apreciación de

los ancianos ante sus palabras, lo que provocó que de nuevo se formaran dos grupos en el lugar.

—Esa solución no pone remedio a la raíz del problema. Dime, Angus: ¿qué pasará cuando los hombres no estén porque se hayan marchado a una nueva guerra? ¿Qué ocurrirá entonces con las mujeres que quedan atrás? O cuando algún marido desaparezca en una batalla, ¿qué hacemos? ¿Nos apresuramos a casar a esa mujer sin saber a ciencia cierta si su hombre está vivo o muerto? —replicó Cassandra, lo que hizo que muchas de las mujeres casadas se pasaran a su bando al pensar que esa solución no les agradaba en absoluto.

—No estarás sugiriendo que los hombres casados provean a todas las mujeres del clan, limitando así los alimentos que llevan a sus propios hogares, ¿verdad? —manifestó Mia acusadoramente, queriendo que Cassandra cayera ante sus propias palabras.

—No, tampoco quiero doblar el trabajo de esos hombres.

—Entonces, ¿cuál es la solución que propones para esta locura? —quiso saber Angus, alzando las manos al cielo, frustrado por la situación.

—Muy sencillo: que las mujeres comiencen a proveerse ellas solas y se les permita cazar igual que a los hombres.

—¡Eso es sumamente ridículo! ¡Las mujeres nunca podrían aprender tal habilidad y los hombres perderían el tiempo enseñándolas! —declaró el anciano ofuscado.

Y cuando muchos de los presentes comenzaron a burlarse de las palabras de Cassandra, esta cogió el arco y la flecha que descansaban a su lado y, tras apuntar hacia un árbol lejano, acertó de lleno en el centro de su tronco.

—¡Bah! Eso solo ha sido suerte, no habilidad —dijo Mia burlándose de ella.

Entonces Cassandra recogió un trozo de carbón del suelo que los niños utilizaban para dibujar y a continuación anunció sonriéndole a su rival:

—¿Podrías pintar una diana en el tronco, Mia?

La mujer esbozó una diana lo más pequeña que pudo en el tronco del árbol para burlarse de Cassandra y, cuando hubo terminado, tiró el carbón al suelo y se sacudió las manos, satisfecha de su maldad. Frente a Cassandra aguardaba un blanco en el que muy pocos guerreros de ese clan eran capaces de acertar, y obviamente ninguna mujer, pero, para el asombro de todos, Cassandra apuntó, disparó y acertó de lleno en pleno centro con varias flechas.

—Y como veo que aún dudas de mi habilidad, toma esto, Mia. ¿Me haces el favor de sostenerlo sobre tu cabeza y de colocarte contra ese árbol? Estoy bastante segura de que acertaré a la manzana… —dijo haciendo que Mia abriera los ojos espantada para luego marcharse ofendida cuando Cassandra añadió ante las risitas de algunas mujeres—: O tal vez no.

Un momento después, se volvió hacia Angus.

—No te preocupes, Angus: no ordenaré a los hombres que entrenen a las mujeres que quieran aprender a utilizar el arco. Seré yo misma quien les enseñe. Después de todo, aprendí del mejor —declaró Cassandra, haciendo que Angus suspirara resignado a que esa mujer se saliera con la suya.

—Sí, y el mejor aprendió de mí con anterioridad —manifestó Angus, recordando que su forma de coger el arco era muy propia de Sinclair.

No fueron muchas las mujeres que se animaron a quedarse para aprender a utilizar el arco, pero las que lo hicieron mostraban una determinación en su mirada que le dijo a Cassandra que sus enseñanzas no caerían en saco roto.

En ese momento, se percató de un sutil movimiento en medio de unos arbustos cercanos y, sospechando quién sería el único sujeto que se escondería de ella de esa manera tan lamentable, Cassandra anunció de viva voz hacia las mujeres antes de esgrimir su arco:

—¡Bien! Me alegro mucho de que todas vosotras hayáis decidido aprender a cazar. Ahora comenzaremos nuestra práctica tirando hacia esos arbustos que se mueven, en los que seguro hay una rica presa.

Tras soltar esta amenaza acompañada por una de sus flechas, los guerreros escondidos no tardaron en salir espantados, y Cassandra no pudo evitar bromear ante esa ridícula situación:

—¡Pero mira, Angus, si al final las mujeres vamos a conseguir cazar un marido!

Para sorpresa de todos, el siempre grave y serio anciano estalló en carcajadas junto a esa traviesa mujer, aunque la risa de Cassandra finalizó cuando un furioso escocés se la echó al hombro a la vez que anunciaba ante todos:

—¡Las clases de tiro con arco han finalizado por hoy!

* * *

—Creo que ya puedes soltarme, Sinclair —dijo Cassandra, un tanto molesta por ser cargada una vez más por su marido sin ninguna delicadeza. No obstante, se acomodó sobre su hombro, acostumbrada como estaba al comportamiento de ese irascible escocés.

—No me atrevo. Quién sabe en qué más líos podrías meterte en cuanto te deje en el suelo.

—No exageres, solo estaba solucionando los problemas, no metiéndome en ninguno.

—Tu forma de solucionar problemas normalmente te conduce a meterte en muchos más —declaró Sinclair, dejándola en el suelo. Y, tras hacerlo, evitó mirar a su esposa, pues no sabía cómo comunicarle que dentro de unos días la dejaría sola para acudir a una importante reunión con los jefes de otros clanes.

En esa reunión anual, normalmente cada uno de los representantes de los clanes intentaba solucionar los conflictos que surgían entre ellos, a veces con palabras y a veces con los puños. El problema que tenía Sinclair en esa ocasión era que un inglés no tardaría en entrar en sus tierras dispuesto a robar algo que él no pensaba dejarse arrebatar. Algunos clanes posiblemente estarían de su lado, otros tal vez preferirían que él cediera ante las exigencias de ese noble que solamente querría recuperar a una joven inglesa, pero si de algo estaba seguro Sinclair era de que ningún clan estaría contento por la presencia de ese inglés en sus tierras.

Cuando finalmente Sinclair se decidió a mirar a su revoltosa mujer, esta no dudó en reprenderlo con la mirada por el trato que le había dado, un gesto que ningún inglés se atrevía a dedicarle, excepto su aguerrida esposa.

La desafiante mirada de Cassandra le encendía la sangre al comprobar que junto a él tenía a una mujer que estaba a su par, así que, sin decir nada más, Sinclair volvió a cogerla entre sus brazos y, tras dirigirse a un lugar apartado, la depositó en el suelo y la acorraló contra un árbol estratégicamente ubicado donde podían ocultarse de los ojos curiosos que últimamente todos parecían tener puestos en ellos y sus disputas.

—Supongo que si me has traído hasta este lugar es para hablar de algo importante lejos de miradas indiscretas, ¿verdad? —especuló Cassandra, fijando sus ojos curiosos en su marido.

—Sí… —contestó Sinclair.

Y, sin saber cómo proseguir, miró fijamente a su esposa debatiéndose entre mantener una discusión con ella durante horas cuando le contara lo que ocurría y ella quisiera acompañarlo o ceder a la pasión del momento.

En el instante en el que Cassandra se mordió nerviosamente el labio inferior sin darse cuenta de lo atrayente que podía resultar esa acción para cualquier hombre que la deseara, Sinclair solo pudo pensar en seducir una vez más a su mujer. De modo que, tras acomodar su cuerpo junto al de ella, se hizo con su boca en un ardiente beso que no la dejó pensar en otra cosa que no fuera esa pasión que surgía entre ambos a la menor oportunidad.

Con ese beso, supo que su mujer no discutiría con él. Ella simplemente se deshacía entre sus brazos, entregándose al hombre en el que siempre había confiado.

A pesar de que ese apasionado momento la hubiera pillado por sorpresa, Cassandra no rechazó los labios de Sinclair ni su exigente lengua, que reclamaba sus profundos gemidos de placer, sino que, respondiéndole, enredó los dedos entre los rojos cabellos de su marido y atrajo hacia sí a ese impulsivo hombre, que no dudó en profundizar ese ardiente beso, exigiendo más de ella.

Las rudas manos de Sinclair acogieron con brusquedad el trasero de Cassandra y, alzándola sobre su cuerpo, hizo que lo rodeara con las piernas mientras su dura erección se rozaba contra su sexo, mostrándole cuánto la deseaba.

—Aún no es de noche, Sinclair —protestó Cassandra cuando él le permitió recuperar el aliento, sacando una pícara sonrisa de los labios de ese aguerrido escocés.

—Puedo asegurarte que no necesitamos que sea de noche para que te desee —respondió Sinclair atrevidamente en su oído, para luego continuar con su seducción dejando un reguero de ardientes

besos que descendían por su cuello, obteniendo más de un gemido de placer de su boca.

—Y tampoco estoy compartiendo tu lecho —continuó Cassandra, recordándole una de las condiciones que había impuesto a Sinclair para que pudiera seducirla con libertad.

Ante esa respuesta, él contestó quitándose su kilt con descaro para colocarlo sobre el suelo, ofreciéndole un improvisado lecho y una excusa perfecta para que ella cediera ante el deseo que la embargaba. Un deseo al que en ocasiones intentaba resistirse sabiendo que, si llegaba a enamorarse de ese hombre, ya no podría marcharse de ese lugar.

—No pienso caer en tus tretas —anunció Cassandra, mirando algo avergonzada al descarado escocés al que no le importaba mostrarle sus encantos desde pequeño—. Además, sospecho que siempre que me seduces es para distraerme de alguna cuestión importante que quieres evitar contarme.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —declaró Sinclair intentando hacerse el ofendido, pero la sonrisa burlona que exhibía en su rostro mientras pronunciaba esas palabras, sin duda, lo delataba.

—¿Te recuerdo la vez que me sedujiste en aquella celda en mi casa para luego enfrentarte tú solo al representante del rey? ¿O la ocasión en la que entregaste las sábanas de nuestro lecho a las ancianas de tu clan, evitando comentarme que dudaban de mi virtud? ¿O cuando, de camino a tus tierras, tú…? —argumentó Cassandra tratando de seguir con esa disputa, hasta que él la besó, interrumpiendo abruptamente sus palabras.

Y solo cuando esa mujer se derritió de nuevo entre sus brazos, Sinclair la soltó, no sin antes susurrarle al oído la verdad de cada uno de esos encuentros.

—Siempre que te seduzco es simplemente porque te deseo y porque no quiero desaprovechar la oportunidad de estar a tu lado. Sé que yo nunca estuve presente en tus descabellados planes para obtener tu libertad, Cassandra, y presiento que, cuando pase el tiempo que he conseguido con algunas argucias, me dejarás y regresarás a tu hogar. Así que pienso aprovechar cada oportunidad que encuentre en mi camino para convencerte de que tu lugar está a mi lado —dijo él mientras se acercaba a su mujer, haciendo que ella reculara ante los decididos ojos que la miraban con deseo y la tentaban a caer una vez más entre los brazos de ese hombre que tan abiertamente reclamaba su pasión y exigía que lo amara.

—No voy a enamorarme de ti, Sinclair. Eso sería una gran complicación. Un enorme error que enredaría enormemente la vida de ambos. Piensa por un momento en tu clan: ellos no me aceptarán nunca, y Archibald aún es una amenaza que pende sobre mi cabeza. A pesar de que haya conseguido romper ese compromiso, él todavía pretende recuperarme, seguramente siguiendo órdenes de su avaricioso padre. Yo tengo demasiada gente a la que proteger como para permitirme caer ante ti —respondió Cassandra a la vez que sus manos intentaban alejar a Sinclair, pero, finalmente, en vez de empujarlo lejos de ella, sus manos acabaron apoyadas sobre ese duro pecho, en el que latía un aguerrido corazón que siempre la llamaba.

—¿Y quién te protegerá a ti? —preguntó Sinclair al tiempo que se acercaba a ella sin hacer ningún intento de aprisionarla, solo reteniendo las curiosas manos que permanecían sobre su pecho con una de las suyas mientras la hacía retroceder.

Cassandra miró a ese tentador hombre con anhelo. Sin embargo, no dijo nada y se resistió a caer en la trampa que podía suponer para ella el amor. La indecisión que se reflejó en su rostro fue

detectada por Sinclair, que decidió tomar su cuerpo, ya que su corazón aún no estaba preparado para aceptarlo.

De repente, en su rostro apareció una sonrisa llena de satisfacción que le anunciaba a Cassandra que había vuelto a caer en una de las tretas con las que, poco a poco, Sinclair se acercaba cada vez más a su corazón. Y, aproximándose a ella, le susurró al oído su victoria.

—Estás en mi cama de nuevo, Cassandra… ¿Recuerdas lo que me dijiste que podía hacer si eras tú la que se adentraba libremente en ella? —preguntó ese taimado hombre, haciendo que la joven se diera cuenta de que se encontraba sobre el manto de Sinclair, encima del improvisado lecho que este había preparado.

—Que eras libre de intentar seducirme —respondió ella sin negar las palabras que había dejado salir neciamente de su boca en una ocasión, creyendo que podía evitar con facilidad la seducción de ese hombre al no recordar lo empecinado que podía ser un escocés—. Pero mira que eres tramposo, Sinclair —se quejó entre suspiros de resignación mientras su duro guerrero se llevaba la mano que ella todavía apoyaba contra su fuerte pecho a su boca y la besaba con dulzura, antes de volver a colocarla sobre su acelerado corazón y tomar los labios de Cassandra en un apasionado beso que la llevara a caer ante el ardiente deseo que siempre encontraba entre sus brazos.

Sinclair se apoderó de su boca, subyugándola bajo el placer, ahondando profundamente en ella mientras buscaba una fogosa respuesta. Haciéndola rendirse bajo sus caricias, la depositó sobre su manto y luego se tumbó junto a ella, sorprendiendo a Cassandra cuando la subió sobre su duro cuerpo al tiempo que seguía prodigándole ardorosos besos que le cortaban la respiración.

Los besos fueron acompañados por unas dulces caricias que recorrían sus sugerentes curvas. Sus turgentes senos, con sus

excitadas cumbres, fueron agasajados por unas rudas manos que solamente le prodigaban unos leves roces, haciéndola arquearse con anhelo hacia ellas. El placer que Sinclair le prometía le era entregado tan solo cuando ella lo reclamaba, y, aun así, este cesaba cuando estaba a punto de perderse en él.

Tratando de tentar a ese aguerrido escocés, Cassandra se movió atrevidamente sobre el duro cuerpo que tenía bajo ella, obteniendo más de un gemido que llevaba su nombre. Las manos de ese rudo hombre cogieron con firmeza su trasero y guiaron su cuerpo hasta hacerle notar la dura evidencia de su deseo, logrando que ambos anhelaran más de ese placer.

Muy pronto, Cassandra comenzó a mecerse inconscientemente contra la dura erección de Sinclair sin que nadie la guiara. Empezó a ansiar que las manos que se deslizaban lentamente por su cuerpo fueran más allá, que no le dedicaran solamente unos sutiles roces por encima de la ropa y que tocaran su encendida piel llevándola hasta la cima del placer, que ella constantemente encontraba entre sus brazos cuando su cuerpo se rendía a él.

De repente, cuando comenzaba a gemir el nombre de Sinclair, el beso cesó y Cassandra vio confundida cómo esas ardientes manos recorrían lentamente su pecho, su cintura, su trasero y sus piernas antes de colocarse detrás de la cabeza de un taimado hombre que la contemplaba con una ladina sonrisa.

—No quiero que me culpes de haberme aprovechado de ti. No quiero que utilices nuestros momentos de pasión para poner un escudo entre nosotros y utilizarlos como excusa para huir de mí. Te has metido libremente en mi lecho y quiero que reclames todo lo que desees. Solo si te atreves, claro está —anunció Sinclair con una sonrisa burlona, esperando provocarla y oír la rendición de esa

mujer, la petición de que la tocara y la hiciera suya para proporcionarle ese placer al que ninguno de los dos podía resistirse.

Pero Sinclair había olvidado que no estaba frente a una simple mujer, sino ante una guerrera que no dudaría en exigir lo que quería en vez de pedirlo. Para su asombro, Cassandra se puso en pie y se deshizo de su ropa. Y, desnuda como si de una diosa pagana se tratase, se sentó a horcajadas sobre su marido, haciendo que a él le resultara muy difícil seguir manteniendo las manos detrás de la cabeza.

El desnudo cuerpo de Cassandra se frotó insinuantemente contra el suyo. Como él le había enseñado, ella buscó su placer rozando su húmedo sexo contra su duro falo, y con la promesa de adentrarse en su apretado interior, tentaba cada vez más a Sinclair y lo llevaba poco a poco a perder el escaso control con el que intentaba refrenar su fiero deseo.

Las dulces manos de esa mujer se apoyaban sobre su duro pecho mientras se movía insinuantemente sobre él. Sus largos cabellos escondían un avergonzado rostro lleno de placer que solo él había visto, mientras sus turgentes senos se exponían tentadoramente frente a él al tiempo que lo cabalgaba.

Y a pesar de todo, lo que hizo que Sinclair perdiera el férreo control que intentaba mantener fueron las palabras que esa mujer susurró atrevidamente en su oído al tiempo que intentaba encontrar el placer que la satisficiera.

—¿Y si lo que quiero, aunque solo sea durante un tiempo, es a ti, Sinclair?

Las palabras de Cassandra le indicaban que todavía estaba decidida a dejarlo cuando acabara el plazo que él había conseguido con engaños para demostrarle su amor, pero, a pesar de ello, Sinclair cedió a la petición de esa mujer que reclamaba abiertamente

que lo deseaba, aunque no se atrevía a hacerlo más allá del tiempo que habían establecido con el *handfasting*.

—Siempre me has tenido, Cassandra, solo debías encontrar el valor para reclamarme —declaró él antes de darle lo que deseaba al desplazar sus manos desde su sumisa posición para agarrar con firmeza sus caderas. Luego la alzó y la hizo descender duramente sobre su rígido miembro, haciéndola gritar a medio camino entre el dolor y el placer.

Las manos de Sinclair no dejaron de guiarla durante su cabalgada, estableciendo un ritmo lento pese a desear tomarla fieramente. Y su boca, cediendo ante los jugosos y tentadores frutos que se movían ante él, devoró con avidez los turgentes senos de Cassandra, los succionó con fruición hasta hacerlos enrojecer y luego los calmó con su áspera lengua antes de rozarlos de forma incitante con sus dientes, para después volver a empezar con esa placentera tortura que provocaba que ella se moviera más deprisa sobre Sinclair, a la vez que él profundizaba más sus embestidas, imponiendo finalmente el ritmo frenético que ansiaba esa apasionada mujer.

Las uñas de Cassandra marcaron su pecho y sus labios gritaron su nombre mientras convulsionaba sobre su amante. Sinclair marcó un ritmo más fuerte e implacable, guiado por el deseo de su mujer, y finalmente ambos llegaron al clímax gritando cada uno el nombre del otro.

Cassandra se derrumbó sobre el duro pecho de su marido y él la tapó orgullosamente con su manto.

—Mientras yo sea libre de seducirte cada vez que te adentres en mi lecho, te prometo que tú serás libre de reclamar cuanto desees de mí cada vez que estés en mi cama —susurró Sinclair regodeándose en su victoria, por la que nuevamente había hecho que su esposa cediera a la pasión, sin recordar en ese instante lo

vengativa que podía ser esa mujer, que lo observaba desde el lugar que ocupaba entre sus brazos con una mirada con la que volvía a declararle la guerra, un reto ante el que un escocés nunca retrocedería. Sobre todo si su rival era un inglés.

Capítulo 13

—¿Eso no es el kilt de Sinclair? —preguntó Beth a la extraña mujer que muy pocos aceptaban aún en esa tierra a pesar de que se hubiera casado con el jefe de su clan, una dama que en esos instantes se paseaba exhibiendo abiertamente el manto de su marido sobre sus hombros, colocado de una manera inadecuada. Y cuando ya estaba a punto de ofrecerle su ayuda para que esa inglesa vistiera adecuadamente el kilt, sus palabras la llevaron a desistir de ello.

—Sí, Sinclair me dijo que podía reclamar lo que quisiera de él, así que en cuanto se quedó dormido sobre el improvisado lecho que creó, yo no dudé en arrebatárselo para que no volviera a intentar engañarme con uno de sus trucos —respondió Cassandra mientras terminaba de recomponer su desaliñado aspecto, que hacía sospechar a Beth lo que había estado haciendo con su esposo para que pudiera haberse hecho con su manto.

—En ese caso, ¿qué viste en este momento el jefe de nuestro clan?

—Su camisa. Y eso únicamente si ha logrado alcanzarla de la rama del árbol hacia el que la lancé. Si no, imagino que en estos instantes caminará desnudo o quizá correrá, como hizo en múltiples ocasiones cuando éramos niños y yo intentaba quedarme con su kilt —declaró Cassandra sin ninguna vergüenza, consiguiendo que muchas mujeres solteras se sonrojaran y que las casadas se rieran mientras

la contemplaban pensativas a ella y al kilt que llevaba, decidiendo utilizar esa treta cuando se enfadaran con sus maridos.

—¡Eso es mentira! —exclamó Mia furiosa recibiendo las miradas de todos, ya que, a pesar de saber que Cassandra era la esposa de Sinclair, ella todavía parecía creerlo de su propiedad después de haberlo perseguido durante años. Por ello se atrevía a insultar abiertamente a su mujer, insinuando de ese modo que el manto que lucía no pertenecía a su marido.

Cassandra miró desafiante a esa mujer, decidida a enfrentarla una vez más. Pero antes de que diera un paso hacia ella, el propio Sinclair desmintió las falacias que Mia trataba de verter sobre ella cuando, con paso airado y gesto de enfado, se dirigió hacia Cassandra ataviado solamente con su camisa.

—¿Cuántas veces te he dicho ya lo importante que es un kilt para un hombre de las Highlands, Cassandra? —reprendió Sinclair a su esposa, a la vez que le arrebataba su manto y se lo colocaba hábilmente sobre su cuerpo.

—Unas cuantas… —contestó ella, evitando su mirada de enfado. Y cuando Sinclair alzó su rostro hacia él con una mano, la mirada de su mujer pasó de evitarlo a desafiarlo como era habitual en ella siempre que la retaba—. ¡Pero eso era lo que te merecías por engañarme! Si no tienes tu manto, no podrás ponerlo allá donde te plazca para crear un improvisado lecho en el que tengas permitido seducirme de acuerdo con nuestro pacto, y así yo no caeré ante tu seducción.

—Siempre caerás ante mi seducción —susurró Sinclair en su oído, acercándose a ella.

—¿Por qué estás tan seguro de ti mismo? —preguntó Cassandra mientras lo empujaba levemente para ampliar la distancia entre ellos, una distancia que Sinclair no permitió que le impusiera y que

acortó asiendo su muñeca y acercándola a su cuerpo para susurrarle una respuesta a esa pregunta, una que ella aún no estaba preparada para oír.

—Porque te quiero, y aunque lo niegues, yo sé que tú también me amas.

Tras oír esa revelación, Cassandra miró a Sinclair con espanto, ya que enamorarse de ese hombre nunca había entrado en sus planes y tan solo complicaría enormemente su difícil situación.

—Tú no puedes amarme, Sinclair… —replicó ella, recibiendo como respuesta de su esposo una sonrisa—. Y yo no puedo permitirme enamorarme de ti —añadió, intentando apartarlo de ella con sus palabras.

No obstante, cuando ese hombre pasó por su lado antes de marcharse, le volvió a susurrar al oído una verdad que su corazón no podría negar durante más tiempo:

—Y, sin embargo, quieras admitirlo o no, me amas.

Y mientras el aguerrido escocés caminaba orgullosamente por sus tierras con su kilt, Cassandra supo que sus intentos por disimular sus sentimientos habían fracasado: estos estarían perpetuamente ahí, indicándole que, con independencia del tiempo, la distancia y las barreras de la guerra, Sinclair siempre había sido el muchacho al que ella le había entregado su corazón. Un corazón que todavía seguía sintiendo demasiado por ese escocés, a pesar de las veces que ella había intentado acallarlo.

* * *

Tras la confesión de Sinclair, Cassandra seguía negándose a decir en voz alta lo que sentía, aunque no podía evitar demostrárselo a ese hombre cada vez que caía la noche y se adentraba en su cama.

Había comenzado a entrenar a las mujeres con el arco, logrando que muchas otras más se unieran a sus clases. A pesar de que algunas personas todavía seguían mirándola reprobadoramente y murmurando a sus espaldas renegando sobre esa iniciativa que tildaban de descabellada e inapropiada, muy pronto los cuchicheos pasaron a convertirse en simples susurros cuando las mujeres más hábiles comenzaron a mostrar las piezas de caza que obtenían.

Para el asombro de todos, Beth, esa pequeña mujer de cabellos cobrizos y ojos verdes, resultó ser una gran arquera, aunque también una mujer con un gran corazón, ya que, después de presumir con una satisfecha sonrisa de las primeras piezas que había conseguido ante la airada mirada de Mia, entregó una de sus liebres a la anciana Ella, que había perdido a su marido y a sus hijos en la guerra y apenas podía sustentarse por sí misma.

Si Cassandra creía que únicamente los guerreros escoceses tenían permitido exhibir gritos de guerra durante sus batallas, esas mujeres la sacaron de su error al alzar sus voces después de su primera caza exitosa con un aguerrido grito de victoria que hizo que muchos hombres sonrieran reconociendo su lucha.

Tras mostrar con orgullo sus logros, las mujeres pasaron a vitorear a la persona que había hecho posible ese cambio, gracias al cual ninguna de ellas sería ignorada en su clan, e imitando el ejemplo de sus guerreros al tratar a su jefe tras una batalla victoriosa, llevaron a Cassandra en volandas hasta el río, adonde la arrojaron entre risas y bromas.

Cassandra las miró confundida y mojada, pero viendo que los rostros que la rodeaban no mostraban ningún tipo de ira hacia ella, sino alegría y felicidad, terminó sonriendo y mojando a su vez a alguna de las demás, lo que hizo que las risas de unas orgullosas mujeres inundaran el lugar.

Sinclair contempló desde lejos las osadas acciones de las mujeres de su clan con su esposa y sonrió complacido al comprobar que finalmente Cassandra estaba ganándose el corazón de las más duras y aguerridas.

—¿Les explicarás a las mujeres que ese rito que tus hombres hacen contigo no es para jugar ni para celebrar la victoria, sino un medio para calmar el hervor de tu sangre después de una batalla, sed de sangre que tus hombres apaciguaban entre los cálidos brazos de sus esposas y que tú no hacías por negarte a asentarte con alguna mujer? —inquirió Angus dirigiéndose a él—. Por eso siempre acababas con un baño de agua fría, algo innecesario para una dama de sangre inglesa como es tu mujer. Ella no es una guerrera de sangre caliente como tú.

—Es posible que discrepe en esa cuestión en concreto, Angus —declaró Sinclair mientras observaba a su aguerrida esposa y las batallas que poco a poco estaba ganando en esas tierras, a pesar de la reticencia de los que vivían en ellas. Y mientras la veía temblar aterida, una maliciosa sonrisa comenzó a formarse en su rostro esperando que el frío se le metiera bajo la piel y Cassandra lo buscara para entrar en calor.

—¿Cuándo piensas reunirte con los jefes de los otros clanes para hablarles sobre la posible llegada de ese molesto inglés que tiene la osadía de querer robarte?

—Creí que no te gustaba el premio que había reclamado de los ingleses, amigo mío. ¿Ahora te decides a ayudarme a conservarlo?

—Lo que no me gusta es ser tan viejo como para no poder perseguirlo yo también… ¡Si tuviera tan solo veinte años menos, te la robaba! —anunció Angus entre risas al tiempo que golpeaba la espalda del que una vez fue un chiquillo al que enseñó a manejar la espada—. Has elegido bien, Sinclair.

—Lo sé, Angus. Aunque proteger ese premio me va a proporcionar muchos quebraderos de cabeza, pues ya he recibido una misiva que me notifica formalmente que ahora no hay tan solo un inglés que quiere entrar en mis tierras por su causa, sino dos. El padre de Cassandra quiere verme para reclamarme por la forma en la que demandé mi premio y me advierte de que dependerá de mi explicación que pueda conservarlo o no. Y aunque estoy seguro de que lord Archibald no podría arrebatarme jamás a mi mujer, no tengo la misma confianza en que lord Wayne no lo lograse.

—Según me contaste, los ingleses declararon a Cassandra una mujer perdida antes de que tú la reclamaras, ¿acaso no es el proceder de los ingleses repudiar a sus hijas en esas circunstancias y no buscarlas para no dañar el nombre de la familia?

—Cualquier otro noble inglés no dudaría en actuar como dices, pero lord Wayne es más guerrero que noble y creo que busca medir si soy merecedor de su hija o no. Estoy seguro de que, en cuanto nos encontremos, se enfrentará a mí, y aunque yo pueda ganar esa batalla, es posible que tal victoria provoque que Cassandra no quiera quedarse a mi lado.

—Entonces tienes que convencer a tu mujer para que se quede a tu lado. Haz que ame estas tierras y, sobre todo, que te ame a ti.

—Cassandra ya ama estas tierras —respondió Sinclair, sonriendo ante la escena del río en la que su esposa compartía su alegría con otras mujeres del clan—. Pero todavía no se permite amarme a mí. Siente que debe proteger a muchas personas de su hogar y no se da cuenta de las dificultades que sufren quienes quieren protegerla a ella —declaró mientras contemplaba sus manos, que habían afrontado exitosamente decenas de batallas pero que ahora se mostraban inútiles para enfrentarse a la que más le importaba, cuyo premio era conseguir el corazón de una mujer.

—¿Cómo podría proteger una débil mujer a alguien? —preguntó Angus con curiosidad.

—Cassandra nunca tendrá la fuerza de un guerrero ni el poder de un lord inglés o del jefe de un clan escocés, Angus. A ella los hombres no la escucharán y las leyes no la defenderán, pero a pesar de todos esos inconvenientes, lo hace…, se vale de artimañas y de engaños y juega con las armas de las que dispone para poner a cada cual en su lugar. Y todas y cada una de sus acciones van encaminadas a proteger a otros en vez de a sí misma.

—Es una guerrera —sentenció Angus tras oír las palabras de Sinclair.

—Es mi guerrera —declaró él con una sonrisa de orgullo—. Y por eso mismo admiro su valor y, al mismo tiempo, lo temo. Lo admiro porque, al igual que yo, sé que hará todo lo que esté en su mano para proteger a aquellos que ella considere de los suyos, y lo temo porque pondrá en riesgo su vida para hacerlo. Por eso guardaré silencio sobre esa reunión y solo hablaré con ella cuando todo esté solucionado.

—Es muy peligroso guardarle secretos a una mujer como la tuya.

—Lo sé, pero es más peligroso decirle lo que sucede y que ella misma quiera enfrentarse a su antiguo prometido para salvarme a mí.

—¿Una mujer defendiendo a un highlander? Es ridículo.

—Y, sin embargo, lo creas o no, te diré que esa mujer salvó mi pellejo en más de una ocasión —anunció Sinclair, rememorando cómo Cassandra lo había salvado de la furia de Archibald cuando eran pequeños y él no podía contestar a las pullas de ese inglés, o cómo había hecho que las culpas de la pérdida de su virtud recayeran sobre ella, evitando así que los ingleses reclamaran su cabeza—. Ahora, si me perdonas, creo que mi esposa me busca para

entrar en calor. Un momento que pienso aprovechar antes de recibir su fría mirada cuando me marche de estas tierras sin decirle nada y ella no pueda seguirme para intentar protegerme de un enemigo al que tengo que enfrentarme yo —manifestó antes de ir en pos de su esposa, lo que hizo que Angus negara con la cabeza, sin saber cómo lograr que ese hombre entendiera que una guerrera como esa no abandonaba nunca sus batallas y que serían los que quedarían en esas tierras quienes tendrían que convencerla de no seguir a Sinclair.

—¡Maldición! Cuántos problemas puede traer a nuestra vida su relación con una inglesa… —murmuró el anciano mientras observaba desde lejos a esa pareja. Sin embargo, a su protesta la siguió una sonrisa al comprobar cómo Sinclair abría los brazos y Cassandra corría hacia ellos—. Bueno, resulta evidente que él nunca ha temido a nada, y mucho menos a un inglés —sentenció Angus al ver a ese guerrero enfrentarse a una batalla distinta de las que había hecho frente durante toda su vida en la guerra, aunque no todos estuvieron de acuerdo con sus palabras.

* * *

—¿Por qué viajamos de noche? —preguntó Murdock, aún confuso ante esa marcha que efectuaban a escondidas del resto del clan, como si esa reunión que se celebraba cada año con los jefes de los demás clanes fuera algo que en esa ocasión debieran ocultar.

—Porque Sinclair le tiene miedo a su esposa —contestó Duncan, provocando más de un gruñido de Sinclair que les hizo saber a todos que la respuesta de Duncan era correcta.

—¿Eh? Pero si solamente es una delicada mujer… —señaló Alistair, lo que hizo que los guerreros que lo rodeaban refutaran sus despreocupadas palabras.

—Pero se trata de una mujer que sabe utilizar muy bien el arco y tiene una magnífica puntería —recordó Murdock, y los demás asintieron con la cabeza dándole la razón, excepto Sinclair, que se limitó a gruñir de nuevo.

—Y que es de armas tomar cuando se enfada —añadió Duncan, a lo que todos volvieron a asentir.

—Pues se va a enfadar cuando descubra que su esposo se ha marchado sin despedirse de ella —dijo Alistair, comprendiendo que esa mujer no era tan simple como había supuesto… o, por lo menos, no lo era para el jefe de su clan.

—Bueno, no creo que Sinclair haya sido tan idiota como para no despedirse de su esposa antes de partir, provocando que lo espere en casa una mujer enfadada que durante su ausencia ostentará un poder que puede causarles muchos problemas al clan y a él —apuntó Murdock muy seguro, haciendo que sus compañeros clavaran sus miradas en Sinclair exigiendo una respuesta.

—Me despedí de mi esposa en el momento adecuado —declaró este—. Un momento en el que ella no podía discutir conmigo ni pretender seguirme en mi lucha, de modo que se pusiera en peligro innecesariamente.

—¡Ah! ¿Y cuál fue el momento que elegiste para comunicarle este viaje y no recibir ni una protesta de ella? —preguntó Duncan con curiosidad, dispuesto a tomar ejemplo de él.

—Cuando dormía —dijo Sinclair entre gruñidos de disgusto, lo que hizo que todos los hombres lo miraran boquiabiertos mientras llegaban a una única conclusión.

—Tienes razón, Duncan: definitivamente, Sinclair teme a su esposa —manifestó Murdock, que recibió un nuevo gruñido de ese hombre, que se adelantó a ellos para imponer un inclemente ritmo

en su carrera, buscando terminar con ese viaje lo más rápidamente posible.

—¿Qué creéis que pasará cuando Sinclair regrese a casa? —preguntó Duncan a sus compañeros, sin saber cómo ayudar al jefe de su clan en esa batalla. Y, recordando cómo era esa mujer, todos contestaron al unísono:

—Lo esperarán muchos problemas.

—Bueno, por lo menos Sinclair hizo algo bien al dejar a Irvin en casa. Sin duda, él sabrá manejar a esa mujer con sus encantos como hace con todas las demás y evitará que se meta en problemas —señaló Alistair, haciendo que todos dudaran.

—Pero la esposa de nuestro jefe no es como las demás mujeres —señaló Murdock.

—Es cierto. Hasta tiene una loba blanca que no permite que nadie se le acerque sin su aprobación —recordó Duncan.

—Y no lucha como las mujeres, sino como un guerrero. Y ya habéis visto que su genio puede igualarse al de Sinclair —añadió Murdock.

—Entonces, ¿creéis que Irvin podrá manejarla como a las demás? —inquirió Alistair, ante lo que sus compañeros desviaron la mirada sin contestar—. Por lo menos evitará que se meta en problemas, ¿no? —insistió, sin conseguir ninguna respuesta.

—Confiemos en nuestro aguerrido compañero y sus encantos y, sobre todo, en Sinclair, que lo ha elegido expresamente para esa tarea. Sin duda, él sabe lo que se hace… —manifestó Duncan antes de ser interrumpido por Sinclair.

—¡Démonos prisa! Quiero terminar con esto lo más rápidamente posible para volver a casa antes de que mi mujer comience una guerra.

—¿Con escoceses o con ingleses? —preguntó Murdock, interesado en averiguar hacia dónde se inclinaban los ideales de su señora.

—Conociendo a Cassandra, es perfectamente capaz de enfrentarse a ambos —contestó Sinclair antes de lanzarse al galope seguido de cerca por sus hombres, que, al igual que su jefe, susurraron una única palabra, sospechando lo que encontrarían a su regreso, aunque incapaces de imaginar hasta qué punto las declaraciones de Sinclair sobre su esposa podían llegar a convertirse en realidad: «¡Problemas!».

* * *

Irvin no fue consciente de la dificultad del cometido que le había encomendado Sinclair hasta que se enfrentó al primero de sus problemas.

—¿Dónde está Sinclair? —preguntó la mujer a la que debía proteger mientras le dirigía una mirada de enfado, ya que esa era una pregunta que había intentado evitar durante toda la mañana.

—No sé dónde se encontrará en estos instantes, pero, si quiere, podemos preguntar a los ancianos si lo han visto y…

—Irvin, llevas todo el día haciendo que pregunte por Sinclair a diferentes miembros del clan y todos me evitan. Excepto Mia, que simplemente sonríe con malicia cada vez que pasa por mi lado. Mi paciencia se está acabando, y no soy ninguna estúpida como para no darme cuenta de que Alistair, Murdock o Duncan tampoco se encuentran aquí. Eso me hace sospechar que Sinclair ha partido hacia alguna peligrosa batalla con varios de sus hombres de confianza dejándome atrás porque, posiblemente, esta tenga alguna relación conmigo. Tú sabes hacia dónde ha ido Sinclair, ¿verdad?

—Sí, no es nada preocupante, mi señora. Se trata tan solo de una reunión sin importancia que tiene lugar cada año entre todos los jefes de los diferentes clanes. En ella, el jefe de cada uno expone los conflictos que tienen con otros clanes e intentan hallar una solución amistosa y adecuada a ellos.

—¡Ah! ¿Y cuál es esa cuestión tan acuciante que Sinclair quiere exponer ante sus vecinos y que lo ha llevado a olvidarse de mí?

La mirada que Irvin le dirigió a Cassandra mientras mesaba nerviosamente sus cabellos le dejó claro a esta que el problema era ella.

—Sinclair no se despidió porque no quería que usted, mi señora, se empecinara en acompañarlo a esa reunión, metiéndolo en más de un problema con los jefes de otros clanes.

—No lo entiendo, ¿de qué manera podría hacer yo que Sinclair se metiera en problemas con los jefes de otros clanes? —preguntó Cassandra, lo que provocó que la irónica mirada de Irvin se clavara en ella, recordándole algún que otro contratiempo que había creado en la vida de su marido desde que había llegado a su hogar—. Bueno, es posible que Sinclair haya tenido que afrontar algún contratiempo mientras intentaba acomodarme en su clan y encontrar mi lugar, pero no es nada que no haya resuelto satisfactoriamente —se excusó, consiguiendo que Irvin diera un suspiro de resignación antes de iniciar una conveniente explicación que evitara que esa mujer corriera en pos de su señor, metiéndolo en muchas más dificultades de las que ya tenía.

—Señora, Sinclair pensó que dejándola en su hogar evitaría entrar en una disputa prematura en caso de que alguno de los jefes de otro clan intentara llamar su atención o, incluso, se atreviera a reclamarla para ellos.

—¿Y esa es la excusa que tiene Sinclair para justificar su repentina partida sin despedirse siquiera? Parece un buen motivo para no llevarme con él ni ofrecerme una debida explicación, salvo por el hecho de que sé que se trata de una conveniente mentira que me habría creído de no ser porque tengo una prueba evidente de que el problema que están discutiendo tiene que ver conmigo.

—¿En qué se basa para pensar eso, mi señora?

—En que tú, la mano derecha de mi esposo, el guerrero de su máxima confianza que siempre le cubre las espaldas, estás conmigo y no con él. Sinclair quiere protegerme, y no me gusta que pueda ser a costa de su propia vida.

Irvin quiso desmentir sus palabras, pero sabía que las reuniones de los clanes no siempre acababan bien. No era raro que algunos clanes se unieran para defender una postura común, aunque eso significara ir a la guerra. Sin embargo, para desgracia de Sinclair, pocos escoceses estarían de acuerdo con él en proteger a un inglés de los suyos, ni siquiera aunque se tratara de la esposa del jefe de un clan escocés.

Al no recibir una respuesta por su parte, Cassandra simplemente emitió un suspiro de resignación antes de preguntarle a ese hombre que siempre sería fiel a su jefe y a su clan:

—¿Sabes cuánto tardará Sinclair en volver a casa?

—No, no hay una duración establecida para esos encuentros. La reunión puede ser corta o prolongarse durante semanas. Todo depende del humor que tengan los jefes de cada clan y de la calidad del licor que se sirva en ella.

—Entonces creo que tendré que calmar mi enfado hasta que pueda dirigirlo contra la persona adecuada, y tú, como el fiel guerrero al que se le ha encomendado vigilarme y custodiarme, tendrás que acompañarme.

—¿Cómo calmará su enfado, mi señora? —preguntó Irvin, temiendo verse obligado a acompañar a esa dama a alguna aburrida labor femenina, olvidando por unos instantes lo inusual que era la mujer que Sinclair había elegido como esposa.

—¡Cazando! —contestó Cassandra animadamente mientras cogía su arco y su carcaj, lo que provocó que él comenzara a temer el encargo de su jefe—. ¡Vamos, Irvin, cambia esa expresión de tu cara! ¿En qué problemas podría meterme al intentar conseguir alguna buena pieza para la cena? —anunció la joven alegremente, haciendo que él la siguiera mientras dudaba de sus despreocupadas palabras al recordar las advertencias de Sinclair. No obstante, como a fin de cuentas se trataba de una simple mujer, Irvin creyó que podría manejar cualquier inconveniente.

* * *

—Irvin, te juro que no pensé que esto terminaría así —se excusó Cassandra mientras el hombre de Sinclair la miraba con reprobación. No obstante, ella no bajó el arco que tensaba entre sus manos y con el que apuntaba a un hombre de rudo aspecto, fieros ojos azules y rojos cabellos que permanecía con su mano alzada sobre una maltratada mujer, midiéndola con la mirada, creyéndola incapaz de disparar una flecha, por lo que Cassandra se sintió más que dispuesta a darle una nueva advertencia a ese bruto antes de demostrarle de lo que era capaz—. ¡Baja esa mano! Y, por tu bien, espero que no lo hagas sobre esa mujer si no quieres que la atraviese con mi flecha.

—¡No recibo órdenes de una simple mujer, y mucho menos de una inglesa que no debería pisar estas tierras! —gruñó el fiero guerrero, dando un intimidante paso hacia Cassandra.

Pero antes de que el caos se desatara, Irvin intervino para evitar el conflicto.

—Finn MacNeill, ten cuidado con el tono que usas con la esposa de Sinclair MacGregor si no quieres enfrentarte a la ira del Lobo Negro.

La mención del temido apodo de batalla del jefe de su clan hizo que ese sujeto retrocediera. No obstante, sus palabras continuaron siendo despóticas al hablar con una mujer que ese individuo no podía creer que fuera la esposa de Sinclair.

—A pesar de todas las mujeres escocesas apropiadas que hay en esta tierra, con cualquiera de las cuales ese hombre podría haber acordado un matrimonio conveniente, ¿Sinclair eligió a una inglesa? ¿Podrías explicarme semejante desatino, Irvin MacGregor? —declaró ese despreciable sujeto antes de escupir al suelo tras pronunciar la palabra «inglesa», mostrando su desprecio.

—La razón es muy sencilla: Sinclair me escogió porque poseo muchas cualidades que mi marido aprecia —intervino Cassandra.

—Sí, ya veo… —repuso Finn MacNeill, dirigiéndole una libidinosa mirada a la joven con la que recorrió su cuerpo de arriba abajo.

—No, no las ves, pero las verás si no te apartas de esa mujer y dejas que Irvin atienda sus heridas —manifestó Cassandra con un frío tono de advertencia que no admitía réplica alguna. Sin embargo, ese energúmeno hizo caso omiso, creyéndola inofensiva.

—Es mi mujer y puedo hacer con ella lo que quiera.

—Siguiendo esa lógica, estas son mis tierras y, por tanto, puedo hacer con los intrusos lo que quiera. Y tú eres un intruso —declaró Cassandra, que comenzaba ya a perder la paciencia.

—Son las tierras de Sinclair…

—Y, por ende, las mías también, ya que soy su esposa.

—Irvin, deberías decirle a Sinclair que tiene que aleccionar debidamente a su esposa y recordarle cuál es su lugar.

—No te preocupes, MacNeill, le comunicaré tus palabras, así como tu visita no anunciada a nuestras tierras. Pero te advierto que el jefe de mi clan tiene muy claro cuál es el lugar de su esposa aquí: a su lado, así que yo que tú no dudaría de las palabras de mi señora, ni tampoco de sus habilidades.

—Solo he irrumpido en vuestras tierras porque algo que me pertenece se encontraba en este lugar. Ahora que lo he encontrado, no pienso perder más tiempo aquí —declaró MacNeill a la vez que daba un paso hacia la golpeada mujer que permanecía temerosamente en el suelo, incapaz de mover su maltrecho cuerpo a causa de la paliza que había recibido.

Y antes de que llegara hasta ella, una flecha se hundió en el suelo muy cerca de sus pies, lo que hizo que MacNeill comenzara a tomarse más en serio el arco de esa mujer y la nueva flecha que lo apuntaba.

—Tú puedes marcharte. Ella se queda.

—¡Es mi mujer! Solo la estoy aleccionando para que no huya más del matrimonio de prueba que tenemos. Después de un año y un día podré decidir si me quedo con ella o la rechazo.

—Si ese matrimonio está a prueba, resulta más que evidente que estaba roto cuando ella huyó de ti. Así que déjala y márchate antes de que pierda la paciencia y suelte una nueva flecha que en esta ocasión no será una advertencia.

—¿En serio? ¿Qué daño puede hacerme una simple mujer que apenas es capaz de sujetar ese arco? Ese tiro ha sido pura suerte, y antes de que puedas hacerte con una nueva flecha y cargar tu arco, yo habré desenvainado mi espada y todo habrá acabado, así que,

como la débil mujer que eres, hazte a un lado mientras me llevo lo que me pertenece.

—Tienes razón, las manos de una débil mujer pueden cansarse muy rápidamente al sujetar el arco con la cuerda tensada, lo que podría provocar que este se me disparase inadvertidamente a la menor oportunidad, así que me veré obligada a dirigirlo hacia una parte de tu anatomía que tú valores mucho, con intención de que captes mi advertencia —declaró Cassandra con un irónico tono de voz antes de apuntar a la entrepierna de ese hombre, provocando que MacNeill se mantuviera en su lugar.

—¡Irvin, dile a esta mujer que deje de jugar conmigo y baje ese arco antes de que acabe con mi paciencia! —ordenó el guerrero con voz amenazante mientras tanteaba su arma, algo que hizo sudar a Irvin, sobre todo cuando vio cómo su señora lo miraba desafiante, dispuesta a no ceder en esa disputa.

—Yo no estoy jugando —declaró Cassandra antes de dar un fuerte silbido y hacer que una loba blanca irrumpiera en el lugar.

Y como si el animal supiera lo que su señora quería de ella, no tardó en interponerse entre ese hombre y la mujer herida, exhibiendo sus afilados y fieros dientes a MacNeill.

—¿Eso es una loba blanca? —preguntó el hombre, mostrándose inseguro al recordar las historias de lo implacable y mortífero que era el lobo negro que siempre acompañaba a Sinclair, por lo que no dudó de que también lo fuera ese fiero animal de pelaje blanco que permanecía alerta ante el menor de sus movimientos.

—Ya te dije que yo contaba con algunas cualidades únicas que Sinclair apreciaba. Espero que no me sigas provocando para que te muestre las demás… —declaró Cassandra mientras tensaba el arco un poco más a la vez que continuaba apuntando a la hombría de ese hombre, haciendo que este desistiera de llevarse a su mujer.

—Está bien, dejaré a Mairi en estas tierras hasta que Sinclair regrese y ponga orden en su casa haciendo entrar en razón a su loca esposa. De todas formas, yo sé que Mairi no terminará con nuestro matrimonio, ya que no tiene adónde ir. Si yo la rechazo, volverá con su familia, que también la rechazará y, finalmente, quedará totalmente desamparada.

—Entonces se quedará aquí, bajo la protección de los MacGregor.

—Ya…, ¿y qué hombre la querría después de haber sido repudiada públicamente? —declaró MacNeill orgulloso, sonriendo a Cassandra.

Pero su sonrisa no tardó en borrarse de su rostro cuando vio que la loba blanca permitía que Irvin se acercara a su esposa y que este conseguía tranquilizar a esa mujer con dulces palabras, logrando que dejara de temblar y aceptara ser acogida entre unos fuertes brazos que la apretaron contra su pecho, decidido a protegerla.

—No te preocupes por eso: hay muchos buenos hombres entre los MacGregor. Y si no encontrase a un escocés que la quiera, siempre puedo buscar a un inglés —declaró Cassandra, recordándole de ese modo que ella misma era inglesa, cuestión que hizo que ese tipo volviera a escupir en el suelo airadamente antes de marcharse del lugar con una advertencia.

—¡Volveré!

—Muy bien. Mi loba, mi arco y yo te estaremos esperando —replicó Cassandra, destensando y bajando su arma cuando ese hombre comenzó a marcharse de sus tierras—. ¿Lo ves, Irvin? No me he metido en ningún problema.

—Ya…, ¿y cómo definiría mi señora una posible guerra de nuestro clan contra los MacNeill a causa de este enfrentamiento?

—¡Ah! Esto no es más que un pequeño contratiempo —contestó Cassandra alegremente, recibiendo de parte de Irvin un gruñido de

desaprobación muy parecido a los que a menudo soltaba Sinclair cuando discutía con ella.

Sin embargo, las protestas de Irvin se interrumpieron en cuanto se percató de que la mujer que llevaba entre sus brazos se intranquilizaba, instante en el que volvió a emplear un dulce tono de voz y un aire protector que le hizo ver a Cassandra dónde se encontraba el hombre perfecto para Mairi.

—Solo espero que Sinclair no se entere de este pequeño contratiempo —musitó Cassandra para sí mientras regresaban junto al clan.

Más tarde, ante el asombro de todos, anunció que Mairi era la pieza que había conseguido en su partida de caza y, tras reclamarla como suya, la colocó bajo la protección de los MacGregor, un alocado desenlace del que nadie se quejó tras comprobar el lastimoso estado de esa mujer.

* * *

Mairi MacNeill, una mujer que había sido bastante hermosa hasta que su rostro había sido severamente maltratado, que había lucido con orgullo su castaña melena hasta que alguien le repitió incesantemente lo opacos y deslucidos que eran sus cabellos, en comparación con los de otras mujeres, y cuyos ojos marrones habían brillado llenos de esperanza hasta que alguien hizo desaparecer ese brillo, contemplaba con extrañeza a la joven que la había acogido.

Cassandra Sinclair era una mujer muy inusual. Mientras las esposas de los jefes de otros clanes habrían mirado para otro lado y no habrían tomado partido en las disputas de una pareja unida por el *handfasting*, a ella no le había importado interponerse y salvarla

de las palizas que recibía continuamente de un hombre al que su familia la había prometido tiempo atrás sin contar con su opinión.

Mairi había accedido a ese matrimonio de prueba pensando que era posible que acabara enamorándose de ese hombre durante el período de tiempo que debían permanecer juntos, así como que, si finalmente ese amor no llegaba, siempre podría separarse de él.

Al principio, Finn MacNeill había mostrado su mejor cara ante ella. Pero después de un tiempo comenzó a mostrarle la peor, y cuando Mairi deseó dar por finalizado ese enlace en el que ambos tenían la opción de decidir si seguir o no juntos, nadie la escuchó.

Sus padres hicieron oídos sordos a sus quejas, importándoles únicamente la posición que ocuparían en el clan si ella era la mujer del jefe. Y las quejas que ella le expuso a su marido solo sirvieron para que este la agrediera con más intensidad aún.

Al verse acorralada, lo único que se le ocurrió a Mairi fue huir de la tierra de los MacNeill hacia un lugar donde nadie la persiguiera. Hasta sus oídos habían llegado rumores poco halagadores de la mujer de Sinclair, una inglesa de la que muchas mujeres afirmaban que había embrujado a ese aguerrido guerrero hasta hacerlo caer bajo su yugo.

No eran muchos los que se atrevían a cruzar el territorio de los MacGregor, ya fuera por el temido hombre que los comandaba o a causa de la infame bruja que había tomado como esposa. Esos rumores hicieron correr a Mairi hacia esas tierras con la esperanza de que nadie la siguiera, o incluso de conocer a esa bruja para que esta le mostrara cómo hechizar a un hombre y hacer que este la olvidara, cosa que Mairi quería que hiciera su esposo para que dejara de perseguirla, tanto a ella como al supuesto amor que decía sentir por ella y que solamente le aportaba dolor y sufrimiento.

Sus planes no habían salido del todo bien y su marido la había seguido hasta las tierras de los MacGregor, atrapándola finalmente con intención de arrastrarla de nuevo hasta su hogar. Y mientras Mairi recibía otra dolorosa paliza con la que Finn pretendía aleccionarla para recordarle cuál era su sitio, alguien había detenido la mano que se alzaba violentamente contra ella.

Encogida en el suelo, la dolorida joven observó cómo una fiera mujer se enfrentaba a MacNeill sin miedo alguno, apuntándolo con su arco con gran valor y amenazándolo con una loba blanca. En ese momento supo que el jefe de los MacGregor había elegido como esposa a una guerrera y no a una bruja, como sugerían los maliciosos rumores.

Después de haber sido abandonada por todas las personas de su clan, incluidos sus propios padres, Mairi pensó que esa mujer la ignoraría en cuanto Finn MacNeill revelara que era su esposa, pero, para su asombro, la mujer de Sinclair la había reclamado a ella con descaro ante ese guerrero al tiempo que lo expulsaba de sus tierras.

Mairi creyó entonces que, a pesar de ser defendida por Cassandra, todos la rechazarían, ya que MacNeill estaba dispuesto a acometer una guerra con los MacGregor por su causa, pero esa mujer no permitió ninguna protesta mientras le concedía su protección y seguía protegiéndola a pesar del paso de los días.

En esos instantes era la misma Cassandra quien curaba sus heridas mientras la loba blanca permanecía tumbada vigilante no muy lejos de su cama y uno de los hombres de más confianza de Sinclair MacGregor la vigilaba con una mirada intensa que la hacía sonrojar.

Irvin MacGregor era un hombre maduro, de cabellos castaños y pícaros ojos azules, un conquistador encantador que solía manejar a las mujeres a su gusto, pero a ella le había demostrado que también

era un guerrero y un hombre de confianza cuando la había cargado entre sus fuertes brazos, donde Mairi se había sentido protegida.

Ahora que estaban en el territorio de los MacGregor, él no había vuelto a cederle sus protectores brazos, no obstante, no dejaba de vigilarla con intensidad. Pero Mairi sabía que su presencia en esa habitación solo era para comprobar que la esposa de Sinclair no se metía en más problemas. Problemas que la presencia de Mairi atraería hacia los MacGregor mientras ella permaneciera allí, una cuestión que el buen corazón de Cassandra no veía, pero que muchos de los que estaban a su alrededor tenían muy claros.

—Irvin, ¿de verdad crees que me meteré en algún aprieto mientras trato las heridas de Mairi? —protestó esa mujer ante la estrecha vigilancia de ese guerrero, que permanecía apoyado contra la puerta a la espera de que su señora finalizara su tarea, negándose en redondo a abandonar esa estancia.

—Se metió en un problema mientras iba a cazar, así que no me atrevo a perderla de vista ni un segundo, o quién sabe en qué otro contratiempo podría llegar a meterse —declaró él, decidido a no desistir de su cometido y a vigilarla más estrechamente.

—Si te niegas a salir de esta habitación, al menos date la vuelta para que pueda tratar todas las heridas de Mairi y no solo las de su rostro —lo reprendió Cassandra, consiguiendo que ese guerrero se diera la vuelta, pero no sin antes refunfuñar.

—Creo que lo mejor sería que me marchase dentro de unos pocos días, cuando mis heridas estén curadas y… —comentó Mairi, pero fue interrumpida por la áspera voz de un guerrero que no estaba de acuerdo con ella.

—Esas heridas no se curarán en unos pocos días.

—Irvin tiene razón, Mairi. Tu cuerpo necesita descanso para recuperarse, y tu corazón requiere de tranquilidad para sanar, algo

que no sucederá si te marchas de aquí.

—Pero si me quedo, meteré a todos en problemas —protestó la perdida muchacha, que no quería causar ningún inconveniente a la mujer que se había atrevido a defenderla cuando nadie más lo había hecho.

—Según he oído, ya se ha levantado alguna que otra protesta por la presencia de Mairi MacNeill entre nosotros, casi todas ellas provenientes de Mia, que ha comenzado una campaña para convencer a los demás de que lo mejor para nuestro clan es devolver a Mairi a su marido —manifestó Irvin con un frío tono de voz que hizo que la joven se sintiera traicionada a pesar de que no tuviera ningún tipo de relación con ese hombre, ya que él había sido el único con el que se había sentido protegida.

—¡Tonterías! Después de que yo la colocara bajo mi protección, Mairi ya no es una MacNeill, sino una MacGregor. Pero dime, Irvin, ¿acaso tú piensas como Mia? —preguntó Cassandra, logrando que volviera a aparecer el frío tono de ese hombre al emitir su opinión, una que en esta ocasión sorprendió a Mairi.

—Pienso que es posible que eso fuera lo mejor para el clan MacGregor, en efecto, pero no es lo mejor para Mairi. Y también pienso que, si Sinclair estuviera aquí, habría hecho lo mismo que hizo mi señora, así como que, si en aquel momento usted no hubiera apuntado a ese animal con su flecha, mi espada habría sido la encargada de poner fin a esa disputa más pronto que tarde.

—¿Crees entonces que Sinclair no me reprenderá a causa de mis imprudentes acciones?

—Sin duda la reprenderá largo y tendido por el peligro al que se expuso, pero no cambiará de opinión ante su decisión. Como tampoco yo lo haré. Mairi ahora es una MacGregor, y si su reclamación no bastara para brindarle la protección que necesita, yo

haré la mía —manifestó Irvin, sorprendiendo a ambas damas. Y, tras fijar sus ojos sobre Mairi, Irvin añadió antes de marcharse de la habitación—: Mi señora, no se olvide de curar las heridas de la espalda de Mairi. Creo que son las más profundas. También quiero recordarle que las marcas de heridas en el cuerpo de un guerrero son señales de valor, el cual no disminuye porque ese guerrero sea una mujer.

Cuando la puerta se cerró tras la salida de Irvin, Mairi miró a Cassandra sorprendida y un poco asustada ante la opinión de un hombre que le concedía un valor que ella no creía merecer.

—Yo no pude defenderme de MacNeill, nunca pude rebelarme contra él —dijo mientras miraba sus débiles y magulladas manos, que la convertían en una mujer indefensa—. Yo no soy una guerrera —añadió, enfrentando sus ojos con los de esa mujer que sí lo era, mientras esperaba unas palabras que la condenaran como la inútil que Finn MacNeill siempre decía que era.

—Dime una cosa, Mairi. A pesar de los fuertes golpes que has recibido, ¿te levantaste una y otra vez?

—Sí —contestó ella con esperanza.

—Entonces no te engañes: tú también eres una guerrera. Lo que pasa es que aún no has conseguido la fuerza que necesitas para ganar una batalla. Así que lo mejor será que te quedes aquí y encuentres esa fuerza que te hará salir victoriosa de tu lucha —dijo Cassandra mientras comenzaba a retirarse de la estancia para dejar descansar a Mairi.

Pero, antes de que se marchara, la joven retuvo a Cassandra con una mano y, siendo consciente de las pocas opciones que tenía para quedarse bajo la protección de los MacGregor, pidió no volver al mismo infierno del que pretendía escapar.

—No quiero que ningún hombre me reclame para poder quedarme en este lugar, esta vez quiero poder elegir.

—Nadie te obligará, pero ya te digo por propia experiencia que los MacGregor pueden llegar a ser muy convincentes, algo tramposos y sumamente zalameros, sobre todo si están decididos a conquistar a una mujer y, al parecer, Irvin MacGregor lo está.

—Según he oído, Irvin MacGregor persigue a todas las mujeres —comentó Mairi mientras soltaba la mano de Cassandra y apartaba su rostro, avergonzada al considerar que ese atractivo hombre pudiera interesarse en ella.

—Sí, es cierto. Pero desde tu llegada solo te persigue a ti. Fíjate: incluso usa la estúpida excusa de que está vigilándome con tal de tener una justificación para adentrarse en tu estancia —dijo Cassandra con una sonrisa, consiguiendo que Mairi fijara interesada sus ojos en ella.

—Aún no estoy preparada… —declaró la joven, negando con la cabeza ante esa posibilidad al no saber si después de todo lo ocurrido bajo las manos de un hombre sería capaz de llegar a amar a otro. Y, mientras Mairi dudaba de sí misma y de su fuerza, la mujer que estaba junto a ella no lo hizo.

—Lo estarás —afirmó Cassandra con una sonrisa, dándole sin saberlo las fuerzas que necesitaba para seguir adelante y enfrentarse con su misma determinación a los problemas que se cruzaran en su camino, estuviera o no preparada para ellos.

Capítulo 14

Cassandra supo que estaba metida en un buen problema cuando un grupo de mujeres lideradas por Mia se presentó frente a su puerta con quejas acerca de la permanencia de Mairi en ese lugar. No tardaron en seguirlas los ancianos, que no exigían su marcha pero sí preguntaban constantemente cuándo partiría, y las ancianas del clan, mostrando su descontento hacia una mujer que no cumplía con sus obligaciones de esposa.

Con tantas protestas, Cassandra se sintió sola sin el apoyo de Sinclair y todas las noches iba a relatar sus problemas y sus preocupaciones ante una puerta tras la que aún se escondía un hombre que en una ocasión le había recordado mucho a su padre.

—Creo que he hecho bien…, no, *sé* que he hecho bien al intervenir. Sin embargo, nadie lo ve. Tienen miedo de tener que enfrentarse a los MacNeill sin que Sinclair esté presente, y creen que yo carezco de la fuerza para enfrentarme a tan temidos guerreros. Pero, en ocasiones, la inteligencia vale más que la fuerza para enfrentarse al enemigo. O al menos eso es lo que mi padre me enseñó. Él utilizaba muchas tretas en sus combates: en cierta ocasión enseñó a sus hombres a utilizar la espada con ambas manos para que, cuando los rivales los hirieran en combate y se creyeran vencedores, se llevaran una desagradable sorpresa.

»En otra ocasión, uno de sus escuderos perdió una mano en combate y todos pensaron que sería su fin, pero mi padre habló con unos hombres de aspecto dudoso a los que cualquiera habría

catalogado de piratas y no tardó en traer una nueva arma para Terry que se acoplaba perfectamente en su muñón. Así, con una espada en una mano y un garfio en la otra, Terry se convirtió en su más temido lugarteniente en la batalla. Nunca se rindió.

»Yo tampoco pienso rendirme, a pesar de mis quejas, y defenderé lo que creo justo, aunque también protegeré a las personas de este clan. Y si ellos deciden expulsar a Mairi, yo me alejaré para protegerla como le he prometido que haría. No pienso fallarle a Sinclair después de que él haya dejado a su gente a mi cargo, pero tampoco pienso fallarme a mí misma —declaró Cassandra, dándose fuerzas para seguir adelante en esa dura batalla que era mostrarles su postura a los MacGregor—. Por cierto, como novia carente de dote, aún no he podido entregar un presente al clan de los MacGregor por mi enlace con Sinclair, pero quiero hacerle un regalo a ese guerrero al que mi padre una vez temió. He mandado fabricar una réplica de la rara arma que utilizaba el escudero de mi padre, aunque introduje alguna que otra modificación al diseño original. Hoy la han terminado y la dejaré aquí, frente a la puerta. Le ruego que, si encuentra a ese guerrero, se la haga llegar y le recuerde que aún lo necesitamos para que lidere el clan y se enfrente a muchas contiendas que no se limitan al campo de batalla.

Tras dejar su regalo frente a la puerta de Malcolm MacGregor, Cassandra no dudó en retirarse con una sonrisa cuando le pareció oír una fuerte voz que anunciaba cariñosamente detrás de esa puerta:

—El regalo que hemos recibido los MacGregor eres tú.

Luego, Cassandra simplemente se alejó para prepararse para el enfrentamiento que tendría a la mañana siguiente con los miembros de su clan, donde estaba más que decidida a dejar clara su postura. Y, mientras lo hacía, esperaba que los MacNeill no perdieran la

paciencia y se presentaran en sus tierras reclamando a Mairi, ya que Cassandra se encontraba más que dispuesta a cumplir su promesa, por la que ella defendería a esa mujer a toda costa para que Mairi pudiera decidir su propio destino, como a menudo intentaba hacer Cassandra, pese a los imprevistos que se cruzaban en su vida. Y, echando de menos uno de esos imprevistos que siempre cambiaban su rumbo, no pudo evitar suspirar su nombre.

—Sinclair, espero sinceramente que tu reunión no sea tan complicada como la mía y, sobre todo, que no estalle otra guerra entre clanes que no sé si podremos ganar…

* * *

—¡Guerra! —gritó Braden MacDonald ante la menor provocación por parte de los MacKenzie, haciendo que algunos jefes de clan, hartos de su rivalidad, se interesaran por otros temas más sugestivos para acabar con el aburrimiento que les provocaba esa reunión de clanes.

—Dime, Sinclair, ¿cómo es tu mujer? —preguntó entre trago y trago de whisky Aslan Campbell, atrayendo muchas miradas curiosas hacia Sinclair en esa reunión en la que él solamente quería llamar la atención sobre un tema concreto, que no era precisamente su mujer.

—Inglesa —contestó Sinclair secamente, tratando de hacer desistir a esos hombres de su interés por su esposa.

Pero sus retraídas palabras únicamente lograron avivar la curiosidad de esos guerreros, sobre todo cuando uno de ellos anunció:

—Mis hombres me han dicho que es tan hermosa que se quedaron embelesados con ella y no les importó demasiado si era inglesa o escocesa antes de pensar en arrebatártela. Pero tu mujer

los hizo desistir de ello —dijo Keir MacClane despreocupadamente. Ian, uno de sus hombres, que había tenido la suerte de cruzarse con esa mujer, asintió con la cabeza ante las palabras de su señor.

La respuesta de Sinclair fue un amenazante gruñido que provocó que se alzaran más preguntas sobre su esposa, tras lo que Ian se encogió al recibir la furiosa mirada de Sinclair.

—¿Cómo hizo desistir esa mujer a tus hombres, Keir? —preguntó Braden MacDonald, sabiendo que lo más normal habría sido que hubiera sido el propio Sinclair quien hubiera hecho huir a los MacClane, y no una simple mujer.

—Su loba los amenazó.

—Dirás lobo… —corrigió Finlay MacKenzie, recordando al temido compañero de Sinclair en sus batallas.

—No, loba. Por lo visto, la mujer de Sinclair tiene una loba blanca que la acompaña y que es bastante fiera, igual que su esposo aquí presente cuenta con Sombra, su lobo negro —respondió Keir, con lo que consiguió que todos los hombres de la reunión se acercaran a él para obtener más información sobre esa extraña mujer.

—Haces bien en recordar a mi lobo, MacClane, pero deberías recordar también cómo reaccionamos tanto él como yo cuando algo me molesta —advirtió Sinclair, clavando su furiosa mirada en ese hombre que tan solo quería provocarlo—. Y a los demás, os recuerdo que nos hemos reunido para hablar de los problemas y disputas entre los clanes, no de mi esposa —anunció tajantemente, logrando al fin que esos hombres dejaran de lado el tema de su mujer y se centraran en los problemas que cada uno había ido a exponer en esa reunión. Para desgracia de Sinclair, el jefe de los MacNeill, que llegaba tarde, no tardó en irrumpir en la estancia con sus reclamaciones, haciendo que todos volvieran a fijar su interés en

la guerrera inglesa que osaba desafiar al jefe de más de un clan escocés sin temer las consecuencias.

—¡Sinclair, tu esposa me ha robado a mi novia y exijo que me la devuelvas! —gritó airadamente Finn MacNeill.

El aludido, tras dar un suspiro de resignación, comenzó a acariciarse las sienes antes de dirigirse a él:

—Explícate.

—¡Tu esposa me apuntó con un arco y se entrometió cuando estaba aleccionando a la mía! Y aunque no temía el arma que sostenía esa mujer, sí me preocupaba la salvaje loba que la acompañaba y con la que no dudó en amenazarme. ¡Incluso se atrevió a reclamar a mi esposa como suya!

—¿Mi mujer estaba en tus tierras?

—No, pero Mairi, mi esposa, sí se encontraba en las tuyas, y yo tuve que perseguirla para darle una lección después de que huyera de sus deberes. ¿Se puede saber por qué demonios no le enseñaste a la tuya cómo debe comportarse y, sobre todo, cuál es su lugar como esposa del jefe de un clan?

—Cassandra sabe cuál es su lugar. No obstante, cuando vuelva a casa se lo recordaré… —comenzó a responder Sinclair con un frío tono de voz que sacó una sonrisa a Finn MacNeill. Pero esta desapareció de su rostro en cuanto Sinclair continuó hablando—: Su lugar es estar a mi lado como mi igual. En cuanto a lo que le enseño a mi mujer, te diré que eso incluye desde cómo manejar hábilmente un arco hasta cómo esgrimir correctamente una espada. En la siguiente ocasión que Cassandra te apunte con una de sus flechas harías bien en temer por tu vida, ya que ella nunca falla.

—¿Y qué vas a hacer para resolver esta afrenta que tu mujer me ha infligido, Sinclair? ¿De verdad te atreverás a interponerte en el *handfasting* que hemos celebrado Mairi y yo?

—¿Qué te dijo mi mujer antes de reclamar a tu esposa?

—Que mi matrimonio de prueba estaba roto y que ella se quedaba con Mairi.

—Si tu mujer había huido de ti en dirección a mis tierras, es evidente que tiene razón y respetaré los deseos de mi esposa. Mairi está ahora bajo mi protección y es una MacGregor, no una MacNeill.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡Nunca pensé que un hombre como tú se dejaría manipular por una mujer de esa manera, y mucho menos por una inglesa! —exclamó Finn enfadado, justo antes de escupir al suelo con desprecio—. Sin embargo, debo reconocer que había oído rumores que afirmaban que esa inglesa te tenía hechizado, por lo que no dudé en preparar a mis hombres para una respuesta adecuada ante ese insulto antes de venir a esta reunión por si acaso actuabas como lo has hecho —declaró con una sonrisa maliciosa, intentando poner nervioso a Sinclair.

Pero, para su asombro, el jefe de los MacGregor se limitó a contestar alzando irónicamente una ceja antes de preguntar con despreocupación.

—¿Quién está al mando de tus hombres?

—Munroe, mi hermano —anunció Finn con orgullo al tiempo que se golpeaba el pecho.

—¡Ah! Entonces tu hermano no tardará demasiado en volver a casa… —repuso Sinclair, consiguiendo una sonrisa victoriosa de Finn —, pero sin tu esposa —añadió, haciendo desaparecer del rostro de su rival cualquier rastro de triunfo.

—¿De verdad crees que tu mujer podrá enfrentarse como una igual a mis guerreros?

—No, como una igual, no. Será muy superior a ellos y tus guerreros no se darán cuenta hasta que caigan derrotados.

—¡Ja! ¿En qué te basas para afirmar tan tremenda estupidez?

—Me baso en mi propia experiencia, Finn. Cuando acudí a salvar a Cassandra de un lord inglés, su antiguo prometido, fui yo quien acabó siendo salvado por ella. Y, ante mi asombro y el de mis guerreros, mi esposa recuperó ella solita sus tierras intactas de ese lord, sin desperdiciar una sola vida, ni siquiera la de los escoceses que lord Archibald Birmington tenía cautivos. Ella es una guerrera a la que no solo hay que temer por las armas que blande, sino por las que esconde astutamente de todos. Y ella es mi mujer —declaró Sinclair, dirigiendo una advertencia con su fría mirada a todos los curiosos que habían comenzado a ambicionar a su esposa después de oír cómo era.

Sin embargo, Cassandra era un premio que Sinclair no entregaría a nadie, ya que solamente él había sabido adivinar el valor de esa mujer desde la primera vez que posó sus ojos en ella, y su aguerrido corazón la reconoció como su compañera.

* * *

Sentada en la gran silla del salón de ese castillo, desde donde el jefe del clan tomaba las importantes decisiones destinadas a dirigir esas tierras, Cassandra recibía esa mañana a sus problemas sin amilanarse en absoluto ante las hostiles miradas que le lanzaban ellos.

Por un lado estaban los sabios ancianos del consejo, que miraban a Mairi con lástima pero también con temor. Por otro se encontraban las miradas de las mujeres azuzadas por Mia, que tan solo querían deshacerse de la joven para evitar que apareciera una nueva rival que compitiera por Irvin, un escocés encantador al que muchas perseguían. También estaban las ancianas, que contemplaban a Mairi con pena pero, a la vez, con un gesto desaprobador porque

hubiera sido ella quien hubiera roto los votos sagrados que había pronunciado al separarse de su marido antes de tiempo, quebrando así la tradición. Y luego estaban los guerreros, que permanecían alertas ante el desarrollo de los acontecimientos.

Mairi se hallaba en la sala junto a ella. Cassandra le había pedido que no ocultara sus heridas y magulladuras; al contrario, que las exhibiera pública y abiertamente para que aquellos que quisieran echarla pudieran observar en su rostro las razones de su fuga. Por supuesto, Irvin permanecía detrás de ella, fulminando a todos con su fiera mirada sin mostrar en esos instantes la sonrisa encantadora que lo caracterizaba y evidenciando su apoyo a Mairi.

Cassandra tenía un plan. Una alocada idea que le serviría para ganar tiempo hasta que Sinclair regresara, aunque este la metería en algún que otro problema. No obstante, las personas que la rodeaban no confiaban del todo en ella y solamente querían librarse lo más pronto posible del problema que llamaba a sus puertas, sin preguntarse por lo que haría Sinclair de haberse encontrado en ese lugar.

—Señora, los MacNeill vienen de camino. Creemos que es hora de que tome una decisión —declaró Angus con seriedad, empujado por las voces del resto de los ancianos, que temían enfrentarse a tan temible clan sin contar con la espada de su señor. Y aunque él no estuviera de acuerdo con abandonar a Mairi en manos de esos hombres crueles y salvajes, esa era la mejor decisión para mantener la paz y proteger a los suyos.

—¡Ese tramposo de Finn MacNeill me dijo que volvería cuando estuviera Sinclair!

—Los MacNeill siempre han sido unos mentirosos. No obstante, no es Finn MacNeill quien se acerca con sus hombres, sino su hermano,

Munroe MacNeill —explicó Angus, que había recibido esa información de uno de sus guerreros.

—Ya veo. ¿Y qué creéis que lo trae por estas tierras?

—Es obvio que viene a por la mujer que ocultas y que les pertenece, una que no cumple con su deber de esposa y que solo sabe huir de su marido —intervino Mia cruelmente, señalando a la mujer a la que quería culpar de todos sus males.

Mairi pensó en agachar la cabeza como tantas veces había hecho al oír palabras similares de los miembros de su clan, pero una fuerte mano que el guerrero que se encontraba detrás de ella posó en su hombro en señal de apoyo y el recuerdo de las palabras de Cassandra la hicieron levantar su rostro y enfrentarse a esa mujer.

—Mia, tan compasiva como siempre… Espero sinceramente que, si alguna vez te encuentras en una situación parecida a la de Mairi, recibas la misma misericordia que ofreces —manifestó Cassandra irónicamente, lo que hizo que Mia apretara los dientes y guardara silencio mientras muchas mujeres comenzaban a dudar de su postura.

—Es evidente que yo nunca seré como Mairi —replicó mientras alzaba orgullosamente la cabeza, intentando recuperar la confianza de las mujeres que la rodeaban y que comenzaban a dudar si lo mejor sería abandonar a Mairi a su suerte cuando ellas mismas podrían encontrarse en una situación parecida en el futuro.

—No lo dudo, ya que si lo fueras seguramente tendrías a tu lado a un leal y fiel guerrero como Irvin —contestó Cassandra con una maliciosa sonrisa, sabiendo perfectamente cuáles serían las palabras que más daño le harían a esa presumida mujer.

—Señora, aunque pretendamos ignorarlos, los problemas llaman a nuestra puerta, y los MacNeill no tardarán en llegar aquí con sus reclamaciones —apuntó Angus, tratando de alejar esa discusión de

una simple disputa entre mujeres para centrar a todos los presentes en la posible guerra entre clanes que podía desatarse a causa del menor desacuerdo entre estos.

—Está bien, Angus, tienes razón. ¿Qué crees que me reclamarán?

—A Mairi MacNeill, evidentemente.

—Sí, es verdad. La cuestión es que esa mujer ya no existe, pues ahora es Mairi MacGregor.

—¡Señora, conceder la protección del clan a esa mujer conllevaría meternos a todos en un sinfín de problemas y, casi con toda certeza, en una guerra entre clanes!

—Creía que los MacGregor eran guerreros que protegían a los suyos, ¿es posible que haya errado en mis apreciaciones, Angus?

—¿Qué puede saber una joven dama inglesa de proteger a sus hombres en medio de una batalla? —replicó Angus mientras apretaba con fuerza sus viejas manos, ofendido con las palabras de Cassandra.

—Nunca se me permitió ir al campo de batalla, nunca vi la crueldad de una guerra, pero eso no significa que no haya protegido a mi gente con las pocas armas que, como mujer, tenía a mi disposición. La crueldad y la ambición de un hombre no se limitan al campo de batalla, Angus, y yo he tenido que proteger a muchos de mis vasallos y mis siervos de las crueles manos de un avaricioso lord inglés.

»Yo también quería proteger a este clan que Sinclair puso en mis manos mientras él no estuviera, pero está visto que nadie confía en mí lo suficiente como para ganar esta batalla. En cierta ocasión, un hombre me enseñó que un guerrero nunca rompe su promesa, y yo he prometido a Mairi que la protegería, así que, antes de que lleguen los MacNeill, me marcharé de estas tierras —dijo Cassandra levantándose de la silla, lo que hizo que Angus agachara la cabeza al

recordar las palabras que un día él mismo le había enseñado al joven Sinclair y que, sin duda, este le había transmitido a una mujer a la que consideraba una guerrera.

La disputa entre los miembros del clan no tardó en alzarse, dividiendo a los presentes en dos grupos: aquellos que no querían que Cassandra se marchara frente a quienes la querían lejos de su hogar.

—¿Y adónde irá mi señora? —preguntó uno de los guerreros del clan, provocando que Cassandra mostrara una maliciosa sonrisa mientras contestaba.

—A un lugar donde los guerreros no teman a los MacNeill —dijo. Y cuando todos los ojos estaban fijos en ella, anunció—: A Inglaterra.

Las protestas de los hombres a los que las palabras de Cassandra habían herido en su orgullo no tardaron en extenderse por toda la sala. Ella las ignoró mientras se alejaba hacia la puerta y Mairi no dudó en seguirla, aunque se vio retenida por la firme mano de un hombre que se negaba a dejarla con un inglés.

Ante el asombro de todos, antes de que Cassandra llegara a la puerta, esta se abrió y un guerrero al que no habían visto en mucho tiempo se adentró en la estancia haciendo que todos guardaran silencio, posponiendo con su presencia la partida de esa mujer.

—Después de todo lo que ha hecho mi hijo para conseguirte como esposa, ¿pretendes romper tu promesa? —reprendió suavemente Malcolm a Cassandra con una sonrisa en el rostro que hacía mucho tiempo que nadie del clan MacGregor veía.

—No pensaba romper las promesas que le he hecho ni a él ni a Mairi, pero tengo que protegerlos de alguna manera —respondió Cassandra, sabiendo que si los MacGregor no la dejaban dirigir esa batalla, lo mejor sería dejarlos atrás para que los MacNeill la persiguieran a ella.

—Siempre te arriesgas demasiado, chiquilla —opinó Malcolm, alzando hacia sí el rostro de esa mujer que, como el mejor de los guerreros, intentaba ocultar su miedo ante la inminente batalla—. Por eso traes de cabeza a mi hijo, y por eso me has hecho volver a ponerme en pie. No quiero que Sinclair te pierda, así que aquí estoy: preparado para lo que tenga que venir —declaró Malcolm al tiempo que le mostraba la mortal y ligera cuchilla que tenía acoplada al muñón de su brazo.

Luego, con paso decidido, se encaminó hacia su antiguo lugar y tomó asiento en la misma silla en la que una vez escuchó y resolvió los problemas de su clan.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó dispuesto a escuchar la historia desde el principio, a pesar de conocerla ya por los relatos de Cassandra.

Después de que todos expusieran sus quejas, cuando las protestas se fueron apagando y ya nadie tuvo ninguna nueva queja que presentar, Malcolm se puso en pie y anunció ante todos, recordándoles una promesa de la que siempre se enorgullecerían:

—Ella es Mairi MacGregor, y los MacGregor defienden a los suyos.

Los gritos de los guerreros animados por ver en pie a su antiguo jefe sofocaron las voces de las protestas, y en esta ocasión fueron los fieros guerreros los que hablaron.

—Entonces, ¿cómo vamos a responder ante la visita de los MacNeill? —preguntaron algunos hombres, emocionados y deseosos de volver a luchar junto a un guerrero como Malcolm.

Por toda respuesta, este se apartó de su silla y sentó en ella a Cassandra, cediéndole su lugar en el clan y en esa lucha cuya estrategia, sin duda, esa astuta chica había planeado.

—Dime, Cassandra, ¿cómo recibiremos a esos hombres para ganar esta batalla? —preguntó Malcolm al tiempo que colocaba la mano

que le quedaba sobre uno de los hombros de esa mujer, brindándole su apoyo.

—Les abriremos nuestras puertas, les ofreceremos una muestra de nuestra gran hospitalidad convidándolos a las mejores de nuestras bebidas y los agasajaremos hasta hacerles bajar la guardia. Luego asestaremos un fuerte golpe a su orgullo. ¿Quién está dispuesto a luchar junto a mí? —preguntó Cassandra, recibiendo como respuesta el entusiasta y unánime grito de todos los guerreros presentes. Cuando estos se apagaron, continuó exponiendo su plan y causando una gran sorpresa en cuanto señaló—: Pero en esta ocasión, para que nuestra batalla salga como he planeado, necesitaré la ayuda de las mujeres.

Sus palabras provocaron que los guerreros la contemplaran con extrañeza mientras las mujeres que la seguían en sus clases de tiro con arco, y que ya conocían las tretas de las que era capaz, proferían un grito que igualaba al de los guerreros, muy dispuestas a ocupar su lugar.

—Muy bien. Pues empecemos con los preparativos para este encuentro que ganaremos más con el ingenio que con la fuerza y donde nada será lo que parece. Una batalla de la que, sin duda, saldremos victoriosos aprovechándonos de la ignorancia del enemigo.

* * *

Munroe MacNeill estaba preparado para desatar una guerra contra el clan MacGregor.

Su hermano le había contado su encuentro con la mujer de Sinclair MacGregor y lo había hecho partícipe del insultante gesto que esa arpía inglesa se había atrevido a tener con él al alzar su

arco contra su persona y después reclamar a Mairi MacNeill para concederle su protección.

Y mientras su hermano Finn, como jefe de los MacNeill, se dirigía hacia la reunión de jefes de clan que se celebraba cada año, a él se le había encomendado la misión de recuperar a Mairi.

Sin duda, su hermano querría ver con sus propios ojos cuán nervioso se mostraría el orgulloso Sinclair al saber que, mientras él asistía a esa importante reunión con sus hombres, su mujer se enfrentaba a los MacNeill con los pocos guerreros que él había dejado en su hogar.

Una mujer nunca podría saber cómo evitar una guerra, sobre todo contra un hombre que había acudido decidido a luchar, así que Munroe se dedicaría a buscar una excusa para comenzar una disputa entre sus clanes y, por lo que le había comentado su hermano, hallar una provocación por parte de esa inglesa sería algo fácil.

Para que no los acusaran a ellos de buscar esa guerra, él había llevado consigo solamente a diez de sus mejores guerreros y a un clérigo que era fácilmente sobornable con alcohol para que le recordara a Mairi cuáles eran sus deberes hacia su esposo y hacia su clan.

Después de que su hermano le comentara cómo era esa mujer, Munroe había esperado encontrarse con una fiera arpía que intentaría evitar que atravesaran sus tierras o entraran en su hogar, cuando todos sabían que su intención era reclamar a Mairi. Pero, para el asombro de Munroe, las puertas de los MacGregor se abrieron ante ellos y sus hombres fueron recibidos amablemente por las mujeres del clan MacGregor, que no tardaron en llevarlos jovialmente frente a su señora.

Sin darle tiempo a realizar la grosera petición que condujera irremediablemente a una disputa, una hermosa mujer de rubios

cabellos y hermosos ojos azules los recibió con una inocente sonrisa que hizo que Munroe deseara robarla y olvidar por unos instantes que no era ella la mujer que quería reclamar de esas tierras.

Munroe tardó un tiempo en recuperarse del encanto de esa belleza que lo dejó sin habla y, cuando lo hizo, su provocación no fue tal y como esperaba.

—Soy Munroe MacNeill…

—¡Bienvenido sea a mi hogar! Imagino que está usted aquí como representante de su hermano y ha venido a escoltar a Mairi de nuevo a su casa, junto a su querido esposo. Un largo camino que, sin duda, se merece un buen licor para aplacar la sed como compensación ante tantas molestias —manifestó la señora del castillo mientras el resto de las mujeres repartían entre ellos un whisky añejo al que ni él ni sus hombres pudieron resistirse.

—Mi hermano está muy enfadado con usted y con su reticencia a devolverle a su esposa —dijo Munroe, intentando comenzar la disputa que tenía prevista mientras una de las mujeres MacGregor volvía a llenar su copa vacía.

—¡Oh! Entre su hermano y yo ha surgido un simple malentendido, sin ninguna duda. Yo solamente pretendía que su esposa se recuperara de sus heridas, y puesto que yo también me he unido a Sinclair por medio de un *handfasting*, nunca me atrevería a entrometerme en el de otros. Son las parejas que participan de esa solemne unión quienes deciden cuándo se termina ese compromiso, en el que, después de ese tiempo de prueba, quedan unidas por toda la eternidad —manifestó Cassandra entre soñadores suspiros, haciendo que los MacNeill pusieran los ojos en blanco ante semejante estupidez, llegando a la conclusión de que habían sido los guerreros de Sinclair los que habían defendido a Mairi, y no esa ilusa mujer, como había dicho Finn MacNeill.

—Entonces estará de acuerdo en que lo mejor para todos es que Mairi vuelva a casa conmigo.

—Como acabo de comentarle, señor MacNeill, yo no me atrevo a entrometerme en las decisiones de esa pareja, pero si no estoy equivocada, creo que es la propia Mairi quien debería darle esa respuesta. ¿Qué opina usted, que es un hombre de Dios? ¿Debemos meternos en medio de esa pareja y de la promesa que hicieron antes de unirlos en una ceremonia de la que Dios será testigo? —preguntó Cassandra al clérigo que acompañaba a Munroe, quien, tras haber consumido más de una copa, se limitó a recitar su aprendido discurso, ayudara o no a la causa de los MacNeill.

—¡Quiero ver a Mairi en este mismo instante! —exigió Munroe, no tan exaltado como pretendía, ya que nadie le estaba negando que pudiera llevarse consigo a esa mujer.

—Y yo no dudo de que Mairi quiere ver a los miembros de su clan, pero como se encuentra malherida, aún tardará un poco en prepararse para acudir a su llamada y ofrecerle una debida respuesta a su petición, querido Munroe. Así que, mientras esperamos, ¿qué le parece disfrutar de una opípara comida acompañada de la mejor bebida que les podemos ofrecer como anfitriones a usted y a sus hombres? Mi madre siempre me inculcó que debo agasajar a mis invitados con lo mejor que mi casa pueda ofrecer, y aunque esa era una costumbre inglesa, creo que es adecuado que la siga también en esta tierra —dijo Cassandra antes de ordenar a las mujeres que comenzaran a servir a esos sedientos hombres, lo que hizo que Munroe aceptara su invitación sin demasiadas protestas mientras pensaba que las quejas de su hermano contra esa inglesa habían sido una exageración. Esa ingenua dama inglesa confiaba demasiado en los hombres.

* * *

—El hombre es el animal más peligroso y complicado de la Creación, pero también puede ser el más sencillo de manipular si descubres su debilidad. O eso, al menos, era lo que me enseñaba mi madre mientras manejaba hábilmente a más de un lord inglés que pretendía provocar a mi padre. Ella siempre decía que había que desplegar muy buenos modales ante los aliados… —dijo Cassandra mientras brindaba desde su lado de la extensa mesa hacia los escoceses sin educación que abusaban del whisky y de la comida sin ver más allá de sus narices, creyéndola ingenua y estúpida, bien por ser mujer, o bien por ser inglesa.

—¿Y con los enemigos? —preguntó Beth, extrañada ante las tretas de su señora.

—Los mejores, para que no pudieran protestar ante ellos y se confiaran, creyéndose vencedores antes siquiera de haber luchado.

—No entiendo cómo podemos ganar a unos guerreros sirviéndoles una simple comida aderezada con unas extrañas hierbas —protestó Beth, examinando con desconfianza el plan de su señora, hasta que, de un momento a otro, para el asombro de todos, los MacNeill comenzaron a desplomarse sobre la mesa.

—¡Dios mío, los ha envenenado! ¡Sabía que esta mujer era el mismísimo diablo que solo nos traerá la guerra y…! —comenzó a gritar Mia, aprovechando la menor oportunidad para injuriar a Cassandra, hasta que sus fervorosas palabras fueron interrumpidas por los ronquidos de los MacNeill.

—No los he envenenado, solo los he aturdido. Resulta que mi madre también me enseñó cómo hay algunas hierbas que pueden potenciar el efecto del alcohol —anunció Cassandra mientras quitaba una ramita de aderezo de una de las comidas de los MacNeill y se la

mostraba a esa escandalosa mujer—. Muy bien. Ahora echemos a estos hombres de las tierras de los MacGregor y, por supuesto, cobrémonos una compensación apropiada por tan molesta y grosera visita, por la que pretendían reclamar lo que no les pertenece —ordenó Cassandra, haciendo que los aguerridos MacGregor que hasta ese momento se habían mantenido apartados siguiendo las instrucciones de Cassandra para, según ella, no dar la oportunidad a los MacNeill de comenzar ninguna disputa bajo el pretexto de que habían sido provocados, acudieran al salón para contemplar con asombro a los vencidos soldados que habían caído bajo las tretas de una mujer.

—Sin duda, este es el resultado de que nuestra señora sea inglesa —apuntó uno de los guerreros mientras cargaba con uno de los MacNeill con una complacida sonrisa.

—Pues yo creo que se debe a que es una guerrera —declaró otro de los MacGregor mientras lo ayudaba con su carga.

—¡Dejaos de tonterías! —interrumpió un tercero—. Es porque se trata de la mujer de Sinclair y él la ha contagiado del irónico humor que nuestro jefe suele desplegar en el campo de batalla.

—Nada de eso: esto solamente es lo que puede ocurrirle a cualquier idiota que me provoca —manifestó Cassandra, fulminando a esos tres guerreros con la mirada.

—Mi señora, díganos, ¿con qué pertenencia de estos guerreros MacNeill debemos quedarnos como compensación por su provocación y su presencia en nuestras tierras? —preguntó uno de los aguerridos hombres MacGregor, pensando en hacerse con alguna bolsa bien repleta o quizá con una buena montura.

—Con todo —ordenó Cassandra tajante, haciendo que más de un guerrero asintiera con la cabeza mostrando su acuerdo con que esos hombres volvieran a sus hogares caminando, hasta que ella les

explicó con más detalle qué significaban exactamente sus palabras —. Cuando digo «todo», me refiero a todo: quiero sus ropas, sus armas, sus monturas, sus bolsas… ¡Todo! Que aprendan que, si intentan robarles algo a los MacGregor, pueden perderlo todo porque, lo quieran reconocer o no, Mairi ahora es una MacGregor.

—¡Es despiadada! —apuntó uno de los guerreros, más como halago que como un insulto a su señora.

—¡Es implacable! —elogió otro, de acuerdo con el anterior.

—Es la mujer que eligió Sinclair, ¿qué esperabais? —señaló Angus, haciendo que todos asintieran con la cabeza mientras arrastraban a los MacNeill hacia el exterior del castillo y fuera de la fortaleza que protegía a su clan, haciéndoles saber que sus encerronas no servían de nada con esa dama, que podía llegar a ser más feroz que cualquier escocés.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, las puertas de la fortaleza de los MacGregor permanecían cerradas, mientras en el exterior unos guerreros desnudos y furiosos exhibían su descontento hacia los modales de los MacGregor y amenazaban con rabia sobre el inicio de una guerra que, indudablemente, en esos momentos no podrían sostener al carecer de armas.

Pero el escándalo exterior no era el único que resonaba en el castillo, ya que un clérigo armado con decenas de protestas perseguía a Cassandra allá donde fuera.

—¡Dijo que respetaría la unión de Finn y Mairi MacNeill! —declaró acusadoramente el clérigo, señalando a Cassandra como si fuera el mismísimo diablo.

—Y lo he hecho: no he respondido por Mairi a esos hombres, solo los saqué de mi castillo cuando se quedaron groseramente dormidos a mi mesa. Y como no tenía un lugar adecuado que ofrecerles, pensé que lo mejor sería que durmieran su borrachera en el exterior para que no ocasionaran ningún problema a causa de su ebriedad que pudiera conducirnos a una guerra… ¿Quién podía imaginar que esta se desataría de todos modos a pesar de mis esfuerzos? —replicó Cassandra, intentando parecer ante ese clérigo la dama inocente e ingenua que lo había recibido.

—¡Los drogó! ¡Me drogó!

—¿Cómo se atreve a acusarme de algo así? ¡Nunca osaría cometer tal infamia! Tan solo ordené que se usaran unos aderezos para la

comida que mi madre siempre empleó en nuestra casa. Ahora bien, no es culpa mía que los hombres de las Highlands no estén acostumbrados a ellos y que no sepan que ese tipo de alimentos no deben mezclarse con el alcohol.

—¡Le exijo que me deje ver a Mairi MacNeill y hablar con ella para recordarle cuál es su lugar!

—Por supuesto que iremos a ver a Mairi. De hecho, si no estoy equivocada, en estos instantes se está preparando para dar una respuesta adecuada a los MacNeill —contestó Cassandra mientras se dirigía hacia uno de los adarves de la muralla, un estrecho pasillo desde donde los guerreros vigilaban los movimientos de los atrevidos MacNeill, donde Mairi los esperaba armada con un arco y un carcaj.

Pese a su sorpresa al ver a esa mujer armada, el clérigo no desistió de intentar convencer a Mairi para que regresara con los suyos. Después de todo, el jefe de los MacNeill había prometido una buena donación para sus bolsillos si esa mujer regresaba a su hogar. Una mujer de carácter débil y bien amaestrada por su esposo que, si se le recordaba con firmeza cuáles eran sus deberes y la promesa que había hecho, sin ninguna duda volvería dócilmente con su esposo. Eso era lo que Finn MacNeill le había dicho al clérigo que encontraría, pero, para sorpresa de ese hombre de Dios, cuando se acercó a Mairi, a pesar de sus heridas, no vio ante sí a una mujer débil o sumisa.

Un rostro decidido y lleno de orgullosa determinación se alzó ante él, lo que le indicó al clérigo que, lo permitieran o no los MacNeill, esa mujer ya había encontrado un nuevo hogar.

—Mairi, he venido a por ti para recordarte cuál es tu lugar y hacerte recapacitar sobre los malos pasos que estás dando en la

vida. ¿Acaso no le hiciste una promesa a Finn MacNeill y juraste que permanecerías a su lado en un matrimonio de prueba?

—Míreme bien, padre. Contemple las heridas que llevo en mi rostro, que todos pueden ver, y otras que no muestro porque están grabadas en mi alma. Todas ellas son evidencias fehacientes de que ese matrimonio de prueba está roto. Es más que obvio que no me casaré con un hombre que muestra su amor de esta manera.

—Pero, hija mía, hay que perdonar las faltas de los demás. Estoy seguro de que Finn se arrepiente de sus acciones, que, posiblemente, tan solo fueron un poco más agresivas de lo normal a causa de tus provocaciones. ¿Acaso no temes convertirte en una mujer repudiada si rompes ese matrimonio antes de tiempo?

—Creí que en un matrimonio de prueba ambos teníamos la palabra para poder deshacer ese enlace, pero, al parecer, solo al hombre se lo escucha y la mujer debe callar. Pues, padre, estoy harta de guardar silencio y de que nadie me oiga. Hoy voy a contestar de una manera que nadie podrá hacer oídos sordos a mi respuesta —declaró Mairi antes de cargar su arco y lanzar una flecha hacia los guerreros que la reclamaban como si se tratara de una pertenencia.

Y, dejándose ver desde la almena de esa torre, anunció a viva voz ante los MacNeill que contemplaban incrédulos la flecha que había a sus pies:

—¡Escuchadme bien! ¡No pienso regresar a la tierra de los MacNeill! ¡Declaro ante este hombre de Dios, y ante todos los presentes, que mi matrimonio de prueba con Finn MacNeill está definitivamente roto, así que no me busquéis más porque ahora soy una MacGregor y ya estoy en casa! —gritó Mairi, que recibió un grito de aprobación de los MacGregor que acalló las protestas de los MacNeill.

—¡Pero dígale algo que haga recapacitar a estas alocadas mujeres! —exclamó el clérigo volviéndose hacia Irvin.

Este, por toda respuesta, acercó su intimidante presencia a Mairi, que aún no se decidía a soltar su arma. Y, ante el asombro del clérigo, el veterano guerrero se limitó a rectificar algunos detalles de la postura de esa mujer al tiempo que hacía que volviera a apuntar hacia los MacNeill y le aconsejaba:

—De este modo, tus flechas llegarán más lejos y serán más certeras.

—¡Señora, por Dios, recapacite y piense lo que haría el jefe de este clan!

—No se preocupe por eso, hombre de Dios: yo siempre recuerdo las enseñanzas de Sinclair para ocasiones como esta —dijo Cassandra, haciendo que ese hombre suspirara aliviado, hasta que la alocada inglesa levantó su propio arco y disparó varias flechas rápidas a los pies de Munroe antes de anunciar—: ¡Si pensáis que las flechas de Mairi pueden fallar el blanco por falta de práctica, os diré que las mías no lo harán, así que os aconsejo salir de mis tierras antes de que pierda la poca paciencia que me queda! —Y, acto seguido, lanzó varias flechas más que hicieron salir corriendo a los MacNeill.

Antes de que las protestas del clérigo volvieran a alzarse, Cassandra se volvió hacia ese hombre.

—Si conoce usted a Sinclair —dijo—, sabrá que sus flechas no habrían acabado clavadas precisamente contra el suelo a modo de advertencia frente a adversarios que lo provocaban y lo amenazaban con la guerra en su mismísima casa, así que espero que se muestre agradecido por mi proceder porque, si no es así, siempre puedo cambiar de opinión e igualar los modales de mi esposo ante las visitas molestas que lo importunan.

—Será mejor que lo deje pasar, padre, porque, en caso contrario, la guerra llegará más pronto que tarde a esta tierra, cosa que nadie quiere, ¿verdad? —intervino Irvin, colocando una mano sobre uno de los hombros del clérigo, convenciéndolo para que desistiera de la recompensa de los MacNeill.

A continuación, mientras acompañaba sus pasos, Irvin le contó amablemente cómo Cassandra había logrado volver a poner en pie al antiguo jefe del clan MacGregor, haciendo dudar al clérigo de si esa mujer era un ángel que conseguía hacer posible cualquier milagro o un diablo capaz de llevarlos a todos al infierno.

* * *

—¡Esa mujer es el mismísimo demonio! —exclamó Aslan Campbell entre carcajadas mientras golpeaba la espalda de Sinclair y disfrutaba de un buen whisky escocés.

—Sin duda Sinclair lo sabía, por eso se quedó tan tranquilo mientras MacNeill lo provocaba —señaló Braden MacDonald, haciendo que Finlay MacKenzie asintiera, mostrándose por primera vez de acuerdo en algo con los MacDonald.

—Ten cuidado, Sinclair. Esa mujer es toda una guerrera que más de un hombre de las Highlands puede ambicionar olvidando convenientemente que es inglesa —declaró Keir, el joven jefe de los MacClane, mostrándole a Sinclair que su interés por su esposa no había disminuido, sino todo lo contrario, después de las noticias de cómo había lidiado con la visita de Munroe MacNeill.

—Creo que deberíamos dejar de hablar de mi esposa y pasar a tratar algunos de los asuntos que nos han traído a esta reunión —declaró Sinclair, reconociendo la respuesta de Cassandra como una advertencia de su mujer hacia él por la que le recordaba que,

aunque la hubiera atado a él y a esas tierras a través del *handfasting*, ella siempre tendría la opción de elegir a quién le entregaba su corazón.

—¡Pero mira que eres aguafiestas, Sinclair! —protestó Braden MacDonald.

—Solo quiero volver pronto a mis tierras antes de que mi esposa comience alguna nueva guerra.

—¡Está bien! ¡Está bien! Pero ¿por qué no oímos una vez más esa canción antes de volver a centrarnos en nuestro aburrido cometido? —propuso Finlay MacKenzie, haciendo que todos asintieran con la cabeza al recordar cómo había llegado hasta ellos la noticia de esa memorable actuación de la esposa de Sinclair. Un bardo había recorrido las tierras escocesas cantando una tonada que relataba cómo los MacNeill habían regresado a casa desnudos y humillados después de enfrentarse a una astuta mujer para intentar robarle algo que no les pertenecía.

—«Y mientras los MacNeill de la batalla no desistían, acabaron luciendo con escasa gallardía ciertas partes de su anatomía…» —comenzó a cantar a pleno pulmón Aslan Campbell en cuanto vio cómo Finn MacNeill se acercaba.

Eso hizo que los restantes hombres lo acompañaran en esa cancioncilla que se estaba volviendo muy popular, lo que provocó que Finn dedicara una torva mirada a todos los presentes para luego centrarse solamente en Sinclair, reclamando una revancha ante esa ofensa con una sola palabra:

—¡Guerra!

—Sin duda esa es la respuesta que esperaba ante este enfrentamiento y la que seguramente también esperabas tú, aunque, para tu desgracia, las circunstancias se desarrollaron de otra manera.

—¡Ten cuidado de no atacar mientras Sinclair se encuentre ausente de su hogar, MacNeill, o ya sabes que tendrás que vértelas con su esposa! —se mofó Braden, haciendo que Finn apretara con fuerza los puños a ambos lados de su cuerpo y se marchara antes de declararles la guerra a los demás clanes de esa tierra.

—Sinclair, creo que ahora sí deberíamos apresurar los temas de esta reunión —propuso Keir MacClane tras ver cómo se alejaba Finn con una mirada beligerante en el semblante, dirigida principalmente hacia Sinclair y todos los MacGregor.

—Yo solo tengo un tema que exponer ante los jefes de los clanes —comenzó Sinclair, poniéndose en pie para atraer la atención de todos—. Muy pronto, soldados ingleses entrarán en nuestras tierras para reclamarme algo que no pienso darles. Uno de ellos será un noble señor con el que tendré que negociar, pero el otro solamente es una despiadada sabandija que estará dispuesto a todo con tal de recuperar algo que nunca le perteneció.

—¿Quieres nuestra ayuda para luchar contra un inglés? —preguntó Aslan, acariciándose pensativamente la barba.

—No, solo espero que me aviséis si pasan por vuestras tierras. Esta lucha siempre ha sido mía y no estoy dispuesto a perderla —declaró Sinclair con una sonrisa antes de levantarse y marcharse apresuradamente de esa reunión, dejando decenas de murmullos tras él y su acelerada partida hacia sus tierras.

—Sin duda robó a esa mujer —opinó Aslan, recibiendo un asentimiento de cabeza de cada uno de los demás jefes de clan que quedaban sentados a esa mesa.

—Y los idiotas ingleses creen que pueden recuperarla —añadió Finlay MacKenzie.

—¡No pienso perderme una nueva batalla de esa mujer! —bramó Braden MacDonald entre risas.

—¡Y, quién sabe, si Sinclair no es capaz de pasar su matrimonio de prueba, alguno de nosotros siempre podría robarla! —declaró Keir MacClane, mostrándoles a todos dónde residía su verdadero interés al asistir a esa reunión.

—¡Decidido! Ayudaremos a Sinclair para que ningún inglés le robe a su esposa —anunció Braden MacDonald, el moderador de ese año en la reunión.

—Pero no has dicho que ningún escocés pueda robársela… —señaló Keir MacClane, ante lo que Braden asintió con una sonrisa.

—No, no lo he dicho.

Esas palabras provocaron que los jefes de los diferentes clanes volvieran a alzar sus copas en un brindis que, en esa ocasión, iba dedicado a una mujer.

* * *

—Sinclair, ¿hemos conseguido la ayuda de algún clan para batallar con los ingleses? —preguntó Murdock con curiosidad.

—No lo sé —contestó el aludido a sus hombres mientras apresuraba a su montura.

—¿Cómo? ¿Acaso no has expuesto tus problemas ante el consejo? —inquirió Duncan, preocupado porque su jefe se hubiera desviado del asunto principal que habían ido a tratar.

—Su atención estaba centrada en un tema que no quise tocar —respondió Sinclair, apresurando el galope de su caballo en su rápida carrera.

—Ah, ¿sí? ¿En cuál? —indagó Alistair curioso, lo que hizo que Sinclair gruñera su contestación.

—En mi mujer.

Su respuesta hizo que todos espolearan a sus monturas sabiendo que, posiblemente, no solo tendrían que luchar contra los ingleses, sino también con algún que otro escocés cuando llegaran a casa.

—¡Dios! ¿Por qué no te creímos cuando dijiste que esa mujer declararía la guerra tanto a ingleses como a escoceses?

—Simplemente porque no la conocíais.

—Y a pesar de todos los problemas que puede llegar a traerte, ¿aún quieres que permanezca a tu lado?

—Siempre —respondió Sinclair con una sonrisa, evidenciando ante todos que se trataba de un hombre enamorado dispuesto a enfrentarse incluso a la más difícil de las pruebas con tal de proteger ese amor.

* * *

—Me voy a Escocia. Concretamente, a las tierras de los MacGregor, y no hay nada que puedas hacer para que cambie de opinión.

—Marion, ¡eso es una locura! Cualquier invasión de tierras escocesas con soldados ingleses puede ser malinterpretada por parte de los escoceses y terminar con la paz. El representante del rey me lo recalcó en varias ocasiones antes de marcharse, al tiempo que hizo hincapié en que debía proteger esta tierra de la avaricia de lord Birmington. Por esos motivos he pospuesto mi viaje y no puedo partir con tanta facilidad hacia tierras escocesas, pero créeme: soy el primero en querer hacerle frente a ese hombre para reprenderlo por cómo ha reclamado a mi hija y recordarle que, si ella no desea ser ese premio, él tendrá que desistir de su elección.

—No me has entendido, Wayne: he dicho que voy a emprender ese viaje, y en ningún momento he señalado que te llevaría

conmigo.

—Definitivamente, has perdido la cabeza, Marion. ¿Cómo vas a ir tú sola a esas salvajes tierras a las que ni siquiera sabes llegar?

—Ocultaré mi identidad y viajaré con pocos caballeros a modo de escolta.

—Nuestra hija lleva meses en la tierra de los MacGregor y, por lo que nos notificó el representante del rey, Sinclair se casó con ella. Sin duda está haciendo su vida entre los MacGregor y habrá encontrado su lugar. No temas por ella: Cassandra es lo suficientemente valiente e inteligente como para resolver cualquier aprieto que surja en su camino.

—No me entiendes, Wayne. No temo por nuestra hija, temo por los MacGregor y por lo que Cassandra puede llegar a hacer mientras esté en ese lugar. Estoy segura de que ha olvidado por completo mis enseñanzas sobre cómo debe comportarse una dama y de que en estos instantes solamente está poniendo en práctica tus lecciones de guerra.

—Entonces estará bien, querida. Para sobrevivir en esas tierras, tendrá que dejar atrás sus buenos modales. Si se confirman tus sospechas de que se está comportando como la guerrera que es, sin duda saldrá adelante en su nuevo hogar.

—¿Estás seguro de ello? ¿Estás totalmente seguro de que nuestra hija no iniciará una guerra con alguna de sus descabelladas acciones?

—Sinclair siempre ha sabido cómo tratarla.

—Sinclair es un loco enamorado y desde pequeño siempre ha dejado que Cassandra hiciera lo que le diera la gana. No creo que haya cambiado demasiado a pesar del transcurso de los años. Además, piensa sobre esto: ¿qué ocurrirá cuando él la deje sola en su castillo o cuando la haga enfadar?

—Al haber tratado con ella desde pequeño, Sinclair sabe lo que debe y no debe hacer, no creo que sea tan loco como para dejarla sola en tierras extrañas y sin darle una buena razón para ello.

—¿Y si ese hombre ya ha cometido ese error? —preguntó Marion a su esposo. Y, antes de que este comenzara a excusar a Sinclair una vez más, una pegadiza cancioncilla entonada por alguno de sus caballeros con una sonrisa en los labios llegó hasta ellos, poniendo fin a esa disputa:

—«Y desde la torre, una fiera guerrera apuntó al trasero de los MacNeill, haciendo que salieran corriendo pese a haber perdido sus kilts. Y todos se preguntaban si era inglesa o escocesa, la mujer que con gran valor defendió las posesiones de su señor…».

—¡Mierda! Adelántate, Marion, y lleva contigo a mis mejores hombres. Yo me quedaré aquí hasta informar a William y no tardaré en alcanzarte.

—¿Tienes alguna duda de que la dama de esa canción es nuestra hija? —preguntó Marion a su esposo mientras le dirigía una mirada con la que le recriminaba que ella tenía razón.

—Bueno, me han dicho que las escocesas también son mujeres muy guerreras y… —comenzó a decir Wayne, sin querer darle del todo la razón a su esposa. Pero sus palabras no tardaron en ser interrumpidas por otra estrofa de esa canción:

—«Con sus rubios cabellos y sus ojos azules como el mar, la guerrera desde lo alto de la torre quiso declamar: "No dudes, rufián, de que este será el recibimiento que daré a todo aquel que intente robar en mi hogar"».

Lady Marion volvió a fulminar con la mirada a su esposo, y este, como única respuesta, golpeó levemente al caballo de su mujer, que hasta ese momento ella había retenido, haciendo que se apresurara al encuentro de su hija antes de que esta comenzara una nueva

disputa en esas tierras en las que aún no sabía si la trataban como amiga o enemiga.

* * *

—¡Esa mujer es un demonio que nos llevará a la guerra! —exponía Mia ante las mujeres, enfadada por haber perdido a muchas de sus seguidoras, ya que cada vez eran más las que apoyaban a Cassandra después de haberla visto defender a una escocesa con uñas y dientes a pesar de ser ella inglesa.

—No es un demonio, sino un ángel —la contradijo Beth, que ya no tenía miedo de exponer su opinión—. Cassandra ha conseguido que las mujeres podamos ir de caza y subsistir por nuestros propios medios. Todos los días, ella sale de caza para conseguir unas buenas piezas que entrega a las ancianas del consejo para que ellas las repartan entre las mujeres que no pueden valerse por sí mismas. También ha hecho que los ancianos del consejo resuelvan las disputas menores y da cobijo a los huérfanos, a los que les busca un buen hogar. Además, ha conseguido el milagro de que Malcolm MacGregor salga de su habitación y vuelva a coger una espada.

—¡Todo eso son minucias que podría haber logrado cualquier mujer! —exclamó Mia, negándose a concederle mérito alguno a su rival.

—Entonces, ¿por qué no lo lograste tú antes de que llegara ella? —preguntó Beth, lo que hizo que ella la mirara con hostilidad antes de ignorarla y continuar con su discurso para volver a poner a las mujeres de su parte.

—Con respecto a que Malcolm MacGregor salga de su habitación, seguramente se debe tan solo a que ahora se ha recuperado de sus heridas. Y que vuelva a sostener una espada es ridículo: ¡nunca

podrá volver a ser el guerrero de antaño! Darle esperanzas en ese sentido solo conseguirá que se desespere —declaró Mia con despreocupación, intentando quitarle valor a las acciones de Cassandra. Pero en esta ocasión, tras pronunciar sus crueles palabras hacia la mujer que veía como una rival, nadie la apoyó y se hizo el silencio mientras todas las miradas se fijaban en alguien que había detrás de ella.

Mia se volvió con una sonrisa mordaz en los labios, creyendo que se encontraría a Cassandra. Pero la sonrisa desapareció de su rostro cuando vio que la persona que había ante ella era Malcolm MacGregor, el antiguo jefe de ese clan, que la conocía desde pequeña.

—Nunca creí que fueras una mujer de tan duro corazón, Mia. Criticas lo que hacen otros pero tú no haces nada por nadie más que no seas tú misma. Creo que hace mucho tiempo que piensas erróneamente que mi hijo te pertenece y que Cassandra te lo ha arrebatado, pero has cometido un gran error: Cassandra y Sinclair se conocen desde niños y mi hijo fue el primero en reclamar ese amor que, a pesar de tener tan cerca, aún se le resiste. Y voy a sacarte de dudas acerca de si serías mejor esposa para Sinclair que ella: la misión de la esposa del jefe de un clan es proteger al clan y dar esperanzas donde no las hay para hacerlos avanzar —declaró Malcolm mientras miraba con una sonrisa la imaginativa arma que portaba su muñón y la espada que sujetaba en su otra mano después de su entrenamiento—. Tus palabras solo muestran envidia y celos y no hacen avanzar a nadie, solo retroceder. No serías adecuada para convertirte en la esposa del jefe de un clan y, definitivamente, no serías la esposa apropiada para mi hijo —sentenció Malcolm, mostrando su postura tanto de antiguo líder del clan como de padre.

Finalmente Mia apretó los labios y acalló sus rebeldes palabras antes de marcharse con paso airado del lugar, demostrando a Malcolm que aún no había aprendido la lección de que sus acciones no eran las más acertadas para ganarse el corazón de los suyos y, mucho menos, el de un hombre.

—Creo que sus palabras solo han pospuesto una batalla, mi señor —dijo Beth a Malcolm, dudando de que esa vanidosa mujer se rindiera tan fácilmente con Sinclair.

—Tienes razón, pero es posible que traigan algo de paz para esa pareja durante algún tiempo… —declaró él. Aunque, al ver cómo llegaba hasta el castillo el caballo de Sinclair a todo galope y contemplar a su hijo bajándose de él con premura para buscar a su esposa con rostro enfadado, cambió de opinión—. O tal vez no…

La mirada de Sinclair buscó sin descanso a su esposa. Tal vez para reprenderla por las imprudentes acciones que había llevado a cabo en su ausencia, pero cuando su mirada se cruzó con la de ese padre al que no había visto fuera de su estancia durante meses, sus ojos se abrieron de puro asombro y sus pasos se dirigieron hacia él.

Incrédulo por tener de nuevo frente a sí al guerrero al que tanto admiró y al que una vez vio caer, Sinclair abrió y cerró la boca sin saber qué decir. Luego fijó los ojos en la afilada espada que sujetaba su padre en la mano izquierda y en la singular arma que llevaba acoplada en el muñón de su mano derecha.

—Cassandra… —musitó con una sonrisa en los labios, sabiendo quién era la única persona capaz de levantar a un soldado al que todos daban por caído.

—No la reprendas demasiado por ese enfrentamiento que los MacNeill iban buscando desde antes de entrar por la puerta, hijo mío. Tu mujer fue fuerte y astuta, aunque un poco maliciosa al hacer que un bardo creara esa canción sobre su victoria. Sin duda eso se

debe a que en ese momento salió a relucir su vena inglesa, que todos olvidamos al contemplar a tan gran guerrera.

—No te preocupes, padre: no la sermonearé demasiado, aunque sí hallaré la excusa perfecta para encerrarla en sus aposentos durante un tiempo, consiguiendo así un período de paz para estas tierras.

—¿Y qué harás tú si la encierras en su habitación? —preguntó Malcolm preocupado al tiempo que negaba con la cabeza ante la inadecuada manera que tenía Sinclair de tratar con su mujer.

—Acompañarla mientras dure su encierro, por supuesto —declaró este con una perversa sonrisa en el rostro, que se amplió en cuanto localizó a Cassandra.

Al verlo, ella no tardó en salir corriendo como cuando eran niños y Sinclair la pillaba en una de sus trastadas.

—Ahora, padre, si me disculpas, tengo que atrapar a mi mujer y recordarle lo mucho que hemos crecido y que ahora, por más que la provoquen, solo puede jugar conmigo.

Los apremiantes pasos de Sinclair dieron lugar a una acelerada carrera por parte de Cassandra, pero como ocurría desde que eran pequeños, él acabó atrapándola. Y, tras cargársela sobre un hombro, comenzó a llevarla hasta algún lugar donde pudieran acabar con esa discusión. Y a juzgar por la ladina sonrisa que lucía su hijo, Malcolm no tuvo ninguna duda de que esa disputa se prolongaría durante varios días, tal y como su hijo le había prometido.

* * *

—¿De verdad crees que esta es la mejor manera de tratarme después de no habernos visto durante varias semanas? —protestó Cassandra mientras se acomodaba sobre el hombro de su marido, donde este la llevaba como si de un fardo se tratase.

—Sin duda. Como en lugar de correr hacia mis brazos para recibirme has corrido en la dirección contraria, he supuesto que querías que te atrapara como hacíamos cuando niños —contestó él mientras seguía su camino hacia su habitación.

—Has oído la canción de mi batalla y estás muy enfadado, ¿verdad? —aventuró Cassandra sabiendo que la falsa sonrisa que a veces exhibía ese hombre era mucho peor que el huraño gesto que mostraba a sus enemigos.

—¿Yo? ¿Enfadado porque mi esposa le diera cobijo a una mujer que estaba bajo la protección de otro clan sin consultarme? —inquirió Sinclair con un irónico tono de voz mientras la depositaba en el suelo de su habitación, permitiendo que ella eludiera su mirada al tiempo que él seguía exponiendo cada uno de sus pecados—. ¿Enfadado porque mi esposa provocara deliberadamente al hombre que exigía el regreso de la mujer del jefe de su clan apuntándolo con sus flechas? —prosiguió mientras alzaba la barbilla de Cassandra, haciendo que lo mirara—. ¿O tal vez mi enfado debería ser porque mi esposa permitió que el enemigo entrara en casa para luego burlarse de él y fomentar la creación de una estúpida cancioncilla que los humilla y los avergüenza a la vez que deja claro a todo el mundo que la mujer de MacNeill lo ha abandonado? Y a pesar de todo eso y de tener sobre mí una amenaza de guerra del clan MacNeill y multitud de ojos fijos e interesados en ti por parte de los jefes de los otros clanes, lo único que me molesta de todo este asunto es lo mucho que te has arriesgado.

—Tal vez no debería haber mandado que hicieran esa canción…

—¿Tal vez? —inquirió Sinclair, haciéndole ver a Cassandra que esa no era la respuesta correcta.

—¡Está bien! ¡Me enfadé mucho con esos idiotas que tan solo querían encontrar una excusa para declararte la guerra desde el

principio, así que se la di! Pero en mis términos… Además, también estaba enfadada con el hombre que abandonó su hogar por la noche como un prófugo únicamente para evitarme y no tener que ofrecerme ninguna justificación de adónde iba y, por ello, no medí bien mi forma de proceder.

—¡Oh! A mí no me engañas, Cassandra: sabías desde el principio lo que iba a pasar con esos MacNeill y cuál sería el resultado de tus provocaciones, eres demasiado calculadora e inteligente como para no saberlo. Y también sabías que esa cancioncilla llegaría hasta mí y resonaría en mis oídos como la advertencia que es, señalándome que en cualquier momento puedes marcharte de mi lado. Pero tú me has prometido un año y un día y yo no pienso desperdiciarlo.

—Lo hiciste cuando me dejaste sola y sin saber adónde habías ido, hasta que Irvin me explicó el porqué de tu ausencia, aumentando así mi preocupación. Archibald viene a por mí, ¿verdad? Por eso necesitabas pedir ayuda a otros clanes: mi exprometido, a pesar de mis engaños, no deja de codiciar mis tierras, y su única forma de conseguirlas todavía sigue siendo reclamándome a mí —expuso ella entre lágrimas, mostrando su preocupación.

—Solo tú puedes alejarte de mí por tu propia voluntad, no permitiré que otro te aleje, ya sea inglés o escocés —declaró Sinclair acogiendo a Cassandra entre sus brazos, e, intentando hacerla olvidar esos miedos que no mostraba frente a otros y que siempre guardaba para sí, la condujo hacia la cama.

Cuando la depositó sobre ella, admiró a esa valiente y, a la vez, asustadiza mujer que no terminaba de encontrar su lugar en el mundo.

—Prométemelo, Sinclair —le pidió Cassandra mientras acariciaba con cariño el rostro de ese guerrero que siempre la protegía.

—Lo prometo —declaró él mientras llevaba la mano de su esposa a su corazón, para luego fijar sus ojos en los de ella antes de recordarle—: Eres solo mía mientras dure nuestra promesa.

—¿Y tú?

—Yo fui tuyo desde el día en que te conocí, y seguiré siéndolo aunque ese período de tiempo termine y tú te alejes de mí —confesó él con una sonrisa en los labios, mostrando que aún recordaba aquel momento.

—Sinclair, todavía no puedo amarte —manifestó Cassandra, recordando a todas las personas que quería proteger, aun a costa de su felicidad.

—Lo sé —dijo él mientras sonreía con resignación y cerraba los ojos, sabiendo que nada de lo que dijera podría hacer cambiar de opinión a esa mujer.

Pero, para su asombro, Cassandra lo rodeó con sus brazos y lo acercó a ella para susurrarle al oído:

—Sinclair, estoy en tu lecho…

El guerrero disfrutó de esas dulces palabras, que, sin duda, suponían una invitación a sus caricias. Y aunque siempre era él quien la seducía a ella, en esos instantes sonrió complacido ante la propuesta de su mujer.

—Lo sé —contestó, manteniéndose impasible mientras aguardaba el siguiente movimiento de esa enloquecedora dama.

—Entonces, ¿a qué esperas para seducirme? —le reclamó Cassandra arqueándose contra su duro cuerpo, con lo que logró que Sinclair perdiera la compostura y la besara con la certeza de que el tiempo de ese matrimonio no era suficiente para calmar su pasión, y mucho menos para apagar su amor por una guerrera a la que siempre había llevado en el corazón.

Capítulo 16

Lord Wayne pensaba que, tras hablar con William y dejarlo a cargo de sus tierras, podría partir con celeridad en busca de su esposa y alcanzarla a medio camino entre Inglaterra y Escocia, pero la inesperada visita de lord Stephen Birmington lo obligó a posponer indefinidamente su marcha.

Wayne no podía rechazar atender a su visita, ni ser descortés y enemistarse con un feudo colindante, hechos que podían llegar a molestar a su rey, por lo que tuvo que retrasar su viaje y fingir que su esposa no estaba a su lado por otra razón que no fuera ir en busca de su hija, ya que los Birmington a menudo atacaban las debilidades de sus enemigos y ese avaricioso hombre podía intentar atrapar a Cassandra para usarla como baza en sus deseos de obtener las tierras que un día se le habían prometido por medio de un matrimonio concertado entre sus vástagos, acuerdo que, finalmente y gracias a Dios, había sido anulado por las artimañas de su hija.

Así que sus caballeros habían guardado sus monturas esperando, como él, que la estancia de ese noble no se prolongara demasiado. Pero en cuanto vio a lord Birmington, Wayne supo que esa visita solo era un astuto plan para retenerlo y que, tras una amable disculpa, se escondía una estratagema con la que los Birmington intentaban recuperar la posición que Archibald había perdido ante los Morrison y ante su rey.

Tras hacer entrar a lord Birmington y a sus hombres a su castillo y agasajarlo con los mejores manjares de su casa, finalmente lord Morrison se decidió a dejar atrás las conversaciones banales e indagar acerca del motivo real de la visita de ese hombre, con el que ya no tenía ningún parentesco político.

—¿Qué haces aquí, Stephen?

—Vengo a saludar a mi estimado amigo y vecino y a disculparme en persona a causa del rudo comportamiento de mi hijo. Opino que ha habido un malentendido entre nuestros hijos y es una auténtica pena que por este se acabe con un bonito compromiso que nuestro rey deseaba para la unión de nuestros feudos.

—¿Llamas «malentendido» a que tu hijo quisiera precipitar su matrimonio con mi hija durante mi ausencia y que, tras tomar posesión de mi castillo como si le perteneciera, encerrara a Cassandra en una sucia celda? Si no fuera porque nuestro rey no quiere más disputas entre sus señores feudales, tú ya habrías perdido la cabeza bajo el filo de mi espada, Birmington.

—Tu hija también insultó a mi hijo al ensuciarse acostándose con un salvaje escocés.

—Un hombre al que tu hijo encerró junto a su prometida a propósito. Tu hijo no es tan inocente como para no saber cuál sería el resultado de esa situación que él mismo creó.

—Si tu hija hubiera hecho recaer la culpa sobre los hombros de ese escocés, Archibald la habría perdonado, pero ella asumió toda la responsabilidad por sus pecaminosos actos, imposibilitando que pudiéramos continuar con ese matrimonio concertado que ya no es visto con buenos ojos por el rey. Tu hija ha sido repudiada, y tan solo se ha librado de un encierro permanente en un convento porque ha sido reclamada como premio por ese escocés. Y en medio de todo este escándalo me entero de que, de la nada, has

encontrado a un conveniente heredero varón, lo que me lleva a preguntarme si todo esto no ha sido más que una hábil treta de tu hija para librarse de su compromiso.

—En ese caso tendrías que admitir que Cassandra es más lista que tu vástago y que lo manipuló como quiso, anticipando cómo reaccionaría ante cada una de sus supuestas provocaciones. Y creo que eso es algo que no harás ni ante mí ni, mucho menos, ante nuestro rey —declaró Wayne, sabiendo que los orgullosos Birmington nunca admitirían su derrota, y todavía menos si esta había sido por causa de una mujer.

—Sí, es ridículo pensar que una mujer pudiera llegar a planear tal estrategia, más propia de un taimado guerrero que de una dama. Pero cuéntame, siento mucha curiosidad: ¿cómo es que encontraste a ese hijo perdido precisamente ahora, después de tantos años?

—Siempre sentí un gran orgullo por la habilidad de William, a quien le enseñé desde muy joven el manejo de la espada. ¿Quién podría haber imaginado que esa habilidad le venía por mi sangre y que ese padre al que William buscaba con tanta desesperación era yo?

—No imagino a un hombre tan recto e íntegro como tú teniendo una aventura. Y aún me resulta más inconcebible que esta pudiera pasar desapercibida a los agudos ojos de tu esposa.

—Cierto, tienes razón. Yo jamás haría tal cosa, pero el abuso del alcohol después de una dura batalla nos lleva a veces a cometer errores de ese tipo. Creo recordar que tú has tenido más de uno tras alguna larga campaña… que has acallado convenientemente. Y como tú mismo me has recordado, mi integridad hace que la conciencia me pese demasiado y no pueda darle la espalda a mi hijo. Por eso decidí comprobar si eran ciertas las historias acerca de

William y, tras quedar satisfecho, me dispuse a reclamarlo para concederle el lugar que se merece por su nacimiento.

»Hablé de ello con el representante de nuestro rey, quien permaneció en mi hogar hasta mi llegada para relatarme la lamentable situación en la que tu hijo puso a mi hija, y su excelencia se mostró de acuerdo con mi petición de que William heredara mi título y mis tierras el día de mañana. Ahora he perdido a una hija, pero tengo el grato consuelo de haber encontrado un hijo.

—¡Oh! ¡Qué historia tan conmovedora y conveniente para que pudiera romperse el matrimonio concertado de nuestros hijos sin molestar a nuestro rey…, aunque no a los Birmington!

—Pero, amigo mío, ¿acaso no fue Archibald quien vino a mi casa con intención de provocar y ofender con su comportamiento al osar poner a su amante actual incluso por encima de su prometida? ¿Acaso no fue Archibald quien se atrevió a encerrar a mi hija en una de las celdas de su propio hogar, cuando Cassandra tan solo se había limitado a recibirlo a él y a sus hombres con sus mejores modales? Si te preguntas de quién fue la culpa de la ruptura de ese compromiso, no dirijas tu mirada hacia mi hija, sino hacia el tuyo. Alégrate de que decidiera no elevar una queja oficial ante el representante de nuestro rey después de que este me recordase que su majestad no quiere disputas entre nosotros y desecha la idea de recuperar algo que es del todo imposible. Mi hija está lejos y casada con un escocés y, aunque no lo estuviera, mis tierras serán para William, que es mi heredero.

—Pero ese heredero siempre puede sufrir algún contratiempo en la batalla que lo lleve, Dios no lo quiera, a una pronta muerte. Y en cuanto a tu hija, quién sabe, quizá su marido la extravíe en esas duras tierras, una oportunidad que, sin duda, otro podría llegar a aprovechar.

—No te preocupes por eso, viejo amigo: William siempre se guarda las espaldas, es un hombre muy precavido y muy difícil de matar. En cuanto al marido de Cassandra, conozco muy bien a Sinclair MacGregor, al que apodan el *Lobo Negro*, en el campo de batalla, un guerrero al que todos temen. Creo que si alguien se atreviera a intentar arrebatarle a su mujer tendría que estar bien loco y después necesitaría prepararse para las funestas consecuencias. Dime, Stephen, ¿tu hijo lo está? —preguntó Wayne a su enemigo mientras colocaba una mano sobre el hombro de lord Birmington, advirtiéndole de que no sería nada sencillo enfrentarse a él ni tampoco al escocés que había desposado a su hija.

—Solo a ti se te ocurre prometerle a un escocés un premio sin definir por salvar tu vida, sin sospechar lo que puede pedirte —declaró lord Birmington enfadado al tiempo que se ponía en pie y se disponía a partir, sabiendo que su hijo necesitaría refuerzos para llevar a cabo sus designios.

—Ya…, y solo a un escocés se le ocurre reclamar como premio a una mujer —replicó Wayne entre alegres carcajadas.

No obstante, pese a su despreocupada apariencia, sus ojos estuvieron atentos a los movimientos de lord Birmington y sus hombres hasta que salieron de su hogar.

—¿Partirá ahora tras su esposa? —preguntó William cuando vio que su señor posponía una vez más su marcha.

—No, vigilaré a lord Birmington, pues ha hecho demasiados planes tanto para ti como para mi hija. Aunque, conociéndoos a ambos, dudo que estos salgan bien.

—Pero ¿y su esposa?

—No te preocupes, William. A pesar de mi preocupación, ella sabrá valerse por sí sola. ¿De quién crees, si no, que sacó mi pequeña esa habilidad para desarrollar con éxito esos descabellados

planes con los que se burla de sus enemigos? Mi mujer no es menos guerrera por no manejar un arma, sino más sutil, porque la que esgrime es su inteligencia. Lo que sí voy a hacer de inmediato es enviar una misiva urgente a Sinclair para que cuide de Cassandra y advertirle que se prepare adecuadamente para la dura batalla que le supondrá enfrentarse a mi mujer.

* * *

El encierro de Sinclair y Cassandra duró tres días, a los que les siguió una semana llena de paz antes de que alguien se atreviera a llamar a su puerta con un nuevo problema. Sinclair dejó esa mañana a su adormilada y agotada esposa en su lecho mientras atendía a uno de sus hombres, que había requerido su presencia.

En el grandioso salón lo esperaban dos hombres nerviosos, y cada uno de ellos llevaba una carta que obtuvo como respuesta de Sinclair varios gruñidos que espantaron a los mensajeros, haciéndolos salir corriendo a la menor oportunidad, lo que le mostraba que ninguna de las personas que habían enviado esas cartas esperaba una respuesta de su parte.

Las dos misivas que habían llegado a la vez a su casa fueron entregadas, una, por un apresurado soldado inglés que en sus prisas por marcharse de la presencia del temido jefe del clan MacGregor casi se cayó por la escalera, mientras que la segunda carta la libró un nervioso escocés que partió de inmediato en cuanto cumplió su tarea, ya que sabía lo que ocurriría si provocaba el mal humor de Sinclair, lo cual sucedería inevitablemente en cuanto este leyera el mensaje del jefe de un clan escocés al que habría querido poder ignorar.

La carta de Inglaterra provenía de lord Wayne y lo avisaba de que la madre de Cassandra se aproximaba a sus tierras para hacerles una visita. También lo advertía de las posibles intenciones de lord Birmington de hacerse de nuevo con Cassandra a través de cualquier método, incluido el secuestro de su esposa por parte de Archibald, su hijo. Finalmente, lord Wayne le hacía saber que él mismo también visitaría sus tierras en cuanto le fuera posible para escuchar de la propia boca de Cassandra que ese era el lugar donde ella quería estar.

Si bien Sinclair no temía demasiado la visita de la madre de su esposa, sí temía la de ese padre que podía reclamar a su hija, sobre todo cuando esta aún no se había decidido a quedarse en esas tierras ni, mucho menos, con él.

Si la primera misiva le anunciaba problemas, la segunda le confirmaba que estos ya habían llegado a sus tierras cuando Keir MacClane le aseguraba que tenía en su poder a un peligroso visitante inglés que no era lo que él esperaba. MacClane añadía que, si Sinclair lo quería de vuelta, debía ir a buscarlo a sus tierras junto a su mujer. Con este mensaje burlón, MacClane le dejaba claro que tenía a la madre de Cassandra y que no la dejaría marchar a no ser que llevara consigo a su esposa, una mujer por la que ese hombre sentía gran curiosidad.

A pesar de que Sinclair quisiera enfrentarse solo a los MacClane, no podía dejar a Cassandra en su hogar y marcharse sin más, ya que en cuanto ella se enterara de lo que ocurría, no dudaría en perseguirlo para proteger a su madre y, sin duda, comenzaría una guerra contra otro clan.

Mientras pensaba sobre la mejor manera de comunicarle la noticia a Cassandra sin que esta se precipitara irreflexivamente hacia las tierras de los MacClane, la acompañara él o no, Sinclair oyó a su

espalda una voz que se alegraba de volver a oír después de tanto tiempo.

—No te preocupes por nada, hijo: yo me quedaré aquí mientras dure tu viaje y me encargaré de afrontar los pequeños problemas que puedan surgir en tu ausencia, los cuales no deberían ser demasiado importantes, ya que llevarás a tu esposa contigo, ¿verdad? —preguntó Malcolm a su hijo, evidenciando que había estado leyendo la misiva de los MacClane por encima de su hombro.

—Dejar a Cassandra sola y enfadada en este lugar es un error que no pienso volver a cometer, ya que sus intentos por distraerse del aburrimiento posiblemente nos llevarían a una nueva guerra… No obstante, también temo llevarla conmigo, porque Keir MacClane sintió demasiado interés por mi esposa durante nuestra última reunión, y eso que aún no ha llegado a conocerla en persona. Temo que pretenda robármela en cuanto pose sus ojos sobre ella, y eso es algo que no permitiré.

—Bueno, pero la cuestión aquí es si ella permitiría que MacClane la raptase.

—No lo sé, padre. Sé que Cassandra siente predilección por los guerreros de las Highlands y que el único hombre que ha conocido además de a mí es al despreciable Archibald. Por otra parte, las mujeres suelen sentirse demasiado atraídas por el bonito rostro de MacClane, y él es conocido por ser todo un conquistador al que no se le resiste ninguna dama, incluidas las casadas.

—¿Acaso no confías en Cassandra?

—En quien no confío es en Keir MacClane.

—Entonces solo tienes que conquistar a tu esposa más de lo que pueda hacerlo ese zalamero. Utiliza los encantos que has desplegado con ella desde niño y evita que se fije en otro guerrero que no seas tú. Conquista no solo su cuerpo, sino también su corazón —aconsejó

Malcolm a su hijo mientras lo veía contemplando la nota con preocupación.

—Sinclair, uno de tus hombres me ha dicho que han llegado dos cartas. Dime, ¿alguna de ellas es para mí? —preguntó Cassandra emocionada, haciendo que él contestara con un molesto gruñido.

—Recuerda mostrar tu encanto —susurró Malcolm a su hijo, haciendo que su gruñido aumentara en intensidad.

—¿Qué dicen esas cartas? —insistió Cassandra intentando echar un vistazo, gesto que hizo que Sinclair las apretara fuertemente en un puño a la vez que gruñía su respuesta.

—Lo único que dicen es que tengo que hacer un viaje al territorio de los MacClane —respondió, por lo que ella perdió la sonrisa con la que buscaba a su esposo después de enterarse de su marcha—. Y tú deberás venir conmigo —añadió Sinclair, haciendo que Cassandra alzara su rostro hacia él emocionada, mientras comenzaba a hacerle mil y una preguntas.

—¿Cuándo partimos? ¿Será un viaje muy largo? ¿Cuánto tardaremos en llegar? ¿Son un clan amigo o enemigo?

—Si son amigos o enemigos lo sabremos en cuanto lleguemos a sus tierras —contestó Sinclair antes de acallar las restantes preguntas de su mujer con un beso que la dejó sin aliento.

En cuanto terminó ese beso, Sinclair soltó abruptamente a Cassandra y, habiéndola dejado algo aturdida, aprovechó el momento para marcharse y ordenar los preparativos de un viaje que le traería más de un dolor de cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cassandra a Malcolm, un tanto confusa a causa del singular comportamiento de su marido.

—Eso ha sido mi hijo mostrándote sus encantos —declaró el hombre entre carcajadas, lo que provocó que ella lo mirara un tanto

confusa—. Creo que en estos instantes Sinclair es capaz de todo con tal de ganar su próxima batalla.

—Ah, ¿sí? ¿Y contra quién mantendrá ese enfrentamiento? —preguntó Cassandra, muy dispuesta a ayudar a su esposo en su siguiente contienda.

—Consigo mismo —declaró Malcolm enigmáticamente, confundiéndola aún más—. Y si te preguntas qué puedes hacer para ayudarlo, limítate a no separarte de él y a recordarle durante vuestro viaje que, además de ser un guerrero, también es un hombre. Hay batallas que no se pueden ganar con la espada y mi hijo no está acostumbrado a ellas —añadió, recordando que para conseguir el corazón de una mujer, por muy guerrera que esta fuera, las armas no eran una buena opción.

—No te preocupes: yo lo protegeré —prometió esa guerrera, dispuesta a seguir protegiendo a Sinclair a pesar de los años que habían pasado y de lo fuerte que había crecido ese niño al que una vez protegió.

—Me conformo con que no te conviertas en su debilidad —replicó Malcolm, preocupado ante el inminente viaje de su hijo, hasta que Cassandra le recordó con descaro lo que nadie podría negar:

—Yo siempre he sido su fuerza, nunca su debilidad.

Finalmente, cuando Malcolm vio cómo Cassandra se alejaba para ir en busca de su hijo, sus dudas sobre el buen fin de ese viaje se disiparon: ellos dos formaban una pareja que ni ingleses ni escoceses podrían separar.

* * *

Cassandra sentía que Sinclair se comportaba de manera extraña desde que habían emprendido su viaje a las tierras de los MacClane.

Su conversación se limitaba a contestar a sus preguntas con secos monosílabos o algún que otro gruñido con el que mostraba su descontento ante ese viaje, a pesar de ser él quien lo había propuesto.

Cuando hubieron atravesado el límite de la tierra de los MacClane, aparecieron unos hombres de repente entre los árboles y los recibieron con amables sonrisas, a las que Sinclair contestó con un ceño fruncido y un nuevo gruñido, haciendo ver a Cassandra que su hostil comportamiento en ese viaje se debía a que no le agradaba demasiado ese clan. Los MacClane no tardaron en conducirlos hacia el castillo de su señor, que, al contrario del de Sinclair, era una fortificación más descuidada, pues incluso uno de sus muros estaba sin terminar. Y mientras Cassandra observaba los posibles fallos de las defensas, notó las miradas curiosas de más de un guerrero clavadas en ella.

Keir MacClane no era como Cassandra esperaba: se trataba de un joven guerrero, de cabellos rubios, bonitos ojos azules, jovial sonrisa y hermoso rostro que exhibía unos modales menos bruscos que Sinclair. Su apariencia no era hosca como la de otros guerreros, y desplegaba sus mejores modales con ellos. A pesar de todo, esa sonrisa y esas cortesías solo sirvieron para poner a la joven más nerviosa, y sintiendo que tenía que permanecer en guardia ante el hombre que los esperaba, decidió pedirle consejo a su marido, que estaba más que acostumbrado a tratar con los jefes de los diferentes clanes sin ofenderlos.

—Sinclair, ¿cómo debo comportarme ante Keir MacClane?

—¿Qué sientes después de haberlo visto? —inquirió él, manteniendo la mirada fija solo en ella.

—Que tengo que mostrarme precavida ante esa sonrisa. Pero ¿por qué me haces esa pregunta? —inquirió Cassandra confundida,

mientras, por toda respuesta, Sinclair le señalaba a las mujeres del clan que rodeaban a ese hombre, todas suspirando por él—. Admito que tiene un rostro bonito y una agradable sonrisa, pero no comprendo por qué parece preocuparte tanto.

—Ese hombre ha tentado a muchas mujeres con gran éxito. Incluso alguna que otra casada ha sucumbido a sus encantos.

—Tú también tienes muchos encantos, Sinclair —comentó Cassandra, viendo por primera vez la inseguridad marcada en el rostro de ese bravo guerrero. Y, deduciendo correctamente que los gruñidos molestos con los que Sinclair había estado respondiéndole durante todo el camino se debían a sus celos, quiso jugar con él—. Aunque esos encantos tuyos estén escondidos muy muy en el fondo… —añadió, burlándose de él como hacía cuando eran niños.

Pero, como siempre, ese escocés sabía cómo contestar a las pullas de un inglés y, luciendo una maliciosa sonrisa que la tentó más que la de Keir MacClane, la acercó a su cuerpo y, después de soltar un gruñido en tono de broma, se apoderó de sus labios en un apasionado beso que le quitó el aliento y la dejó algo temblorosa, lo que evidenciaba por quién sentiría siempre ella predilección.

—¿Quieres un consejo para tratar con ese hombre? Pues aquí está mi consejo: no dejes que te robe —susurró Sinclair en su oído mientras se colocaba al lado de su esposa y sonreía complacido en dirección a un hombre que ya no lucía una sonrisa tan amplia como antes, sino otra que mostraba lo molesto que se sentía al no recibir la atención de todas las damas del lugar con esos encantos que solía usar para encontrar y explotar la debilidad de otros.

* * *

Keir MacClane sentía un gran interés por la mujer de Sinclair MacGregor, una guerrera bastante astuta que, para su asombro, era inglesa. Cuando sus hombres encontraron a una madura dama inglesa cruzando sus tierras junto a unos caballeros disfrazados de sirvientes a modo de escolta, supo de inmediato que esa era una de las visitas acerca de las que Sinclair le había advertido.

MacClane podría haberse limitado a hacerla vigilar desde lejos mientras atravesaba su territorio y mandarle un simple mensaje a Sinclair, pero prefirió forzar una razón para que ese guerrero visitara sus tierras y trajera consigo a la mujer que había llamado su atención.

Para su asombro, la sonrisa que solía hacer caer a todas las mujeres a sus pies no había tenido el menor efecto sobre la dama que había recogido y a la que le había brindado la hospitalidad de su casa, una que todavía lo miraba con recelo. Y, para mayor escarnio, su cautivadora sonrisa tampoco había servido de nada con la hija de esa mujer, que ignoró su encantador gesto prefiriendo los gruñidos de su marido escocés.

Sinclair, conocedor de la reputación de Keir, no había tardado en advertirle con la mirada que no le importaría declararle la guerra con tal de alejarlo de su esposa, advertencia que Keir ignoró mientras contemplaba con ambición a esa mujer de la que intentaría apoderarse con alguna de sus tretas.

Todos los MacClane fueron testigos de cómo el temido Lobo Negro se convertía en un dócil cachorrillo en manos de su esposa y creyeron que esa era una debilidad que podrían llegar a explotar.

Mientras Keir los recibía con sus mejores modales, pensó que separar a esa pareja no sería sencillo, pero tampoco algo imposible. Había muchas mujeres en su clan que deseaban a un guerrero como Sinclair. Solo tenía que buscar una oportunidad para que surgieran

los celos en Cassandra, de modo que la esposa despechada decidiera pagarle al marido con la misma moneda.

Él conocía a muchas mujeres y, ya fueran inglesas o escocesas, cuando se las hería con una infidelidad, ellas respondían de la misma manera. Los malentendidos conseguían que las parejas se distanciaran y la traición hacía mella en esa confianza, que luego era muy difícil de recuperar, por lo que, incapaz de aguardar más para tratar de separar a esos dos, Keir interrumpió sus amorosos cuchicheos mientras desplegaba una vez más sus encantos esperando que en esta ocasión no pasaran desapercibidos para esa mujer.

—Me alegro de que al fin hayas llegado a mi tierra, Sinclair. Tanto tú como tu esposa sois bienvenidos a mi hogar. He dispuesto que se celebre un banquete en vuestro honor y he ordenado preparar una habitación donde podréis descansar del largo viaje que…

—Solo he venido a recoger lo que me pertenece y, en cuanto lo tengamos, nos marcharemos de tus tierras —lo interrumpió él bruscamente, mostrándole que no estaba dispuesto a darle la oportunidad de interponerse entre él y su esposa.

Pero la oportunidad apareció más pronto de lo que Keir pensaba cuando la esposa de Sinclair lo miró preocupada antes de colocarlo inadvertidamente entre la espada y la pared con una pregunta que hizo saber a Keir que esa dama ignoraba la razón de ese viaje.

—¿Sinclair? ¿Qué es lo que tiene Keir MacClane en su poder que te pertenece?

Cuando Sinclair le dirigió una mirada furiosa a Keir antes de proferir un gruñido, este comenzó a buscar una debilidad en esa pareja.

—Sí, Sinclair, ¿por qué no le cuentas a tu esposa qué es lo que tengo en mi poder que te pertenece? ¿O quizá debería decir que le

pertenece a ella?

—¿Sinclair? —insistió Cassandra, cada vez más preocupada por las palabras de Keir.

Finalmente Sinclair respondió acogiendo a su esposa entre sus brazos para luego separarla de él y anunciarle la verdad.

—Escúchame bien, Cassandra: lo que tienen los MacClane en sus tierras es a tu madre.

—¡¿Qué?! ¡Sinclair, ¿cómo has podido ocultarme la razón de este viaje?! ¡¿Cuándo pensabas contarme que Keir MacClane había secuestrado a mi madre?!

—No la ha secuestrado. Simplemente la atrapó cuando pasaba por sus tierras, sin duda para pedirme una compensación —intentó explicar él mientras mesaba nerviosamente sus cabellos—. A menudo, los jefes de los diferentes clanes no se muestran muy contentos con que alguien irrumpa en sus tierras sin solicitar el debido permiso y suelen responder de esta manera, reclamando más tarde una compensación al clan al que pertenecen.

—Debo admitir que no me habría fijado en ella de no habernos advertido con antelación de las diferentes invasiones inglesas que íbamos a sufrir, Sinclair —intervino Keir, intentando sembrar cizaña entre él y su esposa—. Supongo que esta será la invasión amiga que mencionaste, mientras que la enemiga que esperamos aún estará por llegar… Aunque he de decir que, por el fiero comportamiento que ha mostrado esa dama, me ha hecho dudar en más de un momento.

—¡¿Qué?! ¡¿Sabías que mi madre vendría a verme y no me dijiste nada?! —increpó Cassandra a su marido, sin importarle mostrar en público su descontento hacia su esposo por todas las cosas que le había ocultado.

—Sí…, no… —balbució Sinclair intentando disculparse, hasta que, tras soltar un suspiro de resignación, decidió simplemente decir la verdad—. Hace un mes, tu padre me hizo llegar una misiva anunciándome que acudiría a mis tierras para hablar sobre nuestra boda. Por eso les hablé a los jefes de los diferentes clanes sobre su inminente visita, para que no levantaran las armas contra él.

»Más tarde, hace una semana, recibí otra carta de tu padre avisándome de que se había visto obligado a postergar su viaje porque aún tenía que solucionar muchos asuntos en su hogar antes de venir hacia aquí. Ahí mismo me notificaba que tu madre llegaría antes que él, y me recordaba que todavía teníamos una conversación pendiente.

—¿Por qué no me contaste antes la razón de este viaje, Sinclair? —preguntó Cassandra, sintiéndose herida ante sus mentiras.

—Porque no quería que te preocuparas demasiado, hasta el punto de cometer alguna de las locuras que te caracterizan. Tu madre está bien y esto será una negociación pacífica entre los jefes de dos clanes.

—Creía que luchábamos juntos, Sinclair, pero, al parecer, tú no confías en mí ni me consideras una igual: tú combates solo tus batallas y no me dejas tomar ninguna decisión.

—¡Solo quería protegerte, Cassandra! ¡Siempre te arriesgas demasiado intentando proteger a todos, y eso a veces está fuera del alcance hasta de un fuerte guerrero, por lo que más aún en el caso de una mujer…! —gritó Sinclair, dándose cuenta de su error solo cuando esas furiosas palabras habían salido de su boca, ya que, quisiera admitirlo o no, su esposa había protegido a muchos de los suyos.

—Nunca creí que el niño que luchó junto a mí en más de una batalla y que fue mi compañero me tratara de esa manera, y todavía

menos después de salvar su cuello cuando decidió hacerme una inesperada visita.

—Cassandra, yo… —dijo Sinclair tratando de excusarse mientras dirigía una mano hacia ella, una que Cassandra evitó antes de fijar sus fieros ojos en él.

—¡No quiero oír más mentiras ni excusas de tu boca, Sinclair! Solo quiero saber una cosa: MacClane ha mencionado que otro inglés pisaría estas tierras y sería declarado como enemigo. Si no se trata de mi padre, ¿quién es?

Él cerró sus puños, negándose empecinadamente a contestar, negándose a reconocer cuándo había perdido una batalla y debía ceder.

Keir, por su parte, viendo su oportunidad cuando los ojos de Cassandra pasaron de su marido a él, no dudó en darle la respuesta que buscaba.

—He oído que lord Archibald Birmington está preparándose para venir a tierras escocesas y recuperar algo que cree que le pertenece.

—Gracias por su sinceridad, mi señor, pero yo no pertenezco a nadie —replicó Cassandra a la vez que ejecutaba una reverencia de gratitud hacia Keir MacClane y alzaba beligerante la mirada para enfrentarse tanto a su marido como a su anfitrión al tiempo que reclamaba una vez más su libertad—. Ahora, si me disculpa, me gustaría que me llevase junto a mi madre mientras discute con el jefe del clan MacGregor sobre su compensación. Espero que tenga en cuenta mientras lo hace que mi madre solo se ha adentrado en su territorio porque la embarga la preocupación maternal por su hija y por este precario matrimonio que aún está a prueba.

—Lo tendré en cuenta en mi negociación —convino Keir mientras ordenaba con un simple gesto a dos de sus hombres que se aproximaran—. Acompañad a la dama para que se reúna con su

madre y mostrad con ella los mejores modales. ¡Quién sabe! Tal vez, después de disfrutar de mi hospitalidad, la señora quiera prolongar su estancia entre nosotros… —ordenó Keir, para a continuación dirigir una sonrisa complacida hacia Sinclair, provocando así su mal humor.

—Cassandra, nos casamos en Inglaterra y después celebramos un *handfasting* en Escocia para que no quedara duda alguna acerca de nuestra unión —manifestó Sinclair, reclamando a su mujer para que los ojos de MacClane no se fijaran en ella.

Los pasos de la joven se detuvieron durante un momento para enfrentarse furiosamente a su marido una vez más.

—Me casé bajo las órdenes del representante del rey en una ceremonia precipitada para la que nadie estaba preparado. Y lamento decirte que mi rey es un hombre inconstante que a menudo cambia de opinión si los enlaces de sus vasallos no le convienen.

»En cuanto a nuestra ceremonia en Escocia, creo recordar que está a prueba, según me dijiste, y que el lazo que nos une puede romperse en cualquier momento. Es posible que lo haga por el peso de tus mentiras.

Las palabras de Cassandra hirieron a Sinclair más que cualquier arma, un momento del que Keir disfrutó intentando disimular su satisfacción detrás de una amable invitación hacia él para compartir un trago de su mejor licor.

Y, al mismo tiempo que veía cómo Sinclair intentaba ahogar su dolor y ocultar su enfado en el alcohol, Keir reflexionaba sobre cuál podría ser su siguiente movimiento para ganar, no solo esa negociación con él, sino también a una mujer.

* * *

—¡Ay! ¡Ay! ¡Mamá, este no es el trato que esperaba que le dieras a tu hija después de tanto tiempo sin vernos, sobre todo cuando vengo a salvarte! —se quejó Cassandra, logrando que finalmente la mujer soltara su sonrojada oreja.

—¡No necesito que nadie me salve! ¡Y este es el trato que recibes cuando compruebo que durante el tiempo que has estado fuera de casa has olvidado todas tus enseñanzas y no te has comportado como una dama! ¿Te haces la menor idea de lo preocupada que he estado por ti? ¡Primero llevas a cabo un alocado plan del que se te olvidó contarnos muchos detalles, entre ellos, tu encierro en las mazmorras! ¡Luego me entero de que te casan con Sinclair, un hombre que, gracias a Dios, te alejó del peligro de los Birmington! ¡Y cuando creo que al fin puedo tener algo de paz en mi vida sabiendo que mi hija está lejos de las disputas y las guerras, oigo una pegadiza cancioncilla que relata que ella ha comenzado la suya propia en territorio escocés!

—Mamá, todo tiene una explicación —dijo Cassandra, haciendo que su madre se cruzara de brazos mientras la fulminaba con la mirada y la apresuraba a darle esa justificación.

—¡Oh! ¡Maravilloso! ¡Todo tiene una explicación! De acuerdo, muy bien: oigamos cuál es tu excusa para justificar el reprochable comportamiento que has mostrado en esta tierra.

—Está bien… Pues, verás…, me provocaron… —declaró Cassandra finalmente, consiguiendo que su madre se acercara a ella con la intención de tirarle de nuevo de la oreja, hasta que Cassandra se apresuró a contarle la verdad—. ¡Lo hice para proteger a una mujer que huía de los abusos de su marido! Mairi me recordó lo que me habría pasado a mí si no hubiera sido capaz de romper mi compromiso con Archibald. La vi sola, maltratada y sin que nadie escuchara lo que tenía que decir ni lo que deseaba, y me vi a mí

misma reflejada en ella, mamá. Quise protegerla y darle la fuerza que necesitaba para protegerse ella misma y lo conseguí, poniendo en práctica tus enseñanzas y las de mi padre… Aunque, por lo visto, las consecuencias fueron una guerra.

—Hija, no puedes protegerlos a todos —dijo Marion, estrechándola fuertemente entre sus brazos.

—Lo sé, pero puedo intentarlo —respondió Cassandra, devolviéndole a su madre ese abrazo que tanto necesitaba.

—Tú no eres como ella, no estás sola y nunca lo estarás. En Inglaterra me tenías a mí, a tu padre, a William y a tus siervos, que siempre te defenderían aunque tú prefieras defenderlos a ellos. Y aquí tienes a Sinclair, que te adora, y estoy segura de que atraerás a muchas más personas que te seguirán. No te lances tú sola a la batalla poniéndote en riesgo, hija mía, cuando hay muchas personas que se preocupan por ti. Y ahora dime, ¿dónde está tu esposo, un hombre con el que tengo que mantener una larga conversación?

—No quiero hablar de él ahora mismo, mamá. Es un mentiroso. Me ocultó el motivo de nuestro viaje hasta que llegamos, y he tenido que enterarme por Keir MacClane de que tú estabas aquí y de que Archibald insiste en perseguirme a pesar de que me perdió hace mucho tiempo.

—Archibald siempre ha sido un hombre avaricioso. En cuanto al comportamiento de Sinclair, estoy segura de que se debe a que quiere protegerte. No tengo ninguna duda de que te habrías comportado de forma imprudente si te hubieras enterado de que MacClane me retenía, y no quiero ni imaginar qué podrías haber llegado a planear de haber sabido antes de mi llegada y de las intenciones de tu exprometido.

—¡Es mi esposo! ¡Su deber es contarme lo que ocurre y…!

—No, hija: su deber es protegerte como ha hecho. ¿Acaso tú has contado con la opinión de otros antes de lanzarte ciegamente a alguna de las batallas que has urdido con tus artimañas?

—¡Pero Sinclair y yo somos diferentes: él es un guerrero, y yo…! —comenzó a decir Cassandra mientras contemplaba sus débiles manos, que la obligaban a luchar de un modo distinto al de un fuerte guerrero.

—La preocupación que siente Sinclair por ti no es diferente de la que sientes tú por todos aquellos a los que intentas proteger. Incluso es mayor, ya que es más que evidente que ese hombre te ama desde que era un mocoso.

—Sinclair no puede amarme —dijo Cassandra, espantada con ceder ante los sentimientos que él siempre le confesaba, ya que creer en ese amor la ataría fuertemente a él.

—Ya, claro que no… ¿Puedes decirme entonces por qué motivo venía cada año a nuestras tierras? ¿O por qué volvió después de tantísimo tiempo?

—Vino para reclamar el premio que mi padre le prometió al suyo.

—Cierto. Y dime, querida, ¿qué fue lo que reclamó como premio ese escocés?

—A mí, ¡pero eso solamente fue para salvarme de la delicada situación en la que me hallaba en ese momento!

—¿De verdad eres tan ilusa de creer que Sinclair no venía a nuestro hogar con esa idea en mente desde antes siquiera de cruzar la frontera entre nuestras tierras? Hija mía, tú creaste tu plan de batalla y Sinclair el suyo: él te habría reclamado de todos modos, con independencia de tu situación. Esta solo lo animó a acelerar sus intenciones.

—No es posible, mamá. Sinclair se casó conmigo en Inglaterra, pero no le dio demasiada importancia a ese matrimonio y se limitó a

atarme a él en un enlace de prueba en cuanto llegamos a Escocia, pero me prometió mi libertad después de un año y un día.

—Ese hombre es bastante previsor. Se ha cubierto las espaldas ante los posibles cambios de humor de nuestro rey y ha realizado un enlace del que ninguno de los suyos podría dudar si nuestro rey le falla. En cuanto a la promesa de liberarte, creo que se ha concedido un largo plazo de tiempo para conquistarte.

—No voy a enamorarme de Sinclair, mamá. Yo tengo demasiadas responsabilidades, demasiadas personas a las que proteger.

—No, no las tienes. Ya no eres una Morrison, sino una MacGregor, y gracias a tus tretas has conseguido que todos estemos a salvo. William protegerá nuestras tierras cuando faltemos tu padre y yo. Ahora tan solo tienes que preocuparte por cuidar de ti y de nadie más —le recordó Marion a su hija, intentando liberarla de la dura carga que siempre había tenido sobre sus hombros, dándole la opción de amar al hombre que siempre la había querido—. Cassandra, nada te impide amar a Sinclair y crear una vida nueva a su lado.

—Aún no sé si amo a Sinclair… ¿Y si me equivoco al elegirlo? —declaró Cassandra, mostrando en su rostro miedo a estar atada a un hombre como lo había estado a Archibald durante tantos años.

—Sinclair no es Archibald, él no te fallará. En cuanto a tu afirmación de que no sabes si lo amas, ambas somos conscientes de que es una gran mentira que te cuentas a ti misma para no ceder ante lo inevitable que vemos todas las personas que te rodeamos: Cassandra, quieras admitirlo o no, amas a ese hombre —declaró Marion, haciendo que su hija viera la realidad en medio de los confusos sentimientos que se agolpaban en su corazón—. De acuerdo, ahora que has comprobado que estoy bien, ¿por qué no vas a ver a tu marido y aclaras unas cuantas cosas con él antes de

regresar a tu nuevo hogar? —dijo a continuación, dándole un último empujón a su hija para que perdonara al hombre al que amaba.

Cuando Cassandra la miró, en esta ocasión no mostraba dudas, sino una gran determinación de hablar con Sinclair. Que Cassandra confesara sus sentimientos hacia ese hombre o no tan solo dependería de lo que él dijera.

—Espero que en esta ocasión digas las palabras correctas… —rogó Marion en voz baja cuando su hija hubo abandonado la estancia, deseando que no apareciera ningún nuevo impedimento ante esa pareja en la que ambos eran expertos en la lucha, pero unos auténticos principiantes en el amor.

Capítulo 17

—¡Te juro, Cassandra, que no es lo que parece! —exclamó Sinclair mientras intentaba quitarse de encima a algunas de las mujeres medio desnudas que se pegaban a su cuerpo al tiempo que trataba de despejar su obnubilada mente del alcohol que Keir MacClane le había suministrado en abundancia para que brindara con él mientras efectuaban las negociaciones para liberar a lady Marion.

—¡Ah! ¿Entonces no estabas disfrutando del alcohol a la vez que eras agasajado por esas mujeres? —lo encaró Cassandra con una airada mirada que hizo que las demás mujeres se apresuraran a salir de esa habitación aunque aún no hubieran terminado de recomponer sus ropas.

—No… —negó Sinclair, recibiendo una afilada mirada de su esposa que no dudó en señalar las marcas de besos de mujer en su pecho —. Bueno, sí disfrutaba del alcohol pero no de las mujeres. Creo que ellas entraron en la estancia cuando había bebido mucho y mi cuerpo comenzaba a ceder, adormeciéndome con la bebida. Yo no quiero a ninguna mujer que no seas tú.

—Ya… ¿Y pretendes que te crea cuando todo en esta habitación me demuestra que eso sería un tremendo error?

—¡Te doy mi palabra de que, desde que me casé, nunca he mirado a otra mujer que no fueras tú y de que no fui yo quien buscó a estas! —declaró Sinclair, poniéndose frente a su esposa y enfrentándose a sus acusaciones.

—La palabra de un hombre que me ha mentido en más de una ocasión no vale mucho —replicó Cassandra, recordándole así todos sus errores, mostrándole que la poca confianza que había conseguido de ella la estaba perdiendo en esos instantes.

—¡Te juro que tú eres la única mujer que he amado en mi vida y que nunca haría nada que pudiera suponer que te perdiera, Cassandra! —declaró Sinclair, cogiendo a su esposa entre sus brazos para que no pudiera escapar de esas palabras que reclamaban su amor.

—Y, aun así, me has perdido —manifestó la joven fríamente, devolviéndole una fiera mirada a su esposo al tiempo que colocaba las manos sobre su pecho para apartarlo de ella.

—¡Nuestro período de tiempo todavía no ha terminado! —gritó él cuando vio que Cassandra pretendía alejarse nuevamente de él.

—Estaba a prueba y no la pasaste, Sinclair —manifestó ella. Y cuando él intentó volver a abrazar a su esposa se encontró con el filo de una daga que conocía demasiado bien apuntando a su corazón—. Vuelvo a casa, y no hay nada que puedas hacer para impedirlo.

—¡Te reclamé como mi premio! —señaló él desesperadamente, tratando de ganar tiempo y que Cassandra se quedara a su lado, aunque fuera solamente por el valor de una promesa.

Pero esa astuta dama no permitía que nadie jugara con ella.

—Y yo te dejé que lo hicieras porque me convenía, pero no te has ganado que siga a tu lado. No te has ganado mi amor, y la única forma de que me quede a tu lado es que consigas que te ame, tanto a ti como a estas tierras —contestó ella con lágrimas en los ojos de las que apenas se percataba que estaba derramando.

Sinclair, más herido por las lágrimas de dolor de su mujer que por las acciones con las que lo rechazaba, avanzó hacia ella, haciendo

que Cassandra apartara con rapidez el cuchillo al ver un corte en su piel. Y, acercándose a ella con la confianza que le daba haber vislumbrado lo que sentía, Sinclair le susurró al oído:

—Tú ya me amas, Cassandra.

Ella no negó sus palabras, lo que lo hizo sonreír victorioso a pesar de no haberla oído decir que lo amaba. Sin embargo, esa sonrisa se esfumó del rostro de Sinclair cuando su empecinada mujer anunció:

—Y, a pesar de ello, me has perdido. Espero que tus negociaciones hayan terminado porque, lo quieras o no, mi madre y yo nos marchamos de aquí y volvemos a casa. Tanto mi hogar como mi corazón están en Inglaterra… Me pregunto dónde estarán los de un inconstante escocés como tú, Sinclair.

La firmeza de su afirmación hizo saber al guerrero que nada de lo que dijera o hiciera en esos instantes convencería a su mujer para que atendiera a sus palabras, y mucho menos para que se quedara a su lado, así que, cerrando los ojos, se resignó a guardar silencio por el momento.

Por otro lado, pese a la férrea determinación de Cassandra, Sinclair dudaba mucho de que los MacClane dejaran salir a esas mujeres de sus tierras con facilidad, de modo que su esposa se vería obligada a permanecer todavía allí durante un tiempo. Así pues, confiaba en que, cuando su conversación con el jefe de ese clan terminara, él dispondría de una nueva oportunidad para que Cassandra lo escuchara. No obstante, en ese momento quiso dejarle algo claro que él sabía desde la primera vez que la vio.

—Mi hogar está donde tú estés, Cassandra, y mi corazón siempre estará contigo —declaró antes de que ella se marchara de la estancia, haciéndola dudar de sus pasos por un segundo.

Sin embargo, la joven se recompuso rápidamente y siguió su camino sin mirar atrás.

Sinclair vio cómo se alejaba y, como siempre hacía desde niño cuando se equivocaba, planeó una nueva estrategia para tratar de conseguir su corazón. Por lo pronto, le dirigió una sutil señal a uno de sus hombres para que la siguiera en la distancia y luego se apresuró a buscar al jefe de los MacClane, que había desaparecido demasiado rápido de esa estancia como para que Sinclair no sospechara que ese movimiento no hubiera sido uno de los descabellados planes de ese libertino, para hacerlo quedar mal ante su esposa con la intención de arrebatársela.

Tras emitir un fuerte silbido, Sinclair llamó a un fiero lobo negro al que nadie pudo detener. Y cuando Sombra estuvo a su lado, él declaró con una despiadada sonrisa que todos sus rivales habían temido en el campo de batalla:

—Comencemos la caza.

Acto seguido, como si hubiera comprendido al pie de la letra las palabras de su amo, el lobo profirió un fuerte aullido de advertencia que hizo temblar a todo aquel que se encontraba en su camino.

* * *

Cassandra había tardado un poco en despistar al hombre que Sinclair había mandado para que la vigilara. Por suerte, no se trataba de uno de los más cercanos a él, por lo que había sido fácil engañarlo con alguna de sus argucias porque en esos instantes no quería tener a nadie cerca.

Cassandra sentía que la herida que le había hecho Sinclair con su traición le dolía más que cualquiera que hubiera sufrido en su cuerpo con el duro entrenamiento que solía imponerle su padre cuando ella había insinuado que quería ser un guerrero.

El dolor que le había infligido su padre, para hacerla desistir de su empeño, no era nada comparado con lo que dolía haber visto al hombre que amaba con otra mujer o, mejor dicho, con otras mujeres.

En el instante en el que Cassandra abrió la puerta del salón que le indicaron los criados, y entró emocionada y ansiosa por revelarle al fin a Sinclair que lo amaba, sus palabras se congelaron en sus labios y su corazón se le partió en mil pedazos al ver a unas mujeres bastante ligeras de ropa que acariciaban y besaban a su marido sin que este se resistiera.

Esas mujeres tocaban con descaro el cuerpo de Sinclair. Dos de ellas se encontraban sentadas a ambos lados de él y metían las manos por su abierta camisa, acariciando un pecho que solo ella tenía derecho a acariciar, mientras la tercera, a sus pies, no cesaba de servirle una bebida y rellenar su copa, mostrando cuánto estaba disfrutando ese hombre de su compañía.

Era cierto que Sinclair parecía adormilado en el sillón sobre el que reposaba, pero también lo era que de sus labios salían gemidos de placer que solo Cassandra tenía permitido oír mientras él fuera su esposo.

Su grito indignado había conseguido que él abriera los ojos, se apresurara a apartar a esas mujeres y le ofreciera unas patéticas excusas muy difíciles de creer, sobre todo porque no era la primera vez que le mentía.

El dolor y la ira causados por esa traición la habían cegado y, finalmente, sin querer escuchar nada, Cassandra se había marchado decidida a regresar a su hogar, a pesar de que, tras oír las palabras de Sinclair, dudaba que este estuviera ahora en Inglaterra.

Como siempre ocurría cuando se ponía nerviosa, caminó de un lado al otro del pasillo, ignorando si su madre la apoyaría o no en su

decisión. Y, mientras intentaba calmarse, un hombre asió uno de sus brazos, lo que provocó que se pusiera en guardia ante el nuevo peligro que, neciamente, no había visto venir.

—Si ha roto el matrimonio con Sinclair, señora mía, quedará libre para que otro hombre de esta tierra pueda reclamarla en un nuevo enlace —dijo Keir MacClane, muy seguro de sí mismo, haciendo que ella retrocediera hasta que su espalda chocó con la pared.

—No soy escocesa, sino inglesa, por lo que nadie de estas tierras puede reclamarme. Aunque tampoco creo que haya muchos hombres que quieran hacerlo.

—No debería dudar de sus encantos, querida: hacen que muchos hombres se olviden de que no es una fiera escocesa —declaró Keir, acercándose más a ella, acariciando su rostro con una de sus fuertes manos, mientras una altiva mirada lo desafiaba a la vez que él la acorralaba con su cuerpo contra la pared o, por lo menos, creía que la había acorralado—. Estoy seguro de que la mano adecuada puede domar correctamente a una mujer que aún no ha aprendido cuál es su lugar —añadió mientras alzaba violentamente el rostro de Cassandra con una mano para intentar besarla, hasta que se percató de que una afilada daga rozaba amenazadoramente su virilidad.

—Mi lugar está donde yo decida. Y ahora, estimado MacClane, será mejor que me suelte antes de que se me resbale el cuchillo y lo deje sin posibilidad de tener descendientes.

—De acuerdo, me alejaré —dijo Keir, soltándola y dando unos precavidos pasos hacia atrás—. Pero, dígame, ¿cómo piensa escapar de mí? ¿Acaso le pedirá ayuda a su marido o a alguno de sus hombres…? —preguntó, creyéndose vencedor, hasta que Cassandra interrumpió su victorioso discurso con un potente silbido.

Y, ante el asombro del jefe de los MacClane, una gran loba blanca apareció a la carrera por el pasillo para interponerse entre su ama y

él, mostrando sus fieros dientes.

—Yo me basto y me sobro para salir de este lugar por mi propio pie y sin ayuda de nadie. Creo que debería advertirles a sus hombres para que no intenten nada contra mí, porque, si Luna ve algún movimiento sospechoso a mi alrededor, no dudará en atacar. Ella se mueve por instinto, por lo que no podré contenerla si lo percibe como un enemigo.

—Tendré en cuenta su consejo, pero tenga usted en cuenta el mío: no le resultará sencillo salir de esta tierra —declaró Keir al tiempo que se alejaba aún más con los brazos alzados en señal de rendición, sin efectuar ningún movimiento brusco que pudiera incitar a ese fiero animal a que se abalanzara sobre él.

—Le agradezco su preocupación por el viaje que mi madre y yo emprenderemos en breve, pero no se inquiete: tanto ella como yo volveremos a casa por nuestros propios medios. Y puesto que ni mi madre ni yo tenemos ninguna disputa con su clan, espero que se encargue de discutir con Sinclair la compensación que deba recibir por haber atravesado sus tierras. Ahora, si me disculpa, tengo que encargarme de los preparativos para mi marcha.

—Entonces, ¿piensa romper la promesa que le ha hecho a su esposo? —preguntó Keir, sintiendo curiosidad por saber si esa mujer se alejaría de esas tierras para siempre o le concedería a su esposo otra oportunidad.

—No, Sinclair ya la rompió por mí cuando, siendo mi marido, permitió que otras mujeres se acercaran a él. Pienso que en este tipo de enlaces no es solo el hombre el que tiene derecho a rechazar ese matrimonio, sino ambos contrayentes. Y como yo elijo también, no quiero a mi lado a alguien que me mienta o me traicione.

—Cuando Sinclair se dé cuenta de que se ha marchado, irá tras usted.

—Lo sé, pero en esta ocasión no podrá hacer nada para convencerme de que me quede junto a él.

—Muy bien. ¿Tiene algún mensaje para su marido?

—Solo adiós —declaró Cassandra tajantemente, mirando desafiante a ese hombre.

Keir, sabiendo que había perdido y que Cassandra era una mujer a la que nunca conseguiría con sus tretas, se lamentó de haber llevado a cabo uno de sus planes, cuyas consecuencias habían acabado por alejar a esa mujer única de Escocia.

—¿Podría darme un mensaje con el que Sinclair no acabe exigiendo mi cabeza?

—No —negó la joven, sonriendo con malicia a ese hombre y haciendo que Keir se diera cuenta de que ella era consciente de que habían sido sus artimañas las que la habían llevado a discutir con Sinclair, por lo que Cassandra pensaba que lo menos que se merecía Keir MacClane era enfrentarse a la ira de ese furioso escocés.

—Entonces le deseo una buena partida, mi señora, y que, decida lo que decida, encuentre el hogar que tanto anhela —manifestó él, dejando escapar a una presa de la que nunca pudo imaginar que fuera tan peligrosa como el temido Lobo Negro, al que nadie, ni en Escocia ni en Inglaterra, podía olvidar cuando comenzaba una batalla.

* * *

La sonrisa que le dirigía Sinclair al jefe de los MacClane era bastante despiadada mientras, con un irónico tono de voz, le advertía de las consecuencias que le traería haber jugado con él.

—Keir MacClane, me dispongo a devolverte de inmediato la amable muestra de hospitalidad que me has dedicado al recibirme

en tu hogar. Indudablemente, en estos instantes tú también vas a perder algo importante… —manifestó Sinclair amenazadoramente a la vez que su lobo acorralaba al hombre contra la pared, gruñendo con más intensidad de lo que solía hacer normalmente contra cualquier enemigo.

—¿Te atreves a amenazarme en mi propia casa?

—Tú te has atrevido a jugar conmigo.

—No soy yo el que ha bebido sin medida hasta caer casi inconsciente en un sillón.

—Pero sí eres tú el que me envió a esas mujeres en el momento preciso para que mi esposa lo malinterpretara todo.

—Esas mujeres tan solo querían ofrecerte un agradable recibimiento, y yo únicamente les indiqué dónde podían encontrarte. Lo que ocurriera luego no es responsabilidad mía, sino tuya.

—Mi lobo también quiere ofrecerte un «agradable recibimiento» —dijo Sinclair mientras contemplaba a Sombra olfateando a Keir, percibiendo en el jefe de ese clan algo que lo molestó, haciendo que gruñera más fieramente—. Creo que ha olido que has estado cerca de la loba de Cassandra y eso no le gusta a Sombra: es muy protector con su pareja. Tanto o más que yo con la mía, lo que me lleva a preguntarme: ¿qué hacías cerca de mi esposa? —interrogó Sinclair, tanteando su arma, con lo que Sombra se puso aún más alerta, lo que provocó que MacClane se preguntara si no habría jugado con fuego al intentar meterse en medio de esa pareja.

—¡No pasó nada! ¡Tan solo me encontré a la ofuscada dama en el pasillo y le pregunté qué le ocurría!

A juzgar por la reacción de Sombra, que no tardó en aullar y gruñir con fiereza ante las palabras y el tono de voz de Keir, Sinclair no era el único que intuía que el jefe del clan MacClane estaba mintiendo.

—La loba de Cassandra no acude a ella porque mi esposa se haya molestado a causa de una simple conversación —declaró Sinclair, clavando sus ojos en él y consiguiendo que Keir respondiera con el silencio, ya que la verdad podía hacer saltar a cualquiera de las dos fieras que tenía ante sí directo a su yugular.

Pero, para el asombro de Keir, Sinclair únicamente le sonrió con malicia antes de dejar de tantear su arma y dar un paso atrás al tiempo que le anunciaba con un tono irónico:

—Creo que, imitando tus actos como anfitrión, me lavaré las manos en este asunto y te dejaré a solas con mi lobo para que disfrutes del «agradable recibimiento» que quiere darte.

—¡No puedes comparar las atenciones que has recibido de unas hermosas mujeres con las que podría recibir yo de tu fiero animal! —protestó Keir temiendo por su vida cuando ese hombre comenzó a alejarse—. ¡Está bien, Sinclair! ¡Te diré la verdad! ¡Pero aleja a esa mala bestia antes de que acudan mis hombres y estalle una guerra entre nuestros clanes que ninguno desea!

—Estas son las consecuencias de jugar conmigo, MacClane, algo que ya deberías saber.

—Solo me gusta jugar con las mujeres, Sinclair.

—Lo sé perfectamente, como también esperaba que serías lo bastante inteligente como para comprender que con mi esposa no se juega.

—Puedo asegurarte que he aprendido la lección: a partir de ahora mantendré las distancias con ella.

—¿Qué le hiciste? O tal vez debería preguntarte qué te hizo ella para que cambiaras de opinión —quiso saber Sinclair, mostrando una sonrisa socarrona.

—Intenté acercarme a ella y su respuesta ante mis insinuaciones fue un cuchillo a mi entrepierna y los amenazadores gruñidos de una

fiera y amenazante loba.

—A Cassandra no le gusta que nadie la acorrale.

—Ni siquiera tú, ¿verdad? —preguntó Keir, seguro de que nunca tendría a esa mujer, pero convencido de que Sinclair también la había perdido.

—¿Se ha marchado? —inquirió él, cerrando los ojos ante lo evidente.

—Sí, y, según me ha confesado, la tierra de los MacGregor no era precisamente el destino al que estaba dispuesta a llegar.

—Pretende volver a Inglaterra. Pero con el nefasto sentido de la orientación que tiene, estoy seguro de que acabará perdiéndose en las tierras de otro clan y comenzará una nueva disputa… —declaró Sinclair, más para sí mismo que para el hombre que lo observaba mientras mesaba sus cabellos con nerviosismo—. De acuerdo. Mi visita termina aquí y ahora, MacClane —anunció dispuesto a dejar a un lado esa pelea, ya que tenía cosas más importantes que hacer, como encontrar a su mujer.

—Aún no hemos hablado de la compensación que me darás por haberte avisado de la entrada de un inglés en mis tierras… ¡Incluso acogí amablemente a esa dama hasta que acudiste a reclamarla!

—Estás vivo e intacto, MacClane, considera esa tu compensación… y reconoce que es demasiado generosa después de todos los problemas que me has causado —respondió Sinclair mientras se apresuraba a seguir el paso de su esposa por esas tierras rogando por que aún no hubiera provocado una nueva guerra.

* * *

—A ver si comprendo bien lo que has hecho: en vez de dejarles claro a esas mujeres que Sinclair es tu marido, te fuiste de la

habitación y te negaste a escuchar la explicación de tu esposo ante lo que era una más que evidente encerrona orquestada por Keir MacClane en su intento por separarte de Sinclair para que te quedaras con él. Y ahora, en vez de dirigirnos hacia el hogar del clan MacGregor, donde estarás a salvo, nos dirigimos a la boca del lobo, a Inglaterra, donde el avaricioso hombre que fue tu prometido podrá dar contigo con mayor facilidad —reprendió Marion, que no se había dado cuenta de las intenciones de su hija al salir de las tierras de los MacClane hasta que estuvieron lo suficientemente lejos y Cassandra intentó determinar cuál sería la ruta hacia Inglaterra.

—Mamá, Sinclair tenía a tres mujeres sobre él. Lo estaban besando y él no las rechazaba, no puedo vivir con un hombre mentiroso, y todavía menos con uno infiel —contestó la joven, empecinada en olvidar a ese hombre y regresar a su casa, para lo cual consideraba que una traición era la justificación perfecta.

—Ya… Y dime: ¿qué estaba haciendo Sinclair mientras las mujeres lo besaban?

—Parecía dormido…

—¿No crees que es posible que lo hubieran emborrachado o drogado y que le hubieran hecho creer que todo eso era un sueño?

—Puede, pero ¿por qué no las rechazó?

—Pues porque, seguramente, estaba soñando contigo… Hija, confía en las palabras de tu madre: decenas de mujeres como esas han intentado toda clase de artimañas para llamar la atención de tu padre.

—¿De verdad? ¿Y tú qué has hecho, mamá?

—Lo que tenía que hacer: dejar bien clara desde el principio mi postura como señora de mi casa y esposa de un Morrison —declaró Marion dignamente, atrayendo así la atención de su hija, que esperaba oír una respuesta tan recta y firme como las habituales

lecciones que había recibido por parte de su madre desde que era una niña. Pero, para su asombro, su contestación la escandalizó—: Me senté sobre el regazo de tu padre, imposibilitando que cualquier otra mujer pudiera alcanzarlo, luego lo besé de un modo lo suficientemente ardiente como para que solo pensara en mí y después me bebí su copa para que no abusara más del alcohol del que esa noche abusé yo.

—¡Mamá, ¿cómo pudiste hacer eso?!

—Fácil: porque quiero a tu padre y no me importa dejar atrás mis preciados modales de dama para reclamar su amor. Me arriesgo y lucho por él, y tú, hija mía, eres una gran guerrera en todos los aspectos excepto en el amor, ya que huyes de él al menor contratiempo y no le concedes a ese hombre una oportunidad de amarte. ¿Lo escuchaste al menos?

—No, no quise escuchar sus excusas… Me había ocultado muchas cosas y no quise oír más mentiras.

—Y, claro…, tú nunca le has ocultado nada ni lo has engañado en ninguna ocasión, ¿verdad?

—Bueno, tal vez alguna mentirijilla piadosa y… —comenzó a excusarse Cassandra, recibiendo un irónico alzamiento de ceja por parte de su madre, que la obligó a admitir la realidad—. ¡Bueno, vale! En alguna que otra ocasión no le conté parte de mis planes… ¡pero eso no quita que sus mentiras sean mayores y duelan más! —exclamó Cassandra mientras rememoraba la escena de su marido con esas mujeres, haciendo que le doliera de nuevo el corazón.

—Alejarte de Sinclair para no afrontar lo ocurrido no hará que esas mentiras desaparezcan, sino que pesen cada vez más entre vosotros. No huyas de él, enfréntalo y exígele la verdad que vuestra relación se merece.

—Ya le he dicho que me alejaría de él.

—Entonces Sinclair te perseguirá.

—¿Porque soy el preciado premio que reclamó?

—No, hija: porque te quiere.

—¡Escúchame bien, madre: nada ni nadie me hará cambiar de opinión, no voy a volver con Sinclair! —manifestó Cassandra molesta, hasta que los caballeros que las escoltaban le hicieron señales para que guardara silencio y se escondiera junto a su madre en el hueco vacío de un árbol, mientras ellos ocultaban los caballos y subían hábilmente a las ramas de un árbol para vigilar al enemigo que los perseguía.

El ruido que los caballeros habían oído los llevó a sospechar que el grupo de hombres que se acercaban eran caballeros ingleses y no hombres de las Highlands. Y, en efecto, el tintineo metálico y el brillo de sus armaduras los delataba en medio de ese gran bosque, donde los escoceses no producían sonido alguno que alertara de su presencia antes de aparecer por sorpresa frente a sus adversarios.

Cassandra y su madre permanecieron en silencio temiendo ser descubiertas, especialmente después de que los ingleses acamparan no muy lejos de ese árbol. Pero, gracias a su nefasta suerte topándose de frente con el enemigo, pudieron descubrir cuál sería su próximo movimiento.

Entre los soldados que Archibald había reunido estaban los que siempre lo seguían a la espera de ganar algo de él y los que desconfiaban de un señor que a menudo rehuía las batallas, salvo que se encontraran ante un enemigo fácil de vencer. Estos últimos solían soltar la lengua con facilidad para expresar un sinnúmero de quejas sobre su señor poco digno de confianza.

—¡No puedo creer que nuestro señor haya hecho un trato con un escocés!

—Yo tampoco…, ¡y menos aún que haya ideado un plan tan ruin!

—No me gustan nada este tipo de artimañas sin honor, Wendell: mientras Finn MacNeill atrae falsamente a los guerreros del clan MacGregor con la falsa noticia de un ataque inglés, nosotros atacaremos el castillo de los MacGregor, donde solamente quedarán mujeres, ancianos y niños. No me gustan esta clase de estratagemas.

—Pero ya has oído las órdenes de nuestro señor, Holden: tenemos que provocar el enfado del irascible jefe de ese clan escocés lo suficiente como para que cruce nuestras tierras, venga a nuestro castillo y reclame su venganza sin importarle que estalle una guerra entre escoceses e ingleses. Entonces sería cuando nuestro señor tendría la excusa perfecta para acabar con él.

—Lo que no entiendo es que, si tanto quería lord Archibald a esa mujer, ¿por qué lo estropeó todo tratándola tan mal? Si no hubiera roto su compromiso, nosotros no tendríamos que enfrentarnos a la posibilidad de una guerra, especialmente una contra el temido Lobo Negro.

—¿Has oído hablar del hombre al que nos enfrentamos?

—¡Y quién no! Si ese escocés no te parte en dos con su inmensa espada en el campo de batalla, su lobo acaba contigo con sus fieros mordiscos. No solamente soy yo: al menos la mitad de los soldados tiemblan ante la mención del apodo que se ganó ese MacGregor en la guerra.

—Según dicen, oír el aullido de su lobo era el presagio de que la muerte venía hacia ti —apuntó Wendell temeroso.

Y cuando en el bosque resonó el aullido de un lobo, ambos soldados se levantaron de su lugar con piernas temblorosas.

—Será mejor que nos reunamos con los demás… —propuso Holden antes de salir corriendo y de que su compañero lo siguiera en su precipitada carrera.

—Tu loba es muy oportuna: seguro que te está buscando —susurró Marion mientras salía de su escondite. Y, dispuesta a que su hija admitiera que su corazón no estaba en Inglaterra, sino en Escocia, no pudo evitar provocarla—: Volvamos a casa ahora que podemos movernos con más libertad, ya que, gracias a tu loba, esos hombres estarán demasiado ocupados persiguiendo un fantasma.

Tras sus despreocupadas palabras, la mujer dio algunos pasos antes de que su hija retuviera la manga de su vestido.

—Espera, madre, ¿no vamos a avisar a los MacGregor de los planes del enemigo que hemos descubierto? Debemos decirle a Sinclair lo que Archibald ha dispuesto contra él.

—Hija, si partimos ahora mismo podremos aprovechar la batalla como distracción y regresar a casa con la seguridad de que no llamaremos la atención de nadie. En cuanto a lo de avisar a Sinclair y a los MacGregor, no es asunto tuyo, ya que no lo quieres a él ni a su clan, ¿no? Ellos no son parte de tu familia y, por tanto, no tienes la obligación de protegerlos. Volvamos a casa —expuso Marion, viendo cómo vacilaban los pasos de su hija.

—Mamá, no puedo.

—¿Por qué no? —insistió la mujer, decidida a que su hija confesara lo que sentía tanto por esa tierra como por ese hombre.

—Porque a ellos también tengo que protegerlos.

—¿A quiénes te refieres: a los MacGregor o a Sinclair?

—A todos.

—Entonces es evidente que tanto esta tierra como ese hombre no te resultan indiferentes. De acuerdo: hagamos lo posible para que puedas volver a encontrarte con los MacGregor y con Sinclair.

—¿Cómo lograremos semejante milagro, madre?

—Siendo más listos que Archibald —respondió Marion al tiempo que le mostraba a su hija unas hierbas que llevaba en su bolsa y que

Cassandra sabía que causaban un incómodo malestar en el estómago. A continuación, la mujer señaló las provisiones del campamento que los soldados habían dejado sin vigilancia mientras se preparaban para la que consideraban la amenaza más inminente después de oír el aullido de Luna.

Madre e hija se aproximaron sigilosamente al campamento inglés aprovechando la creciente oscuridad, desoyendo las preocupadas indicaciones de los caballeros que actuaban como su escolta, que continuaban escondidos en lo alto de las ramas de los árboles.

Tras llegar sin inconvenientes junto a los odres que contenían el licor que los soldados solían tomar para entrar en calor en esas frías tierras, Marion y Cassandra disolvieron las hierbas en el fuerte líquido, lo que permitiría que el amargo sabor de las hierbas pasara desapercibido. Una vez que todos los odres estuvieron adulterados, Marion continuó exponiendo su estrategia.

—Esto los retrasará durante un tiempo, dándonos ventaja para llegar a los MacGregor y planear una estrategia adecuada. En cuanto a los caballeros que nos acompañan, enviaremos a uno para avisar a Sinclair y el otro hará lo propio con tu padre: él sabrá cómo tratar con un lord insurrecto que quiere provocar una nueva guerra entre Escocia e Inglaterra contraviniendo los deseos de nuestro rey, que por ahora solo quiere paz. La presencia de tu padre aquí provocará que los soldados de Archibald desistan de alzar las armas contra los MacGregor.

—Pero ¿sabrá padre cómo tratar con un escocés?

—Hija, no olvides que tu padre lleva años recibiéndolos abiertamente en nuestra casa durante los momentos de paz.

—Replantearé mi pregunta: ¿sabrá padre cómo tratar con Sinclair?

—No lo sé, todo dependerá de cómo sea su reencuentro con ese hombre y de si tu esposo pronuncia las palabras correctas para

aplacar a un padre enojado.

—Sinclair no es dado a encontrar las palabras correctas en una conversación —dijo Cassandra, dudando de que tal reencuentro fuese muy civilizado.

—Entonces recemos por que no se encuentren antes de que nosotras estemos presentes para suavizar las tensiones o porque, si lo hacen, no tengan tiempo para esa conversación. En cualquier caso, ahora debemos apresurar nuestro paso antes de que los soldados de Archibald dejen de temer a un fantasma y regresen —anunció Marion con una maliciosa sonrisa mientras recordaba los efectos que tendrían esas plantas en los hombres a los que pretendían retrasar.

Capítulo 18

Cassandra y Marion galoparon con celeridad sobre sus caballos mientras los soldados ingleses se hallaban demasiado ocupados con su malestar como para prestar atención a otra cosa que no fuera encontrar un lugar apartado donde aliviarse.

Tras asegurarse de que estaban lo bastante alejados de los soldados, lady Marion discutió con Tom y Josh, los leales caballeros que siempre la habían servido, y finalmente consiguió que cedieran ante sus exigencias con gran reticencia. Los soldados se separaron de las damas para entregar los apremiantes mensajes de esa mujer a su marido y a un temido escocés. Tras su partida, lady Marion y Cassandra comenzaron a acelerar nuevamente su galope hacia la tierra de los MacGregor, rezando a lo largo del camino para que los MacNeill no hubieran llevado a cabo todavía su plan, por el que ya no quedaría ningún guerrero en ese lugar.

Cuando llegaron con sus monturas al borde del agotamiento, sin apenas recuperar el aliento, fueron recibidos por Malcolm, que contempló a ambas damas con visible confusión, y más todavía debido al hecho de que Cassandra regresaba sin la compañía de su hijo, cuando se había marchado con él.

—¡Malcolm, dime que no les hemos ofrecido la ayuda de nuestros hombres a los MacNeill! —exclamó Cassandra mirándolo con impaciencia, sin permitirle exponer ni una sola de las preguntas que rondaban por su cabeza.

—Pese a la tradicional enemistad que suele enfrentar a los distintos clanes en estas duras tierras, una petición de auxilio ante una invasión no se ignora nunca…, especialmente cuando el enemigo es un inglés. Y es posible que ese inglés en concreto invadiera las Highlands por nuestra culpa —respondió Malcolm, confirmando que sí había mandado ayuda a ese clan a pesar de que con anterioridad les había declarado la guerra a los MacGregor.

—¡Maldición! ¡Es una trampa, Malcolm! —exclamó lady Marion, dejando que fuera su hija quien terminara por ella las explicaciones.

—Mi madre tiene razón. El clan MacNeill se ha confabulado con Archibald para dejar el castillo de los MacGregor sin hombres que lo defiendan del ataque de los caballeros ingleses. Mi antiguo prometido busca provocar a Sinclair para que levante sus armas contra un señor inglés, iniciando así una nueva guerra.

—¡Hum! Sabiendo cómo suelen funcionar este tipo de intrigas, puedo asegurarte que los ingleses echarán la culpa a un clan escocés y el clan escocés a los ingleses, mientras que Sinclair simplemente luchará contra todos molestando a nuestro voluble rey, que no tardará en condenar de nuevo a todos los escoceses, sean culpables o no —señaló lady Marion, recordando los movimientos de algunos nobles ingleses cuando querían librar sus manos de culpa y hacer que esta recayera en otros.

—Los guerreros MacGregor ya han salido de nuestras tierras, y aunque seamos capaces de hacerles llegar mensajes acerca de la encerrona de los MacNeill, tardarán en volver. ¿Dónde está Sinclair?

—Tuve una discusión con él, así que posiblemente esté camino de Inglaterra para buscarme —contestó Cassandra, haciendo que Malcolm comenzara a preocuparse cada vez más por el destino que les esperaba.

—No te inquietes: no llegará muy lejos antes de toparse con mi marido —intervino lady Marion, intentando eliminar la inquietud del rostro de ese padre preocupado.

—Lady Marion, eso no me tranquiliza lo más mínimo —respondió Malcolm al recordar cuán furioso podría estar ese inglés después del modo en que Sinclair se había hecho con su hija.

—Wayne no hará nada, Malcolm. Todos éramos conscientes del premio que tu hijo reclamaría más tarde o más temprano. Tal vez lo reprenda por la forma en que llevó a cabo esa reclamación, pero estoy del todo segura de que la sangre no correrá entre ellos, y menos después de que reciban los mensajes que les he enviado por medio de los hombres que me escoltaban, en los que les relato la situación en la que nos encontramos —intentó calmarlo lady Marion mientras Cassandra, por su parte, comenzaba a correr de un lado para otro seguramente ideando alguno de sus descabellados planes.

—¿Cuánto tiempo tenemos para prepararnos antes de que llegue el enemigo? —inquirió Malcolm.

—Puede que dos o tres días, en función de lo que dure el efecto laxante de las hierbas con las que adulteramos su bebida y de lo que tarden en darse cuenta esos soldados de qué es lo que provoca su malestar.

—No tendremos suficientes guerreros. Mandaré misivas urgentes a los clanes más cercanos pidiendo auxilio y también les contaré cómo los MacNeill se han asociado con un inglés. Pero, aunque decidan creernos y prestarnos su ayuda, no creo que lleguen antes que los ingleses —dijo Malcolm, consciente de que esa sería una batalla que no podrían ganar.

Y mientras Marion y Malcolm se miraban preocupados por el futuro de ese clan, Cassandra llegó hasta ellos llevando sobre sus

hombros un kilt y arrastrando la pesada espada que le había ganado a Sinclair.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Cassandra? —reprendió lady Marion a su hija.

—Solo debemos ganar tiempo hasta que Sinclair y mi padre lleguen, o bien hasta la llegada de algún clan amigo para prestarnos su ayuda, ¿verdad? Pues aprovechémonos de la tradicional desconfianza entre escoceses e ingleses y hagamos creer a Archibald que el jefe de los MacNeill lo ha traicionado. Si Archibald llega y ve que nuestros guerreros no han disminuido en número, no estará tan seguro de sí mismo ni de su ataque. Y si los hombres ven al Lobo Negro al que tanto temen al frente de las defensas del castillo, es posible que huyan de la batalla.

—Pero no tenemos esos guerreros, y Sinclair tardará en llegar —apuntó Malcolm, sin imaginar adónde se dirigían los planes de esa alocada mujer.

—Eso lo sabemos nosotros con seguridad, pero Archibald no. Si distribuimos a los suficientes guerreros en las almenas y las torres pertrechados con equipamiento completo, desde lejos los hombres de Archibald tan solo verán a intimidantes adversarios haciéndoles frente.

—Cassandra, te lo repito: no tenemos hombres suficientes —insistió Malcolm, exponiendo el gran fallo de ese plan.

—Pero sí tenemos las suficientes mujeres.

—¡¿Qué?! ¿Acaso pretendes que las mujeres se disfracen de hombres? ¡Es ridículo, pues con sus dulces rostros nunca pasarían por un rudo hombre de las Highlands!

—Sinclair me habló una vez de la existencia de pinturas de guerra que podrían servir para cubrir nuestros rostros, y también sería posible usar barbas postizas…

—¡Yo conozco unas bayas que agravan la voz! —añadió Marion, mostrándose de acuerdo por una vez con las locuras de su hija.

—Estáis realmente locas si creéis que ese plan puede llegar a funcionar —opinó Malcolm, intentando hacer entrar en razón a tan irracionales mujeres.

—Malcolm, a menudo reprendo a mi hija a causa de sus alocados planes, en los que siempre se arriesga demasiado, pero en esta ocasión no tenemos otra salida: o intentamos engañarlos con el miedo y la duda hasta que llegue la ayuda o les abrimos las puertas y rogamos por nuestras vidas, porque creo que es evidente que las intenciones de Archibald no son la mera conquista, sino arrasar todo este lugar.

—¡Hum! Creo que tienes razón… Está bien, intentemos llevar a cabo ese plan desesperado. Pero te advierto que tú, como esposa de Sinclair, el jefe de este clan, serás la responsable en lugar de tu marido de exigir la colaboración de todos —pidió Malcolm a Cassandra, consiguiendo que esta asintiera con la cabeza, consciente de cuáles eran sus obligaciones—. Por cierto, ¿cómo harás creer a esos ingleses que Sinclair se encuentra en el castillo? —quiso saber, lleno de curiosidad.

Como respuesta, Cassandra emitió un potente silbido que hizo aparecer a un lobo negro muy parecido a Sombra, pero este no era el intimidante animal que acompañaba a Sinclair a todas sus batallas, sino una loba blanca recubierta de hollín.

—¡Oh! Ahora temo preguntar quién representará a la intimidante persona de mi hijo en las almenas del castillo… —manifestó Malcolm con un suspiro de resignación, cuando vio que esa mujer posaba su mirada en él.

—No te preocupes: todo saldrá bien —dijo Cassandra, no tan segura de sí misma como parecía al pensar en las miradas

rencorosas de más de una mujer que podía oponerse a su plan solo para molestarla a ella, aunque eso no era algo que la joven no pudiera manejar.

* * *

La tarea de hablar con los miembros del clan MacGregor para convencerlos de que se adhirieran a su plan no iba a ser nada sencilla, eso lo tenía Cassandra muy claro antes de que Malcolm le cediera la palabra tras reunirlos a todos en el salón del castillo.

Frente a ella, veía decenas de gestos de asombro y consternación, pues se habían quedado sin palabras después de que Cassandra les revelara la realidad de la situación y el plan que ella había ideado para afrontarla. Como siempre, una persona habló en nombre del resto sin importarle demasiado lo que pensaran.

—¡¿Estás loca?! ¡¿Cómo pretendes llevar a las mujeres a la guerra?! —gritó Mia, haciendo que murmullos de protesta se alzaran mostrando conformidad con sus palabras.

—Mia, yo no las llevo a la guerra: la guerra viene hacia nosotros, y os doy una opción para enfrentarla con algunas posibilidades de éxito. La alternativa a luchar es la rendición y la muerte.

—Estoy segura de que, si les pedimos ayuda a otros clanes, estos…

—La ayuda ya ha sido solicitada y no llegará a tiempo —intervino Angus, interrumpiendo a Mia para dar a conocer parte de la información que Malcolm había compartido con él antes de hacerlo reunir a su gente para dejar que Cassandra expusiera su plan ante ellos, uno que muy posiblemente era la única solución que tenían para tratar de salvar sus vidas.

—Bueno, si buscamos a Sinclair…

—También hemos enviado un mensaje a Sinclair, pero tampoco llegará a tiempo. Estamos solos —apuntó Malcolm, intentando que Mia dejara atrás su orgullo y aceptara el plan de Cassandra, pues si su mayor rival en el clan aceptaba su estrategia, el resto de los MacGregor serían más sencillos de convencer.

—Tiene que haber otra solución menos indignante y…

—Usar todas las armas que tenemos a nuestro alcance para proteger a los nuestros no es algo indignante, sino cumplir con nuestro deber —declaró Cassandra, más preocupada por salvar la vida de los MacGregor que por proteger su dignidad.

—¿Y si te entregamos a ti? —propuso Mia atrevidamente—. Estoy segura de que eres lo que vienen a buscar esos ingleses.

—Archibald no sabe que yo me encuentro en estos instantes en la tierra de los MacGregor y, aun así, quiere arrasarlas. Ese idiota tan solo desea provocar a Sinclair para que este responda, iniciando así una nueva guerra entre Escocia e Inglaterra. Dime, Mia, ¿también entregarás a Sinclair para salvar tu pellejo? ¿Y a Malcolm? ¿Y a Angus? ¿Y al consejo de ancianas? —preguntó Cassandra, con lo que Mia guardó silencio tras las miradas hostiles que recibió por parte de muchos miembros del clan—. En cuanto a tu idea de entregarme, si yo estuviera convencida de que mi sacrificio serviría para salvar vuestras vidas y obtener vuestra libertad, lo habría hecho sin dudar. Ya me enfrenté a Archibald en una ocasión para salvar a cinco escoceses, y no tendría ningún reparo en volver a hacerlo si con ello salvo a las personas a las que Sinclair me encomendó cuidar. Ello se debe a que mis padres me enseñaron que el primer deber de un señor es proteger a los suyos y, tanto para mí como para Sinclair, las personas que nos rodean son nuestra familia y nunca las abandonaremos.

—Ya… Bonito discurso, pero no creo en tus palabras. Estoy segura de que hay otra solución mejor que estás ocultándonos porque no te conviene —volvió a replicar Mia con malicia, intentando que más voces se alzaran junto a ella.

Pero la cantidad de personas que protestaban contra las propuestas de Cassandra cada vez eran menos, ya que se estaban dando cuenta de cuáles eran sus opciones ante la inminente batalla que se aproximaba a ellos, unos inocentes que no estaban acostumbrados a luchar.

—Debéis saber que Cassandra ha tenido la oportunidad de huir de esta peligrosa situación y de informarnos a través de un mensajero para correr a continuación a ponerse a salvo, pero, en lugar de eso, ha preferido arriesgar su cuello —intervino Angus—. Ella y su madre se toparon con el destacamento inglés y se encargaron de ralentizar su marcha hacia aquí adulterando la bebida contenida en numerosos odres. Posteriormente, enviaron a los dos hombres que les servían de escolta para que avisaran de la invasión de lord Archibald Birmington tanto a Sinclair como al padre de Cassandra, lord Wayne Morrison, y, después de eso, estas dos damas que veis aquí apresuraron a sus monturas casi hasta la muerte por agotamiento con tal de llegar rápido para anunciarnos lo que está sucediendo, dándonos tiempo a que nos preparásemos y quedando atrapadas en medio de una batalla.

»Y aunque lo que nos propone parece una locura, Cassandra ha buscado una solución cuyo único objetivo es permitirnos ganar tiempo hasta que llegue la ayuda de otros clanes, de Sinclair o de lord Morrison… ¡Eso es lo que haría un guerrero para proteger a los suyos! ¡Si tengo que blandir mi vieja arma y teñir mis canosos cabellos y mi barba para fingir que soy un bravo y fiero joven guerrero, eso es lo que haré para resistir hasta que lleguen nuestros

guerreros y den respuesta a este vil ataque! —exclamó Angus apasionadamente, sin importarle que los demás ancianos estuvieran de acuerdo con él o no.

Pero, para su asombro, todos asintieron ante sus palabras, mostrando que ellos harían lo mismo mientras esperaban a Sinclair.

Las ancianas respondieron poniéndose al lado de Cassandra con la cabeza bien alta, mostrando que ellas también estaban dispuestas a interpretar el papel de guerreros. Las mujeres que seguían a Cassandra desde que ella las enseñó a cazar para sobrevivir por sí mismas cogieron sus arcos y también se colocaron junto a ella, evidenciando que estaban dispuestas a luchar. Y, finalmente, los hombres que quedaban en el lugar no dudaron en colocarse junto a ellas, pues no querían ser menos que las mujeres.

Las pocas mujeres que seguían a Mia fueron pasándose poco a poco al lado de Cassandra, hasta que, al fin, la fría mujer que tan solo se preocupaba por su propio pellejo se quedó sola. Mia, airada, se alejó de todos sin dar su brazo a torcer.

—Qué pena que no tengamos entre nosotros a alguien que esté acostumbrado a las estrategias de los ingleses durante sus asedios. De ser así, podríamos haber ideado más de un truco para ganar tiempo —manifestó Angus acariciando pensativo su vieja barba.

Hasta que las palabras de la joven esposa del jefe de su clan volvieron a sorprenderlo cuando colocó ante sí a una madura mujer muy parecida a ella y anunció:

—Pero la tenemos, Angus: la mejor estratega de los ingleses. Mi madre consiguió detener el avance de mi padre hacia su castillo ante la insurrección de su padre, mi abuelo materno, y logró ganar tiempo suficiente para salvar a todos los suyos. Así fue como se conocieron los actuales lord y lady Morrison…

—Señora, siempre me sorprende —declaró Malcolm besando la mano de lady Marion, que ella retiró sonrojada.

Unos segundos más tarde, recuperada la compostura, lady Marion observó los ojos que se centraban en ella y anunció ante esas miradas esperanzadas:

—Venga, no perdamos tiempo: tenemos mucho que planear para pararle los pies a ese noble inglés.

Malcolm ofreció gentilmente su mano a esa dama para guiarla hacia una sala donde se hallaban los planos del castillo y Cassandra quiso apresurarse a seguir a su madre, pero esta se volvió hacia su hija para darle una orden distinta antes de proseguir su camino.

—Hija, tú tienes muchas cosas que hacer antes de seguirme. Entre ellas, enseñarles a las mujeres a comportarse como hombres porque, aunque desde las almenas el enemigo no pueda distinguir bien sus rostros, sus movimientos podrían delatarnos. Puesto que este ha sido tu plan, espero que lo lleves a cabo hasta las últimas consecuencias —decretó lady Marion antes de dejar a solas a Cassandra y a las mujeres con la duda de cómo podrían hacerse pasar por hombres.

* * *

—Yo creo que para fingir que somos hombres solo tenemos que dar grandes pisotones sobre el suelo, como si estuviéramos aplastando cuanto encontráramos a nuestro paso —propuso una de las mujeres, que, disfrazada de hombre con una barba postiza, comenzaba a caminar de un modo bastante exagerado.

—Sí, y si te recolocas de vez en cuando el miembro mientras te jactas de tu virilidad, creo que nadie dudará de ella —declaró otra de

las mujeres mientras imitaba a la perfección el grosero gesto que había mencionado.

—Hay algunos que también se los rascan —apuntó una tercera, haciendo que todas las presentes asintieran con la cabeza.

—¡Eh! ¡No nos olvidemos de escupir a todo lo que pase por delante de nosotros y buscar pelea con otros a pesar de que sea evidente que llevamos las de perder! Al menos eso es lo que hace mi hermano —propuso otra rememorando el desagradable comportamiento de su familiar que lo había metido en más de un problema.

—¡Y tenemos que atusarnos la barba! —aportó otra mujer al tiempo que se acariciaba la suya postiza.

—Sería bueno soltar un insulto de vez en cuando. Y que sean bastante soeces, esos que nos prohíben a las mujeres oír siquiera, y mucho menos pronunciar —declaró finalmente otra, frotándose las manos ante la idea de repetir el repertorio de obscenidades que había aprendido de su marido.

—¿Con qué clase de hombres habéis estado vosotras? —preguntó Cassandra un tanto confusa, ya que Sinclair nunca había exhibido ninguno de esos horrendos comportamientos delante de ella.

—Los hombres se comportan de una manera ante las mujeres, especialmente delante de las que quieren conquistar, y de otra muy distinta entre ellos —señaló una de esas mujeres mirando a Cassandra con ironía, sabiendo que Sinclair solo había mostrado su mejor cara ante su esposa, antes de añadir—: Bueno, cuando llevan muchos años casados y ya no necesitan conquistar a su esposa, también suelen olvidar los modales, hasta que sus esposas se los recuerdan de un modo contundente…

—¡Vamos! Algún gesto reprobador tendrá Sinclair que puedas imitar y añadir a su fuerte caminar y perenne gesto de disgusto,

¿no?

—Mmm… Cuando se emborracha le da por cantar canciones obscenas —reveló Cassandra tras reflexionar, ruborizándose al recordar las letras de esas canciones, lo que hizo que todas las mujeres la rodearan muy interesadas en ese cotilleo.

—Vale, ¡enséñanos alguna! —pidieron varias.

Y finalmente cantaron a coro alguna que otra inapropiada canción mientras otras mujeres traían cervezas. El final de la esperpéntica reunión destinada a decidir cómo ser un hombre convincente terminó con una decena de mujeres borrachas tiradas por el lugar y disfrazadas de varón mientras roncaban a pierna suelta.

—¡Vaya! Si no hubiera sabido de antemano que son mujeres disfrazadas, las confundiría con algunos de mis guerreros… —anunció Malcolm con tono bromista en cuanto vio la escena que tenía ante sí en esa sala de costura, unas palabras que consiguieron que lady Marion fulminara a su hija con la mirada, sobre todo cuando constató que era la que más roncaba.

—Dejémosla descansar por ahora. Mañana comenzaremos a planificar la estrategia y la reprimenda para mi hija, con la que le recriminaré todo lo que ha hecho mal.

—¿Tienes miedo de lo que pueda pasar? —preguntó Malcolm, intentando que Marion dejara atrás sus inquietudes como habían hecho las mujeres que roncaban alegremente a sus pies en esos momentos antes de prepararse para la batalla.

—No —negó Marion con una sonrisa mientras apretaba con decisión sus temblorosos puños—, porque sé que Wayne también viene de camino y llegará a tiempo para darle a cada uno lo que se merece, ya sea un premio o un castigo —terminó la dama con una sonrisa, haciendo que Malcolm recordara lo temible que podía llegar

a ser ese inglés en la batalla, especialmente cuando luchaba por algo que le importaba.

* * *

Al mismo tiempo que un numeroso grupo de caballeros ingleses se dirigían hacia el castillo del clan MacGregor, el jefe de ese clan iba a Inglaterra, con el resultado de que ambos grupos se encontraron en el camino.

Los escoceses mostraron su presencia en cuanto Sinclair reconoció al hombre que guiaba a los ingleses. Estos, por su parte, bajaron sus armas y desmontaron de sus caballos siguiendo las órdenes de su señor, que acudió a dialogar con el jefe escocés. A continuación, los escoceses fueron testigos de un hecho sorprendente: nunca habían visto a un inglés desenvainar tan rápido su espada como lo hizo ese lord inglés en cuanto Sinclair lo informó de lo sucedido:

—He perdido a tu hija.

—¡¿Qué?! ¡Explícate! —exigió lord Wayne Morrison, un temido noble inglés que amenazó con su espada el cuello del jefe de los MacGregor, quien ordenó con un gesto a sus hombres que se mantuvieran quietos, pues ese era un asunto privado que debían resolver entre ambos.

—El jefe de un clan rival, los MacClane, se hizo con tu esposa cuando lady Marion acudió a visitar a Cassandra. Keir MacClane me hizo saber que tenía retenida a tu esposa y me conminó a acudir en su presencia, en compañía de Cassandra, para negociar su liberación en persona.

»Durante nuestra estancia en casa de los MacClane, tu hija cayó en la trampa que ese malnacido nos había tendido y malinterpretó una situación en la que varias mujeres me agasajaban mientras yo

me hallaba sumido en la somnolencia causada por el alcohol, y decidió huir de mi lado junto a su madre. En estos momentos creo que se dirigen hacia Inglaterra, pero conociendo el sentido de la orientación de Cassandra, seguramente estén de camino hacia las tierras de otro clan.

—¿Y por qué te dejaste «agasajar» por esas mujeres cuando tenías contigo a tu esposa, una que, por cierto, no te mereces?

—Ya te he dicho que estaba adormecido por la bebida y confundí las atenciones de esas mujeres con las que me dedica Cassandra a menudo.

—En estos momentos en los que has perdido a mi esposa y a mi hija a causa de tu estupidez, siento unos enormes deseos de atravesarte con mi espada, Sinclair. Dame un solo motivo para no hacerlo, y espero que ese motivo no sea la guerra entre nuestros países, porque realmente ahora mismo me importa muy poco todo lo demás cuando está la vida de mi hija de por medio.

—Amo a Cassandra —manifestó Sinclair con completa sinceridad.

—¡Hum! Está bien… Pero ahora la pregunta que procede es: ¿ella te ama a ti? Sinclair, no me gusta nada cómo actuaste con mi hija acorralándola para que tu reclamación fuera la única opción que ella tenía para escapar de su antiguo prometido. Y te advierto que ese matrimonio aún no ha sido anunciado a nuestro rey, por lo que todavía tengo tiempo para decidir si lo mejor es informarlo o renunciar a ello y anular ese enlace —advirtió Wayne a Sinclair, viendo cómo apretaba airadamente los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Wayne, ahora soy yo quien debe advertirte a ti: conociendo como conozco a ese inconstante rey tuyo, yo celebré un rito escocés con Cassandra en cuanto llegamos a mis tierras llamado *handfasting*. Se trata de un matrimonio de prueba de un año y un

día de duración por el que solamente ella puede decidir si se queda a mi lado o no —declaró Sinclair alzando desafiante la mirada, sin importarle demasiado la espada que amenazaba su cuello.

Todos los presentes esperaron la violenta respuesta de un molesto padre mientras preparaban sus armas para la contienda. Pero, ante el asombro de ingleses y escoceses, Wayne solamente sonrió burlón antes de envainar su espada y replicarle a ese hombre que tan seguro de sí mismo parecía:

—Si mi hija ha huido de ti, es evidente que ya tienes tu respuesta a ese matrimonio de prueba, Sinclair. Yo no me interpondré si ella quiere volver contigo, pero si quiere alejarse de ti, te garantizo que no habrá nada que puedas hacer para impedir que Cassandra venga conmigo de vuelta a Inglaterra.

—Por ahora me conformo con encontrarla.

—Estoy de acuerdo. Propongo, pues, que unamos nuestras fuerzas para encontrar a nuestras esposas. Y aunque Cassandra tenga un lamentable sentido de la orientación, su madre no lo tiene. Marion siempre ha sabido conducir a nuestra hija por el buen camino, sin duda ahora también lo hará.

—Solo espero que Cassandra no se meta en más problemas.

—¿En qué más problemas podría meterse mi hija estando bajo la supervisión de su madre? —inquirió Wayne muy seguro de sí mismo…, hasta que su conversación fue interrumpida por un hombre que llegó junto a ellos con visibles muestras de agitación.

Wayne no tardó en reconocerlo como uno de los caballeros de la escolta de su esposa. Tras hacer señas a los demás hombres para que no lo atacaran y recibir el beneplácito de los escoceses para que se aproximase, finalmente Tom pudo desmontar sin miedo y entregarle casi sin aliento una misiva a su señor.

—¿Qué es lo que dice esa nota? —preguntó Sinclair con extrañeza. Y cuando Wayne estaba a punto de explicarle la situación, un segundo mensajero hizo acto de presencia, trayendo en esa ocasión un mensaje directamente para Sinclair.

—Guerra… —musitó el jefe de los MacGregor, apretando con fuerza ese mensaje entre las manos, preocupado por el peligro que su mujer se estaba preparando a afrontar.

—No te preocupes: llegaremos a tiempo —declaró Wayne, mostrándose más tranquilo que Sinclair.

—No, no llegaremos —negó nervioso Sinclair, decidido a someter a su caballo a un galope infernal con tal de llegar cuanto antes al lado de Cassandra.

—No te dejes llevar por el pánico, muchacho, y piensa fríamente. Según estos mensajes, sabemos que Cassandra y Marion han logrado retrasar a los hombres de Archibald en su avance, tiempo que sin duda mi mujer y mi hija aprovecharán al máximo para idear alguna estrategia que les permita resistir la conquista hasta nuestra llegada.

—¡Pero no son lo suficientemente fuertes para afrontar esa batalla! Wayne, ¡tiemblo ante lo que Archibald puede hacerles! —exclamó Sinclair al tiempo que se mesaba nerviosamente los cabellos y veía con incredulidad cómo ese noble inglés apenas se inmutaba ante la idea de dejar a su esposa y a su hija frente al enemigo.

—Yo creo que será Archibald quien acabará temblando. Él no tiene ni idea, pero ha acorralado a dos maravillosos estrategas en tu castillo y, si bien es cierto que tener de tu lado la superioridad numérica siempre es deseable de cara a una inminente batalla, debes recordar que esta no siempre lo es todo: una buena

estrategia puede proporcionar una épica victoria a defensores en inferioridad.

—Ya, pero ¿a quién te refieres? ¿Quiénes son esos estrategas de los que hablas?

—Una de ellas es mi mujer…, y a la otra la conoces muy bien —respondió lord Morrison, provocando que Sinclair lo contemplara con asombro antes de decir en voz alta:

—Cassandra…

Y mientras pronunciaba el nombre de su esposa rememoró las innumerables ocasiones en las que ella le había hecho morder el polvo durante su infancia en situaciones en las que él había creído tener todas las ventajas para ganar. En ese momento, sonrió esperanzado y con mejor ánimo, pues ahora estaba más seguro de que Wayne tenía razón y de que llegarían a tiempo: su clan aguantaría frente a los ingleses hasta su llegada, y Cassandra cumpliría con su promesa de proteger a todos los que le importaban, incluido él.

Capítulo 19

Lord Archibald Birmington no podía creer la mala suerte que estaba teniendo desde que sus caballeros pisaron esas agrestes tierras. La sencilla misión de atacar el clan de Sinclair, en cuyo castillo solamente deberían haber permanecido niños, mujeres, ancianos y un mínimo contingente de soldados después de sus manipulaciones, se estaba complicando a pasos de gigante.

Pese a que el jefe del clan MacNeill, rival de los MacGregor, se presentó ante Archibald muy dispuesto a ayudar a los ingleses en su contienda, ofreciéndoles ventaja con una elaborada treta, destinada a engañar a Sinclair para que dejara desprotegida su retaguardia, el ataque de Archibald se había visto retrasado a causa de un inesperado malestar que se había extendido entre sus soldados. Y ese malestar, acompañado por algunos aullidos de lobo, había hecho creer a sus supersticiosos hombres que se trataba de una maldición que sobre ellos había echado el temido Lobo Negro de Escocia en cuanto se les ocurrió pisar sus tierras.

Archibald, por su parte, tras oír los aullidos de ese lobo y recordar muchas de las trastadas que había sufrido a manos de Cassandra, pensó de inmediato que esa fatalidad en realidad se debía a una más de sus jugarretas antes que a ninguna maldición. Por ello, Archibald se deshizo de las provisiones que cargaban, sospechando que estas eran las causantes de la enfermedad de sus soldados, por lo que los ingleses se vieron obligados a cazar y reabastecerse de agua, actividades que ralentizaron su paso aún más. No obstante,

Archibald consideraba que todavía tenía ventaja, ya que nadie llegaría a tiempo a la fortaleza de los MacGregor para ayudarlos.

Las órdenes de su padre habían sido muy claras: provocar a Sinclair lo suficiente como para que los escoceses levantaran las armas contra ellos, de modo que les facilitara una excusa perfecta para acabar con él y quedarse con todas sus posesiones, incluida su mujer, una inglesa que expondrían como la víctima de un fiero escocés para que le fueran devueltos sus derechos tras un adecuado matrimonio con un noble inglés.

Tras ese matrimonio, sería fácil deshacerse de ese hermano bastardo que ocupaba su lugar entre los Morrison. Y, cuando todo lo que siempre le habían prometido estuviera en sus manos, Cassandra no tardaría en seguir el mismo camino que su medio hermano William, debido a alguna trágica y repentina enfermedad que le proporcionaría a Archibald el pretexto perfecto para interpretar el papel de apenado viudo que, por fin, poseería un extenso territorio y a su cálida amante en su cama.

Los planes de su padre parecían perfectos sobre el papel, una maravillosa estrategia con pocos detalles dejados al azar. Pero en cuanto Archibald comenzó a ponerlos en práctica, empezaron a desmoronarse, porque no habían tenido en cuenta a una loca mujer y sus astutas artimañas, ante las que hasta la mejor planificación sucumbía.

—Mi señor, las puertas de la muralla están cerradas y los soldados permanecen vigilantes en lo alto de las almenas, como si nos esperaran. Probablemente alguien los ha avisado de nuestra llegada. ¿Cree que el clan MacNeill nos ha traicionado?

—Creo más bien que alguien nos vio en el camino e informó a los MacGregor de nuestra llegada. Mi padre siempre ha afirmado que las tierras escocesas tienen mil ojos y oídos, pero no os preocupéis:

nadie llegará a tiempo para salvarlos, y con los pocos guerreros que quedan tras esas murallas, no se atreverán a plantar batalla.

—Pero, señor, el número de guerreros que contamos no coincide con el que creíamos que habría en este castillo. Son muchos los soldados que nos vigilan desde esas almenas, mi señor.

—Puede que tengas razón y que los MacNeill nos hayan traicionado, pero puedo asegurarte que Sinclair MacGregor no se encuentra en su fortaleza, porque, si no, ya se habría dejado ver y… ¡Maldición! —exclamó repentinamente Archibald al ser interrumpido por el aullido de un lobo negro, que, ya fuera una realidad o una estratagema, hizo temblar a sus guerreros.

—¡Es el Lobo Negro, mi señor! ¡Deberíamos retirarnos, pues no estamos preparados para esta batalla!

—¡Imposible! Ese hombre no puede haber regresado tan rápido: los exploradores señalaron que Sinclair se encontraba en las tierras de los MacClane. Esto me suena a algún tipo de artimaña… Además, ¿no ves algo raro en esos guerreros?

—No se ven muy bien al encontrarse resguardados detrás de las almenas. Algunos permanecen demasiado rígidos, pero puede ser a causa de la tensión y el miedo al inminente combate, señor.

—No…, aquí hay algo más. No pienso huir para quedar como un tonto. Creo que nos estamos enfrentando a Cassandra y no a Sinclair. Sigamos adelante con nuestro ataque y esperemos a ver cómo responden: si es un truco no tardarán en delatarse, y si estamos ante el Lobo Negro, siempre tenemos tiempo de replegarnos.

—Con todo respeto, señor: a nadie le daba tiempo a retirarse del campo de batalla cuando ese hombre desenvainaba la espada y se ponía al frente de sus hombres.

—Cierto, pero ten en cuenta que aquí las circunstancias son diferentes: en ocasiones anteriores, Sinclair no tenía que combatir a la desesperada y a las puertas de su casa para proteger un lugar repleto de ancianos, mujeres y niños que no saben luchar. Créeme cuando te digo que podremos salir indemnes y victoriosos de aquí como hemos hecho en otras ocasiones sin ensuciarnos demasiado las manos —declaró Archibald.

Y siguiendo adelante con su plan a pesar del visible temblor de muchos de sus guerreros, mandó un mensaje al castillo para negociar su rendición bajo amenaza de asedio, realizando muchas promesas que no pretendía respetar de ninguna manera, pero eso era algo que los integrantes de ese clan nunca podrían sospechar.

* * *

Cassandra no sabía cómo era posible que el enemigo todavía no hubiera descubierto la enorme mentira que esgrimían para su defensa. Los viejos guerreros que se ocultaban detrás de los más jóvenes exhibían unas manos temblorosas que apenas les permitían sostener una espada. Las mujeres creían que ser un hombre solo consistía en maldecir y escupir a otros, por lo que recibían frecuentes miradas enfadadas por parte de los escasos guerreros que quedaban en el lugar, mientras que los niños, como faltaban soldados, se habían entretenido en hacer muñecos de paja que acabaron siendo vestidos como guerreros y clavados firmemente en el suelo detrás de las almenas, para aumentar así el número de adversarios a los que se enfrentaba el ejército de Archibald.

Cassandra pensaba que si los ingleses creían que el número de defensores que había en el castillo era superior al suyo, Archibald, como el cobarde que era, desistiría de su ataque. Pero, para su

asombro, su antiguo prometido había enviado un mensajero para negociar su rendición.

El tembloroso soldado gritó el mensaje de su señor ante las puertas del castillo. Archibald ofrecía perdonar la vida de todos los presentes y les permitía salir del lugar con sus posesiones siempre y cuando se rindieran pacíficamente y les abrieran las puertas de su fortaleza.

—¿Qué dice ese hombre? ¡Pedidle que hable más alto! —gritó uno de los ancianos, que, más que sujetar su espada, se apoyaba sobre ella.

—Dice que, si nos rendimos pacíficamente, su señor nos promete que podremos salir de este castillo con vida y con nuestras posesiones —comentó una de las mujeres, considerando esa propuesta de paz con las mismas dudas que ese anciano.

—Nunca creeré en la promesa de un inglés —replicó el anciano antes de escupir al suelo después de pronunciar la palabra «inglés». Y las mujeres que imitaban los bruscos gestos de los hombres intentando parecerse a ellos también escupieron, ganándose una nueva mirada de reprobación de más de un guerrero.

—¡Escuchadme! Conozco a ese hombre: Archibald es cruel. Él no permitirá que ninguno de nosotros salga vivo de este lugar. Ese malnacido solamente persigue crear una masacre —anunció Cassandra a los MacGregor que la rodeaban, advirtiéndoles de las intenciones del enemigo.

—Creo que lo mejor es seguir al pie de la letra el plan que han ideado Malcolm y esa dama inglesa, que es bastante astuta en la batalla, y, por supuesto, el de la mujer que Sinclair ha elegido como esposa —declaró Angus, haciendo que todos los ancianos asintieran con la cabeza, acostumbrados como estaban a las estratagemas de batalla como esa.

—Muy bien. En cuanto el mensajero termine de hablar, nos tocará darle nuestra respuesta —manifestó Cassandra. A continuación miró hacia las animadas mujeres y les preguntó—: ¿Cuál creéis que debe ser la respuesta que ha de dar ese hombre al lord inglés que intenta engañar con descaro a un clan escocés?

Tras efectuar esa pregunta y ver las sonrisas maliciosas que exhibían muchas de esas mujeres, Cassandra no tardó en hacerles una apreciación:

—Y tened en cuenta que no podemos herir al mensajero en esta negociación.

Sus palabras provocaron que muchas de las mujeres comenzaran a quejarse, ya que no eran pocas las que querían probar la puntería de sus arcos con el enemigo que amenazaba su paz, pero, tras ver en la seria mirada de Cassandra que no cambiaría de opinión sobre herir al tembloroso mensajero que aún los aburría con su discurso, realizaron un improvisado corrillo. Y, tras ponerse todas de acuerdo, anunciaron:

—Señora, déjenos darles a esos hombres la respuesta adecuada a esa engañosa propuesta de paz.

Cassandra confió en ellas, esperando que con las bayas que su madre les había proporcionado para que se les agravara la voz ningún inglés las reconociera como las mujeres que eran.

En cuanto el mensajero terminó con su aburrido discurso lleno de patrañas y falsas promesas, las mujeres del clan MacGregor dieron un paso al frente en las almenas y, simulando ser unos aguerridos guerreros escoceses, profirieron un estruendoso grito de guerra para llamar la atención de ese inglés. Fue entonces cuando Cassandra se arrepintió de haber dejado la respuesta en manos de esas mujeres, que, disfrazadas de hombres, se estaban divirtiendo de lo lindo mientras interpretaban su papel.

* * *

—Dime que no he visto a una hilera de hombres de mi clan respondiendo a una propuesta de rendición tocándose groseramente la entrepierna… —dijo Sinclair mientras observaba lo que ocurría en su castillo desde un terreno elevado, planeando cuidadosamente el momento más oportuno para hacer su aparición y acorralar a los ingleses contra las murallas de su fortaleza, obligándolos a enfrentarse a dos frentes de batalla simultáneamente, con la consiguiente confusión en la que los escoceses llevaban las de ganar.

—Esos guerreros de las murallas son un poco sospechosos, ¿no te parece? —inquirió Wayne al tiempo que le pasaba su catalejo a Sinclair.

Y, tras mirar algunos de esos aguerridos rostros, Sinclair no dudó en tendérselo a uno de sus hombres y este, a su vez, se lo pasó a otro sin terminar de apreciar cuál era el motivo por el cual el noble inglés encontraba sospechosos a esos guerreros escoceses cuyos rostros no terminaban de reconocer.

—¿Crees que tu esposa habrá recibido ayuda de algún clan y ha vestido a estos con nuestros viejos kilts para hacer creer a Archibald que sus planes para dejar desguarnecida nuestra fortaleza han fallado? —preguntó Murdock a Sinclair.

Y ambos recibieron la respuesta correcta acerca de quiénes eran esos hombres cuando uno de los guerreros exclamó tras mirar por el catalejo:

—¡Esa es mi Amy! ¡Disfrazada de hombre, pero mi Amy al fin y al cabo! —manifestó Errol con asombro mientras señalaba al más grosero de los guerreros de las almenas, que parecía estar soltando una continua ristra de insultos acompañada de gestos bastante

obscenos, por los que su esposa siempre lo reprendía y que, indudablemente, había aprendido de él.

—Cassandra… —dijo Sinclair en voz alta, sabiendo quién había sido la instigadora de tan alocado plan y atrayendo hacia él las miradas de todos los guerreros, que le reclamaban una explicación —. No hay refuerzos de ningún otro clan, nuestras mujeres se han disfrazado de hombres para intentar hacer creer al enemigo que no nos hemos ido y que sus planes fallaron desde el principio al tratar de conquistarnos.

—No es mala idea, pero es insuficiente. Si tu intimidante presencia y la de tu lobo se encontraran en el castillo MacGregor, posiblemente esos soldados de Archibald huirían ante la temible reputación del Lobo Negro, pero sin ti ese plan solo puede fallar —expresó Wayne, haciendo que todos se preocuparan, hasta que Duncan anunció, sorprendiéndolos:

—¡Pero si estás allí, Sinclair! ¡Y Sombra también!

Cuando los demás dirigieron la vista hacia las almenas que señalaba Duncan pudieron contemplar la intimidante presencia de un fuerte guerrero con el rostro maquillado con pinturas de guerra que sostenía entre sus manos enguantadas una gran espada, que Sinclair no tardó en reconocer como la claymore de su padre, haciéndole saber quién era ese guerrero que le había seguido el juego a su esposa. A su lado se encontraba un lobo negro que aulló tan ferozmente como Sombra y este no tardó en replicarle al reconocerla como a su compañera. Sin duda, Sombra estaba reprendiendo a Luna como Sinclair haría con Cassandra en cuanto este llegara junto a su mujer.

Su aguerrida esposa se mantenía junto a su padre en las almenas, tal vez porque el lobo negro que pretendía ser Sombra nunca se separaría de ella, o tal vez para mostrarse ante el enemigo,

haciéndolo dudar sobre su plan, algo que comenzó a suceder cuando se oyeron los aullidos de más de un lobo y los ingleses empezaron a temblar.

No obstante, Archibald, conocedor de las tretas de Cassandra, respondió ordenando a sus hombres que cruzaran el foso. Los soldados ingleses utilizaron unas tablas de madera que tenían a mano procedentes de unas construcciones a los pies del castillo que los escoceses parecían haber dejado a medias al escapar a toda prisa del ejército inglés. Estos comenzaron a burlarse de ese descuido de los escoceses que los favorecía para asaltar su castillo, sin percatarse de que estaban cayendo en una trampa.

En cuanto los tablones tocaron el suelo formando improvisados caminos que permitían el paso sobre el foso, Cassandra y varios de los sospechosos guerreros que la acompañaban se mostraron implacables con sus arcos. Tras incendiar sus flechas, se apresuraron a lanzarlas hacia los tablones, haciéndolos arder con unas intensas llamaradas que constituyeron auténticos muros de fuego que se interponían entre los ingleses y su objetivo.

—Y esa es una de las ideas de mi brillante mujer con las que en el pasado me hizo sudar —dijo Wayne con una sonrisa mientras señalaba las tablas que habían sido impregnadas de alguna sustancia que las hizo arder con intensidad—. Creo que lo mejor sería que hiciéramos acto de presencia antes de que Archibald se moleste con sus tretas porque, conociéndola como la conozco, sé que Marion se guarda muchas más jugarretas bajo la manga.

—Sí, coincido contigo en que es el momento idóneo para hacer huir a esos hombres —dijo Sinclair mientras su lobo tomaba la delantera y bajaba rápidamente la colina que atajaba hacia sus tierras al tiempo que aullaba reclamando a su compañera. Sinclair no tardó en hacer lo mismo y, tras proferir su conocido grito de guerra,

encabezó el galope de sus hombres hacia los sorprendidos ingleses, dispuesto a hacerles saber el porqué de su apodo en el campo de batalla.

Por su parte, los guerreros que lo acompañaban no tardaron en seguirlo. Tanto los ingleses dirigidos por Wayne Morrison como los escoceses del clan MacGregor unieron sus fuerzas para defender a los inocentes que aguardaban tras los muros del castillo escocés. Mientras tanto, los temerosos guerreros de lord Archibald Birmington que intentaban acceder al castillo, al creer imposible tal alianza, llegaron a otra conclusión:

—¡Son fantasmas! ¡El Lobo Negro ha hecho que su lobo maldito atraiga a los soldados escoceses e ingleses caídos en el campo de batalla para que combatan por él! —exclamó uno de los supersticiosos hombres de Archibald mientras señalaba al imponente guerrero que se erguía en las almenas de ese castillo junto a su lobo y al que corría implacablemente hacia ellos acompañado por otro. A continuación, el asustado soldado soltó sus armas y salió corriendo sin querer enfrentarse a ninguno de los dos.

Tras ver el comportamiento de ese soldado y sentir cada vez más cercanos a ellos los gritos de guerra de esos infernales escoceses, muchos más ingleses siguieron al primero en su rápida huida, y de poco sirvió que su señor les gritara que todo era una trampa, pues ninguno quiso escucharlo al creer que la muerte los perseguía.

Archibald se quedó solo con los hombres más allegados a él, buscando la sangre de un escocés que siempre se había interpuesto en su camino, pero la presencia de lord Morrison hizo que mantuviera su espada envainada, ya que sus excusas para justificar su agresión al clan MacGregor no le servirían de nada si otro lord inglés las desmentía.

—Archibald, compruebo con sorpresa que has hecho un largo e incómodo viaje para visitar a mi hija con la intención, imagino, de saber cómo le va en su nuevo hogar, pero creo que tu presencia aquí es del todo innecesaria y bastante inconveniente, así que te recomiendo que regreses a tus dominios y no intentes llevarte contigo nada que no te pertenezca, porque entonces no tendrás como enemigo tan solo a un clan escocés, sino también a un feudo inglés —declaró Wayne Morrison, enfrentándose a ese hombre al que una vez había entregado por error a su hija.

—Mi matrimonio con Cassandra fue aprobado por nuestro rey desde que éramos niños. Cassandra me pertenece por derecho, al igual que tus tierras, como consecuencia de ese matrimonio, y considero muy indignante que me lo hayáis arrebatado todo por una estratagema de Cassandra.

»Las mujeres no deberían tener ni voz ni voto a la hora de decidir cuándo y con quién deben casarse: deberían limitarse simplemente a hacer lo que se les ordene, como la herramienta que son para uniones políticas y nada más.

—Cómo me alegro de que seas tan idiota como para haber perdido a mi hija frente a este escocés, porque debo recordarte que fueron tus crueles acciones las que te llevaron a perderla ante el representante de nuestro rey.

—¡Si tú no le hubieras hecho esa ridícula promesa de darle un premio a un escocés, Sinclair no podría haberla reclamado!

—Cierto, y no te imaginas cuánto me alegro en estos momentos de haber hecho esa promesa… Muy bien, centrémonos en la situación actual, Archibald. Lo que haremos a partir de ahora será lo siguiente: en primer lugar, esta desleal acción que estabas a punto de cometer por tus ansias de venganza contra un hombre que te arrebató algo que en realidad no era tuyo quedará de momento

entre nosotros. No te denunciaré ante nuestro rey por esta agresión no provocada que podría haber desencadenado una nueva guerra entre Escocia e Inglaterra, pero a cambio os acompañaré de vuelta a tu hogar, a ti y a tus hombres, y me aseguraré de que no volvéis a salir de él para cometer una nueva imprudencia. Si no colaboras, obviamente, la historia de tu incursión no aprobada por nuestro rey llegará a oídos de su majestad y deberás afrontar las consecuencias de provocar la ira real.

—Es posible que tú quieras guardar silencio, Wayne, pero yo no pienso hacerlo: exijo una satisfacción —interrumpió Sinclair, señalando con su espada a Archibald después de desmontar de su caballo—. Apéate, cobarde, y enfréntate a mí. ¿O acaso temes perder contra mi espada como hacías cuando éramos pequeños?

—No tengo motivos para aceptar el reto de un salvaje escocés sin civilizar —se negó Archibald altivamente.

—Has invadido mis tierras, has intentado atacar a los míos y has tratado de arrebatarme a mi esposa. Me sobran los motivos para querer tu sangre, pero me conformaré con darte una lección, sea con la espada o con los puños.

—Creo que es justo que aceptes ese reto, Archibald. Sobre todo si quieres llegar de una pieza a casa y no perderte en el camino por estas tierras escocesas cuyos entresijos desconocemos… —sugirió Wayne, haciéndole saber a Archibald que, si no aceptaba ese duelo, de una forma u otra los escoceses se harían con la sangre que reclamaban ante su ofensa.

Archibald bajó con renuencia de su caballo, desenfundó su espada y, tan tramposo como siempre, arremetió contra Sinclair sin que se hubiera dado la señal de inicio del duelo. La presencia de un lord inglés como Wayne Morrison impidió que los soldados ingleses se entrometieran en el combate personal de su señor, mientras que el

hecho de que hubiera sido Sinclair quien reclamara ese duelo frenó a los aguerridos escoceses de intervenir en él a pesar de que ese inglés hiciera trampas.

Los hombres se mantuvieron apartados de esa disputa que llevaba muchos años sin resolverse, observando cómo Sinclair se burlaba de Archibald esquivando sus ataques continuamente y sin esfuerzo aparente, como si de un juego de niños se tratase.

—¡Cassandra era mía! —gritó este último, intentando provocar a Sinclair mientras arremetía contra él con furiosas estocadas.

—Cassandra no pertenece a nadie. Habrías entendido ese hecho irrefutable si a lo largo de los años la hubieras escuchado alguna vez en lugar de prestarle atención únicamente al eco de tu propia voz —replicó Sinclair al tiempo que esquivaba la acometida de su adversario e intentaba contener su furia, para no acabar antes de tiempo con el duelo.

—¡Esa mujer no tiene derecho a decidir sobre su propio destino! ¡Ella es solo una herramienta que usar para que los hombres obtengan más territorio y poder! —gritó Archibald, consiguiendo que una flecha se clavara amenazadoramente junto a sus pies, recibiendo así la respuesta de la mujer que observaba esa disputa desde las almenas y que, al parecer, estaba muy en desacuerdo con sus palabras.

—Sospecho que Cassandra no acepta tus opiniones —anunció Sinclair con una sonrisa burlona que no tardó en desaparecer de su rostro cuando ese molesto sujeto volvió a increparlo, tanto con sus palabras como con su arma.

—Ya… Y dime, Sinclair, ¿en qué te diferencias tú de mí? ¿Acaso no has tratado a Cassandra como una recompensa, como un premio que reclamar a cambio del servicio que prestó tu padre a lord Morrison al salvarle la vida?

Las palabras de Archibald distrajeron por unos instantes a Sinclair de la batalla, haciéndolo recapacitar sobre cómo podía contemplar la mujer que amaba sus acciones, especialmente cuando él no se las había explicado detenidamente y tan solo pretendía conseguir tiempo para conquistarla, sin importarle cómo se sintiera ella o lo que pensara.

Esa distracción en medio de la batalla lo llevó a recibir un corte en el brazo. El dolor y los gritos de una mujer preocupada hicieron que Sinclair volviera a concentrarse en las dos batallas que aún tenía por delante: vencer a ese hombre para darle una más que merecida lección y conquistar a una mujer que aún no confiaba en él.

Dejando de lado los juegos, Sinclair no tardó en desarmar a Archibald con su espada. A continuación, arrojó la suya a un lado para propinarle un buen puñetazo a Archibald en pleno rostro, tras lo cual este acabó aturdido y tumbado en el suelo.

—Cassandra es un premio, pero es un premio que tienes que ganarte. Un hombre como tú nunca comprenderá el valor de esa mujer, y me alegro de ello, ya que tus errores te han llevado a perderla y a mí a ganarme una oportunidad de estar junto a ella. No vuelvas a pisar mis tierras nunca más, Archibald, porque si vuelves a hacerlo desaparecerás en ellas para siempre —le advirtió Sinclair antes de darle la espalda, mostrándole lo insignificante que era para él.

Archibald, airado, sacó el cuchillo oculto que guardaba en su bota para arremeter contra Sinclair, pero este, conocedor de su traicionero carácter, se apartó hábilmente de su camino e hizo que el otro volviera a caer al suelo. Una vez allí, el escocés le pisó la mano hasta arrebatarle el cuchillo.

—Como sigas así, no vas a regresar a Inglaterra de una pieza… —declaró Sinclair mientras cogía el arma que le pasaba uno de sus

hombres y no dudaba en amenazar el cuello de Archibald con ella, dedicándole una última advertencia—: No vuelvas jamás por mis tierras para buscar lo que nunca te ha pertenecido.

Por su parte, lord Wayne se adelantó cuando percibió que los caballeros ingleses que acompañaban a Archibald en todas sus maldades se tensaban al ver cómo trataban a su señor, así como al ver la ira que los compatriotas de Sinclair comenzaban a mostrar en sus rostros, reclamando la sangre del hombre que había osado atacar vilmente al jefe de su clan por la espalda.

Por tanto, agarrando a Archibald por la parte posterior del cuello de su armadura, Wayne lo arrastró por el suelo hasta su caballo y, tras darle la seca orden de que montara, a continuación le amarró las manos para que no diera más problemas, un movimiento que repitió con cada uno de los hombres de ese lord, con la intención de evitar que provocaran su precipitada muerte a manos de algún escocés furioso.

—¡Nos vamos! —ordenó lord Wayne a sus hombres, no sin antes dirigirle una dura mirada a Sinclair, indicándole que aún quedaba pendiente una conversación entre ellos—. Regresaré a por mi esposa, y entonces le preguntaré a mi hija si tú eres lo que quiere. Si no es así, despídete de Cassandra porque por nada en el mundo voy a permitir que te quedes con ella si no te la has ganado. Y que te quede bien claro que no me importa nada que ella sea el premio que has reclamado —declaró lord Wayne, haciéndole una clara advertencia a Sinclair antes de llevarse consigo a los ingleses que habían invadido esa tierra.

Mientras ellos se retiraban, los escoceses que contemplaban su partida desde las almenas y torres de la fortaleza alzaron gritos de victoria, y solo cuando desaparecieron de su vista abrieron las puertas de la fortaleza a Sinclair.

Las mujeres disfrazadas de guerreros corrieron a los brazos de sus maridos mientras muchas de ellas todavía sostenían entre sus temblorosas manos las armas que habían esgrimido, supieran usarlas o no, para esa farsa con la que tan solo pretendían salvar sus vidas.

Cassandra, tan orgullosa como cualquier guerrero, caminó hacia Sinclair seguida de su loba.

Sombra no tardó en reprender a Luna con gruñidos antes de empujarla hacia un gran charco de agua donde la hizo lavarse para quitarse los restos de ceniza que habían oscurecido su hermoso pelaje para luego lamerla e impregnarla con su olor.

—Al final no te marchaste… —dijo Sinclair a esa orgullosa guerrera que tenía ante sí—. ¿Por qué volviste? —preguntó a continuación, a la espera de una respuesta que le hiciera ver que aún no había perdido el amor de esa mujer.

Pero, al contrario de lo que él pensaba, Cassandra solo le contestó haciendo referencia a su deber de cumplir con sus promesas y obligaciones, actitud que había aprendido desde niña.

—Tú confiaste en mí para que protegiera a los MacGregor en tu ausencia. No podía dejarlos abandonados al ser consciente del peligro que los acechaba…, a pesar de que hubiera decidido dejarte.

Sinclair quiso abrazar el tembloroso cuerpo de Cassandra como hacían muchos de sus hombres, que volvían a tener entre sus brazos a sus mujeres. Pero, sabiendo que quizá ella daría un paso atrás ante su gesto de cariño cuando su corazón aún dudaba de él, agradeció su gesto como haría cualquier guerrero a otro, reconociendo así su valor: tras clavar su espada en el suelo, hincó una rodilla en tierra y, a la vez que sostenía su arma por la empuñadura, agachó la cabeza.

—Gracias por proteger lo que yo no pude. No hay duda de que eres un guerrero de gran valor —declaró Sinclair, un hombre que no se había arrodillado nunca ante nadie, pero al que en ese momento no le importaba hacerlo frente a su mujer, porque sin ella lo habría perdido todo.

Los hombres miraron al jefe de su clan confusos y luego dirigieron sus miradas hacia las temblorosas manos de sus esposas. Un momento después, siguiendo el ejemplo de Sinclair, todos repitieron el mismo gesto de homenaje por el que reconocieron el valor de unas mujeres que se habían enfrentado al enemigo a pesar de llevar las de perder.

Cassandra contempló con orgullo cómo el valor de las mujeres era reconocido por guerreros tan experimentados y, cogiendo entre sus manos el rostro de un hombre al que todavía dudaba si debía amar, anunció ante todos:

—No hice nada que tú no habrías hecho. Lo único es que usé unas armas distintas contra el enemigo, ya que algunas de ellas siguen siendo demasiado pesadas para mí.

—Entonces, ¿dejarás de intentar quedarte con mi claymore? —preguntó Sinclair en tono de broma, mostrando una pícara sonrisa porque ya conocía de antemano la respuesta de esa mujer.

—¡Nunca! —contestó Cassandra como hacía desde niña, consiguiendo que ese guerrero se levantara y la alzara entre sus brazos para darle un beso, deseando que cumpliera su promesa y que nunca dejara de estar junto a ella para reclamarle su arma una y otra vez.

Por su parte, los demás guerreros se resistieron un poco a besar a sus esposas mientras lucían sus pobladas barbas falsas, una situación que más de una aguerrida mujer solucionó a su manera.

—¿Dónde está mi beso? —reclamó Amy a su esposo con voz enronquecida a causa de las bayas que había consumido para irritar la garganta y engañar a los soldados enemigos con sus gritos de batalla.

Errol se resistió un poco a besar a su esposa mientras lucía esa apariencia, pero finalmente Amy cogió el rostro de su marido entre las manos y lo besó en medio del jolgorio y las risas de los demás, tras lo cual el resto de las mujeres siguió su ejemplo.

—¡Tu barba pincha más que la mía! —se quejó Errol, lo que hizo que su esposa riera y dejara atrás el miedo provocado por esa batalla para la que ninguna de esas mujeres había estado preparada, pero a la que, sin embargo, se habían enfrentado con valor.

—¡Entremos en casa para celebrar nuestra victoria y la de nuestras mujeres! —gritó Sinclair, animando a todos a celebrar las vidas que habían salvado ese día.

Capítulo 20

Las mujeres, al igual que los hombres, disfrutaron del alcohol durante la celebración. Los ancianos contaban emocionados cómo se sentían al haber vuelto a tomar un arma entre sus manos después de tanto tiempo, y las ancianas y los niños relataban con orgullo cómo habían creado y dispuesto en las murallas a decenas de muñecos de paja para engañar a los ingleses, haciéndoles creer que eran los soldados del clan.

Muchos hombres tenían a sus mujeres sobre sus regazos, pese a que algunas de ellas todavía lucieran unas feas y falsas barbas. Todos reían, olvidado ya el miedo que habían pasado ante la desesperada batalla que los ingleses habían traído hasta su puerta mediante cobardes engaños y viles traiciones.

Sinclair contemplaba a los miembros de su clan, orgulloso de esos guerreros que, fueran hombres o mujeres, habían demostrado su lealtad y su determinación para defender sus tierras y a los suyos, mientras disfrutaba de tener entre sus brazos a una mujer que era un premio que no muchos llegarían a comprender o merecer, un premio que él quería ganarse para reclamar su corazón.

En esos instantes su esposa se encontraba sentada sobre su regazo. Y, protegida entre sus fuertes brazos, Cassandra bebía demasiado y soltaba su lengua, dándole a conocer a Sinclair muchos de esos pensamientos que siempre intentaba ocultarle, tal vez porque dejaban entrever los sentimientos que no se atrevía a tener por él.

—Jamás dejaré que bebas mucho, Sinclair, ya que en esos momentos las mujeres intentan aprovecharse de ti. Y ya sabes que solamente yo puedo hacerlo —dijo Cassandra mientras golpeaba suavemente el pecho de su marido con un dedo, reprendiéndolo, un dedo que pronto pasó a acariciarlo, lo que provocó la aparición de una sonrisa ladina en el rostro de Sinclair junto a una contestación burlona.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo piensas lograr tal hazaña? —preguntó antes de recibir una fulminante mirada de su esposa, que no dudó en hacerse con su copa cuando su marido la dirigía hacia su boca y terminársela por él.

Tras observar la copa vacía que un sirviente no tardó en rellenar, Sinclair la apartó de las rápidas manos de su esposa y se la cedió a Angus. Luego acercó a Cassandra a su fuerte pecho para susurrarle atrevidamente al oído una proposición indecente que la hizo sonrojar y quedar en silencio por unos segundos.

—Beba o no, te prometo que tú siempre podrás aprovecharte de mí, Cassandra.

—¡Quiero un premio! —exclamó de repente su ebria esposa a la vez que se levantaba de su regazo para mirarlo desafiante—. ¡He protegido este lugar y a todos los que viven en él mientras tú no estabas! ¡Y aunque no te he salvado la vida como hizo un día tu padre con el mío, creo que merezco recibir un premio del jefe de los MacGregor!

—Creo que tienes razón —respondió Sinclair mientras acariciaba su barbilla pensativamente, sospechando cuál sería el siguiente movimiento de Cassandra, que aún no se permitía confesar su amor, pero sí reclamar el suyo—. Y dime, ¿cuál es el premio que quieres: tierras, oro, joyas, alguna mujer…? —preguntó burlonamente a continuación, provocando las carcajadas de los hombres que los

rodeaban, sobre todo de los que recordaban los rumores que habían corrido alrededor del premio que en su día había ganado su padre de un inglés.

—A ti —contestó Cassandra con una sonrisa satisfecha creyendo que Sinclair podría llegar a ofenderse por sus palabras, como le había ocurrido a ella, por sentir que lo consideraban un simple objeto.

Pero, para su sorpresa, él sonrió y se puso también en pie para coger a su mujer y echársela sobre un hombro con la intención de dirigirse a su habitación.

—¡Que no se diga nunca que un escocés no paga sus deudas! ¡Aunque me lleve toda la noche, prometo pagar con creces el premio que me reclama mi mujer! —exclamó el jefe de los MacGregor delante de todos, recibiendo decenas de gritos de ánimo mientras su sonrojada esposa intentaba cubrirse el rostro con las manos a pesar de la precaria posición en la que se encontraba.

Unos minutos más tarde, cuando llegaron a su dormitorio, Sinclair la depositó suavemente sobre la cama para luego tumbarse junto a ella. Y, tras colocar las manos detrás de la cabeza, anunció provocador:

—Aquí estamos… Puedes reclamar tu premio todo lo que quieras.

—¡Deberías sentirte ofendido porque te tratara como un objeto! —exclamó Cassandra, mirando molesta a su marido y la sonrisa burlona que este lucía en esos instantes.

—Sentirme ofendido porque mi hermosa esposa me reclame es algo que nunca haré.

—Y si te reclama otra hermosa mujer, ¿qué harás?

—Le recordaré que solamente puedo ser el premio de una guerrera capaz de domar a una loba blanca —respondió Sinclair mientras la acorralaba debajo de su cuerpo—. Una mujer de

hermosos cabellos rubios… —continuó al tiempo que tomaba entre sus dedos un mechón del cabello de Cassandra para besarlo con adoración—. Una mujer dotada de desafiantes y hermosos ojos azules —declaró a la vez que le alzaba el rostro para perderse en su mirada—. Una dama a la que le gusta robarme mi kilt y mi espada, que es enormemente habilidosa con su arco y esconde multitud de subterfugios y artimañas bajo la manga para enfrentarse a amigos y enemigos y salir siempre victoriosa —añadió sin dejar de observarla, seduciéndola con una mirada que devoraba su cuerpo mientras le prometía cumplir todos sus deseos.

—Pero ese premio tiene un tiempo limitado —le recordó Cassandra, negándose aún a quedarse junto a él más allá de lo que habían pactado y mostrándole que para ella huir todavía era una opción.

—Solo si no consigo ganarme tu corazón —respondió él, reacio a dejarla marchar mientras colocaba una mano de Cassandra sobre su pecho para mostrarle los exaltados latidos de su corazón. Luego la besó dulcemente, haciéndola admitir con su deseo que ya se había ganado parte de ese reticente corazón que aún trataba de huir ante la posibilidad de que lo que sentía fuera amor.

El beso de Sinclair en un principio fue lento y seductor, solicitando con dulzura su rendición, pero pronto se volvió exigente cuando Cassandra gimió su nombre y sus manos lo atrajeron hacia ella. Sinclair rodó entonces sobre la cama hasta hacer que ella quedara sobre él, momento en el que su lengua exigió una respuesta de Cassandra tan ávida como la suya, avasallando su boca hasta hacerla rendirse.

Sus gemidos le mostraron a Sinclair el placer que esa mujer sentía entre sus brazos, mientras los movimientos que ella realizaba encima de él, rozándose contra su potente erección, hicieron que él gruñera

lleno de impaciencia por volver a hundirse profundamente en el interior de su esposa.

Sinclair apartó la mano con la que sujetaba los cabellos de Cassandra, dejándola tomar aliento ante su apasionado beso. Ella lo observó, con el rostro sonrojado por el deseo, y, queriendo que él también se perdiera en la pasión del momento, no dudó en mecerse contra su dura virilidad, haciéndolo gemir su nombre.

Por su parte, Sinclair, dispuesto a ganar en ese pulso de voluntades, colocó una mano en la cintura de la joven pretendiendo guiar sus movimientos para que los dos disfrutaran del placer que les causaba el simple roce de sus cuerpos. Y mientras ella cedía poco a poco al deseo, la otra mano de él aflojaba los lazos de su vestido para que se deslizara por su cuerpo, instante en el que Sinclair, sin perder tiempo, se apresuró a quitárselo y a arrojarlo a un lado.

La holgada camisola que la cubría no tardó en seguir el mismo camino y, finalmente, una hermosa guerrera quedó completamente desnuda sobre Sinclair, provocando que su excitación aumentara.

Cassandra, sonrojada por verse tan expuesta ante la ávida mirada de su amante, intentó cubrir su desnudez con las manos, pero la triunfante mirada de Sinclair y unas provocadoras palabras la llevaron a dejar de esconderse para volver a convertirse en una mujer desafiante que sabía lo que quería y que, en esa ocasión, lo que quería era a él.

—¿Qué sucede, Cassandra? ¿Es que acaso no te atreves a reclamar tu premio?

Dejando atrás la vergüenza que sentía, ella cogió las manos de Sinclair y las sujetó por encima de la cabeza de su marido, un movimiento que ese fuerte hombre podría haber contrarrestado sin

dificultad en cualquier momento, pero él prefirió seguir en esa situación al tiempo que contemplaba a su esposa con una sonrisa.

—Como eres mi premio, te ordeno que no muevas las manos. De este modo, a pesar de encontrarme desnuda en tu cama, te resultará imposible seducirme —declaró Cassandra, la mar de satisfecha, creyéndose vencedora de ese encuentro y sin darse cuenta de la precaria situación en la que se encontraba, algo que no tardó en hacerle saber ese desvergonzado escocés en cuanto estuvo a su alcance.

—Te prometo que no utilizaré las manos hasta que me des permiso para ello. Pero ten en cuenta que, en el instante en que me sueltes, entenderé que ya no quieres retenerme… —dijo él, luciendo una pícara sonrisa que hizo que ella afianzara su agarre.

De repente, la lengua de Sinclair comenzó a lamer lentamente los tentadores senos que tenía frente a sí, una y otra vez, haciendo que Cassandra se estremeciera de placer.

—¡Sinclair, eres un tramposo! —protestó ella entre gemidos cuando su esposo succionó uno de sus excitados pezones, provocando que su cuerpo ardiera.

—No has dicho que no pudiera utilizar la boca… —declaró él, tras lo que volvió a pasar lentamente su lengua por un sensible pezón antes de rozarlo sutilmente con los dientes, ganándose un apasionado grito que llevaba su nombre.

Los perversos juegos continuaron mientras Cassandra se negaba a soltar las manos de su marido. Sinclair aprovechó para devorar con ansia los jugosos senos que tenía a su alcance, los sedujo con su lengua, los agasajó con su boca y los torturó con los dientes mediante sutiles mordiscos que mezclaban el dolor con el placer.

Perdida en el deseo, Cassandra apenas se percató de los leves movimientos del cuerpo de Sinclair, que consiguieron colocarla en

una postura donde su sexo se rozaba contra el duro miembro de su esposo, haciendo mucho más placentero ese momento cuando ella, inconscientemente, se movía contra su erección a la vez que sucumbía al placer que él les prodigaba a sus sensibles senos.

Y, necesitando más que unos simples roces, gimió frustrada mientras seguía meciéndose contra ese duro cuerpo.

—Suéltame —le pidió él con una profunda mirada, haciéndole saber que él también necesitaba algo más que ese leve contacto entre ambos.

—No —negó esa empecinada mujer, decidida como siempre a no dar su brazo a torcer y a ganarle en cualquier reto que Sinclair le presentara.

—Sabes que ambos necesitamos que me hunda profundamente en tu interior… —murmuró él seductor, al tiempo que, para tentarla, elevaba las caderas, profundizando así su roce y recordándole el placer que conseguiría si se rendía de nuevo ante él.

—Solo soltaré una de tus manos para que apartes tu kilt, pero en esta ocasión seré yo la que lleve las riendas de la situación y reclame mi premio —declaró Cassandra, dejando libre una de las manos de Sinclair.

Él no dudó en sacar su duro miembro de entre los pliegues de su kilt, y entonces fue Cassandra quien descendió lentamente sobre su guerrero. Apoyando una mano sobre su duro pecho, comenzó a moverse encima de él a un ritmo lento que hizo sudar a su amante, que solo deseaba guiarla hacia el placer con un ritmo más apremiante.

La mano de Sinclair que permanecía libre acarició la espalda de Cassandra y, a continuación, agarrando su cintura, empezó a guiarla tal y como él deseaba, tal y como ella necesitaba. Los gemidos de placer mostraron a Sinclair lo que Cassandra requería para llegar al

clímax. Su implacable guía iba acompañada por alguna que otra dura embestida que hacía que ella le arañara el pecho y gritara su nombre.

Las manos de ambos amantes que permanecían entrelazadas continuaron unidas, hasta que Cassandra se soltó para apoyarse en el pecho de Sinclair y seguir el implacable ritmo que él estaba ejecutando. Y en cuanto Sinclair se vio libre, dio rienda suelta a todo su deseo agarrando las caderas de Cassandra con las dos manos para guiarla con rudeza en su cabalgada, lo que provocó que ambos llegaran al clímax gritando cada uno el nombre del otro.

Unos segundos después, saciada y derrumbada sobre el pecho de Sinclair después de su orgasmo, Cassandra contempló cómo su guerrero volvía a hacerse con una de sus manos para llevarla hasta sus labios y darle un beso antes de volver a posarla sobre su corazón.

—El amor es un premio que hay que ganarse cada día —anunció Sinclair, haciéndole saber que lo que él había pretendido obtener como recompensa cuando la había reclamado no había sido a ella, sino su amor—. Dime, Cassandra, ¿me he ganado ya ese premio que persigo desde hace tantos años? —preguntó, todavía sintiéndose inseguro a causa de todos los malos pasos que había dado para llegar hasta ella, por todos los malentendidos que habían surgido en el camino y por ese tiempo que se les terminaría en cuanto un enfadado padre regresara a por su hija, momento en el que sus débiles pretextos sobre la reclamación de un premio ya no le servirían de nada para mantenerla a su lado.

Para intranquilidad de Sinclair, Cassandra guardó silencio, aunque las dulces manos que lo atrajeron hacia unos atrevidos labios reclamando sus besos una vez más le permitieron albergar

esperanzas de no haber perdido todavía la batalla de conquistar el corazón de esa mujer.

* * *

Malcolm le debía mucho a Wayne por haberse llevado a los ingleses que habían invadido su tierra, pero no se fiaba de que esos tramposos no hubieran planeado algún otro engaño a pesar de haber sido derrotados, así que decidió dejar de lado la celebración de su reciente victoria para seguir al inglés al que una vez salvó la vida.

Tan silenciosos como cualquier guerrero de esas tierras, los pasos de Malcolm y sus hombres no fueron detectados por los soldados ingleses, pero, a lo largo de su camino, el antiguo jefe de los MacGregor tuvo que realizar sutiles señas a los hombres de otros clanes para que no acabaran con esos soldados, ya que, al igual que él, vigilaban a los intrusos que invadían su territorio.

Mientras Malcolm observaba a Wayne y su despreocupado comportamiento en tierras escocesas pensando que ese inglés era un hombre demasiado confiado, recibió un mensaje procedente de otro clan que confirmaba sus sospechas y lo avisaba de que otro lord inglés había invadido tierras escocesas en compañía de numerosos soldados.

Lord Stephen Birmington había hecho acto de presencia en tierras escocesas y había partido de su feudo con la intención de dar apoyo a su hijo en las maldades que seguramente él habría incitado a que Archibald llevara a cabo en ese lugar.

Malcolm contempló desde lejos sus sonrisas y su actitud relajada, con las que se jactaba de su superioridad junto a sus hombres, gestos que se cortaron de raíz cuando uno de los exploradores a los

que había enviado para informarse de los acontecimientos regresó hasta él con la noticia de la derrota de su hijo, tras lo que le señaló el lugar donde se encontraba siendo tratado como prisionero por parte de lord Morrison.

Birmington, tras recibir el informe de su explorador, ordenó con una perversa sonrisa asomando a su rostro que se vigilara el improvisado campamento que lord Morrison había mandado levantar para descansar en su viaje de regreso a Inglaterra, mientras, a su vez, Malcolm y los jefes de los otros clanes lo vigilaban a él a la espera de intervenir en cuanto levantara sus manos contra lord Morrison.

A ninguno de los escoceses le gustó la tranquilidad que exhibía ese inglés al que Malcolm podía considerar como un amigo y pensaban que era un hombre demasiado confiado…, hasta que vieron a lord Birmington entrando sin inconvenientes en el improvisado campamento de lord Morrison, momento en el que los escoceses descubrieron que Wayne Morrison en realidad era un hombre muy astuto que jugaba con todos a su antojo.

—Creo que tienes algo que me pertenece, Wayne —manifestó lord Birmington mientras apuntaba con su arma a lord Morrison y sus hombres rodeaban a los de su rival. Por su parte, Wayne permaneció sentado frente a la hoguera disfrutando despreocupadamente de su bebida sin desenfundar su arma, mostrándole a Stephen que, para él, ni su presencia ni la de sus hombres suponía una amenaza.

—Supongo que te refieres a tu hijo, un idiota al que le salvé el pescuezo después de apresurarme a reclamar su pellejo antes de que lo hiciera cualquier escocés. Tu hijo ha molestado y ofendido en demasía a los hombres de este lugar, ya que alguien le ha metido en la cabeza que podría ser capaz de robarle a un escocés y salir impune.

—¡Mi hijo solo quería reclamar a su prometida!

—Si no recuerdo mal, tu hijo perdió a mi hija únicamente a causa de su propia incompetencia. Ahora, mi hija está casada con el jefe de un clan escocés, y aunque alguien le haya hecho creer a tu vástago que sería buena idea intentar hacerse con ella, es un grave error y muy peligroso intentar raptar a la esposa de un hombre tan poderoso como Sinclair MacGregor. Estas tierras tienen mil ojos y gran memoria, por lo que es muy posible que la próxima vez que se aventure por ellas acabe desapareciendo antes de llegar a su destino.

»Por cierto, derramar sangre escocesa para provocar una guerra entre nuestras naciones no habría funcionado: nuestro rey no quiere más disputas entre escoceses e ingleses, y yo no habría permanecido callado ante la muerte de inocentes. Hoy lo haré: permaneceré en silencio por respeto a los años de amistad que nos unen, pero mañana no lo haré… —advirtió Wayne a Stephen, sonriendo con ironía hacia la espada que lo amenazaba.

—Bueno, pero no has tenido en cuenta que, si alguien te silencia para siempre, no podrás hablar. Y tu muerte sí podría ser provocación suficiente para que nuestro rey decida ir a la guerra.

—Un plan astuto, querido Birmington, de no ser por el pequeño contratiempo que nunca tienes en cuenta, a pesar de mis innumerables advertencias al respecto… —manifestó Wayne mientras se levantaba despreocupadamente del tronco que utilizaba como improvisado asiento y se ponía ante la afilada espada de su rival.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es ese «contratiempo» que, según tú, estropeará mis maravillosos planes? —preguntó Stephen, regodeándose de antemano en su victoria.

—¡Malcolm MacGregor! ¿Quieres salir y explicárselo tú mismo? ¿O acaso estás esperando a que lo haga yo? —gritó Wayne, provocando que el aludido saliera de su escondite junto a sus hombres y los hombres de los demás clanes que habían ido uniéndose a los MacGregor, mostrando a los guerreros de lord Birmington que estaban completamente rodeados por escoceses que los superaban en número y no veían con buenos ojos su presencia en sus tierras.

—Los intrusos que cruzan nuestro territorio a menudo tienen que pagar un precio por ello…, y si son bastante molestos, ese precio es su cuello —declaró Malcolm, señalando a lord Birmington con el afilado cuchillo que llevaba sujeto en su muñón, mientras su otra mano sujetaba una espada no tan pesada como su claymore, pero sí adecuada para deshacerse de un enemigo—. Hasta ahora hemos mostrado piedad con los intrusos a causa de la mediación de lord Morrison, un inglés menos molesto que los demás, que nos aseguró que solucionaría este problema. Pero si él desaparece, nosotros solucionaremos esta intromisión a nuestra manera…, y ya le he explicado cuál es esa manera.

—Te aconsejo, Stephen, que cojas a tu hijo y a sus soldados y salgas de este lugar antes de que al jefe de algún clan se le acabe la paciencia. A causa de la invasión y la amenaza de tu hijo, el clan MacGregor solicitó su ayuda. Y aunque no han llegado a tiempo a la batalla frente al castillo, sí lo han hecho para expulsarte de aquí. Y conociendo a los escoceses como los conozco, estarán deseosos de entablar la batalla prometida para vengarse de vuestra afrenta de invadir sus tierras y atacar sin provocación previa. Lo único que los retiene es mi promesa de que saldrás de este lugar… ¿Estás dispuesto a mantenerla o todavía quieres derramar mi sangre? —preguntó Wayne, luciendo una astuta sonrisa en el rostro y

consiguiendo que su enemigo bajara su arma, a pesar de que esta se encontrara tan cerca de su cuello.

Tras una reticente orden de lord Birmington, sus hombres desataron a su hijo y a sus soldados y partieron junto a ellos para regresar a su hogar.

—No olvides mis palabras, Stephen: esta tierra tiene mil ojos y están todos puestos sobre ti. Si quieres llegar a salvo a tu hogar, harías bien en recordar mi advertencia en esta ocasión —dijo Wayne Morrison a lord Birmington, lo que provocó que este le dirigiera una airada mirada antes de apresurar su carrera para salir de tierras escocesas, evidenciando que esa vez no haría oídos sordos a su consejo.

—Bien hecho, amigo mío —dijo Malcolm dirigiéndose a Wayne—. Dime, ¿regresarás ahora conmigo hasta mis tierras para celebrar la victoria del clan MacGregor?

—Apenas participé en esa batalla… Creo que esa es una celebración que merecen festejar nuestros hijos sin nuestra intervención, ¿no te parece, Malcolm? —preguntó Wayne mientras volvía a sentarse sobre el viejo tronco. Y, tras dar un sorbo de su pellejo de vino, no dudó en ofrecérselo a ese rudo escocés.

Malcolm se sentó junto a ese compañero con el que había disfrutado de un trago en más de una ocasión a lo largo de los años.

—¿Sabías que cuando te salvé el cuello en aquella ocasión te confundí con uno de los míos a causa de la densa niebla que envolvía el campo de batalla? —inquirió Malcolm, confesando que el premio que ese hombre había intentado entregarle durante tantos años en realidad era una recompensa que no se merecía.

—Por supuesto que lo sé, pero la realidad es que me salvaste la vida pese a que no fuera tu intención en aquel momento. Si te sientes culpable a causa del premio que siempre te ofrecí por tus

actos, debo aclararte que no lo hice porque me salvaras en esa batalla, sino porque cuando descubriste que yo era inglés no acabaste con mi vida.

—Vaya…, y yo pensando durante todos estos años que te había engañado con mi noble hazaña —manifestó Malcolm a su taimado amigo.

—Y yo dejé que lo pensaras mientras veía cómo rechazabas una y otra vez ese premio que creías no merecer. Pero luego alguien lo reclamó en tu lugar, ¿verdad?

—Sí. Yo sabía que mi chico intentaría quedarse con tu hija desde la primera vez que la vio. A pesar de todas las cosas que tenía en contra, Sinclair nunca se dio por vencido y la promesa de ese premio siempre fue una tentación demasiado grande para él, una excusa apropiada con la que conseguir a la mujer que deseaba.

—Nunca puse fin a las esperanzas de Sinclair porque me convenía tenerlo cerca de Cassandra cuando me percaté de que el compromiso con los Birmington fue un gran error, pero no pienso permitir que alguien obligue a mi hija a un matrimonio que no desea. Ese es un error que no voy a volver a cometer y que Cassandra tampoco permitirá. Si ella quiere quedarse con Sinclair, que así sea, pero si quiere volver conmigo a casa, nada ni nadie impedirá que yo vuelva a Inglaterra con mi niña.

—Me parece bien, pero dales algo de tiempo para que se conozcan lo suficiente antes de preguntarle a Cassandra. Concédele a tu hija algún tiempo para que decida si ama estas duras tierras y a las personas que las habitan.

—Malcolm, mi hija ya ama estas tierras, o de lo contrario no las habría defendido con el ahínco con el que lo ha hecho, e indudablemente también ama a tu hijo, ese escocés al que salvó la vida delante del representante de nuestro mismísimo rey. Lo difícil

para Cassandra es admitir ese amor, especialmente después de que Sinclair la reclamara como un premio.

—Entonces, ¿qué propones?

—Propongo que revelemos que el tiempo y la excusa para cobrar ese premio han finalizado.

* * *

Sinclair se despertó con el escándalo que formaban unos viejos guerreros que habían vuelto al hogar jactándose de sus antiguas batallas. Como había sospechado al no ver a su padre durante la noche anterior, supo que Malcolm había partido para vigilar al inglés al que una vez salvó la vida y al que no permitiría que nadie dañara, especialmente en sus tierras.

Los jefes de los clanes que acompañaban a su padre hicieron saber a Sinclair que la ayuda que los MacGregor habían pedido para la batalla no había sido ignorada por ninguno de ellos y que todos habían respondido y acudido, quizá no a tiempo para la batalla, pero sí en el momento adecuado para expulsar a los molestos intrusos ingleses.

La mirada que lord Wayne Morrison dirigió hacia la ventana de su habitación desde donde Sinclair contemplaba la algarabía y el escándalo de esos guerreros le hizo saber que su tiempo junto a Cassandra se había terminado. De nada le servirían sus infantiles excusas para quedarse junto a esa mujer a la que deseaba desde niño, ninguna sería válida para ese protector padre: únicamente si Sinclair se había ganado de verdad el corazón de Cassandra podría quedarse con el premio que ella representaba.

Volviendo junto a la cama, acarició con cariño el rostro de Cassandra y susurró anhelante, pues no se sentía muy seguro de

poder ganar esa batalla:

—Si tan solo hubiera tenido un poco más de tiempo…

Luego le dio un dulce beso a esa mujer que quizá fuera el último que compartirían y sonrió al recordar cómo fue su respuesta cuando él le robó su primer beso. Cassandra abrió los ojos en ese instante, sorprendida por el tierno beso de Sinclair, que había sentido como si se tratara de una despedida.

—Espero que en esta ocasión no respondas al robo de este beso con un puñetazo como hiciste la primera vez…

—Todo dependerá del motivo de tu beso —contestó ella, intuyendo que Sinclair le ocultaba algo.

—Tu padre ha llegado antes de lo esperado.

—¡¿Qué?! ¡No puede haber llevado a Archibald de vuelta a Inglaterra tan rápido! —dijo Cassandra alarmada mientras se enrollaba las sábanas del lecho en torno a su cuerpo para asomarse por la ventana y comprobar por sí misma la veracidad de las palabras de Sinclair.

—Sospecho, por la presencia de los jefes de otros clanes, que encontraron al padre de Archibald por nuestras tierras y le entregaron a su hijo para que regresaran ambos a Inglaterra, no sin antes dedicarle alguna advertencia. Seguro que hay muchos ojos vigilando la partida de esos ingleses, y eso debe de ser lo que ha permitido que tu padre volviera mucho antes de lo que esperábamos para cumplir su promesa.

—¿Eh? ¿Qué promesa? —preguntó Cassandra, volviéndose con curiosidad hacia Sinclair.

Y él, acariciando su rostro con anhelo, contestó:

—La de llevarte consigo a Inglaterra si no quieres quedarte en Escocia conmigo, así como anular nuestro matrimonio si no me quieres. Desgraciadamente para mí, no creo que en esta ocasión

ninguna excusa pueda servirme para ganar más tiempo. Solo tú decides si vuelves a tu vida anterior o si te quedas a mi lado, pero no como un premio ganado en el campo de batalla, sino como la mujer a la que amo —declaró antes de darle un beso y alejarse de su esposa para concederle el tiempo y el espacio que necesitaba para pensar en su respuesta, porque, si se quedaba a su lado, Sinclair intentaría convencerla de cualquier manera de que él y su amor siempre serían su mejor opción, algo que solamente Cassandra decidiría, ya que era la única que podía elegir a quién entregaba su corazón.

* * *

—Madre, ¿qué haces? —preguntó Cassandra, todavía confusa ante todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, ya que parecía que el tiempo que creía haber tenido para decidir si se quedaba junto a Sinclair estaba esfumándose.

—Empacar tus cosas para volver a casa con tu padre. Creo que un baúl nos bastará: después de todo, no trajiste demasiado equipaje cuando te marchaste de nuestro hogar.

—¡Aún no he decidido si quiero regresar a casa! —exclamó Cassandra al tiempo que sacaba las prendas que su madre había metido en el baúl.

—Pero, hija mía, ya se ha agotado el tiempo para tomar esa decisión. Tu padre ha anunciado que nadie podía reclamarte a ti como un premio, y Malcolm finalmente ha aceptado una buena espada como recompensa a cambio de salvarle la vida a tu padre hace tantos años. Así que Sinclair se ha quedado sin nada.

»Por cierto, tu padre me ha comentado que el representante del rey lo esperó en nuestra casa hasta su regreso para hacerle saber

que, si no estaba de acuerdo con tu matrimonio con Sinclair, podía anularse. Cuando vuelvas a casa serás libre, cariño. Podrás ir a ese convento en el que habías planeado ingresar o, si lo prefieres, tu padre buscará un pretendiente más adecuado para ti —declaró Marion mientras volvía a meter las prendas en el baúl.

—¡Sinclair y yo celebramos un *handfasting*! ¡Es un matrimonio de prueba de un año y un día de duración del que todos fueron testigos, mamá! —anunció Cassandra mientras volvía a sacar sus prendas del baúl.

—¡Bah! No te preocupes por eso, hija. Se trata de un rito pagano al que los ingleses no le damos importancia. No tendrás problemas para deshacerte de ese matrimonio. Por otro lado, si es un enlace de prueba como acabas de decirme, tan solo tienes que anunciar que no quieres seguir unida a ese hombre. Invéntate cualquier pretexto, tú siempre has sido muy creativa para las artimañas, la mejor prueba de ello es la manera en la que te deshiciste de tu antiguo prometido.

—Pero ¿y si no quiero desligarme de este matrimonio?

—¿Quieres a Sinclair? Porque esa es la única razón por la que tu padre te permitiría quedarte en este lugar.

—No lo sé.

—Sí lo sabes, cariño: no habrías defendido a los suyos como lo hiciste si no lo amaras, y ahora mismo no dudarías si no quisieras a ese hombre.

—Sé que yo nunca podría llegar a ser un señor feudal, pero me gustaba la idea de proteger a los míos como siempre ha hecho mi padre.

—Cassandra, no podrás ser un señor feudal pero sí la aguerrida esposa de un highlander, algo que, creo recordar, deseabas desde niña. Serás la esposa del jefe de un clan y tendrás a otra gente a la

que proteger y, lo más importante, a tu lado tendrás a alguien a quien amar. Sinclair nunca te abandonará ni te tratará como hizo Archibald, sobre todo porque tú no lo permitirías si lo intentara. Es un hombre que, en mi opinión, puede ser merecedor de un premio tan valioso como eres tú, hija —manifestó Marion abrazándola con fuerza, sabiendo con solo mirar su rostro que ya había tomado su decisión. Lo importante ahora era ver cómo se la comunicaba al guerrero al que amaba.

* * *

Los hombres de lord Morrison estaban preparados para la partida mientras una multitud de ojos los observaban, esperando el desenlace final de esa historia entre una inglesa y un escocés. A pesar de que muchas personas habían protestado cuando Sinclair llevó allí a Cassandra consigo, ahora muy pocos querían que ella se marchara de sus tierras.

Los ancianos, que siempre desconfiaban de todo extranjero, admiraban a esa mujer y las alocadas estrategias que había ideado para salvar a los MacGregor y, aunque no lo dijeran en voz alta, la consideraban una guerrera.

Las ancianas sonreían agradecidas al ver cómo había solucionado muchos de los problemas de las mujeres de su clan que habían sido constantemente ignorados por los ocupados hombres y silenciados por otras rencorosas mujeres.

Las mujeres que habían aprendido a utilizar el arco contemplaban a Cassandra con la esperanza de que no se marchara para seguir aprendiendo de ella, mientras los jefes de clanes amigos de los MacGregor que aún disfrutaban de la hospitalidad de Sinclair miraban expectantes la escena a la espera de que esa mujer se

quedara en Escocia y los entretuviera con alguna más de sus batallas.

Solo quedaban algunas pocas reticentes mujeres que sonreían ante la idea de que Cassandra desapareciera de la vida de los MacGregor, pero cada vez eran menos, ya que su última hazaña por la que ella, una inglesa, había arriesgado su vida para defender a los miembros de un clan escocés se había ganado la admiración de la mayoría de las mujeres del clan, que la veían como la única digna de ser la pareja de Sinclair.

Y, a pesar de que todos esperaran nerviosos y en silencio la respuesta de esa mujer, más de uno miraba con disgusto a Sinclair, que se limitaba a guardar silencio mientras conducía a Cassandra hasta su caballo sin dedicarle una sola palabra a la mujer que se alejaba de él. Tal vez porque ya había dicho todo lo que tenía que decir y quedarse o marcharse de ese lugar era una cuestión que Cassandra tenía que decidir por sí misma.

—Has preparado mi montura muy rápido —protestó ella cuando Sinclair, sin intercambiar palabra, le acercó su mejor caballo para su viaje—. Parece que tengas mucha prisa por deshacerte de mí.

—Tú ya sabes lo que siento. Desde el momento en el que marché a Inglaterra, iba con la idea de traerte junto a mí, de utilizar cualquier excusa que tuviera a mano para retenerte a mi lado. Pero como me has hecho saber en más de una ocasión, solo te quedarás a mi lado si me gano tu corazón. Y si lo he conseguido o no es algo que tienes que decidir tú… —dijo Sinclair, mirando con anhelo a Cassandra a la espera de una contestación.

—Creí que tendría más tiempo para decidir si te amaba o no… —repuso ella, evitando darle una respuesta directa, un silencio ante el que Sinclair se limitó a soltar un suspiro antes de ayudarla a subir a su montura, recibiendo por ello una decena de protestas y consejos

de las personas de su alrededor, que llevaron a Sinclair a fulminar a más de uno de sus hombres con la mirada—. ¿De verdad vas a dejarme marchar?

—Si esa es tu decisión, sí. Sé que no puedo hacer nada para retenerte junto a mí —dijo Sinclair, tras lo que, ante el asombro de Cassandra, le dio la espalda y se alejó.

—¡En mis planes nunca estuvo enamorarme de ti! —gritó Cassandra desde su montura, lo que provocó que los pasos de él se detuvieran.

—¡Pero lo hiciste! —anunció volviéndose hacia ella, desafiándola a negar esa verdad.

Y cuando comprobó que la joven volvía a guardar silencio, Sinclair se alejó.

Cassandra lo observó marchar con lágrimas en los ojos. Pero, para su sorpresa, el guerrero volvió unos minutos más tarde cabalgando sobre su propia montura.

—Sinclair, ¿adónde vas?

—Como no puedo obligarte a que te quedes en mis tierras y el pretexto de reclamarte como un premio no me servirá ante los ojos de tu padre para ganar más tiempo a tu lado, he pensado que en esta ocasión la persona que merece una recompensa por haber salvado al clan MacGregor eres tú. Así que yo soy tu premio.

—¿Estás dispuesto a seguirme hasta Inglaterra y dejarlo todo por mí?

—Iría hasta el mismísimo infierno por ti, Cassandra. Y si lo que necesitas es tiempo para decidir si me amas, te concederé ese tiempo que yo no necesito para saber que eres la única mujer que está hecha para mí… —declaró Sinclair, acercando su montura a la suya y su rostro al de ella—. Y dime: ¿qué harás con tu premio?

Las vanas excusas que le quedaban a Cassandra para negarse a sí misma una vida al lado de Sinclair desaparecieron cuando este le demostró que estaba dispuesto a renunciar a todo lo que le correspondía y a convertirse en un mero premio que reclamar únicamente por estar junto a ella.

Fue entonces cuando, al darse cuenta de que él siempre la vería como a una igual, sus miedos y la incertidumbre de pasar toda una vida al lado de ese cabezota escocés comenzaron a desaparecer. Y, finalmente, Cassandra le dio una respuesta a ese hombre que siempre había perseguido su amor utilizando los medios más inadecuados para reclamarlo: tras las palabras de Sinclair, ella no dudó en atraer a su esposo hacia sí para besarlo, sellando con sus labios una nueva promesa de permanecer a su lado.

Sinclair respondió a ese beso con toda la pasión que guardaba, y solo terminó con él para colocar a Cassandra sobre su montura.

—¿Volvemos a tu hogar? —preguntó él, observando que todos los presentes aguardaban una respuesta.

—Ya estoy en mi hogar —contestó ella mientras se resguardaba entre los fuertes brazos de Sinclair, haciendo sonreír a ese duro guerrero. Desde donde estaba, Cassandra buscó a sus padres con la mirada para confirmarles lo que ellos ya sabían y la habían obligado a admitir para conseguir su felicidad—. Padre, siempre creí que viviría en nuestro feudo protegiendo a todos como has hecho tú toda tu vida, pero mi destino ha cambiado y mi futuro no está en Inglaterra, sino aquí. No obstante, siempre tendré presentes las enseñanzas de un hombre honorable que me mostró con la palabra y el ejemplo cómo debo proteger a otros si tengo las armas, la fuerza y la determinación para hacerlo.

Wayne se acercó sobre su montura y, contemplando con ternura a su hija, que al fin había encontrado su lugar en el mundo, le

contestó algo preocupado:

—Cassandra, hija mía, deja que sean otros los que te protejan de vez en cuando.

Sus palabras fueron aceptadas por ella como un consejo y por Sinclair como una obligación, haciendo que abrazara con más firmeza a su mujer entre sus protectores brazos, dándole así a Wayne una respuesta.

—Lo haré —contestó Cassandra a su preocupado padre después de sentir los brazos de Sinclair.

—Yo tengo que volver a casa, pero quiero que siempre tengas presente que, aunque tu nuevo hogar esté en Escocia, también tienes uno en Inglaterra. Allí nadie te olvidará: ni tus padres, que te quieren y que nunca te repudiarían aunque así lo ordenase el mismísimo rey, ni tus siervos, pues todos ellos tienen un hueco en su corazón para la persona que siempre los defendió.

»Sé que estarás bien aquí, porque tienes a tu lado a un hombre que te ama y porque no permitirás que nadie te haga daño, pues eres una auténtica guerrera. Por eso no dudo de que muy pronto te harás un hueco en el corazón de la gente de este lugar. De hecho, muchos de ellos parecen quererte hasta el punto de que les resulta tan difícil dejarte marchar como a mí, pero esta es la vida que has elegido y no pienso contravenir tus deseos, hija mía. Perdóname por decidir en una ocasión por ti cuál debería ser tu futuro y haberme equivocado tanto en el camino… —dijo Wayne, haciendo referencia al trato que había recibido su hija por culpa de un inadecuado compromiso que él en su momento había considerado acertado.

—Padre, no tengo nada que perdonarte. Tú siempre velaste por mí, y sé que en el momento en que te diste cuenta de tu error quisiste actuar para enmendarlo, pero como no podías, pues habías

empeñado tu palabra y el rey había dado su aprobación, fui yo quien lo hizo.

—Mi Cassandra…, siempre intentando proteger a otros, tanto con tus actos como con tus palabras —manifestó Wayne con agradecimiento al ver cómo su hija le quitaba un gran peso de la conciencia con su contestación.

—Adiós, hija mía —intervino Marion—. Espero que no olvides tampoco las enseñanzas de tu madre mientras permanezcas en este lugar, y que no te prives de pedirme consejo cuando lo necesites. Y te lo advierto: estaré pendiente de cualquier nueva cancioncilla que llegue hasta mis oídos. Ten muy claro que nada me impedirá regresar junto a ti para darte un tirón de orejas si lo considero necesario…

—¡Mamá, yo no soy una dama: soy una guerrera! Y tú lo sabes.

—Se puede ser una dama y, a la vez, una guerrera —apuntó Wayne, mirando con orgullo a su esposa al recordar cómo esa perfecta dama se había convertido en el pasado en toda una guerrera que se había enfrentado a él, ganándose su corazón.

Ante las palabras de Wayne, Cassandra guardó silencio y rememoró cómo había actuado su madre a la hora de defender a los MacGregor, tras lo que no pudo sino estar de acuerdo con su padre.

—Sinclair, dejo en tus manos algo más preciado para mí que cualquier tesoro, y lo dejo, no porque me lo reclames como compensación por ninguna hazaña, sino porque ese tesoro ha decidido quedarse contigo. Espero que seas merecedor de él, pues en caso contrario nada ni nadie me impedirá regresar a estas tierras para llevármelo conmigo —advirtió Wayne a Sinclair con gravedad, pero la sonrisa que Wayne vio que esa pareja se dedicaba le quitó un gran peso a su corazón, haciéndolo tomar conciencia de que en esa ocasión estaba haciendo lo correcto.

Finalmente, los únicos que se marcharon del lugar fueron lord Wayne Morrison y su esposa, en compañía de sus soldados y de los gritos de despedida de sus amigos y las lágrimas de su hija, que había decidido iniciar un nuevo camino por un motivo por el que sus padres nunca podrían presentar ninguna objeción: el amor.

* * *

—Los echarás de menos, pero podemos ir a verlos cada año como hacía mi padre a propósito de cierto premio que nunca reclamaba —le dijo Sinclair a su esposa, intentando calmar sus lágrimas mientras la bajaba de su caballo.

—Los echaré de menos tanto como echaba de menos al impertinente joven escocés que siempre me prometía convertirme en una highlander. Al igual que hice con ese muchacho, mis padres siempre tendrán un lugar en mi corazón hasta que volvamos a encontrarnos.

—A pesar de que Escocia e Inglaterra estuvieran en guerra, yo nunca te vi como mi enemiga. Cada vez que iba al campo de batalla deseaba terminar esa maldita guerra lo más pronto posible y rezaba para no matar a ninguno de tus seres queridos. En cuanto llegó una precaria paz, no dudé en ir al encuentro de la rebelde chiquilla que para mí siempre había sido un tesoro que estaba dispuesto a reclamar con todo mi corazón.

—¿A pesar de que esa chiquilla ya estuviera comprometida? —preguntó Cassandra, atrayendo hacia sí el decidido rostro de su esposo.

—Eso solamente era un molesto e insignificante contratiempo del que al final tú te deshiciste antes de que tuviera que hacerlo yo. De cualquier modo, yo te habría robado y traído hasta aquí.

—Y yo me habría dejado robar… —confirmó finalmente Cassandra antes de besar a su esposo y susurrarle al oído unas palabras que le hicieron saber que no se alejaría de él—. El premio que reclamo por salvar a los tuyos es tu amor, Sinclair MacGregor. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en concedérmelo? —preguntó, jugando nuevamente con él.

—Toda una vida —contestó él, tomándola en brazos y acallando sus palabras con un beso.

Y, mientras caminaba hacia su hogar, los gritos de júbilo de las personas que los rodeaban celebrando que Cassandra no se marchaba de sus tierras le demostraron a Sinclair lo mucho que los suyos habían aceptado a su mujer, algo que él no había dudado que ocurriría, ya que, después de todo, ella era la única capaz de hacerse con el corazón de un temido highlander como él.

Epílogo

Había pasado justamente un año y un día desde que Cassandra llegó a esa tierra e hizo una promesa junto a Sinclair para darle una oportunidad a su amor. Un amor que había empezado cuando eran niños y que había persistido durante mucho tiempo a pesar de que se suponía que debían ser enemigos.

La separación provocada por una guerra solo los había hecho impacientarse por volver a encontrarse, y mientras Sinclair la reclamó como un premio al ver que no tenía otra manera de ganar tiempo a su lado, Cassandra siempre se mostró precavida ante el hombre que volvió junto a ella y que quería ganarla con engaños.

Ambos aceptaron ese matrimonio de prueba con intenciones bien distintas: Sinclair deseaba ganarse el amor de Cassandra y ella solamente huir de la lamentable situación en la que se encontraba, sin que le importara utilizar al hombre que se había interpuesto en sus planes.

En la elaborada estrategia de Cassandra para librarse de su codicioso prometido nunca entró enamorarse de Sinclair, pero justamente eso era lo que había ocurrido. Cuando volvieron a encontrarse después de tantos años, recordó al chico que fue su compañero de juegos, su amigo, su confidente, y no pudo evitar querer protegerlo como él quería hacer con ella.

Cuando Sinclair la llevó más tarde a su hogar, Cassandra todavía se mantuvo en guardia, resistiéndose a enamorarse de ese hombre, consciente de todos los problemas que supondría para él que una

inglesa fuera su esposa. Las disputas surgieron entre ella y el clan MacGregor, y Cassandra, como la guerrera que era, no evitó el enfrentamiento, sino que lo resolvió a su manera.

Sinclair se mantuvo a un lado viendo cómo actuaba ella y la apoyó cuando lo necesitaba, mostrándole que quería ser su compañero. Pero el amor era algo complicado y Cassandra solo se permitió admitir sus sentimientos cuando comenzó a sentir celos y a preocuparse demasiado por el hombre que, lo quisiera ella o no, se había ganado su corazón.

Pero el miedo a que volvieran a tratarla como si fuera un simple objeto que ganar hizo que retuviera y ocultara sus sentimientos hasta el último instante, cuando Sinclair se declaró a sí mismo como un premio que le concedía a ella y se propuso acompañarla allá donde Cassandra fuera.

Ahora, un año y un día después de aquella promesa, Cassandra contemplaba con asombro cómo Sinclair la sorprendía una vez más al regalarle la ceremonia de boda que nunca había tenido.

Las mujeres del clan, a escondidas, le habían confeccionado un hermoso vestido blanco y se habían encargado de vestirla y de adornar su cabello con una corona de flores silvestres. Luego le entregaron un hermoso ramo de flores a juego con su corona y la condujeron hacia el exterior del castillo, donde se vio sorprendida por la presencia de sus padres y de algunos de sus siervos, que habían acudido desde Inglaterra.

Su padre se encargó de escoltarla hasta el altar, que había sido construido de forma improvisada en el exterior de una pequeña iglesia para que toda la multitud que quería presenciar la ceremonia pudiera hacerlo.

El novio esperaba impaciente, paseándose de un lado a otro junto a su lobo negro, y solo detuvo su inquieto caminar cuando la vio

aparecer a ella. Cassandra caminó hacia Sinclair por un sendero de flores que alguien había preparado para la novia, mientras su loba blanca la seguía hasta asegurarse de que estaba junto a su compañero. Tras ello, Luna ocupó su lugar junto a Sombra y se tumbó a la espera de que finalizara la ceremonia.

En esta ocasión sus manos no estaban unidas por ningún improvisado lazo, nadie la distrajo para que no supiera lo que estaba haciendo, y el sacerdote fue claro en sus palabras y en su largo sermón. Mientras Cassandra escuchaba las solemnes palabras de ese hombre de Dios, echó de menos ese lazo que la unía a Sinclair y, como si él lo hubiera percibido, sujetó con firmeza la mano de la joven con una de las suyas, entrelazándolas, jurándole con ese simple gesto que su unión sería eterna e imperecedera.

Cuando volvieron a casarse delante de todos sus testigos, Sinclair no dudó en besar efusivamente a Cassandra. Y en el momento en el que esta pudo recuperar el aliento le preguntó a Sinclair entre susurros, recordando el motivo que los unió:

—¿Estás contento con tu premio?

—El mayor premio para mí, en esta y en la otra vida, siempre será tu amor. Dime, Cassandra, ¿soy ya merecedor de ese premio?

—Sí, ahora y siempre… —contestó ella antes de besar a Sinclair mientras sus manos permanecían unidas, mostrándoles a todos que ese premio que era su mutuo amor duraría eternamente.

Biografía



Silvia García Ruiz siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.
En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: Silvia García Ruiz

Instagram: @silvia_garciaruiz

El premio del escocés
Silvia García Ruiz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Esencia digital / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): diciembre de 2025

ISBN: 978-84-08-31486-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Jugando con un villano

García Ruiz, Silvia

9788408280347

360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Descubre en esta divertida novela romántico-histórica si un villano puede llegar a ser, o no, un hombre con corazón.

Hope Green es la hija de un comerciante americano a la que no le gustan las rígidas normas de la alta sociedad británica

en la que su hermana Emma la ha introducido. Ella no quiere celebrar un matrimonio conveniente para su familia ni limitarse a ser una obediente solterona. **Hope sueña con ser novelista** y, en su afán de crear un personaje poco convencional, **se le ocurre escribir sobre un villano.** Para ello toma como modelo al más despiadado de todo Londres, al rey de los suburbios, un hombre implacable, pero, para ella, un hombre con corazón.

Babel ha luchado toda su vida para conseguir una temida reputación, pero, de un día para otro, esa fama de demonio comienza a tambalearse porque **alguien ha tenido la osadía de escribir un libro cuyo protagonista masculino se parece demasiado a él, si no fuera porque él no es un hombre bueno.**

Decidido a dar con el paradero de ese autor insolente, remueve todo Londres, pero con lo único que se encuentra a cada paso que da es con una inocente mujer que no cesa de meterse en problemas.

¿Encontrará Babel al autor de ese dichoso libro? ¿Logrará saber Hope si el villano sobre el que escribió es como el personaje de su obra?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La misión más difícil es el amor

García Ruiz, Silvia

9788408311447

420

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella solo quiere conquistar a su vecino. Él tiene prohibido enamorarse de ella…, pero a veces lo prohibido es solo el principio.

1973. La sociedad está cambiando, y **Danna Rivers** no quiere que le elijan ni su futuro… ni a su marido. Entre un padre conservador y

una madre demasiado moderna, vuelve a casa durante las vacaciones de verano y descubre lo único que sí quiere de verdad: **su nuevo vecino**, un pelirrojo huraño que no se lo pondrá nada fácil.

Randy Peterson es custodio, escolta... y un profesional sin fisuras. Pero tras un error en su último encargo, recibe una advertencia: «la próxima misión será la más difícil de tu vida». Y no tarda en descubrir que **vigilar a la familia Rivers**, en especial a su hija menor, no se parece en nada a sus misiones anteriores.

Malentendidos, tensión, secretos y mucha química en esta comedia romántica donde todo parece estar bajo control… **salvo el corazón.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No con ese cowboy

Lopez, Loles

9788408312666

350

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella es la mujer que prometió no amar. Él, el hermano del hombre que le destrozó el corazón.

Después de una ruptura sentimental muy complicada, **Kate Olson regresa al rancho familiar para pasar el verano**. Lo que Kate

no sabe es que su abuelo tiene un objetivo claro: que **se enamore, se quede y tome las riendas del legado familiar**.

River, el capataz del rancho y **hermano mayor de su ex**, tiene sus propios planes: **comprar el rancho y alejarla a toda costa**, por lo que hará lo que sea para **espantar a cualquier hombre que se le acerque**.

Entre reproches, deseo y mucha tensión, comienzan a saltar chispas que ninguno sabe apagar.

¿Puede el odio convertirse en otra cosa?
¿Y si el corazón tiene sus propios planes?

Un romance adictivo, emocional y sexy que nos transporta a un paisaje tan salvaje como un rancho de Montana.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Atardecer para dos

Lopez, Loles

9788408306962

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Lo que no se puede tener siempre es lo que más se desea

La historia **podría haber sido sencilla**: chico conoce a chica y ambos se gustan.
Pero para **Emma y Damon**, esa **atracción inmediata** que

sintieron la primera vez que se vieron se convertirá en un **problema tan inevitable como peligroso**.

Dos almas rotas. Imperfectas.
Una tensión que lo complica todo.
Un amor prohibido.
Un verano imposible de olvidar.

Él es **su jefe**.
Ella, **la mejor amiga de su hermana pequeña**.
Y ninguno de los dos está dispuesto a **cruzar la línea, aunque lo deseen con todas sus fuerzas.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El amor es un sueño para dos

García Ruiz, Silvia

9788408304241

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él es su amor de infancia. Ella, un caos con un plan. ¿Qué podría salir mal?

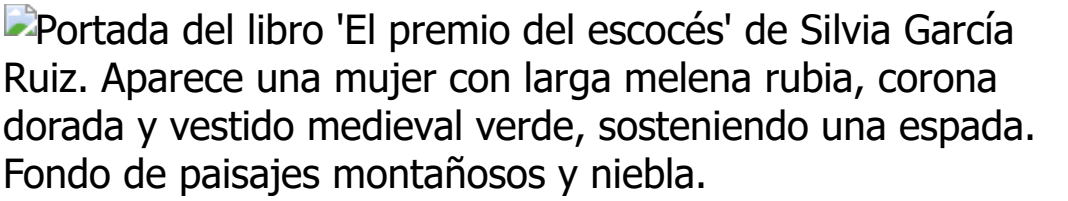
Penny Wise lleva enamorada de Wilson Parker **desde que era una niña**, pero para él siempre ha sido solo **la mejor amiga de su hermana**. Lo que nunca imaginó es que años después **terminaría trabajando como su secretaria**, convirtiéndose en una presencia constante en su ordenada y estructurada vida.

Wilson tiene todo planeado: **su carrera, su futuro, su rutina**. Penny, en cambio, representa el caos, la espontaneidad y lo impredecible…, exactamente lo que él no necesita. Pero ahora ella está en su oficina, con su sonrisa brillante y una actitud que amenaza con desarmarlo por completo.

Un disfraz alocado, un par de mentiras bien calculadas y un montón de enredos harán que Wilson finalmente se fije en ella… Pero, cuando la verdad salga a la luz, **¿será capaz Penny de enamorar al amor de su vida?**

Humor, tensión, química explosiva y **una historia de amor que demuestra que el destino siempre tiene la última palabra.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada del libro 'El premio del escocés' de Silvia García Ruiz. Aparece una mujer con larga melena rubia, corona dorada y vestido medieval verde, sosteniendo una espada. Fondo de paisajes montañosos y niebla.